
HAZ
ME
PERDER
EMBER LEIGH

HAZME PERDER

Ember Leigh

DERECHOS DE AUTOR

Make Me Lose © 2019 por Ember Leigh

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, sea este electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo y por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

La licencia de este libro es solo para su disfrute personal.

Este libro no puede ser revendido ni cedido a otras personas. Si usted está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, entonces debería devolverlo y adquirir su propio ejemplar. Gracias por respetar el trabajo de la autora.

Publicado por Ember Leigh, 2019

EmberLeighAuthor@gmail.com

Diseño de portada: Covers by Combs
Edición: Elisabeth R. Nelson
Corrección: Victoria Miller
Escucha la playlist: http://bit.ly/MakeMeLosePlaylist

TAMBIÉN DE EMBER LEIGH

LOS CHICOS MALOS DE WALL STREET

El precio de la venganza

El precio de la pasión

El precio de la infamia

El precio del para siempre

WINTER HARBOR

(coescrito con Whitley Cox)

El heredero bastardo

El heredero canalla

El heredero rebelde

Los herederos casamenteros

SERIE BREAKING

Rompiendo las reglas

Cambiando el juego

Rompiendo al pecador

Rompiendo el hábito

Rompiendo la caída

SERIE BAYSHORE

Hazme perder

Hazme caer

Hazme tuya

Hazme elegir

Hazme arder

Hazme sonreír

CONTENIDOS

ACERCA DE 'HAZME PERDER'
DEDICATORIA
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
EPÍLOGO
NO TE PIERDAS 'HAZME CAER'...
NOTA DE LA AUTORA
MANTENTE EN CONTACTO

SOBRE 'MAKE ME LOSE'

Grayson Daly y yo no solo somos rivales. Somos enemigos.

Nacimos con minutos de diferencia el mismo día en el mismo hospital, así que nuestros padres pensaron que estábamos destinados a estar juntos. Nosotros sabíamos que solo estábamos destinados a *vencernos* el uno al otro.

La competencia se intensificó hasta el penúltimo año de preparatoria, cuando la guerra fría se convirtió en una inesperada oferta de paz. Quizás mis hormonas me permitieron notar sus hombros anchos, sus tormentosos ojos gris azulado y su cuerpo cincelado de estrella de fútbol. Pero después de que me enamoré de él… me destrozó el corazón.

Diez años después, estoy en la cima del negocio inmobiliario en Bayshore y Grayson es solo un vago recuerdo. Hasta que aparece, llegado de Nueva York, con un ego más grande que un rascacielos, y me pide que venda la casa que acaba de heredar.

Es fácil decir que no. Aunque quiero treparlo como a los pasamanos de los que nos colgábamos en las pulseadas.

Pero olvidé que Gray no acepta un no por respuesta. Y que no se queda tranquilo hasta que me derrota.

Se entromete en mis tardes en el barco. Me arrastra a duelos de esquí acuático. Incluso aparece en el bar y arma una escena cuando estoy buscando cita para el próximo Baile del Bicentenario.

Es casi como si estuviera empeñado en ganarme a *mí*.

Pero si él gana, eso significa que yo pierdo.

Y todavía no estoy lista para ceder la victoria.



¡Suscríbete al boletín de Ember Leigh para recibir novedades sobre todo lo sexi, divertido, conmovedor y ocasionalmente angustiante! Como agradecimiento por suscribirte, te enviaré una historia GRATIS ambientada en el mundo angustiante y emotivo de mi nueva serie, *The Bad Boys of Wall Street.* Haz clic aquí para recibir *The Price of a Promise.*

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a FunCoast y a todos los salvajes y maravillosos veranos pasados en las orillas del lago Erie.

CAPÍTULO UNO

HAZEL

—Lo único que digo es que no puedes llevar a tu papá.

Es una lástima que mi mejor amiga, London, no pueda verme poniendo los ojos en blanco. Se habría reído tanto que se le habría salido la bebida por la nariz. Pero la verdad es que estoy sola en mi espaciosa oficina frente al lago. Son las diez de la mañana. Ya me terminé el café y me muero por otro. Y solo yo puedo sentir la fuerza con la que mis ojos se van hacia atrás en sus cuencas.

—Sí. Entendido. ¿Y sabes qué? —replico, tomando mi taza de café vacía. El vacío que encuentro es deprimente, pero no lo suficiente como para hacer otro viaje a la linda cafetería de la esquina, The Daily Grind—. No voy a llevar a mi padre al Baile del Bicentenario. Nunca lo planeé.

London es una cabrona. Pero la amo, así que la conservo a mi lado. Además, me conoce mejor que nadie en la Tierra. Fuimos juntas a la preparatoria aquí en Bayshore, pero no fue ahí donde realmente conectamos. La magia para nosotras ocurrió en la universidad, cuando fuimos a la Universidad Estatal de Ohio. Antes

de que supiéramos qué carajos estábamos haciendo. Antes de que supiéramos lo jodidamente geniales que resultaríamos.

Geniales y crónicamente solteras.

—Hazel, sé que amas a tu papá —dice London—. Yo amo a tu papá. Pero necesitas encontrar una cita. Una cita de verdad. Y tiene que ser guapo. Como, guapo *a tu nivel*.

Suelto un suspiro, como si eso fuera a ayudar en algo. London regresará a casa para el Baile del Bicentenario y alquilará una habitación en el hotel boutique a unas cuadras de mi oficina porque planea totalmente ligarse a algún bombón olvidado de nuestro pasado colectivo.

Yo, por otro lado, vivo en Bayshore de forma permanente. Lo que significa que tengo mi propia y cómoda cama *king size* en mi propia y tranquila calle arbolada, y un conocimiento muy íntimo de cuántos bombones no olvidados quedan aquí. Y las cifras son deprimentes.

Deprimente nivel: *Tinder ha dejado de mostrarme candidatos*.

—Creo que se te olvida cómo es nuestro pueblo —le recuerdo, golpeteando un bolígrafo contra varios puntos del borde de mi escritorio. Mi mirada se desvía hacia las ventanas que cubren la pared norte de la oficina. Briggs Bay brilla con un azul verdoso a una cuadra de distancia. Una lancha a motor corta el agua, dejando una estela espumosa de crestas blancas a su paso. Aunque estoy en la comodidad del aire acondicionado, puedo sentir la mordida húmeda en el aire de la mañana simplemente mirando el lago.

Es una sensación que he llegado a amar.

Como prácticamente todo de Bayshore. Excepto por su sorprendente escasez de hombres solteros de mi edad, claro está.

—Oh, no —dice con pesar—. Lo recuerdo. —No vuelve muy a menudo, como muchos de nuestra generación. A los que se quedaron, los veo con regularidad, dado que casi todo el mundo en este condado me utiliza para sus necesidades inmobiliarias. Eso significa que le tengo tomado el pulso a quién es quién, quién está casado y quién se ha venido abajo en Bayshore.

Y ahora que mi generación se acerca al final de la veintena, te sorprendería la cantidad de gente que no se vino abajo sin más, sino que se deslizó hasta allí como por un tobogán súper engrasado.

—¿Y qué hay de los hermanos Daly? —pregunta London, lo que me arranca otro suspiro de los labios.

Por supuesto. Los hermanos Daly. Los solteros perpetuamente guapos que solían pavonearse por este pueblo como una bandada de gansos viriles: ruidosos por lo guapos que son todos, y un poco peligrosos porque probablemente te perseguirán durante un almuerzo tranquilo en el parque y te romperán el corazón. No es que los gansos rompan corazones habitualmente, pero ese no es el punto.

Probablemente estoy resentida. Todavía. Solo han pasado diez años, pero una parte de mí no ha perdonado del todo a Grayson Daly por sus payasadas de ganso viril. Aparte de Grayson, amo a la familia Daly. Crecí con esos chicos. Y a pesar de que uno de sus hijos salió cabrón, realmente quiero a la mamá de Grayson. No es su culpa que Gray sea un idiota arrogante. En realidad, no es cierto; su padre, intenso y trepador, probablemente tuvo algo que ver con cómo resultó Grayson. Tuvieron otros cuatro hijos buenos, así que, estadísticamente, uno tenía que salir malo.

—Dos de ellos viven fuera del estado —dije, frunciendo el ceño mientras intentaba volver a concentrarme en mi computadora. Unas cuantas personas pasan frente a mis ventanales que dan a Water Street. Llevan mapas, lo que los identifica como parte de los miles de turistas que pueblan este pueblo en temporada alta—. Dominic vive en el área de Cleveland, creo. Y los dos más jóvenes todavía andan por aquí. Veo a Maverick de vez en cuando. Normalmente está drogado.

London resopló. —Bueno, esos dos son un poco jóvenes para mi gusto.

Mi ceño se frunce aún más. No me gusta hablar de gustos cuando se trata de los hermanos Daly. Durante un breve y psicótico período de mi vida, estuve enamorada de Grayson Daly. Y luego se cagó en mi confianza. Nos graduamos, y después de algunas otras actividades que forjaron mi carácter, aquí estoy. La agente inmobiliaria más exitosa para mi edad en todo el estado de Ohio, vestida para matar todos los días.

—Entraré a Craigslist —digo—. Pondré un anuncio. «Se busca cita súper guapa para el ducentésimo cumpleaños de Bayshore. Debe estar dispuesto a posar para un sinfín de fotos, comprar todo mi champán y aparecer en mi Instagram como una pareja adorable».

—Así se habla —me anima London.

—Genial. Sabes, acabas de estar de acuerdo con mi idea de buscar una cita en Craigslist. Esto significa que he tocado fondo. —Sonrío mientras la molesto. Mi ventana de diez minutos para tontear está terminando. Estos descansos programados para llamar a amigos y familiares me mantienen viva en mi acelerado negocio inmobiliario. Trabajo casi ochenta horas a la semana la mayoría de las semanas. Sin embargo, amo mi trabajo, lo que he creado. No es una carga. Es la vida de mis sueños. Vivir en mi pueblo natal, en mi acogedora casa a dos cuadras de Briggs Bay y, un poco más allá, las extensas y agitadas aguas del lago Erie.

—Yo no llamaría a tu vida amorosa *tocar fondo* —dice London—. Más bien… patética.

Resoplo. Aún mejor. Pero no se equivoca. Las campanitas de la puerta principal de mi oficina tintinean, señalando a un recién llegado. Tenía mis tacones negros brillantes de diez centímetros apoyados en el borde de mi escritorio, con una falda ajustada subiéndose un poco más de lo profesionalmente aceptable. Me enderezo de golpe, echando un vistazo al recién llegado.

Debe medir como un metro ochenta y ocho. Hombros anchos, una complexión a medio camino entre una estrella de fútbol americano y una de fútbol. Ojos azules tormentosos que me atraviesan desde el otro lado de la galería.

Se me cierra la garganta de inmediato. Desvío la mirada bruscamente, no sea que este hombre se dé cuenta de que sé quién es.

El hombre del que hablábamos hace solo unos momentos. Como si esta conversación lo hubiera invocado de las profundidades del infierno.

Grayson Maldito Daly.

—¿Estás ahí? —pregunta London.

Fuerzo mi voz para que suene normal. Mantengo la vista en mi computadora, como si fuera la persona más ocupada, más importante y menos afectada del mundo en este momento. —Aprecio mucho su llamada. Creo que nuestra colaboración será extremadamente lucrativa. Gracias, George Clooney, por su interés en Hazel Homes. —Azoto el teléfono en su base, con el corazón desbocado.

Esa es la otra cosa sobre Grayson.

Él y yo, hemos tenido esta racha competitiva asesina desde el día que nacimos.

Y aparentemente, eso fue invocado de las profundidades del infierno junto con Grayson.

Dirijo mi mirada hacia él, pestañeando, y le dedico la sonrisa más radiante que puedo reunir. —¿Hola! ¿En qué puedo ayudarte? —El corazón me late tan rápido que podría desmayarme. No tengo idea de cómo manejar esto. Todo lo que sé es que mis viejas respuestas están surgiendo de lo más profundo de mi ser como si no hubiera pasado el tiempo. Las respuestas que me empujan a ganar, a vencer a Grayson, a ser mejor que él.

Y aparentemente, el mejor camino a seguir es actuar como si nunca antes hubiera visto a este diablo guapo.

Grayson esboza una sonrisita de suficiencia, del tipo que me transporta directamente a ese período psicótico en el que me enamoré de él durante tres meses. Excepto que ahora es mayor, más refinado. Lleva un traje gris medio que se encuentra a medio camino entre Chic de Multimillonario y modelo de Vogue. Zapatos de cocodrilo que terminan en punta. Se mete las manos en los bolsillos mientras comienza un insoportable contoneo hacia mí.

—¿De verdad vas a actuar como si no supieras quién soy?

El bajo ronco de su voz envía calor directamente a mi entrepierna. Parpadeo con recato durante unos momentos, fingiendo mi mejor cara de confusión. Lo miro entrecerrando los ojos. Dejo que se alargue. Quizás demasiado.

—Hazel —dice—. Déjate de estupideces.

Su tono autoritario me irrita tanto que hago exactamente lo que dice. Aprieto los labios en una línea delgada. —Oh, cielos. Sí,

Grayson Daly. Solo puedes ser tú. —Evito su mirada mientras me pongo a reorganizar mi escritorio. Cualquier cosa para no mirar su cuerpo imposiblemente guapo, su cabello oscuro rapado a los lados pero más largo en la parte superior, permitiendo que surja una onda deliciosa. —Lo siento, no te reconocí. —No puedo evitarlo. Las palabras se me escapan—. Envejeciste.

Ladea la cabeza, con una expresión como de *«oh, vamos»* surcándole la cara. —Soy diez minutos mayor que tú, así que supongo que sientes lo mismo por ti misma.

Uf. Siempre me echaba en cara esa mierda de que era *diez minutos mayor que yo* cuando éramos niños. Como si eso le permitiera ganar al final. Pues ya no. Voy a tomar mis diez minutos extra de juventud y a aprovecharlos.

—Estoy tan resplandeciente y radiante como se puede estar —digo, lanzándole una sonrisa plastificada—. Una verdadera fuente de la juventud. —Mientras lo enfrento, trato de verme en mi mente. Esperando que mi lápiz labial rojo bombero no esté corrido. Nunca lo está, pero el día que aparece Grayson, nunca se puede estar demasiado segura. Agradezco a los dioses que me arreglé las cejas a principios de esta semana. Me habría preparado más si hubiera sabido que Grayson iba a entrar en mi oficina como si estuviera audicionando para el papel de Empresario Indiferente. Pero tendré que apañármelas con lo que tengo—. Ahora, ¿en qué puedo ayudarle, señor?

Un bufido de molestia se escapa de sus labios. Tratarlo como si no lo conociera, como si no me importara; este es mi nuevo plan de ataque.

—Pensé que podrías ayudarme a vender una casa. —Mueve la mandíbula de un lado a otro mientras su mirada recorre mi oficina. Las paredes son de un blanco brillante con marcos negros de estilo gótico salpicando la pared principal donde se exhiben mis premios, certificados y licencias. No soy de colores vivos. Dame todos los tonos de negro, morado y gris, y soy una mujer feliz. Viviría dentro de un estampado de pata de gallo si pudiera—. No la necesitaré, ya que no podrías pagarme un millón de dólares para vivir en Bayshore.

Aprieto los dientes. Ahora sé cuál es *su* plan de ataque. Y es sumamente molesto.

—Ah. Es verdad. ¿Quién querría vivir en el pueblo playero número uno del Medio Oeste? La calidad de vida debe ser algo que no te atrae —replico, comenzando a escribir un correo electrónico. Solo para tener algo que hacer con las manos. No hay nada en el campo *Para*. Estoy tecleando galimatías.

—Las poblaciones de más de cien mil habitantes me atraen —dice Grayson, sacando el sillón que está frente a mi escritorio. Se aclara la garganta y luego hace un gran espectáculo al sentarse. Me llega una ráfaga de su colonia. Es almizclada y terrenal y probablemente carísima. Como Gucci mezclado con leñador—. Broadway me atrae. Los restaurantes diversos me atraen. Más de un cine me atrae.

Debe vivir en una gran ciudad. Probablemente Nueva York. Pero está bien. Él no sabe que la gente está abandonando las grandes ciudades en masa para venir a lugares como Bayshore. No sabe lo mucho que me estoy forrando con el reciente cambio hacia el movimiento de pueblos más pequeños, vidas más pequeñas.

—La arrogancia siempre te ha atraído también —digo, sonriéndole sin mirarlo—. De hecho, es uno de tus trajes más fuertes. —La palabra me hace mirar el traje que lleva puesto. Gran error. El correo electrónico que estoy escribiendo ahora dice «skkskkkksksskk sk vete a la mierda».

Él muestra una sonrisa sin humor. Su rodilla rebota. —¿Así que vas a venderme esta casa o no?

—No.

—Mi abuela falleció —dijo, y el filo desapareció de su voz. Su mirada se posó en el suelo. *Mierda.* No vi venir esa. —Esta era su casa.

—¿Se supone que eso me hará cambiar de opinión?

—Más o menos.

El silencio cae con fuerza entre nosotros, y me arriesgo a mirarlo de nuevo. Esos ojos tormentosos suyos no han cambiado, ni un poquito. Sus cejas casi negras están juntas. Como si estuviera suplicando en silencio. O rogando. Aunque Grayson nunca rogaría.

Aun así, la quietud entre nosotros disuelve algunas de mis defensas. Grayson es un bombón, más que cuando estábamos en la preparatoria y terminó siendo elegido rey del baile. Tiene ese aire que hace que las mujeres se derritan de deseo por él. Y demonios, a mí me pasa lo mismo. Aunque lo odio. Si fuera una quinta parte menos cabrón, estaría encima de él.

Y si no me importara mantener esta competencia de décadas, abandonaría mi moral y me lo tiraría ahora mismo.

Pero no. Tengo algo que demostrar.

—Siento tu pérdida. ¿Por qué estás vendiendo la casa? —resoplo. Estoy tratando de caminar por esa delgada línea entre perra y compasiva. Su abuela no hizo nada malo. La conocía; había sido una mujer encantadora. La propia madre de Grayson había venido a darme la noticia hace unos días, lo que marcó el inicio del nudo en mi estómago, solo de *saber* que Gray podría regresar a Bayshore.

Aunque una parte de mí estaba segura —o quizás simplemente esperanzada— de que no volvería para el funeral de su abuela.

Parece que me equivoqué.

—Ya te lo dije. Nadie podría pagarme suficiente dinero para quedarme en este pueblo lento y sin interés. —El brillo malvado regresa. Se acabó mi lado blando con él.

—Nuestra lenta y poco interesante población no puede esperar a deshacerse de ti —le aseguro—. Y vas a tener que encontrar a alguien más para vender tu casa. De alguna manera, con las aproximadamente trescientas personas que crees que viven aquí, he logrado ganar millones. —Es una ligera exageración. He *facturado* millones. Él no necesita saber eso—. Lo que significa que no necesito tu dinero. Que tengas un buen día.

No se mueve, aunque creo que capto un rastro de pánico en él. O tal vez quiero que sea así.

—Eres la única agente inmobiliaria en el pueblo —replica Gray.

—No es cierto. Hay una agencia inmobiliaria muy competente, aunque enormemente infrautilizada, al final de la calle —le recuerdo. Es Cabanas Real Estate, dirigida por la familia Cabana. Son buena gente, pero ya sé por qué Grayson no puede ir allí. Los Daly y los Cabana se odian a muerte desde hace casi veinticinco años. Lo que

empezó como una amistad de vecinos de muelle se convirtió en un escándalo de infidelidad y luego en un resentimiento activo. Hay una enemistad al estilo de *Romeo y Julieta* latente entre estas familias. Que Dios ayude al hijo Daly que vaya tras una chica Cabana.

—Hazel —dice, como si recordarme mi nombre fuera a ayudar a su causa. En respuesta, le envío una bonita sonrisa—. Vamos.

—No estoy segura de qué quieres que haga. Todos los clientes están a mi discreción. —Me inclino hacia adelante, agarrándome los codos, levantando mis pechos ya levantados. Solo para darle un vistazo delicioso de mi escote. No sé si él todavía piensa en mí alguna vez o si se ha preguntado en qué me convertí desde que me plantó justo antes del baile de graduación.

Pero en caso de que haya pensado en mí, en caso de que alguna vez se haya preguntado qué fue de la pequeña y nerd Hazel, la chica a la que se propuso hacer miserable, a la que quería vencer en todos los sentidos posibles…

Bueno, aquí tiene su respuesta.

Hazel gana.

CAPÍTULO DOS

GRAYSON

Sería un error decir que he odiado Bayshore toda mi vida.

Más bien, mi desdén por mi pueblo natal fue un guiso que se cocinó a fuego lento. Empezó con algunos ingredientes —inviernos largos y aburridos, la frustración de adolescente por la falta de cosas que hacer— y luego, cuando llegué al final de mi adolescencia, se espesó hasta convertirse en algo más. Un verdadero y profundo desagrado con múltiples matices.

Pero, ¿saben qué *sí* ha durado toda mi vida?

La competencia con Hazel.

Salgo furioso de su oficina, abriendo la puerta con toda la fuerza que puedo. Las campanas tintinean alocadamente, como el trineo de Santa estrellándose contra una casa, y no le dedico otra mirada mientras me dirijo a mi auto. Debería haber sabido que ni siquiera valía la pena intentarlo con esa mujer. Lo había hecho como un favor a mi madre, que acababa de perder a *su* madre, mi abuela, la dulce abuelita Ethel. Debería estar haciendo todo lo posible por mi mamá en este momento.

Y lo intenté. Incluso aceptar poner un pie en Hazel Homes requirió de un gran diálogo interno para darme ánimos. Hazel y yo no tenemos la mejor historia. Es una mezcla a partes iguales de una infancia idílica con el tipo más feroz de competencia que la mayoría de la gente jamás ha conocido. En cuanto abrió la boca, supe que había vuelto a las andadas. Intentando *ganarme*.

En realidad, no es culpa nuestra. Tuvimos la mala suerte de nacer el mismo día, así que en todas nuestras fotos de recién nacidos salimos juntos. Como resultado, la gente pensó que esto significaba que nos casaríamos, algo que la población general de Bayshore se aseguró de decirnos a la cara todo el maldito tiempo.

Pero Hazel y yo tenemos algo que podría llamarse un problema con la autoridad. Al menos una cosa en común. Así que todos los ánimos para que estuviéramos juntos fueron contraproducentes y engendraron algo totalmente diferente. Totalmente *opuesto*, de hecho.

Pensé que diez años de separación podrían haber permitido que las cosas se enfriaran.

Pero con Hazel, no se permite enfriamiento alguno. Me hace hervir de nuevo con una sola mirada.

En todos los sentidos posibles.

Abro de un tirón la puerta de mi auto y me desplomo dentro, soltando un suspiro pesado. Me tomo un momento en el aire fresco con olor a cuero para recordar quién carajo soy y de qué se trata todo esto. No puedo quitarme de la cabeza los tacones de Hazel. La imagen de sus pies apoyados en el escritorio, sus piernas de seda color crema a la vista, sus labios de un rojo provocador entreabiertos cuando me vio… joder. Me dieron ganas de arrancarle esos tacones y lanzarlos al otro lado de la habitación. Decirle que podríamos pasar un tiempo poniéndonos al día sobre los últimos diez años.

La verga me palpita. No es buena señal. Llevo mucho tiempo sin follar, así que es comprensible. Es una reacción totalmente normal al ver a una mujer atractiva. No se puede culpar a mis ojos por seguir encontrando atractiva a Hazel y enviar el mensaje a mi verga de que la unidad colectiva de Grayson querría tirársela. No significa nada. Es pura ciencia.

Aprieto la mandíbula mientras saco el teléfono del bolsillo. Rozo mi verga. Ahora estoy completamente duro. Pensar en Hazel no es un buen plan. Me la follaría hasta dejarla sin sentido si me dejara, seré sincero. La Hazel nerd de la que me enamoré en la preparatoria se ha convertido en una mujer que no estaba preparado para contemplar hoy. No sabía qué esperar.

Mi mamá me advirtió que había florecido, pero se olvidó de mencionar que se había convertido en un rosal. Preciosa, con un aroma dulce, rebosante de belleza y jodidamente espinosa. Probablemente estoy sangrando por alguna parte ahora mismo.

—¿Mamá? —No puedo ocultar la irritación en mi voz una vez que contesta—. Acabo de pasar a ver a Hazel.

—¿Cómo te fue? ¿Qué piensa de la casa?

Cierro los ojos con fuerza. Llevo en el pueblo menos de veinticuatro horas. Hay un montón de detalles que atender cuando alguien fallece. —Eh, no fue muy bien. Se negó rotundamente a vender la casa por mí. Parece que voy a tener que buscar en otra parte.

Mi mamá chasquea la lengua, y luego empieza una larga y murmurada retahíla de: —Oh, no, no, no. Eso no puede ser.

—Lo siento, mamá. —Miro por el parabrisas la larga carretera de la costa que se extiende ante mí. El verano en Bayshore está casi en pleno apogeo, pero algunos arbustos de lilas que bordean la carretera todavía tienen sus flores. Esta es la mejor época del año para estar aquí. Incluso en mi afán por seguir adelante, mudarme y hacer todo el dinero del mundo, nunca pude negar lo mágico que era Bayshore en verano—. La venderé por mi cuenta o algo. Ya encontraré la forma.

—Cariño, harás que Hazel venda esa casa —dice mi madre, con una voz extrañamente severa—. Que no te quepa la menor duda.

—Que no me quepa… —Me detengo, respirando lentamente—. Mamá. Dijo que no. Es su decisión. Ella misma lo dijo.

—Vuelve allí y habla con ella.

—Probablemente me apuñale en el ojo con sus tacones diabólicos —digo. Excepto que los tacones no son diabólicos. Los tacones están perfectamente bien. *Demasiado* bien.

—Es un riesgo que tienes que correr —dice mamá—. Las alternativas no son alternativas. —La críptica declaración tiene sentido para mí. La otra agencia principal del pueblo es propiedad de la familia Cabana, y todavía están en la lista negra de mamá y papá por algo que pasó en los años 80.

Arranco el auto, sopesando mis opciones. Me quedo callado tanto tiempo que mi mamá espeta: —¿Gray? ¿Me oyes?

Aprieto los dientes. Y como siempre hago cuando me veo acorralado por mi lealtad y devoción, murmuro: —Sí, madre.

—Vamos a ver la casa ahora. Te veo allí.

Su idea no deja lugar a dudas. Ha estado queriendo recorrer la casa conmigo. Mi nueva posesión. Es extraño pensar que ahora de repente soy dueño de una propiedad en Bayshore. Es un poco absurdo, en realidad. Si no fuera por mamá y papá, nunca vendría por aquí. Tal como están las cosas, apenas lo hago. Hay algunas razones para ello. Pero sobre todo, es un lugar que he dejado atrás en el polvo. Y en la vida, no hay tiempo para retroceder o hacerse más pequeño. Solo hay espacio para algo mejor. Para algo más alto. Para más.

Bayshore simplemente no es lo suficientemente grande para mis ambiciones.

Mi mente divaga hacia Hazel mientras manejo pasando la dársena. El cielo es de ese color azul que parece de caricatura. Como si la única fuente fuera la paleta de un artista. Unos cuantos veleros están saliendo de los muelles, y el lago parece tranquilo, casi sereno.

La brisa de principios de verano que llena mi auto es embriagadora. Me recuerda tantas cosas. Mañanas perezosas en casa de mi abuela, jugando al escondite con mis hermanos mientras ella tendía la ropa en el patio trasero. Me recuerda a mirar el día brillante mientras la señora Larchmere terminaba su clase sobre Chaucer en la clase de inglés de tercer año.

Me recuerda a ese período maravilloso cuando Hazel y yo declaramos una tregua al final del tercer año. Cómo jugábamos feroces partidos de tenis, exigiéndonos al máximo, solo para terminar en sesiones secretas y apasionadas de besuqueo en la esquina de la cancha.

Aparto la nostalgia una vez que llego a la antigua casa de mi abuela. La claridad y la compartimentación son mis aliadas ahora. Tengo un montón de emociones que reprimir, y ni loco voy a dejar que el sentimentalismo gane tan temprano en mi visita a casa.

Mi mamá me sonríe mientras entro en el camino de entrada, llevando unas gafas de sol de ojo de gato con un chal ligero ondeando detrás de ella mientras extiende los brazos antes de que haya estacionado el auto. Como si ya me estuviera abrazando en su mente. No puedo evitar sonreír mientras salgo del auto y la envuelvo en un gran abrazo.

—Me viste esta mañana —le recuerdo.

—Lo sé, cariño —murmura ella, dándome palmaditas en la espalda —. Lo sé.

No vengo lo suficiente. Lo entiendo. Ambos miramos la antigua casa de la abuela. Ella y el abuelo vivían originalmente en Maine, luego se mudaron para acá por el trabajo del abuelo en el ferrocarril. Empezaron en esta casita, luego compraron una segunda más grande para su creciente familia. Y sinceramente, no entiendo por qué la abuela me dejó a mí la parte más sentimental de su historia. El lugar donde todo empezó.

—No he estado aquí en *años* —murmuro, metiendo las manos en los bolsillos. Mamá me guía hacia la puerta principal por el pequeño e irregular camino de ladrillos. Margaritas descuidadas crecen en densos racimos a un lado. Los arbustos han crecido sobre el camino y parecen más apropiados para el exterior de una casa embrujada. El lugar necesita mucho trabajo, pero a pesar del toque de abandono, es realmente bonito.

Sin embargo, todo lo que puedo pensar es en cómo un lugar como este alcanzaría *millones* en el mercado de la ciudad de Nueva York. Si de alguna manera pudiera teletransportar esta propiedad a Brooklyn o a los Rockaways y venderla en *ese* mercado, diablos, estaría en camino a invertir para alcanzar el estatus de multimillonario. Hay una pequeña empresa emergente en la que estoy listo para invertir. Una red social que parece prometedora, como Facebook sin todos los problemas de privacidad y culpa. Quiero ser uno de los primeros inversores, porque me he propuesto

ser el Daly más rico a los treinta años. Y esta inversión *dará* sus frutos.

Solo me falta un poco del dinero inicial. Y los fondos de la venta de esta casa irán directamente a esa empresa.

Las tablas del suelo crujen mientras comenzamos un lento y nostálgico paseo por la casa. No hay muebles, y casi todo está polvoriento. Adentro huele a una combinación de infancia y abandono, a pura naftalina y madera tostada por el sol. Mamá alterna entre suspiros pensativos y chasquidos de lengua. El viaje por el carril de los recuerdos es ruidoso.

—Todavía se ve genial —digo una vez que hemos llegado al dormitorio principal de arriba. Tiene unos noventa metros cuadrados, lo que para mí, después de una década en Nueva York, parece una mansión. Miro por el ventanal, que da al pequeño patio delantero y a la estrecha calle que lleva hacia el agua. La bahía brilla con un color turquesa y está picada; me pica la piel con ganas de ir a la playa. Aparte de todas las cosas tristes que están surgiendo, necesito tratar esta visita como unas vacaciones. Lo que significa meterme en el agua, lo antes posible.

—Deberías considerar seriamente quedártela —dice mamá, con la mirada perdida hacia la bahía. Apenas se ve el muro de rocas que separa la bahía de donde se abre al lago Erie. Si vas hacia el norte por el agua, llegarás a Canadá. Cuando era niño, solía pensar que estaba lo suficientemente cerca como para nadar hasta allí. Mi hermano mayor, Dominic, me retó a intentarlo una vez, y lo hice. Casi me muero ese día, y él solo se rio mientras yo iba a urgencias. Una de las muchas razones por las que apenas nos hemos hablado a lo largo de los años.

Una vez que llegamos a la preparatoria y empezamos a pensar en el futuro, Dom se convirtió en un completo imbécil. Peor incluso que cuando éramos más jóvenes. Y claro, mucho de eso tenía que ver con papá. La forma en que siempre nos empujaba a apuntar alto engendró una feroz competencia entre todos nosotros, pero la peor de todas fue entre Connor, Dom y yo.

Y eso solo amplió el abismo entre mis hermanos y yo. Me hizo estar aún más decidido a salir del nido y demostrarles a Dom y

Connor que podía ser el mejor. Demostrarle a papá que no solo tendría éxito, sino que tendría *más* éxito que él como director general del Hospital de Bayshore. Lo que significaba que Nueva York era el único lugar adecuado para mí, y seis era el número mínimo de ceros que planeaba tener en mi cuenta bancaria a los treinta años.

—No tengo ninguna razón para quedármela. —Exploro las casas de los vecinos desde esta posición ventajosa, lo que puedo ver de ellas a través de los árboles, al menos. La mayoría de las casas de este barrio se construyeron en la década de 1930, pero desde entonces el vecindario se ha convertido en un punto de acceso para alquileres vacacionales. La bahía está a una cuadra. La playa de arena está a dos minutos a pie de mí en este momento. Es imposible encontrar un lugar mejor en Ohio.

—Tienes muchas razones para hacerlo —insiste mamá, cruzándose de brazos. Aquí vamos—. En primer lugar, sería agradable verte más de una vez cada dos años.

—Hacemos videollamadas todo el tiempo.

—¿Y tus hermanos? ¿Alguno de ustedes se da cuenta de que tienen hermanos?

Me quedo en silencio, buscando en el vecindario algo de interés para cambiar de tema. No necesito confirmar lo que ella ya sabe: que apenas hablo con la mayoría de mis hermanos. Me avergüenza, aunque no sé muy bien por qué. Dom y yo nunca nos llevamos bien, así que no hablar con él no es gran cosa. Connor y yo nos enviamos muchos mensajes de texto y nos hemos visto un par de veces en viajes de trabajo. Pero, ¿los demás?

Mi mirada queda atrapada por una mujer con una falda lápiz negra y tacones altos. Un brillante cabello castaño está recogido en un moño bajo. Se me encoge el estómago.

—Oh, diablos —murmuro, inclinándome hacia adelante para confirmar. Es Hazel. *Tiene* que ser Hazel. Reconocería esas pantorrillas cremosas a cualquier distancia. Me quedo momentáneamente hipnotizado por el contoneo de su trasero.

—¡Mira! Es Hazel. —Mamá suena demasiado complacida.

—Sí. ¿Qué está haciendo aquí?

—Está en su descanso. —Mamá me dedica una sonrisa molesta—. Conduce a casa, almuerza y luego camina por la cuadra todos los días en su descanso.

—¿Con esos tacones? —pregunto, lo cual fue una estupidez. Mi mirada va directamente hacia ellos. Frunzo el ceño, como si esto pudiera ayudar a convencer a mi ritmo cardíaco de que vuelva a la normalidad.

—Nuestra Hazel es la estrella del vecindario. —La voz de mamá es ahora etérea, como si Hazel se hubiera ido a Hollywood, o quizás al Más Allá—. La estrella de Bayshore, en realidad.

—¿Por qué? Todo lo que hace es vender casas. —No puedo apartar la vista de su figura que se aleja. Gira a la derecha en la carretera que bordea la costa, y en solo unos segundos la pierdo de vista. Parpadeo un par de veces. La niebla se disipa. Puedo pensar de nuevo—. No es tan difícil. Podría sacarme la licencia de agente inmobiliario mañana y hacer lo mismo. Y probablemente vender más que ella.

Mi mamá se ríe y niega con la cabeza.

—Hablo en serio —insisto.

—¡Entonces hazlo! —replica mamá—. Te mantendrá por aquí.

Gruño, apartándome de la ventana. —No puedo. Sería demasiado fácil.

—Siempre compitiendo —dice mamá en voz baja. Y no se equivoca—. Aunque quizás el hecho de que ustedes dos se hayan estado llevando a matar toda la vida los convirtió en quienes son hoy. Tú, mi chico de la gran ciudad, y Hazel, la reina del pueblo.

—Si Hazel obtiene el título de reina, entonces yo debería ser el rey.

—Tendrías que casarte con ella para conseguir ese título —dice mamá, apretándome el brazo.

Dejo escapar un sarcástico: —*Ja, ja.* —El matrimonio es algo en lo que me gustaría incursionar algún día, pero no ahora, y *nunca* con alguien como Hazel. No importa cuán respingonas sean esas nalgas, no importa cuánto desee deslizar las yemas de mis dedos por el arco de porcelana de sus pantorrillas, Hazel está fuera de discusión.

—Ella preferiría ensartarme con su tacón de veinticinco centímetros que dejarme arrodillarme frente a ella. —De nuevo, muy

estúpido. Más pensamientos sobre esos tacones. Pero sigo adelante —. No sé qué tiene esta ciudad que piensa que Hazel y yo somos almas gemelas perdidas, pero estoy bastante seguro de que les hemos estado demostrando a todos durante aproximadamente veintiocho años lo equivocados que están.

Mamá sonríe con nostalgia, caminando hacia el pasillo, ignorándome por completo. —¿Viste el cartel publicitario al entrar al pueblo? ¿En la Ruta 2?

La sigo fuera del dormitorio principal. Nuestros pasos retumban al bajar las escaleras mientras intento recordar de qué está hablando. —Hay como trescientos carteles dentro de los límites de la ciudad, mamá.

—El cartel de *Hazel* —dice, y entonces se me encoge el estómago y lo recuerdo. *Joder.* Sí, lo vi. Lo vi demasiado bien. La figura característica de Hazel, apoyando el trasero en la pared de una casita adorable. En grandes letras negritas, el anuncio dice: «Pregúntale a Hazel». Eso es todo. Mujer sexy insinuando bienes raíces. No até cabos hasta que la vi en su oficina hace un rato.

La estrategia de marca de la mujer es brutal. Y en cierto modo me encanta.

—Sí —admito con tristeza—. *Pregúntale a Hazel.* Por supuesto que era la agente inmobiliaria número uno de la zona. Los solteros probablemente se pelearían por vender casas que no poseían. Poniendo a la venta la vieja casa de papá mientras él se duchaba. Convenciendo al tío Jack de vender un dúplex a medias solo para volver a comprarlo. Podía ver a los hombres haciendo locuras por la oportunidad de estar cerca de esa bomba sexy de alambre de púas —. No me llamó mucho la atención. Fue un poco… críptico, la verdad.

—No te pases de listo —advierte mamá.

—No me estoy pasando de listo —miento—. Fue confuso. «Pregúntale a Hazel». ¿Sobre qué? ¿Sobre cuánto va a languidecer mi alquiler vacacional en el largo invierno de Ohio? ¿Sobre la jugosa tajada que se está llevando de la venta de mi casa simplemente porque sabe cómo usar lápiz labial rojo?

Mamá suspira, largo y tendido.

—Estás siendo un poco malo —dice mamá suavemente, dándome palmaditas en la espalda mientras recorremos la cocina de estilo de los años 70. Dorado oscuro, naranja quemado y suelos a cuadros por todas partes. Necesita un lavado de cara urgentemente. Espero que no afecte el valor de reventa.

—Solo honesto —digo, pero tiene razón. Estoy siendo malo. La cabra siempre tira al monte—. Además, ella fue bastante mala conmigo hoy cuando le pedí que vendiera la casa. —Mala y sexy y una enorme excitación—. Así que digamos que estamos a mano.

—Nunca ha habido un «a mano» entre ustedes dos. O entre tú y Dom —murmura mamá, bajándose las gafas de sol mientras sale por la puerta principal hacia el sol brillante del mediodía. Sonriéndome, me tiende la mano, invitándome a unirme a ella, como hacía durante mi infancia—. Ahora, vamos a almorzar con tu padre y tus hermanos. Los tengo a todos en un solo lugar, y tengo la intención de obligar a mis cinco chicos a que se quieran por todo el tiempo que pueda.

Mamá comienza la lenta caminata de regreso a su casa, que está a una cuadra. Lo que significa que Hazel probablemente esté a una distancia a la que podría oír un grito. Le preguntaría dónde vive, pero no quiero volver a mencionarla. Ni parecer curioso. O peor aún, esperanzado.

Pero no es difícil de averiguar. Si Hazel está caminando por el vecindario en su descanso para almorzar, probablemente vive en algún lugar cercano. Lo que significa que, durante mi visita a casa, tendré que ser extremadamente cuidadoso.

Evitar a Hazel es la prioridad. Si me encuentro cara a cara con ella de nuevo, quién sabe qué podría pasar. Es seguro que una de dos cosas saldrá a relucir: competencia o lujuria desenfrenada.

Y que Dios me ayude si es lo segundo.

CAPÍTULO TRES

HAZEL

Ojalá pudiera decir que al día siguiente todo fue como de costumbre en Hazel Homes, pero no fue así. Para nada.

Cada vez que la campanilla de la puerta principal sonaba con una nueva llegada, se me erizaba la piel. Esperando que fuera Grayson. Deseando otra oportunidad de estar cerca de ese hombre.

Y la idiotez de todo eso me enfurece aún más. ¿Por qué tiene que ser él quien me prenda de esa manera? ¿Todavía, después de todos estos años? ¿No fue suficiente el corazón roto de la preparatoria? ¿La competencia de décadas que nos había convertido en adultos amargados y ambiciosos?

Grayson se me mete en la cabeza como el cemento en un agujero. Se endurece hasta convertirse en una presencia inamovible e inquebrantable. Pensé que a los veintiocho años sería un poco más fuerte. Un poco más terca, y no sé, *cuerda*. Pero no. Grayson Daly aparece y me reduce de nuevo a un charco de adolescente temblorosa y deseosa.

Salvo que esta vez, yo tengo la sartén por el mango. Esta vez, puedo devolvérsela con la misma fuerza, o incluso más. Tal vez para él el pasado ya quedó atrás, pero yo no he olvidado el idiota que fue conmigo en el último año. Fue hace diez años, claro, pero dice mucho de su carácter. Y ese carácter claramente no ha cambiado. Dejando de lado lo sexi que es, yo solo trato con hombres amables, sensatos e inteligentes. Lo que descalifica a Grayson al instante.

Como de costumbre, acepto algunas citas el sábado por la mañana para mostrar casas, pero dejo la tarde y la noche libres con el único propósito de ir al lago. Necesito tiempo para relajarme. Para sacudirme esa sensación pegajosa que Grayson dejó atrás, como una extraña salamandra de la selva.

Todavía es temprano en el verano, así que solo hemos salido unas pocas veces. Pero cuando salgo al lago, suele ser con mi grupo de Bayshore. Unos viejos amigos de la preparatoria, todos solteros y casados con sus trabajos como yo, y luego un par de amigos nuevos, trasplantados de Bayshore que vinieron por el sector tecnológico recién desarrollado en la zona. London estaría aquí si todavía viviera cerca. Suelo enviarle snaps para molestarla, de mí bajo el sol brillante, con el lago Erie de fondo, y el filtro de corazones a todo lo que da.

—¿Usamos los flotadores o qué? —Mi amigo de la preparatoria, Luke, no se molesta en saludarme. Está de pie al borde del muelle, descalzo, sosteniendo dos enormes flotadores de vinilo para que los evalúe.

Los examino, lanzando mi bolso a la parte trasera de la Sea Ray. Todavía estamos esperando a Anthony y Callie, otros dos amigos de la preparatoria, y a Bryce, un recién llegado a la comunidad que es un divertido compañero de copas y que podría ser mi única oportunidad de llevar una cita al baile.

—Quiero esquiar —decido, quitándome las sandalias en el muelle. Subo a la lancha, manteniendo el equilibrio mientras se mece con unas olas que llegan.

Luke gruñe y asiente. —Sí. Es un día para esquiar.

La lancha es de Luke, pero todos cooperamos para la gasolina y los bocadillos, así que es una especie de lancha comunal. Nunca la

sacaría sin Luke, pero aun así, hay un cierto sentido de propiedad entre todos nosotros. Le compramos regalos de Navidad. Es parte de nuestra familia de Bayshore.

Anthony y Callie aparecen después, con sonrisas y lentes de sol, listos para el lago. Anthony nos choca los cinco a todos. Callie se desliza en el asiento junto a mí, acurrucándose como una gata.

—Tengo resaca —gime—. Ya estoy muy vieja para estas cosas.

—Las resacas a finales de los veinte son las peores —confirma Anthony, subiendo a la lancha. Se mece con el peso de su metro ochenta y ocho de estatura. Lleva una gorra de béisbol hacia atrás, sobre todo para ocultar el hecho de que su línea de cabello está retrocediendo.

—Por eso intento evitarlas —le digo, pellizcándole los costados. De alguna manera, ya está bronceada aunque apenas hemos tenido unas dos semanas de clima lo suficientemente bueno como para quitarse la ropa.

—Anthony me llevó a este evento en el Museo de Arte de Cleveland —dice ella, dándole una patada a Anthony cuando pasa a su lado. Él responde con una carcajada. Ellos dos tienen una relación intermitente. Ambos tienen trabajos exigentes, así que creo que siempre buscan desahogarse y no compromisos. Puedo identificarme con eso. Un desahogo suena muy bien en estos días.

—¿Qué onda, familia? —Como si lo hubiera invocado, aparece Bryce, chocando los puños con Luke y Anthony mientras sube a la lancha. Deja su mochila en la parte de atrás con las demás y se queda ahí, sonriéndome radiante—. Hola, Hazel.

—Hola, Bryce. —Ha dejado claro que quiere que tengamos algo. Y, sinceramente, lo he intentado. No es un tipo feo. Piensa en un primo lejano de Nick Jonas. Tuvimos una noche de borrachera hace unas semanas que terminó en muchos besos y caricias. No tenía ganas de tener sexo, así que se fue a su casa, y no hemos vuelto a hablar de ello desde entonces. La cantidad de tiempo que ha pasado sin ningún reconocimiento de nuestro intento fallido de acostarnos conduce a una acumulación matemática de vergüenza. Creo que por eso llevamos cálculo en la preparatoria: para entender los niveles cuánticos de vergüenza posibles en las interacciones sociales.

Y la gente piensa que tengo todo bajo control.

Ni siquiera sé cómo desaparecerle a alguien correctamente.

Luke enciende el extractor de gases. Zumba mientras todos se acomodan. Como de costumbre, yo tengo el bolso lleno de bocadillos saludables. Anthony siempre trae cerveza. Callie suele encargarse de la comida chatarra. Bryce y Anthony se sientan en la parte trasera de la lancha, con los brazos estirados sobre el borde. El sol los ilumina como a modelos de Abercrombie. Por un segundo, me pregunto si tal vez debería estar con Bryce porque está disponible y es fácil.

No sé lo que estoy buscando. Solo sé que Bryce no es eso.

Pero tal vez debería serlo.

Luke enciende el motor y la lancha cobra vida con un estruendo. Tiene una lancha grande, suficiente para que todos durmamos en el camarote y aún sobre espacio. Mientras sale del muelle, una moto acuática se acerca a toda velocidad hacia la zona de carga pública. Luke reduce la velocidad de la lancha y se levanta las gafas para mirar la moto acuática. Creo que está a punto de gritarle al conductor. A Luke le gusta armar alboroto.

—¡No me jodas! —grita. Pero hay risa en su voz. No es porque alguien lo haya hecho enojar. Luke aúlla, bajándose las gafas y dando marcha atrás tan rápido que la lancha da una sacudida.

—¡No puedo *creerlo*! —grita, girando el timón. Se dirige a la zona de carga—. ¡Es el puto Grayson Daly!

El estómago se me va a los pies, y me giro en mi asiento, buscando al culpable. Anthony está de pie y sonriendo, protegiéndose los ojos del sol mientras saluda a su viejo amigo de la preparatoria. Callie gime, dirigiendo débilmente su mirada hacia la bahía.

Y entonces lo veo.

Grayson está agachado junto a la cornamusa del muelle, amarrando la moto acuática. Sus pantorrillas se flexionan, las piernas salpicadas de vello oscuro. Mi vientre se contrae en un puño de hierro mientras me digo que *no* me siento atraída sexualmente por él. Para nada. Definitivamente no me importan los bíceps que se

marcan mientras nos saluda, o la sexy rudeza en su voz mientras responde a gritos a sus viejos amigos de la preparatoria.

Grayson y Luke andaban en el mismo grupo. Anthony estaba en un círculo diferente, pero era amigo de todos. Luke se acerca a velocidad de ralentí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lárgate de aquí —dice—. ¿Qué haces por estos lares?

Grayson apoya las manos en las caderas, luciendo en todos los sentidos como un bombón de lago. Su chaleco salvavidas es de un negro elegante, de alguna manera chic, y combina con su traje de baño blanco y negro. —De vuelta en la ciudad por un tiempo. Mi abuela acaba de fallecer.

Luke suelta una palabrota y Anthony niega con la cabeza. —Siento mucho oír eso, amigo.

—Pero intento disfrutar del lago mientras puedo, ¿sabes? —Grayson muestra una sonrisa ganadora, una que casi me paraliza.

—Claro que sí. Amigo, tienes que venir con nosotros. ¿Qué estás haciendo ahora mismo?

Me hundo más en mi asiento. *Por favor, que no me vea.* Si me ve aquí, podría echarse para atrás. Aunque quiero eso. Definitivamente preferiría que se mantuviera alejado. Como hasta Nueva York.

—Nada, hermano. Soy todo tuyo.

Luke grita de alegría y Anthony levanta el puño. Bryce enarca una ceja, esperando la presentación. Callie agita lánguidamente su dedo índice en el aire.

—Genial —le siseo a Callie—. Qué buena manera de arruinar nuestro sábado.

Ella ríe débilmente. —¡Ah, es cierto! ¡Tú odias a Gray!

Luke me lanza una mirada confundida mientras regresa al asiento del conductor para acercar la lancha al muelle. —¿Qué dices?

—¿No te acuerdas? —Callie se endereza, el color regresa a su rostro—. Hazel contra Gray. ¡Que gane el mejor color! —Está recitando la estúpida frase con la que nuestros amigos solían burlarse de mí. Nadie entendió realmente la rivalidad. Pensaban que era un juego divertido, pero no lo era: era de vida o muerte.

Luke resopla mientras maniobra más cerca del muelle. A estas alturas, probablemente estamos al alcance del oído, y lo odio. —Es

cierto. Gemelos separados al nacer.

—No somos gemelos —mascullo.

Afortunadamente, llevo lentes de sol oscuros, así que puedo espiar a Gray mientras nos acercamos al muelle. Su mirada está sobre mí —chisporroteando, hiriendo mi piel— y me siento avergonzada. Esto es estúpido. Han pasado diez años desde la preparatoria y todavía somos conocidos por esta estúpida rivalidad. ¿Acaso no hemos madurado? ¿No podemos superarlo?

Callie se anima un poco a medida que nos acercamos. Se inclina hacia mí. —Joder, Grayson se puso *buenísimo*.

Esa es la verdad. El agua gotea de su chaleco salvavidas por sus piernas, el traje de baño pegado a unos muslos duros como la roca, chorreando por la curva de granito de su pantorrilla. Aparto la mirada bruscamente antes de poder verle los pies. Siempre me encantaron sus pies. Tenían algo robusto y varonil, lo cual es estúpido, así que no voy a mirar.

Sube a la lancha. Anthony se levanta de un salto y se dan un abrazo de amigos, seguido por Luke. Los oigo presentarle a Bryce, que le ofrece la mano. Grayson es el más alto de los cuatro. También el más guapo. Y definitivamente el del ego más grande. Luego su mirada se dirige hacia nosotras.

Callie se endereza un poco. —¡Hola, Gray! Cuánto tiempo sin verte.

—¿Cómo te va, Cal? —Se dirige hacia nosotras y me quedo helada. No sé cómo actuar en este contexto con él. Como si el arrebato de ira de hace dos días no hubiera ocurrido. Miro a todas partes menos a él.

—Callie, deberíamos dejar que se siente aquí para que pueda hablar con Luke —digo en voz baja, enviándole una sonrisa forzada a Gray. Esta es la Hazel adulta brillando ahora. La que sabe cómo enfrentarse a su rival de la infancia y tomar el camino correcto. Me levanto, recogiendo mi bolso y mi toalla. Me dirijo hacia la pequeña escalera que lleva a los asientos de la proa—. ¿Callie?

—Ah, sí. —Se levanta de un salto, siguiéndome. Grayson se sienta en el asiento que evacuamos, a la izquierda del conductor. Cometo el error de mirar hacia atrás mientras subo las escaleras, y la mirada

de Gray me está esperando. Se humedece el labio inferior, con una barba incipiente en la mandíbula que no estaba allí cuando se presentó en mi oficina hace dos días. Se me contrae la entrepierna.

Sí. Esto es incómodo.

Callie se desploma en el banco de vinilo junto a mí, echando la cabeza hacia atrás contra el cojín. —Uf. Esa escalera estuvo pesada.

—¿Necesitas agua o algo? —Busco en mi bolso. La lancha arranca y Luke empieza a dar la vuelta, dirigiéndose hacia la bahía—. Sabes, elegir un día de lancha para tu actividad relacionada con la resaca probablemente no fue muy inteligente.

—Sí, pero necesitaba salir de casa —gimió, pasándose el brazo por los ojos—. Anthony y yo nos divertimos, eso es seguro. Simplemente no estoy acostumbrada a beber como en la universidad. Y anoche definitivamente terminó en beer pong.

Me río por lo bajo, mi mirada se desvía de nuevo hacia Gray mientras le entrego una botella de agua y una de ibuprofeno. Él está inclinado sobre el pasillo para hablar con Luke mientras acelera lentamente, el viento arrecia, alborotándoles un poco el pelo. Pronto la lancha zumba y salimos de la zona de no estela, aumentando la velocidad hacia el lago Erie.

Llevo mi pelo castaño recogido en un moño despeinado, hecho más desordenado por el viento que nos azota. El sol se siente tan bien que tengo que quedarme en traje de baño. Me quito con cuidado mi vestido de cuello barco, lo meto en mi bolso y luego me tiendo en el banco. Manteniendo a Grayson justo en mi línea de visión mientras apoyo la cabeza en el borde del cojín.

No mira en mi dirección durante mucho tiempo. Lo sabría, lo estoy mirando como una acosadora. Pero por alguna razón, es importante para mí hacer que me desee. Hacer que vea lo que desechó.

Es ridículo. Soy la primera en admitirlo. Pero no hay mayor motivación que reunirme inesperadamente con mi primer amor, el único hombre que me ha *rechazado* oficialmente. Que esté más bueno que el infierno es un desafío extra. Que odie Bayshore es la tercera capa de este pastel realmente extraño. Si puedo descifrar estas tres cosas —hacer que me desee, rechazarlo, todo mientras

estoy en Bayshore— parece que hay algún tipo de premio esperándome.

Algo mejor que un orgasmo, tal vez.

No, olvida eso. Los orgasmos son lo mejor. Pero esta sensación de satisfacción, si puedo obtenerla, promete ser un cercano segundo lugar.

Lo vigilo mientras dispongo estratégicamente mis extremidades. Primero: lanzar mi brazo sobre mi cabeza, colgando como lo haría cualquier modelo ágil en una sesión de *Glamour*. Luego: una rodilla doblada, ligeramente inclinada, mostrando algo de trasero. No importa que esté cegadoramente blanca. Seguido de: ligeramente apoyada en los codos, mirando alrededor con labios sensuales, como preguntándose *¿dónde diablos está la champaña que pedí?*

Callie interrumpe mi operación secreta. —Hazel, ¿estás bien?

Me dejo caer de nuevo en el banco. —Sí, ¿por qué?

—Te estás retorciendo como si fueras a vomitar.

Me desinflo, dejando que ambas rodillas se deslicen hacia el banco. Miro hacia el cielo cerúleo perfecto. Ni una nube a la vista. —Solo intento ponerme cómoda.

—Tal vez *yo* estoy a punto de vomitar —gime ella.

Me siento rápidamente, mirándola. —Cal, ¿hablas en serio? Asoma la cabeza por el costado. Le diré a Luke que reduzca la velocidad.

No dice nada por un momento, luego levanta una palma. Traga y niega con la cabeza. —No. Estoy bien. Ya pasó.

Me levanto las gafas para mirarla, y luego cometo el error de mirar hacia Grayson mientras tengo los lentes levantados.

Nuestras miradas se encuentran. Sus tormentosos ojos azules se han convertido en un tornado F4 —destrozará el granero, pero no se llevará a la familia— y estoy atrapada en los vientos cruzados.

Hay tanto en esa mirada. Preguntas. Curiosidad. Lujuria. Salvo que no puedo decir qué es real y qué es imaginado. O cuánto estoy proyectando porque en el fondo sigo siendo una chica de dieciocho años, ansiosa por demostrar su valía frente a su rival de toda la vida.

Me bajo las gafas de sol, me vuelvo a acostar. Mientras lo hago, Bryce traza un camino desde la parte trasera de la lancha hasta la proa. Se agarra de los pasamanos mientras se abre paso hacia mí.

Se sienta justo a mi lado, sonriéndome como si fuera la única persona que ha querido ver en el mundo.

Le devuelvo la sonrisa.

No porque sea el único al que quiero ver.

Sino porque es el único con el que Gray puede verme.

CAPÍTULO CUATRO

GRAYSON

El lago siempre ha sido mi refugio. ¿Peleas con mis hermanos? Ve al lago. ¿Necesitas un lugar secreto para besuquearte con tu novia del instituto de turno? Vamos al lago. ¿Quieres presumir de tu cuerpazo mientras echas un vistazo a todas las magníficas curvas de tu antigua rival convertida en interés amoroso?

Sí. Vete al puto lago.

Y esta vez se siente como una gran bocanada de aire fresco —porque literalmente lo es—, solo que todo mi cuerpo está tenso, como un resorte a punto de saltar. Apenas puedo abrir los puños. La cosa mejora cuando me hundo de nuevo en el asiento, de espaldas a la proa. Respiro hondo un par de veces y las manos se me relajan. El bonito cielo azul me adormece hasta un estado de paz. Así está mejor. Qué raro que la relajación se relacione con el hecho de que Hazel esté fuera de mi vista.

—Oye, amigo, ¿me pasas una cerveza? —grita Luke por encima del sonido del viento.

Asiento y busco la hielera. Cuando me muevo para pasársela, mi mirada se desvía hacia Hazel. Está sentada en la proa como una modelo *pin-up*, dándole un manotazo en el hombro a Bryce. Su amplia sonrisa es un puñetazo en el estómago. Me olvido de abrir la mano y Luke tiene que arrancarme la cerveza de entre los dedos.

Se ríe. —¡Carajo, amigo!

Le doy una palmada en el hombro y vuelvo a acomodarme en mi asiento. Me inclino sobre el pasillo que nos separa. —¿Está con ese tipo?

No doy más detalles ni aclaro nada. Porque no quiero. Odio el simple hecho de estar preguntando. Si no ofrezco detalles, es como si no estuviera preguntando.

—¿Hazel? —grita él.

Se me eriza la piel. Quiero ahorcarlo para que se calle. Le respondo que sí con una sacudida de cabeza.

—No lo creo —dice Luke, con todo el pelo cayéndole hacia el lado derecho mientras ejecuta un giro brusco. En la proa, Hazel suelta una risita y cae justo en el regazo de Bryce. Él parece encantado. Menudo imbécil. Aparto la vista, concentrándome en las costas arenosas que se alejan a nuestras espaldas. No hay muchas lanchas hoy, y el oleaje no está tan mal. En ese momento decido que voy a patearle el trasero a Bryce en el esquí.

—Empecemos por aquí. —Señalo una de las famosas calas de la orilla. Es tranquila y está rodeada de árboles, perfecta para la primera salida del día.

Luke chasquea la lengua. —¡Me estás leyendo la mente, hermano!

La lancha reduce la velocidad y el zumbido del motor se apaga. En la proa, Callie gime y se pone de lado. Hazel se incorpora, y la piel cremosa de su vientre se arruga. No puedo apartar la vista del triángulo malva de tela elástica que cubre su sexo ni de las cimas de sus pechos con forma de manzana que se desbordan del top de su bikini. Joder. Después de todo, fue una mala idea.

—Qué bien se está aquí fuera —arrulla Hazel, acurrucándose en el brazo extendido de Bryce. Él le sonríe desde arriba.

—Voy a darme un chapuzón rápido —digo, desabrochándome el chaleco salvavidas. Lo dejo caer en el asiento y me lanzo por el

costado de la lancha, de bomba. La salpicadura resuena a mi alrededor. Cuando salgo a la superficie, lanzo un grito de alegría. Eso se sintió de maravilla. Purificador de alguna manera.

—¿Quieres ir primero? —Luke se acerca al borde de la lancha, sosteniendo mi chaleco salvavidas.

—Claro, ¿por qué no? Mejor dejar la vara alta desde el principio —suelto, nadando hacia el costado de la lancha.

Desde la proa, Hazel resopla. —Por favor.

La ignoro. No le voy a dar el gusto, que es una reacción. Cada centímetro de mi piel puede sentir que quiere que me fije en ella. Y me niego. En lugar de eso, nado hacia la parte trasera de la lancha, me subo a la plataforma y me vuelvo a poner el chaleco salvavidas.

—¿Dos o uno? —pregunta Luke, cuando Anthony empieza a desenredar las cuerdas.

—Dos —digo—. Ha pasado un tiempo.

Anthony prepara los esquís acuáticos mientras yo me meto de nuevo en el lago. Me entrega cada esquí de uno en uno, previamente enjabonados para que pueda meter el pie en la abertura de goma. Luego me lanza la cuerda. Me tambaleo en el agua, intentando volver a acostumbrarme a estas cosas. Pesos enormes, voluminosos e inmanejables atados a mis pies.

Luke silba, dándome un pulgar hacia arriba por el espejo. Hay todo un lenguaje secreto en el esquí acuático, como el de los receptores en un campo de béisbol. Anthony es el observador en el asiento trasero para vigilar si me caigo o necesito algo. Está bastante claro que Hazel piensa criticar mi actuación, a juzgar por cómo se incorpora poniéndose alerta en cuanto grito: —¡Dale!

Luke arranca a toda velocidad, y la tensión convierte la cuerda en piedra. Me aferro con todas mis fuerzas, aconsejándome sobre todas las cosas que una vez me supe de memoria: no juntar las puntas, mantener las rodillas ligeramente flexionadas, desplegarme como una mariposa al nacer. Una vez que salgo a la superficie, la euforia del deporte vuelve de golpe. Esto es pan comido. Y joder, qué bien sienta estar en el agua.

El sol me da de lleno, convirtiendo la superficie del lago en un prisma de agua agitada, calentando el chaleco salvavidas mientras

Luke da amplios giros en bucle. Zigzagueo a través de las altas olas detrás de la lancha, incluso cogiendo algo de aire. Se me había olvidado lo buen ejercicio que es esto para la parte superior del cuerpo. Cada vez que cruzo la estela, grito de risa. Hago una señal para que me dé más velocidad.

Termino esquiando durante siete minutos completos. Estamos casi a dieciséis kilómetros de Bayshore. Finalmente, suelto la cuerda y me hundo en el agua turquesa. Una primera pasada genial. Y bastante impresionante para cualquier aficionado, que sé que Bryce lo es. Cuando salgo a la superficie, remo hacia la lancha, con el brazo doblado sobre los dos esquís. Cuando vuelvo a subir, goteando agua y sonriendo, pregunto: —¿Quién es el siguiente?

Hazel se pone de pie y se dirige hacia mí, con fuego en los ojos como siempre. —Yo. Ahora que la hora del aficionado ha terminado, es el momento de que los verdaderos profesionales tengan una oportunidad.

Reprimo una sonrisa. —¿La hora del aficionado? Me encantaría ver a un aficionado hacer una pasada ininterrumpida de siete minutos como la que yo hice.

—Los aficionados usan dos esquís —dice con una sonrisa tensa, quitándose las gafas de sol. Le hace un gesto con la cabeza a Anthony. —Saca el de eslalon.

Eso es un desafío abierto. La competición me recorre las venas, por mucho que quiera permanecer neutral. No puedo no morder el anzuelo. Es como decirle a un perro que de repente deje de olerle el culo a otros perros. Llevamos haciendo esto desde que nacimos. Está en nuestro ADN.

—Sí, saca el de eslalon, Anthony —digo por encima del hombro—. Cuando Hazel se caiga en treinta segundos, le enseñaré cómo es un verdadero esquiador de eslalon.

—¡Ja! —Su risa sarcástica corta el aire—. Como si tú supieras. Tienes suerte con dos esquís después de diez años y crees que de repente eres un experto. ¿Dónde me apunto a la clase magistral de Grayson?

Bryce ha bajado a la parte trasera de la lancha, con curiosidad en el rostro mientras Hazel y yo discutimos. Callie también se ha

incorporado hasta una posición más o menos sentada, con el pelo alborotado mientras presta atención.

—Había olvidado lo entretenido que era esto —murmura Anthony para sí mismo.

—¿Te está molestando? —pregunta Bryce directamente a Hazel.

Oh, genial. El caballero de brillante armadura. Pongo los ojos en blanco. ¿Cómo lo explicamos? No podemos. No hay explicación de cómo volvemos a ser unos niños competitivos.

—Permanentemente —dice Hazel.

—Estos dos tienen como… —Luke hace una pausa, y se le escapa una risa—. Amigo, ¿cómo lo digo?

—Rivalidad encarnizada, creo que es el término —opina Anthony.

Quiero decir *ella empezó* con todas mis ganas, pero eso solo empeoraría las cosas. Pero en serio. Ella empezó. Empezó hoy, y en su oficina, y justo antes del baile de graduación. Hazel es *la* que empieza los líos.

—¿Problemas no resueltos con su padre? —sugiero, pero definitivamente no es el caso. Hazel y su padre son muy unidos; siempre lo han sido, desde que su madre falleció durante el parto.

—Mira quién habla —refunfuña Hazel mientras se abrocha el chaleco salvavidas. Y tiene razón. Entre los dos, *yo* soy el que tiene al padre cabrón. El chaleco de color púrpura brillante sobresale de su pecho, lo que obliga a mi mirada a descender por las firmes pendientes de sus muslos, hasta sus lindos piececitos con las uñas pintadas del tono más profundo de púrpura. Mi mirada se fija en la curva de melón de su trasero; un trasero que una vez tuve la suerte de apretar.

Hazel ha mejorado con la edad, y su apariencia de hoy es un marcado contraste con la inmaculada chica *pin-up* que encontré en su oficina. No me malinterpreten: ambas versiones de Hazel están que arden. Pero aquí en la lancha, se parece más a la Hazel que una vez conocí. Labios llenos y suaves, sin rastro de pintalabios o brillo. Mechones de su pelo canela volando libres alrededor de su cara, escapados de los confines de su moño desordenado. Esos ojos verde musgo con motas doradas que todavía me duelen en el pecho cada vez que me mira durante demasiado tiempo.

En un mundo diferente —quizás en una dimensión diferente— nos habríamos casado después del instituto. Nos habríamos enamorado tan profundamente que habrían puesto una maldita placa para nosotros en el pabellón de Bayshore que diría: *De rivales encarnizados a los amantes más dulces.* Ya tendríamos hijos, probablemente el promedio de 2.5, y viviríamos en algún lugar activo pero más grande, como Cincinnati o, demonios, Philly.

Pero, en cambio, aquí es donde estamos. Todavía lanzándonos rayos mortales con la mirada. No hay un final dulce para esta historia. Solo más rencor.

Hazel se sienta en la cubierta trasera y mete los pies en las aberturas de goma del esquí de eslalon. Luego se impulsa y se desliza en el agua. Anthony le lanza la cuerda. Ocupo mi lugar junto al asiento del piloto. Mi amigo Bryce se une a mí un momento después.

—Nos gusta meternos el uno con el otro —le ofrezco al cabo de un momento, como si necesitara saber más sobre lo que hay entre Hazel y yo—. A ella le gusta, te lo prometo.

Me lanza una extraña mirada de reojo, y me doy cuenta de que no estoy haciendo un buen trabajo para convencerlo. Qué más da. Es un imbécil embobado. Hazel podría aspirar a algo mucho mejor. Aprieto y relajo la mandíbula, con la rodilla rebotando mientras Luke avanza lentamente hacia el lago, alineando a Hazel con el centro de la lancha. El esquí de eslalon *es* más difícil, y un ejercicio mucho mejor.

—El agua no está muy buena para el eslalon hoy —le digo a Luke mientras lucha por mantenerla centrada con la parte trasera de la lancha. Está demasiado picada. El esquí de eslalon es mejor en las aguas tranquilas de la bahía a primera hora de la mañana, justo después del amanecer, cuando el agua parece de cristal. —Deberíamos hacerla volver.

—¿Tú crees? —Luke lanza una mirada dudosa a través del espejo retrovisor.

—Anthony, deberías hacerla volver —le grito a la parte de atrás—. Está demasiado picado, se va a hacer daño.

Hazel debe de haberme oído, porque a mi preocupación le sigue un muy sucinto: —¡Que te jodan, chico de ciudad!

Hago una mueca y me recuesto en mi asiento. Mirando a Bryce, le digo: —Es un encanto, ¿no?

Un momento después, Hazel grita: —¡Dale! —y Luke arranca, acelerando con fuerza para ayudar a que el esquí de eslalon se eleve. Hazel emerge del agua en una enorme salpicadura, a la vez grácil e imponente, y todo lo que puedo hacer es asimilarlo. Grabaría el espectáculo si fuera más audaz. Pero no lo soy, así que intento evitar que se me caiga la mandíbula al suelo.

Hazel es todo sonrisa y muslos poderosos mientras corta de un lado a otro de la estela, inclinándose hacia atrás para levantar enormes estelas de agua, a veces tan lejos que parece que está a punto de acostarse sobre la superficie del lago. Es realmente buena, lo admito. Pero nunca admitiré cuánto he estado fantaseando con tener esos muslos envueltos a mi alrededor desde que regresé.

Miro a mi lado. Bryce sonríe como un tonto, lanzando de vez en cuando un pulgar hacia arriba. ¿Muy desesperado? Luke me habría dicho si hubiera algo ahí, pero necesito asegurarme. Me inclino hacia él.

—Sabes, Hazel probablemente parece un partidazo y todo eso, pero… —hago una pausa, preguntándome si tengo las agallas para seguir con esto. Es necesario, me recuerdo a mí mismo—. La verdad es que es lesbiana.

Bryce resopla, sin parecer particularmente molesto. —Ah, ¿sí? Mejor todavía.

Mierda. ¿Qué se necesitará para que abandone la persecución? —Bueno, probablemente deberías saber que… —los engranajes de mi cerebro zumban como los de la Fábrica de Chocolate de Willy Wonka —. …en realidad tiene un problema. *Ahí abajo*.

Bryce me lanza una mirada incrédula. —¿Un problema?

El viento me azota el pelo mientras miro el lago, forzando la solemnidad en mi voz. —Sí. Tiene esta… *erupción*… que cubre toda su zona púbica. Los médicos todavía no saben qué la causa. O si es contagiosa.

La expresión de Bryce pasa de la incredulidad a la arrogancia, y creo que acabo de arruinar por completo mi propio plan.

—No vi ninguna erupción la última vez que estuve ahí abajo —suelta con frialdad.

Mierda. Bueno, me salió el tiro por la culata. Adiós a eso de que *no está con Bryce*. Disimulo mi irritación cruzando los brazos y escudriñando el lago distraídamente. —Aparece y desaparece. —Resoplo—. Solo pensé que deberías saberlo. Entre hombres.

Así que eso lo aclara. Hazel está fuera de los límites —no es que alguna vez estuviera a mi alcance para empezar— y debería cerrar la puta boca y seguir adelante.

Pero es imposible apartar los ojos de Hazel.

Fue así durante todo el instituto, y ahora es peor.

Y si acaso, el resurgimiento de nuestra historia ha traído algo más que competición. Ahora, estoy recordando lo mucho que me enamoré de Hazel en aquel entonces.

Menos mal que ahora soy mayor. Más sabio.

Y demasiado inteligente como para dejar que eso suceda una segunda vez.

CAPÍTULO CINCO

HAZEL

Termino mi eslalon digno de un premio y regreso al barco entre la fanfarria general. Excepto por Grayson, por supuesto. Que Dios lo ayude si alguna vez tiene esposa e hijos que busquen su aprobación, porque no la obtendrán de él. Cualquier niño que críe probablemente se convertirá en un maníaco de primera.

Bryce se acerca a mí y me envuelve en un abrazo en cuanto me quito el chaleco salvavidas, lo cual es raro. Nunca ha sido tan cariñoso en público. Demonios, si ni siquiera estamos saliendo. Normalmente, limita sus insinuaciones a mensajes de texto y salidas de borrachos, así que esto es nuevo.

—Difícil de superar —dice Bryce.

—Dame treinta segundos y verás. —Grayson se dirige a la parte trasera del bote, agarrando su chaleco salvavidas.

—Oh, vamos —dice Luke, girándose en su asiento—. No podemos pasarnos todo el día yendo y viniendo para ver quién le gana a quién. Yo también quiero meter el culo en el agua.

—Tienes razón. Resolvámoslo ahora. Yo gano. —Le sonrío radiante, mostrando todos los dientes, con los ojos entrecerrados.

—Nunca aceptarías una victoria tan barata —me acusa.

Callie se ha arrastrado hasta el asiento junto al conductor, con un aspecto un poco más vivo. —¡Hagan tándem!

Todas las cabezas se giran hacia ella como si Dios hubiera dicho una verdad desde los cielos. Realmente es una genialidad. Y tal vez la única manera de ver de verdad quién sale victorioso.

—Hecho. —Grayson apunta con el dedo al aire—. Tándem será. Y si yo gano, serás mi agente inmobiliaria y venderás la casa de mi abuela.

Entrecierro los ojos hacia Grayson. —Oye, eso no es justo. Acabo de hacer un recorrido largo, y esa mierda es difícil.

—¿Así que te rindes?

Es pura carnada. Por supuesto que no lo haré. Resoplo y voy pisando fuerte hacia mi chaleco salvavidas, lo agarro y abrocho las hebillas con brusquedad. —Prepara las cuerdas, Anthony.

Grayson se ve *demasiado* complacido consigo mismo mientras se prepara, y me obligo a no mirar las líneas esculpidas de sus abdominales ni las colinas ondulantes de sus bíceps. Pero es difícil no notarlo. Absorberlo, embriagarme con él. La masculinidad, la adrenalina y el poder emanan de él en oleadas. Siempre ha sido así con él. Energiza, simplemente por estar cerca. Me alegra ver que eso, al menos, no ha cambiado. Aunque nos esté empujando a una batalla inútil en la que no puedo evitar participar.

Ambos pisamos la cubierta trasera, lanzándonos dagas con la mirada. De pie, descalza a su lado, me doy cuenta de lo mucho que me saca de altura. Mi cabeza apenas le llega a la clavícula, siendo generosa. Cuando se gira para recibir el esquí de eslalon ancho, recuerdo la amplitud de sus hombros. Lo ancho, robusto y varonil que es. Trago saliva, desviando la mirada hacia Anthony, obligándome a concentrarme en su gorra de OSU, totalmente segura y neutra, que lleva puesta al revés. Me entrega el esquí.

Me siento en la cubierta trasera junto a Grayson. El agua chapotea en los bordes de la cubierta, haciéndome cosquillas en la parte

inferior de los muslos a través de las tablillas de madera, mientras metemos los pies en los eslálones.

—Debe de ser agotador ser tan mal perdedor —murmuro mientras meto mi pie dominante en el hueco delantero. Mi otro pie entra, y agarro la cuerda—. ¿Y meter tus necesidades inmobiliarias en una competencia de esquí acuático? Patético.

En lugar de una respuesta, Grayson me empuja del hombro. Caigo de bruces, y la expresión de sorpresa en mi cara es probablemente lo último que ve antes de que desaparezca bajo el agua.

Salgo a la superficie un momento después, escupiendo agua, y le pinto dedo. —Eso no estuvo bien.

Grayson se está riendo, con auténticas carcajadas, lo que aplaca un poco mi enojo. Siempre me ha encantado oír su risa, y su sonrisa es digna de un anuncio de revista. Ese hombre podría ganar dinero con su físico. Aunque probablemente no tanto como con lo que sea que esté haciendo ahora. Se mete en el agua y da unas cuantas brazadas alejándose del bote.

—¿Están listos? —pregunta Luke, volviendo a encender el motor una vez que nos hemos alejado lo suficiente del bote.

—Sí —confirmo, aferrando las manos a la manija. No puedo esperar a demostrarle a Grayson lo innecesariamente idiota que es —. Aunque pierde automáticamente diez puntos por empujarme al agua.

—De todas formas no necesitaba esos diez puntos —grita Grayson.

Todos se acomodan en el bote, y un nerviosismo me recorre. Mierda, la tensión es real. Y está por las *nubes*. Aunque esto no significa nada, también lo significa *todo*. Me lanza una mirada oscuramente traviesa. ¿Cómo es que Grayson es tan bueno en esto? ¿En hacer una montaña de un grano de arena a dondequiera que va?

—¡Dale! —grito cuando me siento lista, y Grayson repite lo mismo. El bote se lanza hacia adelante, con un rugido de motor y emoción. La energía me recorre, erradicando por completo cualquier dolor que quedara de mi última ronda. Ambos nos levantamos y salimos del agua, emergiendo del rocío como dioses. Las cuerdas son de diferentes longitudes y están atadas a un poste en la parte trasera

del bote, para que podamos entrecruzarnos sin chocar. Lo miro. Él me mira.

Y entonces se desvía. Corta el agua con su esquí, alejándose de mí, lanzando una columna de rocío a mi cara. Balbuceo y lo imito, abriéndome hacia el lado de babor del bote. Las olas chocan contra nosotros, las crestas blancas hacen que se me revuelva el estómago. Me agarro fuerte y aguanto. El lago está demasiado picado para hacer esquí de eslalon ahora mismo. Tuve suerte de haber hecho mi buen recorrido.

Luke nos dirige hacia una ensenada donde el agua está un poco más tranquila. Grayson vira bruscamente hacia el centro, y yo instintivamente hago lo mismo. Pasamos volando uno junto al otro, y deseo que mi estela lo cubra y lo sumerja por completo. No lo hace, por supuesto.

No soy un hombre de noventa kilos con un ego de ciento ochenta, así que mi estela es naturalmente menor. No es una racionalización, es un hecho. No se puede usar en mi contra. Excepto que Grayson parece extender su estela como un pavorreal abanicando sus plumas. Probablemente porque tiene la cuerda más cerca del bote y sabe que su rocío me da en la cara cada vez.

Nos entrecruzamos unas cuantas veces. Ya tengo los brazos cansados, pero Grayson no muestra signos de bajar el ritmo. Callie está animando desde el centro del bote. Al menos nuestra rivalidad ayudó a curarle la resaca. Grayson se precipita hacia el centro y yo viro para hacer lo mismo. Excepto que, cuando pasa a toda velocidad junto a mí, mi visión se vuelve acuosa y blanca al pasar, y mi esquí hace *¡PUM!*.

Todo sucede en un instante. La cuerda se me escapa de las manos de un tirón; salgo volando con ella. Mi esquí queda atrás en alguna parte. No tengo tiempo de gritar antes de golpear el agua en un chapuzón doloroso y torpe.

Las volteretas bajo el agua me bajan la parte de abajo del traje de baño hasta las rodillas. Debo de haber golpeado un trozo enorme de madera a la deriva; nada más podría haberme hecho volar así. Gracias a Dios que tengo el chaleco salvavidas; pataleo un par de

veces antes de salir a la superficie, hecha un desastre, farfullando y boqueando.

Espero encontrar a Grayson a bordo del bote recogiendo su trofeo a la superioridad, agradeciendo a sus fans que siempre lo han apoyado en su afán de superarme, pero en cambio lo encuentro a unas pocas brazadas de mí. Su rostro está surcado por la preocupación.

—¡Hazel! —grita con voz ronca—. ¿Estás bien?

Hay verdadera preocupación en su voz. Estoy demasiado conmocionada para responderle con sarcasmo. —Yo… no lo sé.

Maldice y nada más rápido. Por el rabillo del ojo, veo a Luke girar el bote en un amplio círculo, volviendo hacia nosotros. Las cuerdas se arrastran detrás del bote. Gray me alcanza y me agarra por las solapas del chaleco salvavidas.

—¿Qué demonios pasó?

Está a centímetros de mí, y no puedo hacer otra cosa que mirarlo fijamente a sus tormentosos ojos azules. Su pelo castaño nogal está pegado a su frente, y el agua del lago golpea nuestros costados.

—No lo sé —susurro. No puedo apartar la vista de él. Joder, esto sería casi romántico si no sintiera un dolor punzante en la cadera izquierda. De alguna manera, también he perdido un poco la voz.

—¿Te golpeó mi esquí? —exige, su mirada recorriendo mi cara.

Niego con la cabeza.

—¿Estás herida? ¿Tus piernas? —Mete la mano bajo el agua y roza mi cadera desnuda. Aprieto los dientes al recordar que la parte de abajo de mi bikini está a la altura de mis rodillas.

—Espera. —Saco la lengua mientras trato de alcanzar la parte inferior. No puedo pasar el chaleco salvavidas. En mi lucha, se deslizan más abajo, hasta los tobillos—. Mierda. La parte de abajo de mi traje de baño…

La mirada de Gray se desliza hacia la superficie del agua.

—¡No mires!

—No puedo ver nada. —Me observa luchar por un momento. El bote se acerca, y Luke y Anthony nos gritan—. ¿Necesitas ayuda?

Se me escapa un suspiro de frustración. Me duele el costado, y esto apesta. —*Sí*.

—Sube las piernas a la superficie —me indica.

—Lo intento —gruño, manteniendo la entrepierna hundida. Las olas del bote de Luke nos alcanzan, y una me golpea en el costado de la cabeza. Mis dedos de los pies asoman fuera del agua un momento después, y él me inmoviliza por los tobillos. Su mirada se encuentra con la mía, y veo todo tipo de cosas confusas en ella. Calor, para empezar. Y signos de interrogación teñidos de sensualidad. Luego tira de la parte elástica malva de mi traje de baño hacia arriba por mis pantorrillas, sobre mis rodillas.

Una vez que puedo alcanzarlas, las agarro y termino de subirlas. Trago saliva. Mi coño palpita con el más leve indicio del deseo de que esas manos siguieran subiendo.

—¿Estás segura de que estás bien?

Si no lo conociera mejor, pensaría que le importa. Pero no es así. Porque estamos hablando de Grayson Daly. Algo vuelve a su sitio y recupero la lengua.

—Estaría mucho mejor si tu afán por superarme físicamente no resultara en estupideces como esta —espeto. Luke ahora reduce la velocidad cerca de nosotros. Bryce y Anthony nos gritan, preguntando si estoy bien.

—Creo que estoy bien —digo débilmente, esbozando una sonrisa. Grayson sube a la cubierta y luego se agacha, ofreciéndome una mano. Tomo su mano grande y varonil y me ayuda a subir a la plataforma.

Un dolor me atraviesa la cadera y hago una mueca.

—Eso no se ve nada bien —anuncia Callie.

—Maldita sea, ¿qué le hiciste? —exige Bryce.

—Nada —dice Grayson, agachándose detrás de mí, casi de forma protectora. Respiro hondo, viendo el agua agitarse en el lago. A mí, en voz más baja, me dice—: ¿Quieres intentar ponerte de pie?

Me aparto los mechones sueltos de la cara y asiento. Su bíceps se abulta mientras me ayuda a levantarme y a estabilizarme. Mi mirada cae sobre su traje de baño, que está pegado a su entrepierna de una manera muy reveladora. Levanto la vista bruscamente, sintiéndome culpable. Dios, este hombre es demasiado atractivo. Y está siendo un uno por ciento amable conmigo, lo que ya le está

dando luz verde a mi cuerpo para empezar a *reaccionar*. Esto no está bien.

Si me tratara así a diario, perdería la cabeza. Me enamoraría de él sin pensarlo dos veces.

Igual que la primera vez.

—Creo que deberíamos dar por terminado el día —dice Luke, con preocupación en la voz.

—No, chicos. —Descarto su sugerencia con un gesto—. Puede que yo ya haya terminado por hoy, pero eso no significa que ustedes tengan que hacerlo.

—Pero deberías cuidarte la pierna —insiste Callie.

—Entonces déjenme en el muelle —sugiero—. Y ustedes pueden seguir navegando. Apenas empezábamos. No tiene sentido desperdiciar este día porque un imbécil intentó ahogarme.

Grayson se aclara la garganta. —Este imbécil no intentó *ahogarte*…

Ah, así que no niega ser un imbécil.

—En realidad creo que choqué con un trozo de madera —me apresuro a añadir. Siento que se me calientan las mejillas y no estoy del todo segura de por qué. El cambio de actitud se siente revelador. Como si estuviera declarando una tregua, lo que definitivamente no estoy haciendo.

Grayson me ayuda a subir al asiento trasero del bote, y Luke lo pone en marcha. Nos dirigimos hacia los dos esquís perdidos y los subimos a bordo. Volvemos hacia los muelles a buen ritmo, el viento nos alborota el pelo y todos guardamos silencio ante el fuerte zumbido del motor. Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, el sol me calienta la cara.

Intento ignorar el hecho de que Grayson sigue a mi lado. El calor emana de él como de un reactor nuclear. Y si no tiene cuidado, va a llevarme al punto de fusión.

Luke se acerca a los muelles, y antes de que pueda abrir los ojos, Callie ya está guardando sus cosas.

—Yo la llevo de vuelta a la casa, chicos —dice.

—No —dice Grayson, con una autoridad en su tono que nunca antes le había oído. Quizás esta es su voz de Wall Street—. Yo la

llevaré de vuelta, Cal. Necesita ayuda para caminar.

Callie se desinfla un poco mientras su mirada cae sobre mi pierna apoyada. —Oh, cierto.

—Yo la llevo de vuelta. —Bryce da un paso adelante—. Podemos pasar el rato después. Te prepararé sopa de tomate.

Sonrío con suficiencia. El detalle es bonito, pero está claro que Bryce no sabe que la sopa de tomate me da ganas de vomitar. Grayson debe recordar este detalle porque dice: —No. Eres demasiado débil. Y a Hazel no le gusta la sopa de tomate.

Aprieto los labios para contener las risitas.

—¿Y yo qué? —pregunta Anthony, con una sonrisa en la cara. Me doy cuenta de que solo quiere ver con qué lo va a despachar Grayson.

—Tú eres el observador —dice Grayson—. Te necesitan para que los vigiles a todos mientras esquían.

—Está bien, creo que Gray lo tiene todo bajo control —cede Anthony un momento después.

CAPÍTULO SEIS

GRAYSON

Si me preguntaras cuál es la principal motivación para ser amable con Hazel, tendría dos respuestas.

Siendo sincero, me siento como un idiota. Porque tiene razón: nuestra competencia la llevó a lastimarse.

Siendo un cretino… Quiero esos muslos enrollados a mi alrededor. *Ahora*.

Algo se quebró en mí cuando la vi golpear el agua de esa manera. Me recordó que la rivalidad solo es divertida si ella forma parte de ella. Y no puede formar parte si se rompe el maldito cuello.

—Callie, dame esa bolsa —le ordeno una vez que he ayudado a Hazel a subir al muelle. Callie me entrega el bolso. Luego le ofrezco la espalda a Hazel—. Súbete, vaquera.

Hazel suspira suavemente. —En serio, esto no es necesario. Déjame llamar a mi papá.

—Pero vives en este vecindario —le recuerdo—. ¿Vas a hacer que tu papá maneje por toda la ciudad cuando puedo llevarte a la puerta de tu casa en minutos?

—Mi abuela está más cerca —dice ella.

—Sí, pero tiene noventa años. Tendré que cargarlas a las dos en mi espalda.

Callie se ríe por lo bajo mientras Luke se aleja del muelle. Los cuatro saludan con la mano, y Bryce frunce el ceño, lo que significa que he cumplido mi cometido.

—Está bien —refunfuña Hazel. La subo a mi espalda. Sus piernas se deslizan como seda caliente alrededor de mis caderas. Agarro sus muslos y mi visión se vuelve borrosa por un momento. Sus pechos rozan mi espalda; su aliento golpea el lóbulo de mi oreja. Y con ella tan cerca, su aroma inunda mis sentidos. Clementinas y fresias. Es embriagador, como si hubiera capturado la esencia de la feminidad *y* el verano en uno.

—¿Estás bien?

—Sí. —su voz suena tensa. Quizás está pensando en cómo se sentiría si la girara y la levantara para que quedara frente a mí. No, probablemente solo soy *yo* el que piensa en eso.

Ella empieza a reírse por lo bajo.

—¿Qué es tan gracioso?

—Eres todo un caso.

Resoplo. —Al menos no dijiste una porquería.

Otra risita. Su aliento sale en pequeñas ráfagas en mi oreja mientras empiezo el viaje a caballito hacia nuestro vecindario. El calor de ella envuelta a mi alrededor impulsa la lujuria y mucho más por mis venas. Una pesada nube desciende, del tipo que ahuyenta la racionalidad y la lógica en busca de ese único y preciado premio.

¿Y qué te parece? Después de todo, hoy conseguí que sus muslos se enrollaran a mi alrededor.

—Grayson —dice con voz ronca, o quizás sea mi imaginación, ya que su boca está a dos centímetros de mi oreja. De cualquier manera, mi verga se pone firme—. Ni siquiera llevas zapatos.

—Sí, como que los olvidé en el bote. —Hago una pausa y la levanto de nuevo. Ella suelta un chillido, lo cual es demasiado adorable. Empiezo a olvidar cómo *ser* cerca de Hazel. Tenerla sobre mí ha borrado todas las cuidadosas líneas que hemos trazado

durante toda nuestra vida. Debería seguir con un comentario sarcástico, pero no puedo.

—Más vale que Bryce no los tire al lago —bromea.

Lucho por no sonreír. —Ah, ¿mi amigo Bryce? ¿Y por qué haría eso?

—Por favor —dice Hazel, pero su voz carece de ese filo. Esa navaja que puede cortar profundo si la lanza bien—. Probablemente esté listo para denunciarte por acoso.

Me burlo. —¿Acoso? Debería haber estado aquí en segundo año. —Ese fue realmente el apogeo de nuestra competencia. Incluso intentó unirse al equipo de tenis masculino, solo para demostrarme que podía vencerme en los partidos—. Esto no es nada.

Estamos pasando por la casa de mi abuela, la que heredé recientemente. No voy a mencionar que ahora ella tiene la responsabilidad de venderla. Tendré que encontrar la manera de llegar a eso con delicadeza.

—¡Oh, hola, Hazel! —Una vecina sale de su casa cuando pasamos. La señora Thomas. Lleva siglos en esta calle. Probablemente ya tenga ochenta años—. ¿Y Grayson?

Ambos saludamos con la mano. —Hola, señora Thomas.

—Qué bueno verte de vuelta en el pueblo, Grayson. ¿Para cuándo es la boda? —Por supuesto, está hablando de *nosotros*. La pareja perfecta que nunca fue.

—Señora Thomas… —comienza Hazel.

—¡Esta mujer no se casaría conmigo ni aunque la llevara a caballito a su casa cuando está herida! —dije, mi voz llena de esa cordialidad de comedia de los noventa.

—¡Sería una tonta si te rechazara! —concuerda la señora Thomas mientras se arrastra hasta el buzón. Hazel suelta la risa más falsa de todos los tiempos.

—Muy gracioso —sisea una vez que estamos fuera de su alcance auditivo.

—¿Me equivoqué? —pregunto, y Hazel no responde. Porque no me equivoco—. Ambos sabemos que nunca te casarías con alguien que pudiera patearte el trasero en todo.

Una carcajada brota de ella, pero es genuina, no sarcástica.

—Nunca me casaría con alguien que estuviera empeñado en patearme el trasero en todo —contraataca. De nuevo, este sería un buen momento para un *tú empezaste*, pero me muerdo la lengua.

—¿Dónde diablos vives? —Nos acercamos a la casa de mi mamá.

—En la siguiente cuadra. Gira a la izquierda aquí arriba.

—Tan cerca de mis padres —murmuro, sin apartar la vista de la puerta principal de mis padres. Siento un cosquilleo en la piel, y puedo sentirlo: mi mamá está a punto de salir por la puerta. La puerta se abre con un crujido mientras nos acercamos—. Ay, Dios…

—¡Hazel! —La voz de mamá atraviesa el aire, y saluda como si estuviera viendo a una celebridad—. ¿Y qué está pasando aquí? —Está usando su voz de «sé lo que realmente está pasando», y yo niego con la cabeza.

—Hazel se lastimó esquiando —explico, caminando más rápido. Las plantas de mis pies están adoloridas por toda esta acción en el pavimento de concreto caliente, pero ni hablar de que dejaré que eso me frene.

—Tu hijo me lesionó —añade Hazel.

Mamá chasquea la lengua, negando con la cabeza. —Ya están otra vez, veo.

—No sería un viaje a casa sin esto. —Vuelvo a levantar a Hazel. Ella chilla de nuevo, lo que hace que mi corazón se acelere, justo cuando mi hermano, Weston, asoma la cabeza.

—¿Gray?

Resoplo. No tengo tiempo para toda esta mierda. —Tengo un poco de prisa, chicos. Estaré en casa pronto.

Cruzo la calle para dejar claro mi punto. Hazel se ríe suavemente en mi oído de nuevo.

—¿No puede un hombre caminar por la calle en paz?

—Esta calle es la definición de pacífica —señala.

—No recuerdo la última vez que caminé por mi calle en Brooklyn y alguien siquiera me notó.

Hazel murmura en voz baja. El sonido que hace cuando realmente está pensando en lo que dijiste. Hace que algo nervioso revolotee por mis extremidades. —Debe ser por eso que llegaste tan acelerado. Desesperado por llamar la atención.

—No necesito hacer mucho para que me noten —replico—. No como algunas personas y sus vallas publicitarias.

—¿Eso es una indirecta para mí? —pregunta—. Ese es mi negocio, idiota. Escucha, bájame aquí. Puedo caminar.

Aprieto sus piernas contra mí más fuerte y sigo caminando. No sé a dónde va esto, pero no quiero que termine. Y eso es más confuso que cualquier otra cosa.

—Por cierto, tu valla publicitaria se ve genial. —Quizás eso suavice el golpe.

Se relaja contra mí, pero suena desconfiada cuando dice: —Gracias.

Doblo la esquina. Arbustos verdes bordean la acera, un seto de privacidad, y altos robles y arces se elevan sobre nosotros. Las olas rompiendo en la orilla ahora son distantes. El zumbido de una desbrozadora proviene de algún lugar del vecindario.

Miro hacia el cielo, apenas visible a través de las ramas y hojas de los árboles.

Esto no está tan mal. Para nada.

—Es justo aquí —dice Hazel, señalando. Hay una linda casita centenaria, pintada de gris pizarra con un frontón sobre la puerta principal. Petunias, helechos y rosales bordean el camino de ladrillos hacia la puerta. Lámparas de hierro forjado sobresalen de la casa, dándole un aire gótico. Es una monada… y totalmente Hazel. Hubiera sido capaz de identificarla como suya solo por las lámparas.

—Guau. —El asombro se me escapa, pero ya no estoy tan dispuesto a ocultarlo. Algo cambió entre nosotros mientras la llevaba a caballito. Quizás ella también lo siente—. Esta es la mejor casa de la cuadra.

—Sí, sé un par de cosas sobre el atractivo exterior —dice con un suspiro—. Puedes dejarme aquí.

—Necesitas estar en un sofá o algo así.

—Aquí está bien —dice, dándome una palmada en el hombro.

—Hazel, voy a llevar esto hasta el final. —Me acerco a su puerta, levantándola una última vez—. Sabes que no puedo volver a ver a nuestros amigos y decirles que me escabullí una vez que llegamos a tu casa.

Refunfuña pero saca una llave de su bolso. Me inclino para que pueda alcanzar la cerradura. La puerta se abre, revelando una espaciosa sala de dos pisos. Suelos de madera oscura están cubiertos intermitentemente con alfombras de color gris pizarra y sofás bajos y de aspecto cómodo. Entro, estirando el cuello para mirar alrededor. Una escalera se curva hacia el segundo piso. Todo está tan inmaculado como una sala de exposición y, sin embargo, de alguna manera, se siente claramente habitado.

—Carajo —murmuro.

—¿Qué?

Aparto la mirada de la colección de búhos de cerámica que están en pequeñas repisas en las paredes. Por supuesto que Hazel tendría búhos por todas partes. —Pensé que una agente inmobiliaria como tú tendría una mansión.

Sus músculos se ponen rígidos a mi alrededor. —Vale, que me insultes afuera en el mundo normal es una cosa, ¿pero en mi propia casa? Olvídalo. Bájame. Es hora de que te vayas.

Hundo mis dedos en la parte posterior de sus muslos, y algo de su combatividad desaparece. Espero un momento antes de responder. —Eso no es lo que quise decir.

—¿Entonces qué quisiste decir?

Me dirijo al sofá y lentamente me arrodillo para que pueda deslizarse. Una vez que vuelvo a mirar esos ojos verde musgo, apenas puedo recordar de qué estamos hablando.

—¿Grayson? —pregunta ella.

Aparto la mirada de ella hacia la alfombra gris peluda bajo mis rodillas. No es peluda como en los años 70, es peluda como la sección cara de Target. —Quise decir que la mayoría de los agentes inmobiliarios están completamente obsesionados con el estatus y tendrían alguna McMansión elaborada, desprovista de personalidad. —Miro a mi alrededor de nuevo, encontrando calidez y familiaridad en cada rincón—. Este es el mejor hogar que he visto en mucho tiempo. En Nueva York, en mi círculo, todo el mundo tiene un lugar elegante, pero no tienen personalidad.

Hazel parece haberse ablandado un poco. Sus labios se curvan en las comisuras. —Mmm. Sí. Veo mucho de eso. Como la versión de

foto de archivo de una casa bonita.

—Exacto —digo, pasando la palma de mi mano por el borde de su sofá, peligrosamente cerca de su rodilla. Ella cruza los tobillos mientras se acomoda en los cojines. Las yemas de mis dedos rozan su piel y vuelvo a encontrar su mirada.

Solo para ver si está en la misma página que yo.

Para ver si siente siquiera una fracción de esta tensión sexual.

—Este lugar se parece a ti —añado.

—No has visto más allá de mi sala de estar —dice con una risa.

—¿Debería darme una visita guiada? —pregunto.

—Asegúrate de tomar los auriculares junto a la puerta, para que puedas tener el acompañamiento de audio —bromea. Una carcajada brota de mí, y por un momento esta *sensación* pulsa entre nosotros. La mejor sensación del mundo. Dos personas disfrutando genuinamente el uno del otro, gozando el momento. Ha pasado mucho tiempo desde que sentí eso con alguien. Y aún más desde que ha sido Hazel.

Y carajo, si la forma en que me está mirando ahora mismo no está haciendo que cada centímetro de mi cuerpo se ponga firme. La electricidad crepita entre nosotros; el aire se vuelve tenso. Deslizo mis dedos sobre su rótula, luego trazo ese hueco sensible detrás. Su respiración se entrecorta.

Así que la inquebrantable Hazel puede ser conmovida por Gray, incluso diez años después.

—¿Qué intentas hacer? —pregunta, con un tono perezoso en su voz. Como si estuviera atrapada en algún lugar entre un sueño y la distracción.

Mi corazón martillea mientras mi mirada se desvía por la extensión bronceada de su muslo. Con las yemas de los dedos ardiendo por el contacto, trazo un lento patrón invisible sobre su rodilla.

Quiero ser honesto con ella. Estoy tratando de besarla, joder. De reducir esta tensión en mi pecho en una fracción. De ver si me dejará pasar el resto de la tarde a su lado, perdiéndome tanto en el pasado como en el presente.

—Sabes lo que estoy tratando de hacer —digo, disfrutando de la piel de gallina que florece bajo mi toque. Nunca ha sido buena para

convencerme del todo de que no le gusto. Hazel habla muy bien, pero conozco sus debilidades. La zona detrás de su rodilla bien podría ser un lóbulo de la oreja. Deslizo mi dedo medio sobre ese hueco de nuevo, observando cómo sus fosas nasales se ensanchan.

—¿Aprovecharte de la mujer que heriste de muerte en el lago? — Levanta una ceja, pero su mirada está en mi mano. ¿Deseando que continúe?

—Herida de muerte —me burlo y alejo mi mano de ella. Mi piel protesta por la decisión. Y aparentemente ella también. Mueve su rodilla más cerca de mí. Mi mirada se engancha en ese trozo de tela que cubre su coño —ese dulce calor que tuve la suerte de conocer una vez— y me pregunto qué estará pasando ahí dentro ahora mismo. ¿Está húmeda de deseo por mí? ¿Está palpitando, queriendo que las cosas avancen?

La pelota está en mi tejado ahora mismo. No sé qué hacer con tanto poder. Me pregunto si se da cuenta de que perdió. La evidencia es su piel erizada. Su pecho sonrojado. Sus ojos verdes perforándome con la mirada.

—No hay nada de malo en ser amable con mi nueva agente inmobiliaria —digo. Es una lucha ocultar la sonrisa maliciosa que quiere apoderarse de mi cara, pero lo consigo.

—Grayson Daly —dice—, no ganaste esa competencia de esquí. Fue un empate debido a la lesión de un participante.

Arrastro mi pulgar por el costado de su muslo, en dirección a su rodilla. Ella aprieta los labios.

—Significaría mucho para mi mamá —susurro, y luego le pongo mi mejor cara de cachorrito—. Está muy disgustada desde que Connor trajo a Kinsley Cabana de California.

Hazel se incorpora bruscamente, frunciendo el ceño. —¿Qué dijiste?

—El ambiente está bastante tenso en la casa. —Me encanta lo interesada que está en esta información. Y la mayoría de las personas que crecieron con nosotros lo estarían. Kinsley Cabana es prácticamente la Julieta Capuleto para el Romeo Montesco de Connor. Excepto que no tienen dieciséis años, están en sus

veintitantos y son adultos que consienten. Incluso si mis padres y los padres de Kinsley preferirían morir antes que sus hijos se *apareen.*

—¿Connor trajo de vuelta a… *Kinsley*? —Prácticamente está gritando—. ¿Cómo…?

—Ambos viven en San Diego —explico—, y al parecer empezaron a salir allí. Pero no sé. Todo el asunto me huele a pescado.

Hazel me mira boquiabierta.

—Se están quedando juntos en la casa. Los veo todas las mañanas, comiendo avena como un par de octogenarios.

—No puedo creer esto —susurra.

—Vamos. Ayuda a mi mamá a evitar un desamor. Haz que mi papá sea un poco más tolerable. Sé mi agente inmobiliaria.

La cabeza de Hazel cae sobre el cojín detrás de ella, y frunce el ceño. —Está bien. Pero tienes que irte.

La frustración y la duda me invaden. Estoy noventa y nueve por ciento seguro de que quiere seguir con esto tanto como yo, pero ese uno por ciento de duda es un vasto océano. Quizás no es tensión sexual lo que estoy oliendo; quizás esto es exasperación de la vida real.

Quizás he estado atrapado en mi propia burbuja de trabajo de Nueva York tanto tiempo que he olvidado cómo es participar en un coqueteo consensuado. Incluso con un arbusto de espinas como Hazel.

Sal de aquí. Sal de aquí ahora. Es peligroso estar tan cerca de ella, y necesito irme antes de hacer algo realmente estúpido. Como preguntarle si puedo deslizar mis dedos bajo esa bonita parte de abajo del bikini morado. Mi verga se contrae solo de pensarlo.

—Genial. —Le aprieto el tobillo antes de ponerme de pie. Parece entrar en pánico, pero solo por un segundo—. Podemos hablar más sobre eso en tu oficina el lunes. Se siente muy bien tenerte a bordo.

Ella suspira, cruzando las piernas.

—¿Estás bien aquí? —Apoyo las manos en mis caderas, recorriendo la habitación con la mirada—. ¿O necesitas más ayuda para curar tus heridas de perdedora?

Y entonces Hazel ladea la cabeza hacia mí, sus ojos se entrecierran hasta convertirse en rendijas.

Pero veo las cosas que más intenta ocultar.
Como el comienzo de una sonrisa en esos bonitos labios.

CAPÍTULO SIETE

HAZEL

No voy a admitir cuántas veces me corrí el sábado y el domingo, imaginando a Grayson mientras mi vibrador trabajaba a toda máquina.

Sería vergonzoso. Aunque debo añadir que fue el mejor fin de semana que he pasado a solas en mucho tiempo.

Su toque eléctrico siempre ha sido peligroso, pero ¿cuándo toca mi punto dulce? Olvídalo. No sé cómo salió de mi casa con el pene intacto. Estuve a un pelo de reclamarlo como mío. Ha pasado demasiado tiempo —soy la primera en admitirlo—, pero con esa muralla de hombre tan sexy que es Grayson tentándome así, ¿prácticamente exigiéndome que actúe?

Puede que sea una amargada y una cínica, pero sigo siendo toda una mujer.

Y, sinceramente, no me molesta que piense venir hoy. Ahora estoy refinando mi estrategia. Si quiere llevar esto al terreno sexual, entonces puedo jugar su juego. Me levantaré las tetas tanto que me toquen la barbilla. Mis tacones serán más altos que unas vigas.

Estoy a punto de convertirme en la fantasía de todo hombre, y no veo la hora de que me vea y no pueda tenerme.

Voy tarareando para mis adentros mientras me preparo para mi día de trabajo. Me levanto al amanecer porque funciono mejor en las horas de la mañana y me encanta ver la salida del sol. Me pongo de mal humor si me pierdo una; establece el tono equivocado para el día.

Una vez que estoy lista y arreglada —blusa con volantes y escote, falda ajustada, tacones negros brillantes— y en la oficina, trabajo y miro el reloj a partes iguales. Preguntándome cuándo entrará por fin pavoneándose. Si pondrá o no su mano en la parte de atrás de mi rodilla y convertirá mi cuerpo en un charco de deseo palpitante.

Aprieto los muslos. Recibo algunas llamadas temprano, y una visita inesperada de la repartidora del periódico. Las horas pasan.

Y entonces, por fin —bendito sea— llega. Lo veo mientras estaciona al otro lado de la calle en un reluciente VW negro, el tipo de coche que no se ve muy a menudo por aquí. Me pongo rígida cuando sale, con gafas de sol, su cuerpo alto y ancho cubierto por un sexi traje negro sobre negro.

Vuelvo a clavar la vista en mi computadora. Siento en los huesos que se acerca. Cada vez más cerca. Más cerca. Sí. ¡Entra en la oficina, Grayson! Lo estoy atrayendo con la mente.

Excepto que las campanillas de la puerta nunca suenan con su llegada. Levanto la vista y miro a lo largo de la hilera de ventanas. Nada de Grayson. No está afuera, atrapado en una conversación con nuestro cartero, que es muy parlanchín y ha atrapado a todo el mundo en medio de una gran prisa. No está en la acera de la calle Water, que da a mi oficina. Se ha ido. Maldita sea, *se ha ido*.

Me levanto de un salto y me dirijo a la ventana para inspeccionar mejor lo que puedo ver del centro. Sería un error salir a buscarlo, pero *quiero* hacerlo.

Suspirando, camino de un lado a otro por la pared del fondo de mi oficina. Esta es la señal que necesitaba: me estoy volviendo loca. Esto tiene que parar. Inmediatamente.

Doy un respingo cuando suenan las campanillas. Me doy la vuelta bruscamente. Grayson está en el umbral, soplando una taza de café

abierta.

—Ah —digo, nerviosa porque mis piernas amenazan con fallarme por completo. Como si estuvieran hechas de gelatina. Como si fueran extremidades traicioneras que necesitan ser amputadas, para que no se las asocie con Grayson Daly.

—Buenos días —dice, acercándose a mí con ligereza. Deja una segunda taza de café —con tapa— sobre el escritorio sin decir una palabra. Se hunde en el asiento frente a mi escritorio. Trago saliva, pero se me ha secado la boca. No sé si esto es un caballo de Troya o una ofrenda de paz. Cualquiera de las dos es inaceptable.

—¿Por qué vas vestido así? —Reviso el correo que hay encima de mi escritorio. No lo miro. Estrictamente hablando, no es *prudente* hacerlo. Una sola mirada hacia él en el umbral y me había robado mi energía vital. Es como un vampiro, pero sin hincar los dientes. Solo su mirada corta más profundo que cualquier colmillo y drena la energía importante mejor que cualquier Drácula podría hacerlo jamás.

Se aclara la garganta y es entonces cuando me doy cuenta. Hay algo raro en él. Deja el café, algo atormentado en su mirada—. El funeral es más tarde.

Me muerdo el interior de la mejilla—. Mierda. Lo siento, Gray.

Se encoge de hombros—. ¿Hay algún problema con mi forma de vestir?

—No, no. —Me apoyo en el borde de mi escritorio, con el ceño fruncido—. Es perfecto para un funeral.

—Entonces, ¿cuál es tu excusa por cómo vas vestida tú?

Parpadeo, girándome lentamente para mirarlo. No puedo creer que haya dicho eso. O que me haya devuelto el mismo tono que yo usé con él.

—¿Tienes algún problema con mi forma de vestir?

Su mirada acalorada me recorre. La tensión se dispara entre nosotros. Creo que tengo pruebas de que mi malvado plan está funcionando. Decido ponerlo a prueba un poco más. Reunir pruebas. Por la ciencia.

—Llevo una falda sencilla y lisa —digo, cruzando los brazos justo debajo del pecho. Su mandíbula se tensa—. Una camisa muy normal

y conservadora.

—Conservadora —repite.

Cruzo las piernas, agradecida de que mi falda ya estuviera bastante alta, y ahora la mitad de mi maldito muslo está al descubierto. Me siento en el borde de mi escritorio, retándolo a admitir que me veo bien—. Yo llamaría a este estilo «profesional chic». —Levanto una pierna y giro el pie para admirar el tacón—. ¿Te gustan mis zapatos?

Suspira secamente, removiéndose en su asiento—. Parecen un poco altos para alguien que se está recuperando de un accidente de esquí acuático. Aunque creo que los he visto antes en la tienda de todo a un dólar.

Se me escapa una carcajada. Probablemente no es la reacción que esperaba—. Bueno, amigo. Insulta mis zapatos de diseñador. Me siento tan ofendida. ¿Quieres que empiece a echarle tierra a tu coche alemán de ahí afuera? ¿Es ese el siguiente paso?

—Insulta mi coche nuevo y habrá consecuencias —dice, con un toque sexi en la voz.

—Entonces no hables de mi ropa.

—De acuerdo.

Me levanto de un salto—. De acuerdo. —Doy la vuelta al escritorio, sintiéndome frustrada y resuelta a la vez. Quiero más de él; solo que no sé cómo conseguirlo. Creo que la solución tiene algo que ver con ese apéndice frustrantemente bueno que tiene entre las piernas—. Pongámonos en marcha. Tengo una cita a la una que no puedo perderme.

Grayson se endereza, rebuscando en el bolsillo interior de su chaqueta. Saca su teléfono y contesta una llamada. Su rostro se vuelve de piedra, y todo el aire de la habitación se tensa.

—¿Necesito recordarte? —comienza, con un tono irritable que no le había oído antes— ¿que estoy de vacaciones? —Intento no parecer demasiado interesada mientras atiende la llamada, apilando carpetas que no necesitan atención.

—No —espeta tras un largo silencio—. Encárgate tú. Y si vuelves a llamarme hoy, te rebajaré el sueldo.

Grayson se guarda el teléfono un momento después y me mira—. ¿Qué? —pregunta.

—Vaya. No sabía que podías ser aún *más* desagradable de lo que ya eres.

Se levanta y se ajusta los puños del traje—. Sería agradable tener empleados que pudieran respetar el único día del año que necesito no estar disponible.

El sentimiento detrás de sus palabras me ablanda un poco. Está de luto, lo que lo hace ser todavía más cabrón—. ¿No estás de vacaciones?

—Vacaciones significa otra cosa en Nueva York. Significa que estoy trabajando, solo que no estoy presente físicamente. —Grayson se pasa una mano por el pelo, la tensión marcando su mandíbula. Sea cual sea su trabajo allí, no le encanta.

No estoy segura de qué decir. Si fuera cualquier otra persona, intentaría consolarlo. Saber más de su vida. Quizá encontrar formas de mejorarla, como un abrazo o un hombro en el que apoyarse. Pero no puedo tratar a Grayson como a una persona cualquiera. Es mi enemigo. Debo estar alerta.

—Encuentra un trabajo que ames y no trabajarás ni un día de tu vida —digo, dirigiéndome a la puerta. No es de gran ayuda y lo sé. Me sigue por detrás, y cierro la oficina con llave. Es un hermoso y soleado día de primavera. Una brisa me levanta el pelo, llevando la punta de mi larga cola de caballo por encima del hombro.

—Sí, sí —refunfuña, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Nos vemos allí? —pregunto, señalando con la barbilla su coche al otro lado de la calle.

—Yo manejo.

Miro calle abajo, donde mi coche de fabricación estadounidense me está esperando. Sinceramente, su coche es más sexi. Me encantaría ver el interior—. ¿Seguro que puedes tolerar tenerme en ese espacio confinado durante cinco minutos?

Saca las llaves y abre las puertas del coche. El VW emite un suave pitido como respuesta—. Creo que podré soportarlo.

Mis tacones repiquetean sobre el asfalto de la carretera mientras nos dirigimos a su coche. Grayson se desliza en el asiento del

conductor, y yo doy la vuelta al otro lado. Ya estoy apretando los muslos. Esta es mi debilidad: un hombre sexi con un coche sexi. Si a eso le añadimos ese traje, estoy perdida. Debería haber insistido en que fuéramos por separado.

Por dentro, el coche está impecable. Un coche bien cuidado me pone muchísimo. El motor ruge al arrancar, y puedo decir que tiene un motor que no es de fábrica bajo el capó. Aprieto los labios, mientras mis muslos adoran el tacto del cuero suave.

—Bonito coche —murmuro, buscando el cinturón de seguridad—. ¿Manejas esto en Nueva York?

Niega con la cabeza mientras sale marcha atrás del aparcamiento y se incorpora a la calle—. Pasa la mayor parte del tiempo en el estacionamiento. Lo saco sobre todo para hacer viajes por carretera.

—*Mmm.* —Mantengo las manos en mi regazo, aunque en realidad quiero tocar cada centímetro del interior. Hasta el interior huele a él. Como si un cedro y un frasco de colonia hubieran tenido un bebé. Para cuando llegamos a casa de su abuela, la cabeza me da vueltas.

Entro en modo agente inmobiliaria en cuanto apaga el coche. El atractivo exterior es lo primero que destaca. El jardín delantero es un desastre. El paisaje está totalmente cubierto de maleza. El escalón de entrada al porche destartalado está roto, con trozos de cemento desmoronados a un lado. Grayson me guía hasta la puerta principal y la abre de un empujón.

La casa está vacía, y es obvio que lleva así mucho tiempo. Se han acumulado telarañas en las esquinas del techo. La luz natural es estupenda, pero todo el lugar parece recién salido de un catálogo de los años 70.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien vivió aquí? —pregunto.

—Creo que en los 80 —dice Grayson, arrastrando los pies detrás de mí mientras curioseo por todas las habitaciones de la planta baja. Siento que todo mi trasero se calienta. Me pregunto si me está mirando. Echo un vistazo por encima del hombro; su mirada me está esperando. Un escalofrío expectante me recorre la espalda al recordar la intensidad de su contacto en mi sofá el otro día.

No debería querer más de eso, pero lo quiero. Es lo único que quiero últimamente, y no tiene sentido.

—¿Podemos subir? —pregunto.

Él nos guía, y nuestros pasos resuenan en la escalera de madera. Arriba, los pasillos son un poco oscuros. Se siente un ambiente cerrado. La piel se me eriza al imaginar una claraboya instalada ahí. Eso le daría al lugar un gran cambio. Podría hacer cien pequeñas cosas para hacer este lugar más deseable para el comprador promedio. Y cerca de un millón más que podría sugerirle para satisfacer mis propios gustos personales. Aunque no sé si le importará lo suficiente como para hacer los cambios más básicos.

—La verdad es que es una casa muy bonita —digo finalmente, después del breve recorrido por los dormitorios. Estamos parados en el dormitorio principal, mirando a la calle arbolada. "Bonita" es quedarse corto. Es la casa que desearía haber comprado, con su porche envolvente y su patio trasero a la sombra de los árboles. Amo mi casa, de verdad que sí. Sería divertidísimo arreglar esta casa —. Obviamente, la ubicación es increíble.

—Entonces, ¿cuánto crees que puedes sacar por ella? —Apoya la palma de la mano en el marco de madera de la ventana, revolviendo algo en el bolsillo del pantalón mientras mira a la calle.

—Bueno, eso depende realmente de qué tipo de actualizaciones se hayan hecho. Me refiero al calentador de agua, el techo… —Uso mi bolígrafo para señalar el radiador de agua caliente que sobresale de la pared—. Eso de ahí no es un gran punto de venta. Se calientan; la gente se quema. Si una familia con tres niños menores de cinco años quiere comprar, de repente hay un serio problema de seguridad.

Grayson parece molesto. Se vuelve hacia mí—. De acuerdo. Entonces, ¿cuánto puedo sacar por ella?

Suspiro, pasándome las yemas de los dedos por la línea del cabello —. ¿A ojo de buen cubero? Probablemente trescientos cincuenta mil. Pero eso se basa estrictamente en la ubicación y el mercado actual. Probablemente un comprador astuto que reconozca que la compra de esta casa implica rehacer la calefacción y el techo te haría bajar el precio. Diría que un precio de cierre realista podría rondar los trescientos mil.

Grayson mueve la mandíbula de un lado a otro, sus ojos son pura tormenta—. Eso no es lo que quiero oír.

—Querías que fuera tu agente inmobiliaria; no voy a mentirte.

—El lago está a una cuadra —dice, señalando hacia el norte.

—Pero la casa ha estado abandonada desde los 80.

Suspira, frotándose la nuca. Da unos pasos por la habitación y luego se vuelve hacia mí—. Necesito que esa cifra sea más alta. Mucho más alta.

—Cuanto más lista para el comprador dejes esta casa, mejor precio obtendrás por ella —digo, encogiéndome de hombros—. Unas pequeñas pero importantes reformas podrían subir mucho el precio de esta casa. Mi recomendación sería hacer tantas reformas como sea posible. Pero puedes venderla tal como está, por supuesto.

A Grayson no parece entusiasmarle esta información.

—La verdad es que… esta zona en temporada de turismo es *muy* cotizada —continúo—. Tienes miles de visitantes que llegan a diario por el parque de atracciones del pueblo de al lado. ¿Por qué no quieres la propiedad? Podrías hacer tantas cosas con ella.

Y es verdad. Veo signos de dólar por todas partes. No solo los signos de dólar que van a mi bolsillo por la venta de esta casa, sino su *potencial*. Podría convertirla en una casa compartida de moda. Ya puedo imaginar el bonito cartelito de madera en la pared que dice *Lago. Atardecer. Vino. Repetir.* Las alfombras de baño de pata de gallo con un helecho falso en la esquina.

Sería increíblemente divertido convertir esto en una propiedad de alquiler. Y es algo que yo misma haría, si tuviera una fracción de tiempo libre o, no sé, una pareja que pudiera seguirme el ritmo.

—¿Hablas en serio? —pregunta Grayson, con el ácido prácticamente goteando de su boca—. Ser dueño de una propiedad en Bayshore es lo *último* que quiero hacer con mi vida. Luché durante dieciocho años para largarme de aquí, y ahora que estoy fuera, no voy a anclarme aquí nunca más.

Aprieto los labios, con toda la sensualidad que se había acumulado durante el fin de semana disolviéndose en una débil bocanada de aire.

—Bayshore ha cambiado mucho desde que éramos niños —digo, sintiendo que debería defender Bayshore, aunque sea inútil. La postura de Grayson es clara.

—Puede ser. Pero sigue siendo Bayshore. Demasiado pequeño para lo que quiero hacer con mi vida.

Aprieto los dientes, conteniendo la sarta de réplicas que se me ocurren. Pelear con él ahora mismo no es la decisión más sabia. Necesito capitalizar su deseo de vender su casa, ganar mi dinero y seguir adelante.

Pero, aun así, siento que Grayson está fundamentalmente equivocado sobre nuestro pueblo natal. No entiendo por qué lo odia tanto. Quizá ni él mismo lo sepa. No debería pasar ni un segundo más queriendo cambiar a este hombre.

Además, ¿en qué estoy pensando? ¿En que las chispas que sentí durante el fin de semana podrían prender fuego y convertirse en algo más grande, más satisfactorio?

Me doy cuenta en ese momento de que me he estado engañando a mí misma, aunque sea a un nivel muy abstracto e inconsciente. Ahí es donde ocurre el mejor autoengaño, después de todo. Una parte de mí tenía la esperanza de que Grayson pudiera resultar ser una bocanada de aire fresco. Ese romance inesperado que he estado anhelando. Esa pareja con la que estoy a la par y con la que solo he soñado durante mi vida adulta.

Pero no. No es nada de eso.

Es el mismo imbécil competitivo e infeliz de siempre.

Solo que ahora… más infeliz. Más imbécil todavía.

Y eso es lo último que necesito en mi vida.

CAPÍTULO OCHO

GRAYSON

Los funerales son un asco. Es un hecho universal. Quizá no te importe mucho el pariente o el amigo perdido, o quizá sí; de cualquier manera, los funerales se convierten en una olla a presión de emociones y nostalgia, y todo el mundo pierde la maldita cabeza.

Yo no soy la excepción. En el segundo que entro en la gran iglesia católica del centro del pueblo, mi humor sombrío se vuelve negro. Como un negro nivel agujero negro del que nada escapa de sus garras. Afortunadamente, se supone que la gente debe estar en silencio en las iglesias, lo que significa evitar el contacto visual y la conversación. Ahí me apunto.

Supe que algo andaba mal esa mañana cuando le contesté a Hazel de esa manera. Ni siquiera era parte de nuestra competencia. Era simplemente mi mal humor de perros que salía a jugar. Mis pasos rozan suavemente el suelo de baldosas mientras me dirijo a la primera fila de la iglesia, donde está sentado todo el clan Daly. Mamá está en el centro del banco, flanqueada por Dominic a su

izquierda —por supuesto— y luego, a su derecha, papá, Weston, Maverick y Connor.

Me detengo al final del pasillo y todos mis parientes se giran para mirarme. Seis pares de ojos de un azul eléctrico. Mamá se seca la nariz con un pañuelo de papel. Papá, un hombre corpulento de pelo canoso, está embutido en un traje negro.

—Muévete —le siseo a Dom.

Frunce el ceño y me lanza una mirada que dice: *«¿Qué carajo?».*

—Voy a sentarme junto a mamá —aclaro, empezando a pasar por delante de Connor. Papá carraspea ruidosamente.

—Podemos correrno s, ¿sabes? —se queja Connor.

—Gray, ese es mi *pie* —dice Maverick. Intento pisar con más cuidado. En las filas detrás de mí se forman ceños de desaprobación.

—Podrías haber llegado a tiempo —dice Dominic mientras se inclina hacia delante, lanzándome una mirada severa que casi me saca de mis putas casillas. Como si fuera mi padre. Como si fuera el padre de alguien.

—Podrías cerrar la boca —le respondo, mientras la música del órgano va en crescendo. Toses ahogadas resuenan por la enorme iglesia.

Nuestro verdadero padre me lanza una mirada fulminante. —Siéntate.

—Lo intento —siseo.

—¿Siempre has tenido el trasero tan grande? —pregunta Weston.

—Déjenme sentarme —exijo—. Soy el segundo mayor. Debería estar al lado de mamá.

—Oh, cariño —dice mamá con la voz cargada de emoción. Como si no tuviera energía para nada de esto. Me meto entre ella y Dom. Dom me dedica una mirada asesina mientras se desliza por el banco para hacer sitio al desplazamiento de la gente. Todos los hermanos nos hemos pasado la vida peleando por mamá. Esto no es nada nuevo.

—¿Cómo estás, mamá? —le pregunto, rodeando sus hombros con mi brazo. Asiente y me da una palmada en el pecho. Arriba, en el presbiterio, se encuentra el ataúd cerrado. Se me hace un nudo en la garganta y aparto la mirada bruscamente, hacia cualquier otro

sitio. Hacia las vidrieras que se elevan sobre nosotros, hacia las columnas ornamentadas que se elevan en espiral hasta el techo abovedado. La última vez que estuve en esta iglesia, probablemente tenía unos trece años, y estaba con la abuela Ethel. Todo en este lugar me recuerda a ella.

Sabía que este iba a ser un día desagradable. Las emociones y todo eso. Sinceramente, es parte de la razón por la que quise empezarlo con Hazel. Para mantener mi mente ocupada. Para distraerme. No funcionó muy bien; en realidad, puede que haya empeorado las cosas.

El servicio es corto y sentimental. Soy uno de los que carga el féretro, junto con todos mis hermanos y nuestro padre. Formamos una caravana de coches que nos lleva al cementerio. Agradezco el espacio, porque me da tiempo a ocuparme de la presión que se acumula en mi pecho. Todo lo que siento es magma y descontento. Gira y presiona mis costillas, como una botella de champaña agitada. Pero no tiene nada que ver con mi abuela. Eso sí puedo decirlo.

Estoy triste y me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ella antes de que falleciera. Pero esta presión dentro de mi pecho se siente como una mugre que ha burbujeado hasta la superficie. Como un alquitrán que ha estado cubriendo mis entrañas y que finalmente ha salido a borbotones. Mi teléfono vibra y lo agarro para mirarlo. Una parte salvaje y desquiciada de mí quiere que sea Hazel. Aunque no hay razón para que me escriba. Aunque no tiene mi número.

En cambio, es del trabajo. Mi asistente, Chad. Su mensaje de texto es conciso: «Kratz quiere una reunión contigo el lunes, ¿qué le digo?».

Eso es dentro de una semana. Pedí cuatro semanas de vacaciones, con la intención de quedarme fuera de la ciudad todo ese tiempo, si no más. La rabia hierve a fuego lento en mis entrañas, un guiso cáustico y espeso que lleva ahí demasiado tiempo.

Se me oprime tanto el pecho que casi no puedo ver por un segundo. Agarro el volante y, cuando la procesión se detiene, piso el freno con fuerza. La verdad sale a la superficie.

Eres jodidamente infeliz y tienes que renunciar.

No es la primera vez que se me ocurre esta revelación. Pero cada vez que llega, como un visitante religioso no deseado en la puerta de casa, prefiero esperar a que se vaya en las sombras en lugar de enfrentarla.

Echarme atrás en la vida que he creado —la vida por la que he luchado— no es una opción. Tengo todo lo que necesito. Todo lo que creía querer. No hay lugar para la infelicidad en Brooklyn, en mi lindo apartamento, con un trabajo de alto nivel y oportunidades de inversión que casi me ahogan de lo abundantes que son. Quiero decir, claro, todo el mundo es un poco infeliz en Brooklyn, pero es una miseria colectiva. El tipo de camaradería impersonal de *«estamos todos juntos en esta locura»* que puedes ver brillar en las caras de mis compañeros neoyorquinos ceñudos.

Es todo lo que cualquiera debería querer.

Además, ¿cuáles son mis opciones? ¿Irme a la ya reventada burbuja tecnológica de San Francisco, mudarme a Seattle y pagar el mismo alquiler por un apartamento aún más pequeño, o… qué? ¿Volver a casa, a Bayshore, como un perdedor resignado, con el rabo entre las piernas?

Este sentimiento pasará.

Excepto que no estoy seguro de que alguna vez haya pasado de verdad, no realmente. Cuando surge, mancha el aire a mi alrededor. Instándome a arreglarlo. A hacer algo. A simplemente reconocerlo.

Pero no puedo. No sé a dónde más ir. Así que es más fácil ignorarlo.

Ignorar y distraer.

Se me ha ocurrido, como el chiste más inapropiado susurrado en medio de una habitación silenciosa, que conseguir mis cuatro semanas de vacaciones y planear pasarlas en Bayshore era una especie de prueba. No es que alguna vez haya considerado seriamente volver a casa. No es una opción. Pero el pensamiento a veces se queda ahí, voluminoso e incómodo, como un doctor metiéndote el dedo en el culo durante una revisión de rutina.

Y cuando ese sentimiento persiste, haces cualquier cosa para ignorarlo. Anestesiarlo. Seguir adelante.

El servicio en el lugar del entierro es emotivo. Definitivo. El sacerdote habla monótonamente mientras yo lucho contra las lágrimas. Mis hermanos y yo nos quedamos cerca de la parcela, arrojando rosas sobre el ataúd que desciende. Papá menciona que ya ha comprado sus parcelas y las de mamá cerca.

—¿Y no compraste las nuestras también? —pregunta Weston, tratando de aligerar el ambiente. Todos nos limitaríamos a poner mala cara y a dar pisotones, pero Weston intenta levantarnos el ánimo. Es realmente el más simpático de todos. No estoy del todo seguro de cómo salió tan libre y feliz cuando el resto de nosotros somos, por lo general, unos imbéciles. Excepto mamá, claro. —¿No hay un Groupon para esas cosas?

Papá gruñe. —No sé qué es eso del Roopon.

—Groupon, papá —suspira Maverick.

Volvemos a casa aturdidos. Tengo mi brazo alrededor de los hombros de mamá, pero ella tiene cara de piedra y está en silencio.

La abuela Ethel no solo era su madre, sino que también había sido su mejor amiga. Una de sus rocas había partido de esta tierra. Sinceramente, me alegro de estar aquí otras tres semanas y media. Necesito asegurarme de que mamá esté bien antes de irme. Papá es una roca para ella, pero no de la misma manera que lo era su madre. Él es más bien una roca del tipo que tiene una pensión y menos una roca de apoyo emocional.

De vuelta en casa de mamá, llenamos la entrada y parte de la calle con nuestros coches. Cierro mi puerta justo cuando Connor y Kinsley salen de su auto de alquiler.

Connor parece legítimamente angustiado. Las mejillas de Kinsley están sonrosadas e hinchadas, como si hubiera estado llorando. Admito que subestimé la relación de mi hermano con la hija de nuestra familia rival. Pensé que lo había hecho solo para joder a mamá y a papá.

Pero Connor desliza su brazo alrededor de la cintura de Kinsley como si lo hubiera estado haciendo durante años, y me doy cuenta de que mi hermano tiene toda una vida en California de la que no sé nada.

Es el único hijo de los Daly con novia. Quizá necesite tomar lecciones de mi hermano pequeño.

—¿Están bien? —pregunto, esbozando una sonrisa. Kinsley asiente y sorbe por la nariz. Connor me aprieta el hombro, el sol ilumina su pelo rubio arena. Lentamente, todos nos abrimos paso hacia la casa. Nuestro hogar de la infancia.

No importa cuánto tiempo haya estado fuera, no importa lo que piense de Bayshore, el olor de casa puede ponerme de rodillas. No es que use ningún perfume especial ni nada dentro de la casa; no hay ambientadores que se disparen al azar. No, es el olor de nuestra familia, impregnado en los suelos de madera y en los rincones soleados y en los caminos familiares a través de las habitaciones. Son los más de treinta años de vivir en la casa, mezclados con las lágrimas de los niños y las iras de los adolescentes y el ineludible duelo y alegría que acompaña a cualquier ápice de vida.

Ojalá fuera un perfume, para poder embotellarlo y llevármelo a Nueva York. Inhalarlo cada vez que me sintiera deprimido. Aunque probablemente me acabaría el frasco en una semana.

Todos nos aflojamos las corbatas y nos quitamos los zapatos en la puerta principal. Pronto, la casa de mi infancia se llena de charlas. Mamá se acerca a las ventanas traseras y suspira mientras mira el patio, donde mi padre está cacharreando junto a la parrilla.

—Deberías ir a darte un masaje esta semana —sugiero mientras me pongo a su lado, tratando de averiguar qué está mirando. Quizá sean los cardenales en el comedero. O quizá sea el borde desigual del sendero trasero, hecho por su servidor porque, oye, llevo una década viviendo en una gran ciudad. Ya no utilizo equipos de jardinería. —Yo pago. Puedo hacer la cita por ti.

Suelta un suspiro, negando con la cabeza. —¿Sabes qué sería agradable?

—¿Qué?

Se gira para mirarme, con los ojos tan claros y vibrantes que son prácticamente gélidos. —Que todos mis hijos estuvieran en casa.

Inclino la cabeza. —Mamá. Estamos en casa. Ahora mismo.

—No es eso lo que quiero decir. —Suspira, envolviéndose más apretadamente con su chal negro. Pasa a mi lado y se une a Kinsley

en la cocina.

—¿Alguna vez piensas en volver a Bayshore? —le pregunta a Kinsley.

Kinsley parpadea varias veces, estudiando la encimera. —Bueno… en realidad, sí. El alquiler es ridículo en California.

—Yo no podría volver —digo, uniéndome a ellas en la cocina. También lo hacen Dominic y Connor. —Mi trabajo no existe en Bayshore.

—Actúas como si fueras el limpiabotas real o algo así —reprende Dominic.

Entrecierro los ojos hacia él. —Eso ni siquiera… Eso no tiene sentido.

—Les diré una cosa que extrañaba de casa —dice Connor con un suspiro, acomodándose en un taburete frente a las mujeres de la cocina. —El lago.

—¿Ven? —la sonrisa de mamá brilla esperanzada—. Solo necesito encontrar mi propia manera de atraer a cada uno de ustedes a casa.

—Vivo a una hora de aquí —le recuerda Dominic.

—Pero no estará contenta hasta que tengas la escritura de una casa en tu mano con una dirección de Bayshore —dice Maverick, uniéndose a la conversación. Tiene el pelo más oscuro de todos nosotros y, combinado con sus rasgos demacrados, parece un poco enfadado casi todo el tiempo. Es como la *cara de perra*, pero para tíos. Llamémosla la *cara de idiota.*

—No le diría que no a eso —admite mamá.

Weston se une un momento después. Ya se ha cambiado a unos pantalones largos de lino y una camiseta suave que dice PAZ. —¿Todo el mundo se muda a casa? ¿Significa que tengo que ir a buscar mi propio sitio?

—Ya deberías tener tu propio sitio —le recuerda Dominic, y reprimo una sonrisa. Estuve a punto de decir lo mismo.

—No me vale la pena alquilar. —Weston abre el refrigerador y mira dentro. Tiene veinticuatro años, pero parece un adolescente en toda regla mientras mira sin interés el contenido. —Además, ningún propietario me alquilaría por solo unos meses. Los contratos se firman por un año.

Su respuesta suena ensayada. Como si se la hubiera repetido a papá un millón de veces. Weston se mueve mucho. No estoy muy seguro de lo que hace o cómo se lo permite.

—¿Adónde fuiste más recientemente? —pregunto, mientras papá entra pesadamente por la puerta corrediza de cristal que da a la terraza.

—A Massachusetts —dice, y luego cierra el refrigerador sin sacar nada—. Había una convención.

—Ah. —Me meto las manos en los bolsillos, tratando de encontrar algo relevante a este dato. No tengo nada. Realmente debería conocer mejor a mi familia. —¿Qué es eso de nuevo?

Papá resopla. Probablemente han tenido esta misma conversación antes.

—Una convención —dice Weston—. Ya sabes, como la Comic-Con, Star Wars Con…

—¿Así que vas disfrazado de Jabba el Hutt? —pregunta Connor, sonriendo. Al menos no soy el único que no sabe de qué va la cosa.

—No. Quiero decir, no es obligatorio. —Weston se pasa una mano por su pelo castaño claro. De los cinco, Connor fue bendecido con los mechones rubios. Solía sentir tanta envidia cuando era pequeño. Pero cuando crecí, me di cuenta de que la combinación de *alto, moreno y apuesto* era tan potente —si no más— que la combinación de *cena, película y vino.*

—¿Qué *haces* allí? —pregunto, incapaz de guardarme la pregunta. Demuestra lo poco que sé, pero sospecho que Dom y Connor se están preguntando lo mismo.

—Trabajo. —Weston se encoge de hombros, mirándonos a cada uno de nosotros por turno. Cuando el silencio se instala en la cocina, pregunta—: ¿Qué?

Ya puedo sentir la decepción paternal de Dominic, lo que me jode muchísimo. Probablemente porque papá está de pie justo a su lado, y ambos tienen los brazos cruzados sobre el pecho *de la misma manera.* Y entonces me doy cuenta… yo también los tengo así. Es como si estuviéramos emparentados. Me encanta y a la vez odio lo parecidos que somos todos.

Me apresuro a bajar los brazos y añado: —Bueno, eso es genial. Ir de convención en convención.

Muevo la mandíbula, debatiendo si quiero decir o no las siguientes palabras. —A veces daría cualquier cosa por alejarme de mi trabajo.

—¿La oficina te tiene deprimido? —pregunta Dom.

Mierda. No debería haber dicho eso delante de él. Ahí está la munición que ha estado buscando. —Manejar millones de dólares al día es estresante. A veces sería agradable simplemente flotar, es todo lo que digo. Como lo que haces… —agito mi mano en el aire con desdén. Dom es médico en un hospital en Cleveland—. Suena relajante. Solo tienes que ver pacientes y ya está.

Dom mueve la mandíbula y yo trato de reprimir mi sonrisa. Es divertido irritar a mi hermano mayor.

—Gente y papeleo, ¿verdad? Pan comido. —Golpeo mis nudillos en la encimera.

—Salvo la vida de la gente —aclara Dom, exactamente el nivel de fastidio que buscaba—. ¿Cuándo fue la última vez que realizaste una cirugía de emergencia para alguien que pendía de un hilo?

—Chicos —empieza mamá con ese tono reservado exclusivamente para extinguir peleas antes de que hayan comenzado técnicamente. Papá se dirige al refrigerador y un segundo después se abre una cerveza.

—Es un trabajo importante —continúo, con la satisfacción parpadeando dentro de mí. Papá empieza a repartir cervezas. No estoy seguro de si es para calmar la explosión pendiente o para incitarla a algo más grande—. Solo hablo del tipo de gente a la que servimos. Tú estás haciendo un trabajo importante en el terreno. Yo estoy… un poco más arriba. El escalón superior.

Connor resopla mientras Dom me fulmina con la mirada.

—Sí, limpiarles el culo a multimillonarios mezquinos suena como una forma genial de ganarse la vida —murmura Dom.

—No estoy limpiando culos —digo, sorbiendo mi cerveza—, pero te aseguro que me estoy forrando.

—Gray va a ser el que pague la cuenta cuando estemos en el asilo —bromea papá mientras regresa al patio. Y de alguna manera, ese comentario significa *mucho* para mí. Probablemente porque papá

siempre ha dejado más que claro que prefería la profesión de Dom simplemente porque estaba en la misma industria: la salud.

Papá ha trabajado como director general del hospital local durante los últimos treinta años, y Dom se convirtió en su orgullo y alegría una vez que anunció su decisión de ir a la facultad de medicina. Siguieron los años de decepción mientras el resto de sus hijos tomaban caminos variados: banca de inversión, ingeniería de software, viajes sin rumbo y luego la indecisión del más joven, cuya única profesión real parecía ser emborracharse y follar.

—¿Podrías tirarme un millón? —pregunta Maverick.

—Ven a trabajar para mí un año y entonces quizá podría.

Parece que lo está considerando.

—Tú tampoco te vas a Brooklyn —advierte mamá—. Ya perdí a un hijo por la Gran Manzana; no vas a hacer que sean dos.

—Ehh, no creo que esté hecho para lo que hace Gray —dice Mav con un suspiro—. Sea lo que sea.

—¿Acaso nadie en esta familia sabe lo que hace el otro? —pregunta Connor. Kinsley se ríe mientras corta trozos de queso elegante.

Era una broma, pero retumba en la habitación, dejando un sabor amargo en mi boca. Tiene razón, y por primera vez en mi vida adulta, eso no se siente bien.

Es fácil olvidarse de la gente cuando no está en tu círculo todos los días. Cuando están a cientos o miles de kilómetros de distancia. Es fácil olvidar por qué importan. Es fácil olvidar el pasado, las palabras y las personas que te formaron.

Pero estar de vuelta en Bayshore, con mis cuatro hermanos a mi alrededor por primera vez en una década… ¿Mi madre sonriéndonos dulcemente a todos, mientras mi padre enciende la parrilla afuera? Hay algo reconfortante aquí, incluso en medio de la incomodidad y la emoción. Si cierro los ojos, es casi como si tuviera dieciséis años de nuevo, y el pequeño Mav está correteando por la cocina con su camión de juguete, Dom está estudiando los papeles de solicitud para la universidad, mientras West cuelga de la casa del árbol en el patio trasero y Connor susurra en secreto por teléfono a su novia de la secundaria. Es extraño lo mucho que todavía me siento como ese

chico, ese chico de dieciséis años en medio de todo el ruido y la familia.

Es extraño lo lejos que Nueva York me lleva de eso.

Aún más extraño es lo bien que se siente estar de vuelta en ello.

CAPÍTULO NUEVE

GRAYSON

Me tomo un día para dejar que mis emociones se endurezcan de nuevo hasta convertirse en el glaciar inmóvil que solían ser. Pero el martes por la noche, algo martillea dentro de mi pecho que ya no puedo jodidamente ignorar.

Esta presión me empuja por la calle hasta la pequeña tienda de conveniencia junto a la playa, cerca del atardecer. El lago y el cielo se reflejan mutuamente en tonos dorados y carmesí. Me detengo un momento fuera de la tienda, levantándome las gafas de sol para contemplar el espectáculo. Joder, este lugar es precioso en verano. Llevo aquí menos de una semana, y mis niveles de estrés se han desplomado. La vida en el lago, y toda esa mierda. Usar la moto acuática a diario probablemente también tenga algo que ver.

Dentro, el olor a comino y a limpiador de pisos me da la bienvenida. La Sra. Singh es una autoproclamada vegetariana incorregible, y el olor de sus creaciones vegetarianas ha impregnado esta tienda durante décadas.

—Grayson —dice con voz pausada mientras entro, y mis zapatos náuticos rozan el linóleo sucio—. Qué bueno verte de nuevo.

Extiendo los brazos para darle un abrazo. Es una mujer bajita y blandita, hecha de puro amor y humor irónico. Y, por supuesto, de verduras con comino.

—Estaré por aquí unas semanas más —le digo—. Luego, de vuelta a Nueva York para mí.

—Qué lástima —dice, tomando un paño de cocina—. Bayshore necesita más hombres como tú. Tantos recién llegados por aquí últimamente. A nadie le importa la tienda de la Sra. Singh como a ti y a tus hermanos.

Es verdad; probablemente sostuvimos su negocio durante los 90 solo con nuestras compras de chicles y revistas. Ahora, sin embargo, estoy aquí por cosas más sofisticadas.

Como vino y whisky.

—Sabes que esta es mi única parada cuando estoy en la ciudad —le prometo—. ¿Weston y Maverick no vienen por aquí?

—Oh, Maverick está aquí prácticamente todos los días —se ríe—. Weston pasa de vez en cuando. Cuando no está saltando de trenes o lo que sea que haga en el oeste.

Levanto una ceja. Aparentemente, nadie sabe lo que hace Weston, o realmente es un hombre de mil oficios en secreto. —¿En el oeste?

—Sí. Hizo algo de minería en Nevada… ¿creo? —agita la mano—. No estoy segura. Es difícil seguirle el ritmo.

Esa es la verdad. Tomo nota mental de sacar el tema más tarde. Si Weston fue al oeste, tal vez se encontró con Connor. Siento que esto podría hacer que mi mamá se sintiera mejor. Y estoy intentando reunir todos los detalles reconfortantes posibles.

Examino su famosa pared de licores y vinos. Tomo la botella de whisky más cara que tiene, así como su mejor botella de tinto seco. Algo de California. Me cobra y me regala un paquete de chicles. Por los viejos tiempos.

Con el atardecer resplandeciendo a mi espalda, me alejo del lago y vuelvo al vecindario, desviándome hacia la calle contigua a la casa de mi mamá. Cuanto más camino, más se acelera mi corazón. No debería estar tan nervioso; soy un *soltero profesional* de veintiocho

años, por el amor de Dios. Podría usar Tinder hasta en coma. Pero cuanto más me acerco a la casa de Hazel, más fuerte martillea mi corazón.

Es porque esto es escandaloso, y lo sé. Estas botellas de alcohol son una rama de olivo. La última vez que ofrecí una de esas —la rama de olivo metafórica, no el ron— terminamos saliendo.

Es que Hazel es la única persona con la que quiero estar, incluso con todas las puyas, su temperamento y la pesada historia. Hay algo reconfortante en nuestra rivalidad. Y la necesito ahora más que nunca.

Empiezo a silbar una vez que su casa está a la vista, como si intentara convencerme de que todo está bien en mi interior. Ya puedo ver su ceja arqueándose hasta las nubes. Cuestionando mi presencia. Haciéndose a un lado para dejarme entrar. Observándome con esa sospecha sexi que se derretirá para convertirse en certeza y pasión.

Las botellas tintinean un poco en mis brazos mientras subo por el camino de ladrillos hasta su puerta principal. Todo está tan ordenado y atractivo como la última vez que lo vi. Toco tres veces la puerta y me trago lo último que queda de mi nerviosismo. Hazel no puede ni olerlo, o lo usará a su favor.

Puede que hayamos pasado los últimos diez años separados, pero todavía conozco a esta mujer como la palma de mi mano.

La puerta no se abre. No se me ocurrió que podría no estar en casa. Reviso mi celular: casi las nueve de la noche. Los atardeceres tardíos de principios de verano son particularmente mágicos, y siento que estoy en tiempo prestado. Justo cuando levanto el puño para tocar de nuevo, la puerta se abre.

Hazel aparece de repente frente a mí, con su cabello color canela recogido, y unos cuantos mechones sueltos y rebeldes. Me mira con una expresión tan pura, tan honestamente confundida, que por un momento me quedo desconcertado. No tengo palabras. No tengo respuesta. Solo puedo absorber su imagen.

—Hazel —logro decir finalmente. Mi mirada ha recorrido su rostro treinta mil veces en los diez segundos que llevamos mirándonos. Y, Dios, quiero más.

—¿Gray? —pregunta, frunciendo el ceño.

Y es entonces cuando me doy cuenta del interior de su casa. Del ligero movimiento detrás de ella. No sé qué me llamó la atención, solo que cuando levanto la vista, veo que no está sola.

Hazel tiene compañía. Y se llama *Bryce*.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Está todo bien? —pregunta. Me llega una ráfaga de su aroma, el azahar y el almizcle floral que ha comenzado a atormentar mis sueños.

Aparto a la fuerza mi mirada de Bryce y la devuelvo a ella. Aprieto con más fuerza los cuellos de las botellas en la bolsa de papel. —Sí. Yo, eh… pasaba por aquí y pensé en saludar.

Cada latido refuerza mi decepción. El rechazo implícito de encontrarla aquí con *él*. No tengo ninguna razón para estar celoso. Ninguna razón para estar enojado. Sin embargo, lo estoy. Estoy tan jodidamente celoso que podría sacarlo a rastras por el cuello y asegurarme de que la deje en paz para siempre. Un calor repentino recorre mis extremidades. La bolsa de papel cruje bajo mi agarre.

—Pero no quiero molestarte —me apresuro a añadir, esperando que mi rostro no delate ni un ápice de la devastación que tiembla dentro de mí—. Solo pensé… ya sabes. —Esbozo una sonrisa, pero se siente más como una mueca. Mis piernas me están llevando lejos. Este es el modo retirada.

—Bueno… —comienza ella.

Pero ya estoy a mitad del camino, y medio decidido a estrellar las botellas contra la acera. Lo tenía todo planeado en mi cabeza. *Oye, Hazel, pasemos la noche juntos. Netflix y tinto seco, ¿qué me dices? O Netflix y whisky. Tú eliges. Pero tiene que incluir Netflix. Y mucho manoseo.*

Mi mente zumba mientras me dirijo a la siguiente calle, tan rápido como puedo sin echar a correr. Puede que me escabulla de su casa en una carrera avergonzada, pero ni de coña voy a parecer tan desesperado como me siento. Una vez que llego a la siguiente cuadra, parte de la tensión en mis hombros disminuye y puedo *pensar* de nuevo.

Y lo que me golpea es la decepción. No con ella, sino conmigo mismo.

Encontrarla allí con Bryce no debería haber dolido. Pero lo hizo. Porque todavía siento esta estúpida atracción por Hazel. Ninguna cantidad de negación o de ignorarlo hizo que desapareciera en diez años. Eso está más claro que nunca ahora.

Y una vez más, los viejos hábitos nunca mueren. Hazel eligió a otro. Alguien inferior. Alguien no tan guapo, no tan exitoso, no tan inteligente.

Sé que no tiene ninguna razón para elegirme a mí. Pero joder, quiero que lo haga. Siempre he querido que lo haga. En aquel entonces, habría hecho cualquier cosa para que me eligiera, y aun así eligió a otro. Incluso se cambió de escuela para alejarse de mí.

Esto se siente como una repetición innecesaria de algo que debería haber aprendido hace eones.

¿Y sabes qué? Es hora de aprender la lección.

Se acabó lo de mantener viva esta llama por ella.

Es hora de quemarla y enterrarla.

CAPÍTULO DIEZ

HAZEL

La puerta principal se cierra con un *clic* final. Es la señal del fin de la oportunidad que había estado anhelando en secreto desde los diecinueve años.

—¿Ese era el idiota del barco del otro día? —pregunta Bryce.

La boca se me abre como a un pez fuera del agua. Estoy tan atónita como si Jason Momoa hubiera aparecido en mi casa de improviso. De hecho, antes pensaba que había más probabilidades de que apareciera Jason Momoa que Grayson en son de paz.

—Sí. —Me muerdo el labio y regreso al sofá. Ese breve destello de Grayson es todo lo que necesito para decidirme.

Mi noche había sido bombardeada por dos visitantes masculinos inesperados. Primero, Bryce, que me acompañó a casa después de una cena grupal con amigos y se estaba insinuando para intentar pasar la noche.

Y ahora, Gray, la bola de fuego inesperada.

—¿Cuál es su problema? —pregunta Bryce, estirándose en el sofá. Me había invitado a sus brazos, no tan sutilmente, no menos de

cinco veces.

—Sinceramente, no lo sé. —Me acurruco en el extremo más alejado del sofá, estudiándome las cutículas mientras hablo—. Probablemente solo está solo y busca a alguien a quien molestar.

—Me alegro de que no lo invitaran a la cena de esta noche —se burla Bryce.

Intento mostrarme de acuerdo, pero el comentario me entristece. Grayson debería haber estado allí. Se habría divertido. Diablos, hasta lo extrañé un poco. Una parte de mí se pregunta cómo sería tenerlo de vuelta en el grupo. Se me pone la piel de gallina en los antebrazos al imaginarlo.

Por mucho que queme, quiero la bola de fuego.

—Entonces qué, ¿ustedes eran amigos en el pasado?

—Para nada —digo, con la voz hueca. Éramos mucho más que amigos, y mucho menos. Hemos cubierto cada punto en el espectro entre el amor y el odio.

—Sí, se nota. El tipo ni siquiera te conoce. ¿Sabes lo que dijo de ti en el barco?

Siento un calor que me sube por el cuello y me arriesgo a mirar a Bryce. Esto no va a ser bueno; el cosquilleo tenso en mis hombros me lo advierte.

—¿Qué?

—Dijo que eras lesbiana.

Casi me río, aunque es muy molesto. Ese es Grayson, sin duda, con sus viejos trucos. Incluso diez años después. Niego con la cabeza.

—Como si intentara despistarme, ¿sabes? —dice Bryce—. Pero no funcionó conmigo.

—¿Qué le dijiste?

—Si fueras lesbiana, pues, mejor para mí. —Se ríe como si de verdad le hubiera ganado la partida a Grayson—. Digo, si te gusta eso, conozco a un par de chicas que podríamos invitar…

Parpadeo, mirándolo sin expresión, y algo en su respuesta se asienta pesadamente dentro de mí. Como rocas hundiéndose en el fondo del océano, arrastrando con ellas lo último que me quedaba de respeto por él.

No es el aspecto del trío lo que me irrita, cada quien con lo suyo, en serio. Pero sea lo que sea que brilla en la mirada de Bryce me recuerda que él no es lo que busco. Ni siquiera en un intento de tener a alguien del brazo en el Baile del Bicentenario.

Puede que Grayson no sea la mejor opción, pero Bryce *definitivamente* no lo es. No lo quiero aquí. Y tal vez eso es lo que Gray hizo por mí esta noche: recordarme que esta mediocre excusa de compañía masculina no vale el esfuerzo.

—Creo que ya es hora de dormir —digo, con voz plana. Para que no haya ninguna duda.

—¿Tan temprano? —pregunta.

—Sí. Deberías irte. —Me levanto y me dirijo a la puerta. La abro y ofrezco la sonrisa de plástico reservada para mis peores clientes—. Tengo que levantarme temprano para trabajar.

Bryce no dice nada más y pasa a mi lado. Adiós a ese amigo. La puerta se cierra con un golpe sordo detrás de él, y me quedo en un torbellino de dudas.

La aparición de Grayson destapó todos estos pensamientos reprimidos que he estado teniendo sobre él. Quizá él también tenga una pizca de estas dudas. Sé lo importante que debe haber sido para él aparecerse en mi casa. No soy tan terca como para pasar eso por alto. Y, la verdad, me dan ganas de marchar hasta la casa de su madre y exigirle que regrese.

Pero no. Tengo más delicadeza que eso.

Paso la noche repasando mi plan de juego. Esto merece una acción inmediata. Y sé exactamente por dónde empezar.

Temprano a la mañana siguiente, me estoy rizando el pelo con el telón de fondo de un amanecer gris azulado, justo antes de que explote en un amanecer color narciso, contando los minutos para poder enviarle un mensaje a Grayson.

Busqué y encontré su número en la base de datos de mi trabajo. El mensaje está escrito y listo para ser enviado desde anoche. Tengo los hombros tensos de tanto esperar, y sinceramente creo que voy a explotar. Reviso mis opciones de vestuario y me decido por una falda negra de talle alto combinada con una blusa de volantes. Añado una flor artificial en mi pelo para rematar: un toque tropical en mi

atuendo, por lo demás, de negocios informal. Le sonrío a mi reflejo, haciéndole a la mujer del espejo la pregunta que me ha consumido durante la última semana: *¿Qué quieres con Grayson?*

Todavía no puedo responderla, ni siquiera después de entrar como una exhalación en mi oficina y pulsar ENVIAR en el mensaje que ha estado esperando durante doce horas. Sé que quiero *algo* de él. Más que eso, lo *necesito*.

HAZEL: ¿Puedes estar en la casa hoy a las 4:30?

La respuesta de Grayson llega unos quince minutos después.

GRAY: ¿Por qué?

HAZEL: Compradores interesados. Creo que tu presencia ayudará en la visita.

GRAY: No es una casa grande, no se pueden perder.

HAZEL: La historia ayuda a vender una casa.

GRAY: Conoces la historia de la casa tan bien como yo.

Me muerdo el labio mientras releo sus respuestas. Me esperaba esto. Anoche vi el destello de desánimo en su rostro cuando se fue. A Grayson no le sienta bien fracasar en nada.

Dios, ¿está mal sentir lástima por él? Quiero abrazarlo contra mi pecho y asegurarle que en realidad habría preferido enormemente pasar la noche con él, explorando el contenido de esa bolsa de papel bajo las estrellas, mirando la luna, revisando el reloj cada media hora y permitiéndome un poco más de tiempo a su lado…

Me llevo una mano a la frente. Debo de haber bebido algún tipo de jugo que altera la mente en algún momento de la semana pasada. *¿Pasar voluntariamente una noche de trabajo con Grayson?*

No sé en quién me he convertido, pero esta nueva Hazel es extraña. Prácticamente irreconocible.

HAZEL: ¿Quieres vender esta casa o no?

GRAY: Nos vemos allí.

Bien. Lo manipulé para que apareciera. Ahora solo tengo que matar el resto del día, anticipando el momento en que lo vea.

El día pasa benditamente rápido. Mi teléfono no para de sonar, recordándome que en realidad necesitaba una secretaria hace seis meses. No he tenido el tiempo ni la energía para redactar el anuncio de búsqueda de personal. Además, es todo un lío invitar a otra

persona a mi espacio, a mi proceso. Enseñarles, hacer que se aclimaten al ritmo. Mentalmente no estoy preparada para todo eso. Lo haré sola hasta que ya no pueda más.

Cierro la oficina sobre las 4:20 y llego a la casa de Grayson, asegurándome de estacionar varios lugares lejos de la puerta principal. El jardín sigue siendo un desastre, no es que haya tenido tiempo de hacer cambios, con su familia todavía de luto.

Me doy cuenta, después de un minuto entero deambulando por la acera frente a la casa, que no he respirado ni una sola vez. Estoy tan concentrada en parecer casual y en escanear furtivamente el horizonte en busca de Grayson que no me doy cuenta cuando la pareja que busca comprar se acerca a mí.

—¿Es usted Hazel?

Me sobresalto y me doy la vuelta para encararlos. A mí nunca me toman por sorpresa. De eso no se trata «Pregúntale a Hazel». Parpadeo rápidamente, sintiendo cómo la sonrisa prefabricada se apodera de mí.

—¡Sí! ¡Hola! Deben ser el señor y la señora Whitehall.

Nos damos la mano, arrullándonos por la pintoresca calle y la abundancia de frondosos árboles cercanos. Mi sentido arácnido ya me dice que la señora Whitehall está lista para comprar; el señor Whitehall, sin embargo, necesita un pequeño empujón. Aprieto las carpetas contra mi pecho mientras los tres iniciamos una lenta caminata hacia la puerta principal. Aprieto los dientes al pasar por encima de los escalones de cemento agrietados.

Justo antes de que vaya a abrir la puerta principal, aparece Grayson. Viene paseando por la acera, con las palmas de las manos en la nuca. La parte delantera de su camiseta está manchada alrededor del cuello, como si hubiera estado sudando. Unos shorts negros de deporte se mueven suavemente alrededor de sus caderas estrechas, y la gorra de béisbol al revés sobre sus oscuros mechones color moca me roba el aliento.

—Aquí está el… —No puedo terminar mi frase mientras se acerca. No me mira, lo que empeora las cosas. Me da rienda suelta para *devorarlo con la mirada*—. El propietario —resoplo, justo cuando llega al grupo.

—Hola. —Suena un poco sin aliento, como si acabara de terminar de correr. Apenas puedo apartar la vista del vello oscuro que salpica sus musculosas pantorrillas. Pone las manos en las caderas.

—Grayson, le presento al señor y la señora Whitehall —digo, señalándolos, con los ojos clavados en la curva de su bíceps mientras le ofrece la mano a cada uno por turno—. Esta casa ha estado en su familia por más de cuatro décadas.

Los arrullos de la señora Whitehall son suficientes para demostrar por qué supuestamente lo necesitaba aquí. Aunque, sinceramente, ahora mismo él es irrelevante. Irrelevante para cualquier cosa que no sea un deseo palpitante entre mis piernas.

—Quizá también pueda estar en nuestra familia por cuatro décadas —dice la señora Whitehall, levantando las cejas mientras toma la mano de su marido.

Yo los guío, con cuidado de mantener mi sonrisa educada mientras recorremos la casa tal como la vi por última vez. Grayson se queda atrás, pegado a los umbrales y pasillos mientras yo alabo el lugar tanto como puedo. Siento su mirada chispeando sobre mí. Me arriesgo a echar un vistazo una vez que llegamos a la cocina, y tan pronto como lo hago, tropiezo con mis palabras.

—El bíceps… —Mis mejillas arden—. Las escaleras del *sótano* están en excelentes condiciones estructurales, pero la barandilla sí necesita ser reemplazada. —Continúo a toda prisa, sin querer que Grayson se deleite con mi error. Detrás de los Whitehall, él comienza a rascarse ociosamente el bíceps. Subiéndose la manga. *Tentándome*.

—Pero ya basta de esta parte —digo, agitando la mano en el aire mientras los guío hacia la escalera—. ¡Veamos la planta de arriba!

Se convierte en una prueba mental dar el visto bueno a cada frase en mi cabeza antes de que pase por mis labios. Solo para asegurarme de que ningún otro pensamiento subliminal se escape como Houdini. Como decir *pene* por *pino*, o *manchas de sudor sexis* por *casa unifamiliar*.

Por suerte, termino mi recorrido sin ninguna metida de pata monumental. Soy capaz de ignorar la forma en que Grayson apoya las manos en la parte superior del marco de la puerta,

observándome con tanta intensidad que me preocupa que el sol pueda reflejar su mirada y prender fuego a mi blusa.

Cuando el recorrido termina, los Whitehall todavía están divididos. La señora quiere restaurar todo como un proyecto personal, pero el señor la quiere lista para mudarse. Una vez que se despiden y salen de la casa, quedamos Grayson y yo en el vestíbulo.

Mirándonos el uno al otro con tanta emoción contenida que no estoy segura de si las próximas palabras que salgan de mi boca serán «jódete» o «fóllame ahora mismo».

CAPÍTULO ONCE

HAZEL

—¿De verdad era tan necesario que estuviera aquí? —pregunta, con la voz tan seca que podría hacer que un desierto pareciera húmedo.

—Pensé que querías vender esta casa —digo, ladeando la cadera —. ¿No implica eso hacer todo lo posible para asegurarte de que se mueva?

—Yo no aporté nada —dice—. Esto fue una pérdida de tiempo.

—Ah, sí, cuarenta y cinco minutos de tu miércoles, en tus vacaciones, para estar disponible por si había preguntas —replico, cruzándome de brazos—. Vaya suplicio.

Aprieta la mandíbula. —Lo que sea. ¿Ya terminamos aquí?

Frunzo los labios, frustrada—pero no sorprendida—de que el hombre que anoche apareció en mi casa con una bolsa de provisiones hoy no se encuentre por ningún lado. En su lugar, está el mismo gruñón, santurrón y patán de siempre al que siempre he conocido y odiado.

La frustración me hierve por dentro como el géiser Old Faithful, porque no hay nada más confiable y fiel que este sentimiento cuando se trata de Gray. Había pensado—estúpidamente—que quizá sería capaz de más. Que tal vez había pasado página o, incluso, había echado un tallo nuevo por completo.

—¿Por qué le mentiste a Bryce sobre mí? —suelto, incapaz de controlar las palabras mientras se me escapan de la boca a toda prisa. No me da tiempo de arrepentirme. Él frunce el entrecejo.

—¿De qué estás hablando?

—Aquel día en el bote —digo, sintiendo cómo se me calientan las mejillas—. Le dijiste que yo era lesbiana.

Entrecierra los ojos, como si de pronto le hubiera preguntado si recordaba el teorema fundamental del cálculo de la prepa. —¿Y eso qué tiene que ver con nada?

—Le mentiste sobre mí —digo, tratando de mantener la voz firme. Nunca ha sido fácil plantarle cara a este hombre—. Quiero saber por qué.

Bufa, como si todo este tema estuviera por debajo de él. Grayson se frota la frente un momento y luego dice: —Porque se estaba comportando como un imbécil.

—¿Y por qué decirle que soy lesbiana? —No voy a soltar esto. Quiero oírselo decir.

Mantiene mi mirada, esos ojos de tormenta tan hermosos como temibles.

—Pensé que te gustaban las chicas —dice, con el inicio de una sonrisa de cabrón en la cara.

—Las chicas son grandes amigas, pero sabes que yo soy cien por ciento de la verga —respondo antes de pensarlo mejor. Sus ojos destellan. Lo tengo—. ¿Tienes algún problema con la idea de que yo esté montada en la verga de Bryce?

El aire entre nosotros se tensa; el tiempo y el espacio se encogen en un intento de acercarnos. Juraría que los dos nos hemos movido cinco pasos sin que nadie mueva un centímetro. No puedo creer que esté diciendo estas cosas, pero así es Grayson. Me empuja a hacer lo más absurdo posible.

—Me vale madre lo que hagas, Hazel —dice, con la voz baja y amenazante.

Sus palabras duelen, pero solo un segundo, como un cortecito de papel. Doy un paso decidido hacia él. Ahora estamos a distancia de un brazo. Cada centímetro de mi piel hormiguea por quererlo, por necesitar su calor contra la mía. Incluso el roce de su pulgar en ese huequito sensible detrás de mi rodilla podría hacerme perder la cabeza ahora mismo.

—¿Por qué fuiste a mi casa anoche? —pregunto, con la voz ahora más ronca.

Su mirada tormentosa no se aparta de la mía, pero le veo el conflicto chispeando ahí. Le tiembla la mandíbula, pero no dice nada.

—No importa —dice al fin, arrancando la mirada de la mía.

El corazón me retumba cuando las palabras se me escapan de los labios, casi sin mi consentimiento. —¿Estás celoso de Bryce?

Se ríe, pero sin pizca de humor.

—¿O estás celoso porque él fue quien estuvo dentro de mi casa?

La mirada de Gray me golpea como un latigazo, y por un segundo me pregunto si todo esto no habrá sido una fantasía narcisista de mi parte. Lo tengo todo mal. Soy solo una chica de pueblo, atorada en su mundo de pueblo, deseando que mi enemigo-amigo de la prepa todavía me quisiera. Él solo me necesita por mis servicios de bienes raíces, y yo he estado leyendo demasiado en todo este maldito asunto.

—Lo último que siento cuando los veo juntos es celos —escupe—. Además, hacen una gran pareja. El imbécil y la princesita de bienes raíces que no deja de buscar atención. No podrían estar mejor combinados.

Esta vez, sus palabras sí pican. En la prepa siempre me lanzaba lo de "princesa" como insulto, pero ahora tiene una capa nueva de dolor. Piensa que soy una mimada que se sienta a que todo le caiga del cielo. Y que pase por alto lo jodidamente duro que trabajé para llegar aquí… eso es lo que más me enoja.

Aprieto los puños. Ya me cansé de provocarlo, de intentar ganar esta batalla. Pensé que estábamos en la misma página, pero ni

siquiera estamos leyendo el mismo libro. Me rindo.

—Bryce y yo no estamos juntos —aclaro, tratando de sacar la emoción de mi voz—. Pero gracias por pensar tan bien de mí.

Giro sobre mis talones, ansiosa por poner toda la distancia posible entre este imbécil y yo. Puede que hasta me vaya del estado por una noche, nada más para sentir más segura la distancia. Pero antes de dar tres pasos, Grayson me agarra de la muñeca y me gira para enfrentarme. Jadeo cuando caigo contra la pared de acero de su pecho.

—¿Qué quieres oír de mí? —gruñe, con sus palmas grandes deslizándose por los costados de mis brazos. Piel de gallina traicionera brota a su paso—. ¿Quieres que te diga lo triste que estoy porque el niño bonito de Bryce se cree muy hombre porque te "tiene"?

Si esta es la versión de Grayson de tender puentes, llegó a la obra sin herramientas. Bufo y me alejo. —Por favor.

Me agarra de nuevo, esta vez arrinconándome contra la pared más cercana. —¿O quizá quieres oír que, cada vez que lo veo cerca de ti, tengo que contenerme físicamente para no empujarlo del bote más cercano? —Sus manos se han movido a mi cintura, trazando la línea de mi cuerpo a través de la tela almidonada de la blusa. Se me corta la respiración cuando sus dedos rozan la curva de mi pecho. Jesús, Señor del Cielo, tengo que mantenerme entera.

—¿Quieres oír cuánto tengo que masturbarme en la ducha pensando en ti? ¿Qué es lo que quieres, Hazel?

No sé si está hablando en hipótesis, pero la idea de que se masturbe en la ducha pensando en mí le da el tiro de gracia a mi resistencia. Ya ni recuerdo de qué hablábamos. Por qué estaba enojada. Cómo me llamo completa. No cuando sus dedos están sobre mí así, y todo lo que puedo percibir es el sudor mezclado con el aroma de Grayson, puro cedro y hombría. Respiro hondo para darme valor mientras le agarro la camiseta con la mano derecha. Como si eso ayudara en algo.

—En realidad —aclaro, intentando mantener la voz firme—, preferiría que me dijeras si me vas a besar de una maldita vez o no.

Una sonrisa le tira de los labios. Sus ojos azules recorren mi cara, como evaluando dónde atacar primero. —Te gustaría demasiado.

Bufé, tratando de despegarme de la pared, pero Grayson me mantiene inmovilizada. No hay manera de pasar, y al parecer su plan de juego se ha vuelto pura provocación.

—O quizá ya no me gustaría nada —disparo, con la entrepierna latiéndome de desesperación. Dios, lo único que necesito es que esté dentro de mí. Dedos, verga, lo que sea. Estar cerca de él me recuerda que lo he estado deseando sin saberlo todos estos años. Su esencia está horneada en la mía, y al volver a estar cerca de él se reactivó. Pero también trae consigo un chingo de frustración.

No importa. Necesito a Grayson.

Pero, claro, él no lo pondrá fácil. Ninguno de los dos lo hará.

—No, todavía te gustaría —promete Gray, y luego sus manos se deslizan por la parte alta de mis pechos. Pasa los pulgares por las puntas duras de mis pezones, visibles a través de la camisa—. Se nota.

Ahora también chichis traicioneras. Bufo. —¿Alguna otra evidencia que quieras recabar? ¿Sacamos sangre? ¿Te hago una resonancia?

Se ríe. De verdad. Baja la cabeza para mirar nuestros cuerpos. No se pega contra mí, negándome la alegría de saber qué está pasando en la mitad de abajo de su cuerpo. Sus palmas coronan la curva de mis caderas y le oigo soltar lo que solo puede describirse como un suspiro derrotado.

—Oh, carajo —dice, y luego sus manos se deslizan sobre las nalgas.

—¿Qué? —lo tiento. Sea cual sea la batalla que libra por dentro, la estoy ganando. Me arqueo contra él, despegándome de la pared. Ya no hay pretensión de que me tenga ahí contra mi voluntad. Los dos queremos esto. Tanto, que me sorprende que no estemos echando espuma por la boca.

Arrastra su mirada hasta la mía. En sus ojos hay una advertencia. La entiendo en cuanto me saca la blusa de la pretina de la falda de un tirón.

—¿Vas a volarme todos los botones? —lo tiento—. ¿Vas a romper mi camisa con los dientes?

Chasquea la lengua y me mete las manos calientes bajo la blusa, ahuecando los costados de mi caja torácica. El calor me derrite al contacto; me marchito contra la pared.

—La camisa se queda —dice, con la voz rasposa en los bordes. Se humedece el labio inferior, la mirada recorriendo mi rostro.

Y entonces se me viene encima, atrapando mis labios en un beso hambriento. El calor y el olor de él me consumen, desatando un tsunami de emociones que no había previsto, que ni siquiera habría imaginado. Gimo dentro del beso, rodeándole el cuello con los brazos. Cada célula de mi cuerpo se amotina bajo él, necesitándolo más, desesperada por alargar esto tanto como sea posible.

Porque, ahora mismo, lo peor que puede pasar es que Grayson prohíba que esto vaya más allá. No se lo impediría.

Sus labios se abren, la lengua avanza para encontrar la mía. Gruñe dentro del beso, sus manos grandes trazando las curvas de mi cintura, subiendo sobre las copas satinadas de mi brasier. La forma en que me está besando ahora me hace sentir ciega. Como si toda la energía dentro de mí hubiera explotado y yo estuviera en medio. Inútil y extasiada.

Nadie me ha besado así. Jesucristo, probablemente Grayson sea mi alma gemela. ¿Qué tan retorcido es eso?

—Hazel —dice, con la voz quebrada. Suena a súplica.

Le arranco otro beso, tirando de su labio inferior con los dientes. Gruñe, forcejeando con el cierre de mi falda. El pecho le sube y baja mientras falla, falla otra vez y por fin lo baja de un tirón.

—Puede que haya roto eso —murmura entre un beso.

—No me importa.

Un gemido se le escapa cuando me palmea las nalgas bajo la tela de la falda. La presión de sus dedos hundiéndose en mi carne es un viaje más intenso de lo que jamás he sentido. Empuja la falda por mis caderas; cae hecha un montón al suelo. Desliza una palma ardiente por la parte de atrás de mi muslo, instando mi rodilla a subir a su cadera.

—No viene nadie más en camino, ¿verdad? —pregunta, con la voz llena de calor y grava.

Niego con la cabeza, incapaz ya de formar palabras. Gruñe y me alza. Grito entre risas, apretando mis brazos alrededor de su cuello mientras me lleva hacia la cocina, dejando mi falda en un montón en el piso vacío de la sala. Aprieto los muslos alrededor de él, vibrando de aprobación cuando me sienta sobre la encimera de la cocina.

—¿Estás seguro de que quieres profanar la casa de tu abuela? —le pregunto, trabando mis talones en su espalda. Empuja el talón de su palma por el lateral de mi pierna mientras sus labios dejan sendas húmedas por el costado de mi cuello.

—Ahora es mi casa —dice, con la voz lejana—. Y digo que la profanemos.

—No a menos que te quites esta camisa "apestosa" —lo regaño. Es lo último en apestosa. Quiero llevármela a casa y dormir abrazada a ella. No la lavaría por semanas. La dejaría hasta que le salieran bolitas de polvo. Solo necesito ver lo que hay debajo.

Gray sonríe de medio lado y se arranca la camisa por encima de la cabeza, exhibiendo abdominales bronceados y todo. La gorra salta con la camisa, dejándole el cabello revuelto. Acaricio los mechones sueltos.

—Ya traes pelo de sexo y ni siquiera te has cogido a nadie —murmuro.

Chasquea los dientes, apretando la carne sobre mis caderas. —Cuida esa boquita.

—¿Qué fue lo travieso de lo que dije?

Gruñe, jalándome más cerca hasta que nuestras ingles chocan. Ahí es cuando noto la cresta rígida bajo sus shorts deportivos. Esa dureza divina con la que he estado soñando días. O años, si soy honesta.

—Todo lo que dices es travieso —dice, con los ojos en mis labios. Luego baja y me captura la boca en otro beso. Nos besuqueamos duro y sabroso unos momentos. Cuando nos separamos, sus dedos bailan por la unión de mi ingle.

—Hazel —susurra. Sus yemas son como pulsos eléctricos contra mi piel. Todo lo que veo, pienso o siento es la sensación. Su pulgar pasa por la entrepierna de mis panties, rozando el botón duro entre mis piernas. Me sacudo contra él y se me corta la respiración.

Sonríe, lento y amplio. —Estás mojada.

—No mames.

Apoya la frente en la mía y desliza dos dedos bajo el pedacito de tela que cubre mi coño. No pierde el tiempo, hundiendo su grueso dedo medio dentro de mí. Todo mi cuerpo se vuelve rígido y caliente. Grito, arqueándome contra él.

—Mierda, Gray —siseo.

—Estás *muy* mojada. —La voz se le vuelve grava, y me hace necesitarlo todavía más. Me muevo contra él, pidiéndole con el cuerpo que mueva el dedo dentro y fuera de mí, pero lo deja ahí. Lo justo para torturarme, no lo suficiente para hacerme venir.

—Ándale —suplico, apretando mis muslos alrededor de sus caderas—. Lo necesito.

—*Mmm.*— Le da una lenta vuelta con el dedo, lo que me corta el aliento—. Me gusta oírte rogar.

Eso me fastidia tanto como me prende. Me muerdo los labios por dentro, decidida a no repetirlo. Retira el dedo de mí, y puedo sentir cómo escurro. Probablemente hay un charquito debajo de mí, en la encimera setentera de su abuela, vestida de mostaza y café y jugos de mi coño. A los futuros compradores les encantará. Me aseguraré de señalar las manchas en el próximo recorrido.

—Eres un maldito… —

Hunde dos dedos dentro de mí, y la sensación es tan sorpresiva, tan jodidamente *buena* que las palabras se me funden en un gemido.

Echo la cabeza hacia atrás, empujando la pelvis hacia él. —Vamos, Gray. ¡Lo necesito!

—¿Qué se dice? —me susurra al oído, pero le escucho la desesperación afilando sus palabras. El arrebato primitivo que le hierve bajo la piel.

Aprieto los dientes. Lo odio. Pero, Dios, esto me gusta demasiado.

—Digo que más te vale cogerme como necesito que lo hagas. —La voz me sale hecha un soplido bajo el asalto de sensaciones. Está girando los dedos dentro de mí otra vez, y me preparo para lo que venga. Los curva lentamente, y yo me froto contra su mano. Su pulgar roza mi clítoris y gimo.

Estoy tan excitada que siento que podría venirme si apenas me sopla el lóbulo de la oreja. Su otra mano va a mi brasier mientras los dedos "inútiles" siguen hundidos en mí, torturándome desde adentro. La yema de su pulgar hace caricias perezosas e irregulares sobre la punta dura de mi clítoris. Cada vez que hace contacto, todo mi cuerpo se sacude.

—Chinga tu madre —resuello.

—Ojalá. —Pero esta vez algo en su voz ha cambiado. Está perdiendo el control. Me pellizca un pezón por encima de la tela del brasier, y se me corta el aire otra vez—. ¿Ahora qué se dice?

Trato de recuperar el aliento mientras Gray mantiene los dedos imposiblemente quietos dentro de mí. Lo aprieto con fuerza, como si eso pudiera hacerlo cambiar de idea. Entierra los labios en el hueco de mi cuello y vuelve a curvar los dedos.

Un gemido se me escapa a tirones, y ya no puedo jugar a su juego. —Por favor, Gray —susurro contra su mandíbula, la barba incipiente raspándome la piel sensible de los labios. Su respiración está desbocada ahora, y sé que lo que le quedaba de compostura se está disolviendo. Sabía que su resistencia no duraría. No cuando estoy así, tendida sobre la encimera de la cocina, rogando por ello.

Grayson podrá ser un imbécil, pero es un imbécil con libido. A esto no puede decirle que no. A *mí.*

Para rematar, reúno la claridad mental suficiente para bajar por sus cuadritos expuestos hasta la pretina de sus shorts. Mis dedos se encuentran con la cabeza carnosa de su verga. Asomada por encima del elástico como una voyeur.

—Oh, Dios mío —digo, con la risa en la voz. Mi pulgar recorre la hendidura de su glande abultado y él se sacude bajo mi toque. Empieza a mover los dedos dentro de mí, como si el que yo estuviera acariciándole la cabeza del pene le diera permiso para empezar a cogerme con los dedos como lo necesito. No quiero venirme con sus dedos—quiero venirme con su verga—, pero tomaré lo que sea. A estas alturas, si no me vengo, voy a *perecer.*

—Con cuidado —advierte, como si nunca hubiera manejado una verga—. Estás llegando al punto de no retorno.

—Ese ya lo pasamos, amigo —le suelto, moviéndome contra sus dedos. Su pulgar choca de nuevo con mi clítoris y me explotan fuegos artificiales diminutos en la visión. Carajo, estoy tan cerca. Y él lo sabe. Por eso me lo está negando.

Gruñe. —No tengo condón.

—No me importa. —Le bajo la pretina de los shorts para dejarlo clarito—. Cógeme, Daly.

Debe haber sido la contraseña que estaba esperando, porque se empuja los shorts y los calzoncillos por debajo de ese bulto masivo. Su verga salta libre, pesada, enmarcada por vello oscuro y bien recortado. Aspiro hondo cuando me agarra de las nalgas, acomodándome en la encimera para la entrada perfecta.

—Mierda, Hazel —sisea, y entonces se desliza dentro de mí. En cuanto la cabeza de su verga supera mi entrada, me derrito. Me recoge, pegando mi pecho contra el suyo. Un gemido grave se le escapa cuando se flexiona contra mí, ganando unos centímetros más. Y luego otro centímetro. Y otro más.

Se hunde en mí hasta que su verga entera queda reclamada por mi coño, y me desplomo hacia adelante, ya rendida por la sensación. Aún no me vengo, pero podría morirme feliz. El calor de su verga palpitando dentro de mí es más que sexy: de alguna manera se siente a completud. Una plenitud que he buscado sin encontrar. Hundo los dientes en la cresta de su hombro y él vuelve a sisear, meciendo las caderas contra mí.

Sus manos grandes me ahuecan las nalgas y me arranca más cerca, encontrando un par de milímetros más de espacio dentro de mí. Jadeo. No pierde tiempo en empezar a cogerme—*de verdad* cogerme—, haciendo botar mis pechos y llenando la cocina con el chasquido carnoso de nuestros cuerpos. Echo la cabeza hacia atrás mientras el placer se desata dentro de mí. Estoy a un respiro del orgasmo después de 0.35 segundos de estar cogiendo con este hombre. Nuevo récord mundial.

Sus dedos me hincan las nalgas mientras embiste una y otra vez, con un ritmo frenético pero controlado. Hay método en su locura. El sudor le perla las sienes y yo me cuelgo por mi vida. A sus hombros.

A mi compostura. A esta sensación de que todo está bien en el mundo, aunque sea por este instante fugaz.

—Graaaay —gimo, arqueándome contra él. Ya no puedo contenerlo. La fricción y el calor y el acero dentro de mí y el cedro y el sudor y los gemidos… es demasiado. Es jodidamente demasiado, y de pronto me vengo, mi coño lo aprieta como un tornillo de banco mientras las explosiones vuelven mi cuerpo luz brillante y zumbido, y echo la cabeza atrás y grito.

Grayson no se detiene; me coge a través del pico cegador de mi orgasmo, hasta el segundo nivel e incluso el tercero de placer residual, gracias a su pulgar haciendo magia entre mis piernas. De pronto se sale, justo cuando me he quedado legalmente ciega y sorda del gusto, y gruñe al correrse en un arco perfecto sobre el piso de la cocina.

El pecho le sube y baja mientras se pasa las manos por el pelo, mirándome como si hubiéramos hecho algo muy malo. Pero malo de los mejores.

Yo me aferro al borde de la encimera bajo mi trasero, todavía en las nubes. Todo mi cuerpo es gelatina y no estoy segura de poder ponerme de pie aunque quisiera.

—Santo… —empiezo. Tres respiraciones trabajosas más—. Carajo.

Traga y asiente, clavándose los dedos en el pelo mientras mira al suelo. —Me corrí en el linóleo de mi abuela.

No sé qué es—las palabras, el momento o la combinación embriagadora de ambas—, pero suelto la carcajada, y no puedo parar.

Grayson se ríe conmigo, y sus risas atizan las mías.

Nos reímos hasta que los dos tenemos lágrimas corriéndonos por la cara.

CAPÍTULO DOCE

GRAYSON

No fue hasta que me corrí por toda la cocina de mi abuela que me di cuenta de lo feo que era el piso en realidad.

Naranja quemado y blanco, mezclados en un espantoso patrón floral. Dicen que las modas siempre vuelven, pero la verdad es que no veo que esta regrese pronto. Pertenece a los años setenta, y ahí murió.

Hazel no había dejado de mencionar unas cien veces cómo el valor de reventa podría dispararse si hacía algunas renovaciones. Y no sé… llámalo la claridad de un orgasmo, pero después de follarme a Hazel en la cocina, decidí cambiar el piso.

Supuse que tenía tiempo suficiente para hacer algunas cosas básicas, y si unas pocas cosas básicas podían ayudarme a embolsarme diez o veinte mil dólares extra, valía la pena. Además, todo es posible con YouTube.

Pasé toda esa noche y el día siguiente viendo videos informativos sobre el tipo de proyecto que quería llevar a cabo. A las veinticuatro horas de haberme corrido por toda la cocina que dio origen a la

familia Daly, tenía mi caja de herramientas y el equipo para el piso comprados y listos para empezar.

La renovación de casas es algo nuevo para mí, lo admito. Pero algo en ello siempre me ha atraído. Cuando era niño, quería ser arquitecto, lo que hablaba de mi amor por las casas geniales. En mi vida normal en Nueva York, no tengo muchas oportunidades de trabajar con las manos o de ensuciarme. Todo gira en torno a la oficina, el gimnasio y el transporte entre ambos. Diablos, si pudiera tener sexo como el de anoche aunque fuera una vez al mes, estaría en el séptimo cielo.

Pero, por supuesto, no tendría esa química con ninguno de los ligues casuales de Tinder de la historia reciente. *Claro* que la persona capaz de prender fuego a cada una de mis terminaciones nerviosas es Hazel.

La ley de Murphy o algo así.

Incluso pensar en el jugoso coño de Hazel hace que se me ponga dura la verga bajo mis shorts de gimnasia. No le he enviado mensajes y ella tampoco a mí. Y no pienso hacerlo. No me parece correcto… sobre todo porque todavía no sé qué carajo pasó en esta cocina anoche.

No fue una tregua, pero tampoco fue parte de una guerra fría. Siguiendo el Protocolo Hazel, fue algo que existe en una categoría abstracta, que desafía las expectativas y la razón. Si Hazel fuera una ecuación matemática, incluiría sin duda números imaginarios porque nada en ella tiene sentido, y aparecería en cursiva cada vez que se la mencionara.

Me lleva dos días enteros, trabajando más de doce horas cada día con la ayuda de Weston y Connor, arrancar la horrible injusticia naranja quemada de la abuela Ethel y reemplazarla con el piso laminado tipo madera de color gris pizarra que elegí. Una vez puesto, no es solo una bocanada de aire fresco, es un vendaval. Mamá no puede parar de arrullar sobre el diseño. Y Weston, curiosamente, fue de una ayuda enorme, demostrando una vez más la extraña especialidad que tiene mi hermano.

—Tus planes para la cocina son increíbles, Gray —dice mamá, pasando el pulgar por las muestras de pintura que puse en la

encimera—. Si hicieras toda la casa así… —chasquea la lengua, negando con la cabeza—. Sería la mejor casa de toda la familia Daly, sin duda.

—Vaya, eso sí que es ofensivo —dice Connor con fingida ofensa—. No has visto los cambios que le hice a mi apartamento en San Francisco.

—Sí, ¿y qué hay de mi casa que nunca voy a comprar? —pregunta Weston—. Te estás cagando en mi futuro, mamá.

Mamá suspira, con una sonrisa en el rostro. Por supuesto que puede contar con que sus hijos la fastidien por todo.

—Me gustaría descalificar mi apartamento actual del concurso —añado—, porque contraté a una diseñadora de interiores para que lo hiciera, así que no debería contar. Quiero ganar esta distinción limpiamente.

—Sí, porque ahora que hay el más mínimo indicio de competencia, Gray *tiene* que ganar —dice Connor.

—Solo no se lo digas a Dom —añade Weston ominosamente.

Niego con la cabeza, pero no digo nada porque definitivamente no puedo negarlo. La única rivalidad más grande que la que existe entre Hazel y yo es la que hay entre mi hermano mayor y yo. Y tienen razón. Si Dom se involucrara, se convertiría en una guerra.

—Como sea, chicos —digo finalmente, pasando por encima de la pila de baldosas viejas y feas en la sala de estar—. Están picados porque saben que ganaré.

Mis hermanos se ríen mientras mamá se acerca a la ventana delantera, mirando hacia el jardín. —¿Quieres que te ayude a limpiar el jardín de aquí afuera? Puedo plantar algunos rosales, algunos lirios, tal vez un sauce llorón por allí.

—Eso sería genial, mamá. —Mi teléfono vibra.

HAZEL: Comprador potencial de último minuto. ¿3 p. m. está bien??

Son las 2:45 ahora mismo. Le respondo que está bien y me dirijo a mi familia.

—Hazel viene en camino con un comprador potencial. Deberíamos despejar el área.

—Bueno, bueno. —Mamá suspira, dirigiéndose a la puerta principal —. Dile a esa dulzura que le mando saludos.

—Lo haré.

Connor agarra la cerveza abierta que dejó en la encimera. Está disfrutando de las vacaciones tanto como yo. Aunque a él solo le quedan unos días más, mientras que a mí todavía me quedan semanas. Un hecho que me encanta restregarles en la cara a él y a Dom.

—¿Seguimos con la remodelación del baño? —pregunta Weston. El chico está genuinamente interesado en ayudar.

—Sí, hermano. Empecemos mañana.

—Iré a buscar algunas cosas de plomería —dice—. Conozco a alguien que nos prestará lo que necesitemos.

Por supuesto que Weston tiene el contacto de plomería. Les doy una palmada en la espalda a mis hermanos mientras salen por la puerta, y luego me pongo a trabajar tratando de ordenar el desorden en la sala. Se oye un suave golpe en la puerta principal, y un momento después Hazel asoma la cabeza.

Me doy la vuelta para mirarla y todo el aire de mis pulmones se esfuma. Lleva unos leggings ajustadísimos que parecen de vinilo con tacones altos y un suéter holgado y vaporoso que le cae sobre un hombro. Hoy no está retro, como de costumbre, pero sus labios siguen siendo de un rojo bombero. Preciosa como siempre. Mis abdominales se tensan mientras la devoro con la mirada.

—Hola —dice con cautela, su mirada saltando entre las pilas de porquería en la sala—. ¿Qué es todo esto?

La vacilación en su voz me dice que no se lo esperaba. Una pareja entra detrás de ella, con los ojos muy abiertos y sonriendo.

—Hola, ¿qué tal? —digo, avanzando para ofrecerles mi mano. Mi cinturón de herramientas se sacude mientras avanzo—. Soy Gray. Estaba limpiando un poco.

Los labios de Haze están apretados en una especie de mueca-sonrisa muy particular. Se encuentra con mi mirada.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto? —pregunta, con sus palabras medidas.

—Ahh… —apoyo las manos en mis caderas, tratando de pensar en cualquier cosa que pudiera aceptar—. Quería que fuera una sorpresa. Estoy seguro de que te sorprenderás cuando entres a la cocina. Pero bueno, no dejen que me interponga. Hagan su recorrido. Estaré por aquí si me necesitan.

Hazel pasa a mi lado con rigidez, sus tacones resonando en el suelo. Me giro para verla irse, humedeciéndome el labio inferior mientras me bebo la curva de su trasero y ese suave arco de su hombro. Mierda. Así que, al parecer, una vez no fue suficiente con ella. Me ajusto los jeans y vuelvo a la tarea de limpiar los escombros. Escuchar el tono ronco de su voz mientras muestra la casa me pierde en otra fantasía con Hazel mientras barro el piso de la sala de estar.

Quince minutos después, el recorrido ha terminado y ella ha despedido a la pareja en la puerta. Se despide de ellos con la mano y luego cierra la puerta principal.

Se vuelve hacia mí. Brazos cruzados. Ceja levantada.

—¿Por qué me miras así?

—¿Qué es esto? —me señala a mí, arrodillado en el suelo—. ¿Qué eres, Bob el Constructor?

Resoplo. —¿No me dijiste que el valor de reventa mejoraría si hacía algunas renovaciones?

Ella bufa. —Sí, pero… —me señala de nuevo con enfado—. No dije que tuvieras que fingir ser una especie de modelo de construcción.

Me siento sobre mis talones. —¿Quieres que me quite la camiseta otra vez?

—No, gracias. Ya se me pasó.

—Claro. —Mi pulso se acelera al pensar en lo que hicimos hace dos días en la encimera de la cocina. Diablos, el recuerdo de mis dedos enterrados en ese jugoso coño podría perseguirme el resto de mi vida. Cuando cierro los ojos, veo su rostro mientras se deshacía a mi alrededor. Sacármela de la cabeza no es una opción. Podría follarme a Hazel hasta el fin de nuestros días y aun así querer más —. ¿Así que no tienes ninguna opinión sobre la cocina? ¿Solo vas a avergonzarme por usar estos jeans viejos?

Ella bufa de nuevo, pero veo el comienzo de una sonrisa en sus labios. Gira la cabeza hacia la cocina. —Se ve increíble, sinceramente. Y si terminas de pintar y actualizas los gabinetes, harás que los compradores babeen por ella.

—Genial. —Me pongo de pie, limpiándome las manos en mis jeans. Siento que me está mirando de nuevo. La tensión en la casa se cuadruplica, y juro por Dios que el aire *zumba* entre nosotros.

—Estoy aquí arriba —digo, señalando mi cara.

Hazel se balancea sobre sus talones, mirándome como si quisiera decir algo. En lugar de eso, gira sobre sus talones y sale por la puerta. —Tengo otra cita. Adiós.

La veo salir furiosa por el camino de entrada y subirse a su auto. Básicamente sale quemando llanta del vecindario. Y tal vez tenga razón en huir así. Hay algo explosivo burbujeando bajo la superficie entre nosotros. Yo también lo siento, solo que no quiero huir de ello. Quiero desnudarla y enterrarme justo en el corazón de todo.

Es un poco raro pensar que teníamos tanta química sexual a los diecisiete y dieciocho años como ahora a los veintiocho. Me hace pensar que realmente ha habido algo entre nosotros, cociéndose a fuego lento desde tiempos inmemoriales. Es tan idílico como inquietante. Por un lado, a la gente le gusta esa historia de las almas gemelas y el amor predestinado. Solo que nadie sabe de lo que habla, y «almas gemelas» es simplemente un código para dos personas que están enamoradas.

Y si ese es el único requisito, Hazel y yo nunca seremos almas gemelas.

Por otro lado, algo realmente ha saltado entre nosotros desde el primer día, empezando en el hospital cuando nacimos con minutos de diferencia. Como si la vida hubiera diseñado un camino para que lo siguiéramos juntos. Aunque nos separamos pronto e intentamos desviarnos el uno del otro, aquí estamos.

Chocando de nuevo en Bayshore.

Lucho contra el impulso de ir tras ella, aunque me encantaría hacerla entrar de nuevo en esta casa y arrinconarla contra la pared una vez más. Quizá esta vez, empezaría en la sala y me abriría paso hasta el piso de arriba. Follármela en cada superficie plana de la

casa. Podría traer superficies planas adicionales y follármela en ellas también.

Algo sobre las superficies planas adicionales hace que se me prenda el foco.

Debería comprar algunos muebles.

Claro, follarme a Hazel en muebles nuevos *es una consideración* para esta idea, pero en realidad, quiero ver cómo quedará esta cocina terminada. Mi mente se acelera mientras elaboro mi plan de acción. Podría alquilar cosas temporalmente mientras estoy aquí, pero ¿por qué no comprarlas? De esa manera, puedo pasárselas a Maverick o a Weston cuando termine. Como darles un empujón de soltero. Soy su hermano mayor. Debería hacer cosas como esta.

Y cuanto más lo pienso, más me emociono.

Debería usar mi tiempo en Bayshore para ser lo más productivo posible. Pero eso no solo significa trabajo físico.

También podría significar ser un mejor hermano e hijo.

CAPÍTULO TRECE

HAZEL

Son las ocho y media de un domingo por la noche cuando unos golpes bruscos suenan en mi puerta. Pego un brinco del susto, no esperaba a nadie. En otros lugares, la gente no se aparecería sin antes mandar un mensaje o llamar. Como los adictos a la tecnología cuerdos del siglo XXI. Pero no, en Bayshore seguimos siendo un pueblo chico y estamos orgullosos de ello. De ahí las visitas sin anunciar que podrían hacer que un gato saliera disparado por el techo.

Abro la puerta. El atardecer afuera está bañado en oro y rojo, el aire tiene ese aroma inconfundible de principios del verano.

Y frente a mí, Grayson Daly.

Jodidamente más bueno que nunca.

—¿Estás sola? —espeta.

Entrecierro los ojos, intentando invocar aunque sea una pizca de irritación. Es difícil, porque todo lo que puedo sentir es alivio. Dios, he estado suspirando por este hombre desde el segundo en que se apartó de mí el miércoles por la noche. Y ahora que ha decidido

cultivar su lado chic de obrero de la construcción, es más difícil que nunca mantener mi libido a raya.

—No si cuentas a todo el elenco de *Grey's Anatomy* que me está esperando en mi televisor ahora mismo —digo.

Sonríe. Ahí está otra vez, con esos jeans gastados y esa camiseta blanca manchada. Cuando me hace un gesto para que lo siga, noto un agujero cerca de la axila que me permite vislumbrar el vello oscuro y rebelde de su axila. Mi sexo se contrae.

—Entonces, ven conmigo.

—Pero se molestarán si me voy.

—Hazel. —Su forma de decir mi nombre es una advertencia, y me calzo las bailarinas que tengo junto a la puerta.

—Está bien —refunfuño. Cierro la puerta detrás de mí, sin molestarme en echar el seguro. Llevo una camiseta de tirantes holgada sobre unos leggings y me cruzo de brazos para evitar que la tela se levante a mi alrededor con la ligera brisa que sopla. Las botas de Gray rozan la acera y me mantengo un par de pasos detrás de él. Por puro desafío.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A mi casa.

—¿A la de tu mamá?

—No, a la casa que es mía. —Me mira por encima del hombro—. ¿La que estás vendiendo?

—Cierto, pero… —me quedo callada, distraída por el centro ocre de un girasol recién abierto. Con esta luz dorada, todo parece mágico. *Especialmente* Grayson—. Hablas de ella como si vivieras ahí, pero no lo haces.

—¿Ah, no?

Su comentario críptico se me instala de forma extraña. Tan pronto como doblamos la esquina hacia su calle y estamos a una distancia desde la que se ve la casa, me doy cuenta de que ha estado trabajando en ella. El jardín está prolijamente perfilado; todavía escaso, pero lo ha desmalezado muchísimo. Ahora sí que tiene un borde delineado. Ha arrancado todas las malas hierbas que antes dominaban y ha podado un antiestético arbusto de enebro que se había convertido en una monstruosidad sin forma.

—Mierda —murmuro mientras nos acercamos. Me mira y el orgullo le surca el rostro.

—Pensé que deberías ver los últimos avances —dice, enganchando los pulgares en las trabillas de sus jeans. Subimos por el camino de piedra hasta la puerta principal y, apenas entro, me golpea la presencia de *muebles*.

Dos grandes sofás de dos plazas llenan la sala, de cara al ventanal. El suelo de madera original sigue ahí, intacto. En la cocina, puedo ver una nevera nueva y una mesa alta. Faltan algunas de las encimeras y está claro que su proyecto se ha trasladado a los gabinetes.

Aun así, me vuelvo hacia él con la boca abierta. —Esto se ve mucho mejor.

Asiente y luego inclina la cabeza hacia las escaleras. —Sube aquí.

Subimos con estrépito las escaleras de madera y, cuando me muestra el dormitorio principal, ahogo un grito. Una cama king, totalmente equipada con una cabecera cuadrada de cuero negro, sábanas y todo, mira hacia el gran ventanal. No hay mucho más —la puerta de un clóset donde antes no había ninguna y una mesita de noche—, pero, joder. Qué diferencia hace una cama king. Paso las yemas de los dedos por el edredón de plumas, observando la cama de aspecto cómodo.

Soy una fanática de las cosas bonitas y esta cama parece nueva. Salto sobre ella y me hundo. Gimo y me dejo caer hacia atrás.

La puerta del dormitorio se cierra con un clic. Lo miro y me está observando con un hambre inconfundible. Grayson sonríe como si este hubiera sido su plan todo el tiempo.

—No pensé que sería tan fácil meterte en mi cama —dice, con una nueva ronquera en la voz.

—Ah, ¿así que mi coño mágico fue la motivación para que compraras muebles?

Se burla, pero no me corrige.

—Tendré que acordarme de poner eso en mi perfil de citas. «Sexo tan bueno que amueblarás una casa en la que no vives».

—No es lo más loco que he hecho para echar un polvo.

—¿Ah, no? ¿Qué ocupa el primer lugar? —Estoy casi ofendida de que gastar miles de dólares en renovaciones y muebles no sea puramente un reflejo de lo increíble que fue nuestro sexo.

—Una vez, hace muucho tiempo, dejé que una chica me ganara en el tenis para poder meterme en sus pantalones.

Mis mejillas se acaloran mientras él se arrastra hacia la cama, con una sonrisa de suficiencia en la cara. Ocupa el espacio entre mis pies que cuelgan del borde de la cama. Esperando a que muerda el anzuelo. Ya he caído en su trampa; ahora empieza la tortura.

—Gané ese partido limpiamente —replico, pero mi voz flaquea mientras este pequeño guiño a nuestro pasado compartido inevitablemente me hace caer en una espiral de nostalgia.

—Eso crees tú. —Se asegura de pronunciar cada palabra de forma sucinta.

—¿Y perder un partido de tenis es peor que gastar miles de dólares de tu dinero duramente ganado? —pregunto, con los ojos fijos en las palmas de sus manos que hunden el edredón a cada lado de mis piernas.

—Totalmente. —Se humedece el labio inferior y desliza las yemas de sus dedos por el costado de mi pantorrilla. Inspiro bruscamente cuando sus dedos llegan a ese hueco sensible detrás de mi rodilla. Sabe exactamente lo que está haciendo, y le *encanta*—. Porque el dinero va y viene. Pero no hay nada mejor que ganar.

Resoplo, inquieta, mientras él mueve sus dedos de un lado a otro sobre el hueco. —¿Y qué te hace pensar que vas a ganar esta vez? No sabes lo buena que soy para ganarte.

Su sonrisa se ensancha, llena de picardía. —Tendrás que hacerme perder.

No sé qué buscamos, solo sé que tengo que ganar. Demonios, probablemente él tampoco lo sabe. Está tan arraigado en nuestro ADN que se ha convertido en un imperativo biológico. Comer. Procrear. Ganarle a Grayson.

El atardecer resplandece en el dormitorio principal mientras las manos de Grayson se deslizan hacia mis caderas. Me jala hacia él y yo ahogo un grito.

—Bien. Entonces, ¿por qué estamos compitiendo? —pregunto, con la voz temblorosa. Me tiene comiendo de la palma de su mano ahora mismo. Mi sexo ya está prácticamente goteando de las ganas que le tengo. Joder, este hombre todavía sabe cómo tocar todas mis teclas. Y algunas más.

—Tú sabes lo que es —murmura—. Es lo mismo que hemos estado buscando todo el tiempo.

Sus palabras no tienen sentido —¿qué he estado buscando todo el tiempo excepto tranquilidad?—, pero la confusión se disipa cuando me levanta las caderas con sus grandes manos. Lucho por mantenerme molesta, pero es inútil.

—¿Así que ahora estás explotando nuestra rivalidad adolescente para tener la oportunidad de estrenar tu cama nueva? —Es difícil bromear cuando me está apretando ambas nalgas—. Podrías haber usado Tinder, sabes. Conseguir un polvo de una noche.

Gruñe y se sube a la cama, arrodillándose con mis piernas a cada lado de él. Vuelve a jalarme de las caderas, haciendo que mi pelvis choque contra la suya.

—Eso no tiene gracia. —La mirada en sus ojos es puro fuego. Me comerá viva, y, Dios mío, *lo deseo*.

Excepto que no debería. Estoy condicionada a resistir lo que sea que él quiera. Y si me quiere a mí, entonces no puede tenerme.

—Ya te lo dije —digo un momento después, y las palabras apenas salen de mis labios—. Ya no me interesa. Ya me lo saqué de la cabeza.

Sus manos suben hasta mi cintura, pero me aparto de él. Y ahí es cuando algo hace clic. Se queda quieto y prácticamente puedo oír el chirrido de un disco. Me mira fijamente por un momento y luego me suelta.

—Bien. —Se baja de la cama. El grueso bulto de su polla es visiblemente una carpa en sus jeans, y casi gimo. Casi—. Perdona si interpreté mal esto.

Su rápida retirada me deja atónita. Eso no es lo que quería. No *realmente*. No puedo moverme. Solo quiero ese calor que se acerca a mí de nuevo. El peso de su cuerpo hundiendo el colchón a mi alrededor.

Me obligo a sentarme, sintiéndome desorientada y mareada mientras lo evalúo. Se cruza de brazos, evitando mi mirada.

—Entonces, vete —dice, pero hay algo en su tono que me delata. Me está provocando. Presionándome para ver si realmente digo en serio lo que dije.

Gray podrá ser un maestro en la innovación cuando se trata de nuestra competencia, pero yo soy la maestra de la resistencia. Puedo aguantar tanto tiempo que sus huesos se convertirán en polvo. Y no puedo esperar a demostrarlo.

—Gracias por el recorrido —digo y luego me bajo de su cama. Cada paso que doy para alejarme de él se siente como un error, pero ya no puedo retractarme.

Ya casi estoy en la puerta cuando él espeta: —Hazel.

Me detengo, con la mano en el pomo de la puerta. —¿Qué?

—¿De verdad me equivoco en esto?

Hay algo en su mirada en este momento que me parte en dos. De repente, esto no es parte de nuestra competencia. Es Grayson, confundido y preocupado, haciéndome una pregunta real. Me ablando por un momento y, en contra de mi buen juicio, respondo: —No. Pero me dijiste que te hiciera perder.

CAPÍTULO CATORCE

GRAYSON

Si Hazel sale de esta habitación ahora mismo, voy a explotar, carajo. No compré esta cama *king size para ella,* pero sí la compré *por ella.* Todo esto es por ella.

¿Y esta erección de ahora mismo?

También por ella.

Niego con la cabeza mientras me dirijo hacia ella, que sigue detenida en la puerta con la mano en el pomo. Como si esperara que la detuviera.

—Entonces, vete —la desafío—. Sabes dónde está la puerta principal.

Me mira, con el arrepentimiento escrito en toda la cara. Y yo lo estoy gozando. Es hora de ver qué tan entregada está a este juego. Gira lentamente el pomo y abre la puerta, sin apartar sus ojos de los míos. Como un cachorrito esperando la señal para saltar.

Pero no se la voy a dar. Si quiere actuar como si no lo quisiera, entonces estoy aquí para poner a prueba su determinación. Nunca

nada fue fácil entre nosotros; ¿por qué la satisfacción sexual sería diferente?

—Bien —dice, con un ligero temblor en la voz—. Linda cama. Adiós.

Sale del dormitorio y se va por el pasillo. Me agarro al marco de la puerta por encima de mi cabeza, viéndola irse hasta que ya no puedo verla. El sonido de sus pasos resuena al bajar las escaleras.

Y entonces la puerta principal se cierra.

Mierda.

La duda me invade. Quizás lo malinterpreté todo. Si pudo alejarse de estos fuegos artificiales, entonces quizás yo era el único que sostenía el encendedor.

Me agarro el pelo de la frente, con una mezcla de frustración y disgusto. Casi podría reírme, si no fuera porque mi verga está palpitando. *Linda cama. Adiós.* No sé si esas palabras son la cúspide o el fondo de mi carrera como hombre viril.

Un instante después, la puerta principal se cierra de un portazo. Unos pasos retumban al subir las escaleras.

Un momento después, Hazel entra bruscamente en el dormitorio, con un aspecto como si hubiera corrido hasta su casa y de vuelta.

Solo puedo quedarme mirándola.

—Se me olvidaron los zapatos —dice sin aliento, y luego se dirige directamente hacia mí.

Esas bailarinas negras bien puestas en sus pies.

Da un salto y se lanza sobre mí. El aire se me escapa cuando nuestros cuerpos se unen. Sus manos se aferran a mi pelo y su boca está sobre la mía, salvaje y deseosa. Nuestros besos empiezan furiosos, pero se transforman en algo tan apasionado que me hace chocar hacia atrás contra la ventana.

—Deberías haber puesto cortinas —murmura entre besos.

—¿Y arruinar este glorioso atardecer? —Le aprieto las nalgas y un gemido se me escapa a desgarro—. Mierda, Hazel.

—¿Qué? —exige, acurrucándose en el hueco de mi cuello. Mi visión se vuelve borrosa por un segundo cuando empieza a mordisquear el lóbulo de mi oreja. Es mi punto débil. No lo ha olvidado.

Gruño y la llevo hasta la cama. La lanzo con facilidad y rebota un poco en mi nuevo colchón viscoelástico. Esta mierda fue cara, casi siete mil dólares, y follarme a Hazel bajo los rayos rojos del atardecer es la mejor manera de estrenarlo que se me ocurre.

—Hora de ver qué tan linda es mi cama. —Me desabrocho los jeans, con las manos temblorosas como si fuera la primera vez. Después de todo, Hazel fue mi primera vez, y había estado más nervioso que esto. Pero como un hombre exitoso de casi treinta años, no esperaba que se me hiciera un nudo en el estómago.

El otro día había sido diferente. Un deshielo inesperado que me convirtió en un neandertal. Como Brendan Fraser saliendo de su cueva. Pero ¿esto? Esto fue premeditado. Este es un paso hacia algo a lo que sé que no debería dirigirme. Algo que sé que solo puede terminar mal a la larga, incluso si de momento ofrece un espectáculo de luces espectacular.

—Parte de la lista de verificación inmobiliaria —dice Hazel, quitándose los shorts con un movimiento y luego las bailarinas que nunca había olvidado—. Probar personalmente los muebles de muestra.

—Ajá. —Deslizo las palmas de mis manos por los costados de sus piernas. Su vientre se hunde y luego se levanta mientras me observa, con los ojos fijos en mis manos—. Se podría llamar una bendición para los próximos dueños.

Suelta una carcajada ante eso, y entonces la volteo sobre su estómago y le bajo las bragas, dejando al descubierto ambas nalgas. Gime contra el edredón de plumas.

—Graysooon. —Aprieta el edredón, retorciéndose ya contra la cama. Apenas la he tocado, pero puedo ver la jugosa abertura de su coño. Ya goteando. Mi ritmo cardíaco se dispara, y me quito los jeans y los calzoncillos, y luego la camiseta por la cabeza.

—Por Dios, Hazel. —Paso los talones de mis manos por las protuberancias de su columna. Inspira bruscamente, contoneando el culo en el aire—. Se nota que en *realidad* no querías volver.

—No —gruñe—. Fui forzada en contra de mi voluntad.

Sonrío de lado, inclinando la cabeza para deleitarme con las líneas de su cuerpo bañado por el sol, su pelo oscuro recogido en una

coleta desordenada con reflejos color miel. Mi verga está tensa en el aire, desesperada por el más mínimo contacto con esta princesa.

Excepto que no es como las princesas de los cuentos de hadas. Este es el tipo de belleza épica y guerrera que dirige imperios *y* aconseja a otros sobre rutinas de hidratación. Es tan motivada y exitosa como los mejores. Tan motivada y exitosa como yo.

Mierda, en un tiempo, quise que fuera *mi* princesa.

Quizá todavía lo quiero, pero a su manera. No en la forma desvalida y bonita de princesa que siempre usaba como un insulto contra ella.

En este momento, la quiero como mi princesa guerrera. Construyendo imperios y conquistando el mundo.

—Si esto va a ser una bendición inmobiliaria de muebles de muestra —digo, con la voz grave mientras la pongo a cuatro patas—. Entonces creo que deberíamos hacerlo con vistas. —La guío sobre la cama para que quedemos frente al brillante atardecer. El lago resplandece con un color turquesa agitado a lo lejos, enmarcado por los robles que conducen a la playa. Se me oprime el pecho mientras lo contemplo, con el calor del culo de Hazel presionado contra mi ingle.

Afuera, parece el paraíso. Pero hundirme en su delicioso coño *es* el verdadero paraíso que me espera. Incluso compré condones como parte de mi plan maestro. Busco mis jeans y saco el condón del bolsillo trasero. Ella suspira y me mira.

—¿Tenemos que usarlo? —pregunta.

La miro fijamente. Esta mujer es perfecta. —Bueno…

—Estoy tomando anticonceptivos —dice. Y eso lo sella todo para mí. Lanzo el condón a un lado y separo sus nalgas, alineando la cabeza de mi verga con sus labios hinchados. Da un respingo cuando mi polla roza su coño. Sé que he dado en el blanco cuando se estremece como si un escalofrío invernal la recorriera.

—Por favor, Grayson —gime, decayendo un poco. Sus ojos se cierran con fuerza como si hubiera estado esperando años en lugar de minutos.

No necesita pedírmelo dos veces. Me lanzo hacia adelante, y todo el aire de mis pulmones se me escapa al entrar en ella. Un río de

calor y electricidad me inunda. El sexo nunca se ha sentido así con nadie más. Claro, he tenido mucho sexo *bueno*. Pero con Hazel, es sexo *jodidamente increíble*. Es sexo que te *cambia la vida*. Es sexo que me *hace considerar residir permanentemente en Bayshore*.

Un gemido animal se escapa de ella. Sus uñas color rubí perforan el edredón mientras me entierro hasta el fondo. Es terciopelo y jugo alrededor de mi verga. Ni siquiera necesito embestir dos veces para que el cosquilleo de advertencia en mis entrañas me diga que podría correrme ya.

No mentía sobre su coño mágico.

Mi aliento se escapa en suaves gruñidos mientras me mezo contra ella. Se apoya en sus codos, permitiéndome un ángulo más profundo. Con esta vista de su culo, con este agarre de acero alrededor de mi verga, tengo otro minuto si tengo suerte. Me salgo de ella y hago una pausa, inclinándome para besarle la columna.

—No pares —jadea.

—Estoy calculando el tiempo —digo, armándome de valor contra el impulso de enterrarme en ella una vez más. Probablemente estaré luchando contra este impulso el resto de mi vida—. Para que podamos correrno con el atardecer.

Se ríe, dejando caer la frente sobre la cama. —Qué tierno.

—Es parte de la bendición —digo, y luego le doy una palmada en las nalgas. Sisea.

—Eso fue por mentir sobre tus zapatos —bromeo.

—De verdad se me olvidaron —insiste débilmente—. Junto a la puerta principal.

—Ajá. Aunque nunca te los quitaste.

Se deshace en una carcajada. —Cállate y fóllame, Daly.

Me lanzo hacia adelante de nuevo, reclamando cada último centímetro de su coño, un escalofrío recorriéndome la espalda. El dormitorio está lleno de rojo y dorado y del aroma a hierba recién cortada. Nunca he estado tan cachondo y al mismo tiempo tan a gusto. Mi corazón zumba de satisfacción, una sensación que atraviesa la niebla del sexo.

Ahora mismo. Aquí mismo. La vida es perfecta.

La follo duro. Y quiero decir *duro*. Las yemas de mis dedos dejan marcas en sus caderas mientras la sujeto contra mí. Ambos estamos gruñendo y gimiendo y sudando. No puedo fingir que aguantaré mucho más.

—Hazel —gruño. Arquea la espalda, y su coño se contrae a mi alrededor.

—Ya seeé —se lamenta, y luego se convierte en otra cosa. Primitivo y gutural y desde lo más profundo de su ser. Se está corriendo, y su orgasmo provoca el mío. Mi verga tiene espasmos y me salgo de ella justo a tiempo para que mi leche vuele por el aire. Aterriza en la parte baja de su espalda, mientras mis caderas se sacuden con rondas adicionales de placer residual.

Se hunde en la cama como si fuera un globo desinflado. Con el pecho todavía agitado, me seco la frente con el antebrazo. —Me corrí en tu espalda, Hazel.

—*Nnnngh* —dice.

Esa es una buena señal. Suspiro, tratando de que mis piernas funcionen. No tengo nada con qué limpiarla. Pero no voy a dejarla así. Agarro mi camiseta y limpio el pequeño charco de semen. La tiro a un lado y luego me derrumbo en la cama.

La atraigo a mis brazos antes de poder pensarlo dos veces. Antes de que pueda recapacitar. Se acurruca contra mí, y ambos miramos los últimos rayos de un rojo brillante que tiñen el cielo. El sol hinchado acaba de hundirse bajo el horizonte.

Aprieto mis brazos a su alrededor y ella suspira.

Sí. Esto es la perfección al nivel de Bayshore.

Pero este es un nuevo tipo de perfección.

Una que no me di cuenta de que había estado buscando.

CAPÍTULO QUINCE

HAZEL

Hemos llegado a un armisticio. Al menos, así es como lo justifico yo.

No es una tregua ni un tratado de paz. Es solo una forma de bajar las armas sin declarar la paz todavía.

Además, necesitábamos una manera de seguir con este sexo alucinante sin convertirnos en unos completos hipócritas.

Se trata de sexo. Nada más.

Por eso he visto a Grayson todos los días desde que estrenamos su cama *king*. Por el sexo. También por eso hemos empezado a pedir comida para llevar y a comerla en su cocina recién remodelada, y por lo que me he quedado a dormir dos veces y me he levantado muy temprano para poder hacer el paseíllo de la vergüenza de vuelta a mi casa.

Solo por el sexo, que el armisticio permite.

Es a mediados de la semana siguiente cuando Gray termina las renovaciones del baño de arriba, convirtiéndolo en un paraíso de guijarros con una de esas duchas de efecto lluvia. Ahora,

oficialmente, quiero vivir *aquí* en lugar de en mi propia casa, lo que no es nada bueno.

Sus hermanos me han visto aquí en más de una ocasión. Por suerte, trabajo hasta tarde la mayoría de las noches, así que no es como que me vean despertando aquí ni nada por el estilo. Parece que está mal que alguien sepa lo que está pasando, aunque estoy segura de que los vecinos son *más que conscientes* de que llego a su casa todas las noches y nunca me voy. Este vecindario está lleno de gente a la que le encanta sentarse en el porche. Vecinos que se sientan afuera desde las siete y media en adelante, disfrutando del atardecer y de la gente que pasa.

También son espías y chismosos muy eficaces, así que estoy segura de que ya han empezado a circular rumores.

Gray me manda un mensaje de texto ese miércoles antes de que termine de trabajar. Hemos empezado a escribirnos durante el día, lo que también está relacionado con nuestro acuerdo de solo sexo. No hay nada más entre nosotros.

GRAY: Hice planes para que cenemos.

La emoción crece dentro de mí. A veces, la ilusión de verlo cada tarde me marea. Así de bueno es el sexo.

HAZEL: Uuuh. ¿En el centro, frente a la playa o algo diferente?

GRAY: Te lo diré cuando llegues.

Termino el trabajo lo más rápido que puedo, forcejeando con la cerradura de la puerta principal en un intento de largarme de la oficina. Mientras subo a toda prisa por el sendero de ladrillos hacia la casa de Gray, él sale con una camiseta gris y unos pantalones cortos oscuros.

Me detengo. Verlo de verdad me deja sin aliento, lo que no me esperaba. Crecí con este chico. Lo he visto más que a probablemente cualquier otro ser humano del planeta excepto a mi papá, especialmente dadas nuestras recientes escapadas.

Y, sin embargo, el corazón me da un vuelco cada vez que lo veo. De la misma manera que siempre lo ha hecho. Incluso cuando lo odiaba, me molestaba o lo ignoraba.

—Te agarro las cosas y las meto adentro —dice en lugar de saludarme. Su tono hace que sea difícil discutirle.

—Está bien —digo, entregándole todo excepto mi celular. Intento reprimir la emoción. Me encantan las sorpresas. Me encanta cuando un hombre está a mi altura. Amo a *Grayson.*

El pensamiento me abrasa, candente e incómodo. Gracias a Dios que solo fue en mi cabeza. Puedo borrar ese historial de pensamientos y fingir que nunca ocurrió.

—¿Cómo estuvo el trabajo? —pregunta, guiándome de vuelta por el sendero. Empezamos un paseo lento por la acera. Me inclino hacia él, apoyando la cabeza en su hombro. Estoy cansada por el día, pero ver a Gray me ha dado una sacudida de energía.

Esto es agradable. En realidad, es mucho más que agradable.

Esto es la perfección.

—Con mucho trabajo, como siempre —digo. Nuestras manos se rozan y, un momento después, él toma la mía y la aprieta suavemente. —¿A dónde vamos?

—A casa de mis padres —dice, con una sonrisa de suficiencia.

Busco su mirada. —¿Ah, sí? ¿Vamos a… hacerlo público?

Su mandíbula se tensa y sus ojos azules arden en el horizonte. —No. Solo… no sé. No tenemos que decirles nada. Eres una amiga de la familia.

Su respuesta —típica de un hombre que no piensa en el futuro— me recuerda que no tengo idea de lo que está pasando entre nosotros. Ninguno de los dos lo sabe. No hemos hablado de ello, porque ¿para qué? Excepto que ahora, su madre *querrá saberlo.* Todo el mundo ha sospechado desde hace mucho tiempo que acabaríamos teniendo una historia de amor. Aparecer juntos solo echará más leña al fuego.

—Pero, oye, ¿hola? ¿Tu mamá? Ha sido nuestra fan número uno desde el primer día. Nos estamos tomando de la mano. Va a encargar las invitaciones de boda durante el postre.

Él resopla. —Bien. No te tomaré de la mano.

Pero no me suelta.

La casa de sus padres ya está a la vista y mi ritmo cardíaco se acelera. La ansiedad es real. Además, no es como si pudiéramos decirle que estamos teniendo sexo. *«Su hijo tiene un pene mágico y*

lo estoy montando como si fuera un saltarín». No es algo que le dices a la dulce mujer que dio a luz a tu actual compañero de cama.

Aunque pensar en Grayson como un compañero de cama no es del todo correcto. Es mucho *más* que eso. Pero no… es solo sexo.

Eso es todo.

—¡Grayson y Hazel! —Annette Daly se asoma por la puerta principal, saludándonos a ambos mientras nos acercamos. Gray finalmente me suelta la mano, pero ya es demasiado tarde. Annette se lleva una mano al corazón e inclina la cabeza.

—¿Vienes del trabajo, cariño? —me pregunta mientras subo al pequeño porche.

—Sí —digo con una risita, y ella me envuelve en un abrazo.

—Trabajas tanto —murmura en mi oído—. Tanto, tanto. Eres la estrella de Bayshore, ¿lo sabías?

—Mamá —dice Gray.

—¿Qué? —Annette se aparta, lanzándole una mirada fulminante a su hijo. Al menos sabemos quién es su favorito—. Nuestra Hazel necesita ser reconocida.

—Sí que me reconocen —digo, siguiéndola hacia el interior de la casa. Me lleva de la mano. Prácticamente está ondeando una pancarta que dice: *Grayson, más te vale que hagas a esta mujer mi nuera.* —Me votaron como la Mejor Agente Inmobiliaria en los Premios del Público del año pasado.

—Voté por ti *todos los días* en ese concurso —confiesa Annette mientras caminamos por el corto pero luminoso pasillo que lleva a la cocina, en la parte trasera de la casa. Las voces de los hermanos de Grayson y su padre llegan hasta nosotras. El comedor está lleno de los Daly y, cuando llegamos, la conversación se convierte en un alboroto.

—¡Estamos todos! —declara Annette, y se ocupa de traer los platos.

—Puedo ayudar —dice una mujer desconocida, pero me resulta familiar. Algo en sus pómulos. Ofrece una sonrisa al pasar y, entonces, mientras miro a Connor, todo encaja—. Hola, Hazel. ¿Te acuerdas de mí?

—Kinsley Cabana. —Connor muestra una sonrisa de dientes blancos. Kinsley iba en el mismo curso que Connor y era la hija del medio del clan Cabana, alias los archienemigos de la familia Daly. No sé cómo olvidé que Connor estaba saliendo con una hija de los Cabana. Grayson me guía hacia los dos asientos vacíos reservados para nosotros.

—Más sobre eso después —susurra acaloradamente en mi oído.

Su padre, Damon, me saluda con voz estruendosa e inmediatamente se lanza a un resumen tenso pero educado de mi éxito profesional. El hombre siempre ha estado extremadamente orientado al éxito, lo que ayudó y perjudicó a su descendencia a partes iguales. Creo que la mayoría de sus hijos le guardan rencor de alguna manera, mientras que también le deben la mayor parte de su éxito. Pero, ¿no es así como terminan la mayoría de las relaciones entre padres e hijos?

Maverick y Weston asienten a modo de saludo, y Dominic sonríe ampliamente mientras se acerca a mí para darme un abrazo. Siempre fui más cercana a Dom, a Gray y a Connor. Para cuando me gradué de la secundaria, Weston estaba a punto de entrar y Maverick todavía iba un año por detrás de él.

—No puedo creer que estemos todos aquí en la mesa —se entusiasma Annette, sirviendo platos de rosbif, papas gratinadas y un pastel de elote. Aunque Kinsley la ayudó a sacar los platos, no estoy segura de que Annette le haya echado un vistazo. Damon le lanza miradas gélidas ocasionales a Kinsley, como si la estuviera vigilando. Asegurándose de que no se lance a una diatriba a favor de los Cabana o intente apuñalar a un Daly con un cuchillo de pan o algo así. No conozco el grueso del pleito entre los Cabana y los Daly, pero es tan grave que ha durado décadas y convierte a los normalmente sociables Daly en anfitriones silenciosos y gélidos cerca de Kinsley.

El codo de Grayson roza el mío mientras nos ponemos las servilletas en el regazo y nos acomodamos para cenar. Curiosamente, unirme a su cena no se siente tan incómodo o fuera de lugar como habría imaginado.

Siempre ha habido algo demasiado cómodo en tener a Grayson a mi lado. De mi brazo. Merodeando por los bordes de mi vida.

—Gracias a Dios por las vacaciones —dice Connor, sirviéndose una gran porción de papas gratinadas en su plato.

—Algunos tenemos más que otros —añade Gray, sonriendo como un idiota. A mí también me hace sonreír.

—Ya te tocaba —dice Annette—. Hacía años que no venías a casa.

—Ni siquiera te reconocí cuando apareciste —dice Maverick, bufando.

—¿Ves? Asustaste a tu hermano. —Annette frunce los labios mientras se sirve un poco de rosbif en su plato—. Espero que ustedes dos vengan más a menudo.

El «dos» debe referirse a Grayson y a Connor, sus trasplantes de la costa este y la costa oeste, respectivamente.

—Visitaré más —dice Grayson, sonando muy parecido a como si estuviera apaciguando a un niño—. Al menos en verano.

Me aseguro de que mi sonrisa no flaquee mientras sus palabras calan en mí. Son un recordatorio. Lo que hay entre nosotros es sobre sexo. Justo como sabía. Como temía. Como afirmé que no me importaba.

¿Estaba tan mal desear que mi primer amor y actual pareja sexual quisiera quedarse un poco más en Bayshore?

—Deberías volver para el Baile del Bicentenario —dice Annette antes de meterse un bocado de papas en la boca.

—No —dice Grayson, y es definitivo. Mi sonrisa decae un poco.

—¿Cuándo es? —pregunta Connor.

—En septiembre, creo —responde Annette.

—El nueve de septiembre —aclaro. Como si no lo tuviera en el calendario de mi celular, en dos calendarios de trabajo y garabateado en mi agenda de papel en casa, ni nada.

Annette chasquea la lengua y nos lanza una misteriosa sonrisa a Grayson y a mí.

Sí. Nueve de septiembre, el día en que ambos nacimos. Curiosa casualidad que el baile caiga en nuestro cumpleaños, que es un sábado este año.

—Ohhh, para entonces ya estaremos de vuelta en California. —Connor frunce el ceño hacia Kinsley, que arruga los labios. Son una pareja improbable, aunque solo sea por la historia de sus familias. Pero aun así, dejando de lado toda la mala sangre, los dos juntos *son* lindos.

—¿Vas a ir al baile, Hazel? —me pregunta Annette. El corazón se me encoge por razones desconocidas y le sonrío brillantemente.

—Por supuesto. Tengo mi entrada desde el día en que salieron a la venta.

—Debería haberlo imaginado. —Annette baja la barbilla, mirando directamente a Grayson—. Una mujer tan guapa como Hazel merece un hombre de su brazo en esa fiesta.

Estoy de acuerdo con ella, pero quizá no por las mismas razones. Merezco un hombre de mi brazo porque estoy lista para el siguiente paso en la vida. Merezco una pareja que quiera seguirme el ritmo. Merezco un novio que quiera llevarme al baile más importante de la ciudad porque ama Bayshore y nuestra vida aquí tanto como yo.

Pero tal vez ese hombre no existe.

Y de todos los hombres del mundo, todavía hay una parte de mí que solo quiere al hombre a mi izquierda.

Grayson se mete un tenedor lleno de papas gratinadas en la boca, sin decir nada.

Debería estar agradecida, en realidad. Es el recordatorio que necesito en medio de nuestro increíble maratón de sexo.

Grayson no es ese hombre. No será ese novio. Nunca podrá ser mío, por mucho que la chica de diecisiete años dentro de mí todavía lo espere.

La cena transcurre felizmente y hay algo contagioso en estar con todos los Daly a la vez. Siempre me encantó su gran familia. Era lo opuesto a lo que tuve al crecer: una madre que solo existía en fotografías y un padre soltero muy trabajador que hacía todo lo que podía. Sin hermanos con los que jugar. No muchos primos que contar entre mis filas familiares.

En cierto modo, durante nuestra infancia, Grayson fue el hermano que nunca tuve. Hasta que se convirtió en el amor platónico con el que no contaba. Y el primer desamor que me destrozó.

Una vez que la cena termina y Annette me ha abrazado y llenado de cumplidos hasta la puerta, Grayson y yo caminamos perezosamente hacia la acera. Más abajo en la calle, las llamas de una pequeña hoguera en un patio delantero lamen a través de la cubierta de acero. Las risas nos llegan desde más arriba. El coro de los grillos está en pleno apogeo.

Ya sé cómo debería ir esta noche. Necesito irme a casa sola. Romper el hechizo de lo que hemos estado haciendo durante la última semana. Volver a mi rutina de chica soltera.

Los dedos de Gray se entrelazan con los míos. Cuando llegamos a la calle, se pone frente a mí y pasa su pulgar por la línea de mi mandíbula.

—Deberíamos ir a quemar esas papas gratinadas, ¿eh?

Resoplo con una risa. —¿Quieres ir al gimnasio? ¿A estas horas?

—Pensé que tal vez podríamos sustituir la elíptica por mi cama.

Sonrío, pero hay tristeza en mi sonrisa. —Creo que necesito ir a casa esta noche.

Su rostro decae. —¿En serio?

—No he dormido en mi propia casa en días. Además, la parada extra cada mañana para recoger las cosas que olvidé… he estado llegando tarde al trabajo.

—Eres la dueña de tu propio negocio.

—Aun así, mi jefa es una bruja.

Su sonrisa casi me derriba. —He oído.

—Sí, me imagino que sí. —Le doy un puñetazo fingido en el costado, pero parece reacio a dejarme ir. Sus manos ásperas acunan mi cara. Bajo el tenue brillo de las farolas, puedo ver la tormenta en sus ojos.

—¿No necesitas a nadie que te mantenga caliente el otro lado de la cama?

Su pregunta me parte en dos. Cualquier resistencia o fuerza de voluntad que pudiera haber acumulado durante la cena, se desvanece por completo. Evaporada. Adiós noche de chica soltera.

—Sí, creo que sí. —Le sonrío. Es difícil decirle que no. Especialmente cuando está siendo tan dulce como ahora. Cuando

está mostrando el lado de él del que siempre me he enamorado, perdidamente, sin ninguna esperanza de rescate.

—Podría ayudarte a mantener tu lado caliente —murmura. Hemos empezado a balancearnos suavemente, aquí a la vista de los que se sientan en los porches y de los transeúntes. Nadie ha pasado todavía, pero de alguna manera Bayshore ya lo sabe. Puedo sentirlo.

Pero no me importa.

No cuando estamos atrapados en esta burbuja de fantasía. Algo seductor y cálido, un tapiz que solo él sabe tejer.

—Vamos a mi casa —digo, y lo guío.

CAPÍTULO DIECISÉIS

GRAYSON

Llevo dos semanas en casa y se han sentido como dos años.

Pero todavía no estoy harto de Bayshore. Ni un poquito.

Algunas cosas se sienten tan nuevas aquí. El pueblo ha crecido, ha madurado, se ha vuelto más bullicioso a su manera playera. Lo que antes era una pequeña farmacia en las afueras del pueblo ahora se ha convertido en una enorme plaza comercial. Están apareciendo nuevos barrios en los límites del pueblo. La gente *quiere* mudarse aquí, lo que quizás sea el cambio más grande desde mi infancia.

¿Pero una cosa que no ha cambiado?

Me estoy enamorando de Hazel. Como la última vez que viví aquí.

Quizás sea el hecho de que hemos pasado las últimas siete noches encerrados juntos. Riendo como adolescentes, follando como conejos y conectando como los adultos maduros que en realidad somos. Ya no estamos jugando, o quizás el juego está en pausa. Sea lo que sea que esté pasando, ambos estamos de acuerdo. Sin haber dicho una palabra.

Igual que cuando teníamos diecisiete años al final del penúltimo año de preparatoria, cuando las cosas se descongelaron por primera vez. Caímos en picada a una velocidad vertiginosa. Pasamos de enemigos a amantes, y para el final del último año, de amantes a enemigos.

No soportaría que volviera a ser mi enemiga otra vez. No después de esta semana vertiginosa que hemos compartido, permitiéndonos ser tiernos y abrasadores, vulnerables e irritables.

Pero esa es la parte que me jode la cabeza. ¿Qué estatus puede tener ella una vez que yo esté de vuelta en Nueva York? No soy tan ingenuo como para pensar que podemos hacer que una relación a distancia funcione. Necesito ver a esta mujer más de una vez al mes. En realidad, necesito verla a diario, y a veces cada hora, pero puedo conformarme con un poco menos.

He estado pensando en esta mierda todo el día mientras ella está en el trabajo, enviándome selfis sexis en su blusa a rayas entre clientes, con la luz natural entrando en la oficina detrás de ella. Siempre se asegura de mandarme besos con esos grandes labios rojos suyos y de mostrar algo de escote.

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. La más inteligente. La más motivada. Cuando la gente habla de ella, se deshace en halagos. Hazel es la consentida de Bayshore. Y en muchos sentidos, es la única mujer que he deseado.

Pero las piezas todavía no encajan del todo. Menos mal que soy un maestro de los rompecabezas.

Hazel trabaja hasta muy tarde esta noche, así que me dirijo a la playa sobre las ocho para sentarme junto al agua y ver el atardecer. Tan pronto como llego a la orilla del lago al final de mi barrio, veo rostros familiares reunidos en la costa.

Ahí están Luke y Anthony, de pie con cervezas en la mano alrededor de una nevera portátil, mientras Callie está en cuclillas en la arena, jugueteando con unas ramas para encender una fogata. Me acerco con calma y le doy una palmada a Luke en la espalda.

—¡Gray! —grita él, y luego me da un puñetazo en el hombro—. ¿Todavía estás en el pueblo?

—Me quedan dos semanas más. —Meto las manos en el bolsillo delantero de mi sudadera con capucha. Es una noche extrañamente fría, así que esta fogata en la playa parece una idea especialmente buena—. ¿Qué hacen?

—Oh, ya sabes, haciendo que el eslabón más débil encienda el fuego —murmura Callie desde el suelo.

—Te ayudaría si tan solo lo *pidieras* —dice Anthony.

—No, no —dice Callie, con la voz cargada de sarcasmo—. Yo me encargo.

Luke y yo nos reímos por lo bajo. Él toma una cerveza de la nevera y me la pasa.

—Quédate un rato. Vendrán algunos más tarde. Oye, Cal, ¿le dijiste a Hazel? —Luke me mira, como si de repente se diera cuenta de lo que ha dicho—. Estás de acuerdo con eso, ¿verdad?

—Totalmente. —La lata de cerveza hace *crac* al abrirla—. Estamos como que, ya sabes… —La frase apropiada se me escapa. ¿Follamos? ¿Salimos? ¿Nos engañamos a nosotros mismos?—. Reconciliando nuestras diferencias.

—Ya era hora —murmura Callie.

—¿Necesitas ayuda con eso, Cal? —pregunto, arrodillándome para ver sus intentos.

—¿Puedes hacerlo tú? —suplica ella.

—Dámelo. —Tomo el encendedor y las ramas que está usando y hago la pila apropiada con los trozos de leña más delgados que hay cerca, al estilo *boy scout*. En un minuto, tengo una pequeña fogata encendida. Callie sonríe, y yo me siento sobre mis talones y le doy un trago largo a mi cerveza.

El sol está bajo en el horizonte, pero ya se siente un aire fresco. No hace demasiado frío para llevar pantalones cortos, que es lo que todos llevamos, pero es esa combinación perfecta de frío y verano. Clima de sudadera y cerveza. Como el otoño, pero más cálido y con un atardecer más tardío.

La mejor maldita época del año.

—Le escribiré a Hazel para decirle que estamos aquí —dice Callie, pero yo ya he empezado a escribirle un mensaje.

—Yo me encargo —digo, y luego pulso *enviar* y me guardo el celular en el bolsillo—. Y *no* le digamos a Bryce, ¿de acuerdo?

Ella levanta una ceja. —¿Vaya. Le escribes a Hazel, eh? Deben haber hecho algo más que reconciliar sus diferencias.

Anthony suelta una carcajada. —Se me ocurren tantas buenas respuestas para eso ahora mismo.

—A ver, dilas —dice Callie.

—Gray podría darme una paliza si las digo —dice Anthony, guiñándome un ojo mientras le da un trago a su cerveza.

—Qué va, Gray es un pacifista —bromea Luke mientras arrastra un tronco liso perfecto para sentarse. Tenemos una mezcla de sillas de jardín, neveras portátiles y troncos alrededor de esta fogata—. Nunca desafiaría a nadie así.

Resoplo, dándole una patada en la pierna a Luke mientras se sienta.

—Pues claro que sí. Y si no estás de acuerdo, te pacificaré a golpes —bromeo.

Todos nos echamos a reír. Callie desenrolla una gruesa toalla de playa y se acomoda en ella, de cara al lago. Anthony no tarda en abandonar su silla de jardín y unirse a ella en la toalla. Observo la parte de atrás de sus cabezas por un momento mientras Callie apoya la suya en su hombro. El brazo de Anthony rodea su cintura.

—¿Cuándo es la boda? —grito. Anthony me enseña el dedo de en medio sin voltear a verme.

—Justo después de la tuya y de Hazel —responde Callie.

Resoplo, pero la idea no suena tan ridícula como podría haber sonado en otro tiempo. Incluso hace dos semanas. No es que lo esté planeando ni nada, pero el sabor ya no es tan amargo.

—Tendrán que venir a Nueva York para eso. —Tomo otro sorbo de cerveza. Honestamente, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Hazel en Nueva York. Ya puedo verla despertando conmigo en mi apartamento, con los rayos grises de una temprana mañana de invierno atravesando las lamas de madera. Yendo a por un café a mi lugar favorito a la vuelta de la esquina donde venden diarios reutilizados con lomos de libros viejos. Echando un vistazo a librerías

eróticas y pequeñas boutiques de moda. Domingos perezosos en el parque con el bullicio de la ciudad a nuestro alrededor.

Hazel encarna esa *cosa* que he estado buscando en Nueva York. La cosa que me ha estado faltando. La cosa que hará que la vida sea perfecta.

Es el tipo de idea que estalla como un fuego artificial por lo acertada que es. Solo necesito planteárselo. Puede que al principio dude, pero estoy seguro de que verá los beneficios de una mudanza a Brooklyn. Su negocio inmobiliario se dispararía. Cuadruplicaría sus ingresos. Hazel pertenece a un lugar como Brooklyn. Se acabó lo de jugar en las ligas menores en Bayshore.

Necesita extender sus alas y *remontar el vuelo*.

La idea me deja a partes iguales emocionado y ansioso. Sé que tendré que convencerla, pero si ella siente la mitad de la euforia que yo siento ahora mismo, entonces esta es la única manera de que funcione.

Los cuatro gritamos y vitoreamos mientras el sol se pone. Llegan un par de amigos más, un viejo colega de la preparatoria y un recién llegado a Bayshore con una guitarra. Acordes suaves llenan la playa ahora que el crepúsculo se ha asentado. Como esta es una playa de acceso residencial privado, no hay mucha gente además de nosotros. Unos cuantos adolescentes más abajo y una pequeña familia sentada en sillas Adirondack.

Entre el aroma húmedo y terroso del lago, el murmullo de las olas lamiendo la playa y la risa fácil que fluye entre el grupo, no creo que pudiera sentirme más relajado que ahora.

De hecho, las últimas dos semanas en Bayshore me han sacado del agarre de hierro en el que me tenía Nueva York.

Había olvidado cómo era el resto del mundo. Cómo era el hogar. Cómo se sentía la verdadera felicidad relajada.

Los chillidos de Callie me dicen que Hazel ha llegado. Cuando me doy la vuelta, veo a Hazel acercándose tranquilamente hacia nosotros. Todavía tiene su cara de trabajo, pero lleva el pelo en un moño desordenado y ha cambiado su falda ajustada por unos shorts de malla. En lugar de una blusa escotada, lleva una sudadera roja y holgada de la OSU.

Pero son sus pies descalzos los que atraen mi atención. Mi mirada se fija en esos tobillos delgados, sus pequeñas uñas de los pies pintadas de negro. Cuando está a mi alcance y saluda a todo el mundo, deslizo las yemas de mis dedos por el costado de su pierna.

Me sonríe desde arriba, y yo la jalo para que se siente en mi regazo. Se acomoda con una risita.

—Las diferencias han sido *reconciliadas* —bromea Anthony.

—¿Les dijiste? —me pregunta Hazel en voz baja.

—Ya lo sabían —le respondo, y luego presiono mis labios contra los suyos. Porque físicamente no puedo *no* hacerlo. Porque cuando está al alcance de mi mano, necesita estar en *mis brazos.* Porque reencontrarnos me ha demostrado que teníamos nuestras diferencias, pero hay mucho más para nosotros si elegimos seguir lo que ha florecido aquí.

—¿Somos tan obvios? —pregunta Hazel a nuestro grupo de amigos.

Callie resopla. —Lo supe en el momento en que vimos a Gray en la moto acuática ese día.

Mi sonrisa se vuelve de suficiencia. —¿En serio?

—Oh, sí —dice Callie, atizando el fuego con un palo—. La forma en que te miró cuando apareciste en el muelle. Tenía campanas de boda escritas por toda la cara.

—Sí, esa mirada furiosa fue muy romántica —bromeo, dándole un codazo en el hombro con mi barbilla.

Hazel se deshace en risas. Meto mis manos en el bolsillo delantero de su sudadera, con las yemas de los dedos hormigueando con la promesa de encontrar más. He estado con muchas mujeres y he salido con unas cuantas. Nunca me he sentido *así* con nadie antes. Como si mis entrañas se estuvieran derritiendo en lava y convirtiéndose en hielo seco de emoción al mismo tiempo. Como si necesitara empezar a contar las horas y los minutos que me quedan con ella antes de volver a Nueva York. Antes de que tenga que pasar un día en que estemos separados.

—Entonces ustedes dos quieren que llame a Bryce, ¿verdad? —pregunta Luke.

Lo señalo amenazadoramente, y Hazel se desploma sobre mi pecho de la risa.

—Te lo advertí, Luke —le aviso—. Te voy a pacificar a golpes.

Anthony mira por encima de mi hombro hacia la carretera, con una gran sonrisa en su rostro. —¡Miren quién más apareció!

Luke grita de alegría y Callie saluda con la mano. Me doy la vuelta y veo a Connor acercándose con Kinsley a cuestas. Son todo sonrisas.

—Hola, hermano —dice Connor, dándome una palmada en la espalda mientras se acerca al grupo. Todos intercambian saludos, y la normalmente tímida Kinsley parece más extrovertida ahora que está fuera de la casa de los Daly. Mi madre no ha sido exactamente cálida con ella; aunque le doy crédito a la mujer; ha manejado la aparición de un pariente Cabana dentro de su casa notablemente bien.

—¿Dónde están el resto de los hermanos? —pregunta Luke.

—Dom volvió a Cleveland —informa Connor. La noticia me hace fruncir el ceño. Típico. Ni siquiera se despide. Simplemente se va, porque es demasiado importante para sus hermanos o para preocuparse por alguien más que no sea él mismo—. West dijo que tenía que ir a ayudar a alguien a decorar su nuevo estudio de yoga.

—¿A las diez de la noche? —pregunto.

Connor se encoge de hombros. —Y Mav anda de putero.

Todos nos reímos. Maverick tiene veintitrés años y los está viviendo a tope. Casi estaría celoso de él, excepto que ya superé los días de sexo sin fin. Rectifico. Estoy totalmente a favor de los días de sexo sin fin, siempre y cuando sea con la persona adecuada. Con Hazel.

—¿Y tu mamá y tu papá? —pregunta Hazel.

—Acurrucados frente a la tele gritándoles a las *Real Housewives* por ser unas idiotas —informa Connor, sentándose en la tapa abierta de una nevera antes de invitar a Kinsley a su regazo. La forma en que ella lo mira incluye una mezcla de adoración y diversión. Como si estuviera pendiente de cada palabra. Realmente bebiendo de él.

Cuando aparecieron por primera vez, tuve mis dudas. Pero esos dos están enamorados. Y bien por ellos. Hay algo poético en que

Connor se enamore de Kinsley.

Casi tan poético como Grayson y Hazel, los enemigos que se enamoraron no una, sino dos veces.

Aprieto mis brazos con más fuerza alrededor de Hazel, deseando poder moldearla contra mí para que nunca pudiera moverse. Para poder disfrutar del delicioso peso de ella sobre mí cuando lo necesitara. Para que su dulce aroma a clementina y fresia estuviera siempre a un respiro de distancia.

Presiono mi frente contra su brazo mientras la música de la guitarra crece y se convierte en una versión lenta y terrenal de *Something* de Los Beatles. Solo puedo pensar en Hazel mientras la letra de ensueño fluye a través de mí.

La historia de amor de nadie será jamás tan épica como la nuestra. Nadie más nació el mismo día que su rival. Nadie más pasó décadas tratando de superar a su único y verdadero igual. Nadie más ha estado evitando a la única persona que todos los demás sabían que estaba destinada para ellos.

Hazel y yo, tenemos una historia de amor que le gana a la competencia.

¿Y no es eso jodidamente lógico?

CAPÍTULO DIECISIETE

HAZEL

No es que haya empezado una cadena de papel ni nada por el estilo, contando la racha de días que Grayson y yo hemos tenido sexo. Son diez, por supuesto, pero no le estoy *llevando la cuenta*.

Simplemente lo sé, lo tengo constantemente en el fondo de mi mente.

Es parte del armisticio.

El armisticio que se ve y se siente sospechosamente como una relación a largo plazo extremadamente feliz.

No sé lo que estoy haciendo. Ni siquiera sé qué creo que estoy haciendo. Simplemente me dejo llevar por lo que se siente bien. Si sirvo de ejemplo, ignorar las grandes preguntas sobre el futuro es lo que la gente de veintitantos largos debería hacer cuando se acuesta con un hombre que vive a cientos de kilómetros de distancia.

Gray sugiere jugar tenis ese sábado. Trabajo unas horas en la mañana, como siempre, pero salgo temprano de la oficina para poder cambiarme antes de que me recoja. Mi sangre ha estado vibrando desde el momento en que me desperté ante la oportunidad

de enfrentarme a él en el tenis. Voy a patearle el trasero tan feo que estará cojeando durante una semana. La cojera vendrá por lo mal que quedará su ego al ser golpeado por mi superioridad tenística, por supuesto.

Las mejores canchas de tenis de la ciudad están detrás de la escuela secundaria. *Nuestra* antigua escuela secundaria. Aunque vivo en Bayshore, casi nunca vengo por esta parte de la ciudad. Mientras entramos en el estacionamiento vacío frente a las canchas de tenis cercadas a un lado del estadio de fútbol americano, los recuerdos me invaden.

Y todos involucran a Grayson de alguna manera. Ya sea intentando unirme al equipo de tenis masculino o forzando su casillero para poder reorganizar sus libros y asegurar mi ventaja en la carrera hacia los autos después de la escuela, prácticamente todo mi tiempo en estos pasillos giró en torno a este hombre.

—¿Estás bien, Hazel? —pregunta mientras entramos a las canchas. El sol brilla sobre su piel bronceada, una simple camiseta blanca se estira sobre su amplio pecho. Está para comérselo. Para casarse con él.

El pensamiento me atraviesa como un rayo.

—Estoy bien —digo, pero mi voz no suena bien.

—¿Se te olvidó la tarea? —bromea.

—No, la entregué ayer. —Esbozo una sonrisa, intentando recuperar mi humor despreocupado de esa mañana—. Unas veinticuatro horas antes que tú, como de costumbre. —Pero a medida que el tiempo pasa, es más difícil evitar pensar en lo que estamos haciendo. Cada día que pasa exige una respuesta de nosotros. Cada vez más fuerte. *¿Qué es esto?*

No sé la respuesta. Ni un poquito.

—Más vale que te concentres en el juego —advierte Grayson—, porque no voy a ser blando contigo.

—Nunca has sido blando conmigo.

—Puede que una o dos veces —dice, botando la pelota de tenis contra la cancha roja. La sonrisa que me dedica por encima del hombro me roba el aliento. Que Gray admita que ha sido blando conmigo es casi lo mismo que si me dijera que me ama. Porque

puede que no haya mayor acto de amor de su parte que quedar voluntariamente en segundo lugar.

—No te creo —bromeo—. Solo dices eso porque quieres acostarte conmigo.

Grayson sonríe y ocupa su lugar en el otro lado de la cancha, pero no lo niega. Bota la pelota alto, lanzando la raqueta en una mano.

—¿Lista para que te pateen el trasero? —pregunta.

—Estoy lista para recordarte por qué tuviste que mudarte de Bayshore —digo, tratando de contener la risa en mi voz.

Él enarca una ceja. —¿Crees que eras *tan buena* en el tenis?

—Sé que lo era. —Dios, me encanta avivar este fuego entre nosotros—. No eres el primer hombre al que he obligado a mudarse.

Algo destella en sus ojos. Quizás fue porque cuestioné sus habilidades, o quizás fue la mención de otro hombre. Sea como sea: que empiece el juego. Gray saca la pelota con *fuerza*, y nos lanzamos a un partido de tenis gruñendo, corriendo y extremadamente serio. Por cada punto que Grayson consigue, yo me anoto otro. Avanzamos parejos en el marcador, hasta que estamos sudando la gota gorda y respirando agitados, y maldita sea, nunca hago un mejor ejercicio que cuando juego contra Gray.

—Vale. Vale. Este es el punto de partido. —Boto la pelota contra la cancha, tratando de controlar mi respiración. Estoy agotada al final del segundo set. Antes de hoy, solo había estado jugando contra Bryce de vez en cuando, y él siempre se aseguraba de dejarme ganar, si es que lo intentaba. *Odiaba* eso.

—Has jugado un buen partido, Matheson —dice Grayson, usando el cuello de su camisa para secarse el labio superior, permitiendo un vistazo de ese abdomen de acero que me retuerce las entrañas—. No está mal para una novata.

Bloqueo sus palabras y saco. Voleamos de un lado a otro intensamente. Me esfuerzo al máximo, lanzándome para devolver la pelota. Mi raqueta golpea en un ángulo no deseado, empujando la pelota hacia la esquina más lejana de la cancha de Gray. Observo con suspenso para ver si se queda dentro. Y así es.

Y Gray no la alcanza.

Gané.

Nubes oscuras le ensombrecen el rostro mientras me pongo de pie de un salto, levantando los puños en el aire. Río incrédula.

—¡Joder! —salto hacia él. Tiene las manos apoyadas en las caderas, estudiándome como si estuviera tratando de decidir si me devorará verbalmente o quizás sexualmente—. Una vez que estemos en casa. Todo mi cuerpo está a la expectativa de su reacción. Para ver con qué puyas empezará.

—Eso fue fuera.

Mi mandíbula cae y vuelvo a reír por lo absurdo de su afirmación. —¡Estás *loco*! ¡Fue totalmente válido!

—Necesitamos una revancha —dice, pasándose una mano por el pelo. Está imposiblemente sexy y sudado en este momento. Usa la parte inferior de su camiseta para secarse la cara de nuevo, y esta vez tengo una vista completa de su pecho bronceado.

—Sí. En la *cama* —bromeo, acercándome a él con aire coqueto—. No te piques porque perdiste. Simplemente acéptalo.

Una sonrisa juega en sus labios. —Solo hay un premio de consolación que quiero.

—¿Y cuál es? —dejo caer mi raqueta y le paso los brazos por el cuello. El hombre irradia calor como un reactor nuclear. Si fuera cualquier otra persona, sería incómodo. Demasiado calor. Demasiado sudor.

Pero con Gray, lo quiero todo. Incluso bajo el sol abrasador, en una cancha de tenis, chorreando sudor. Preferiría pasar el resto del día sudando con él a mi lado, que disfrutar del aire acondicionado sin él.

—A ti —dice, tirando de mi coleta—, encima de mí.

—Caray, ¿solo eso? —me pongo de puntillas y presiono mis labios contra los suyos.

—Afuera.

—¿Aquí?

—Esta noche. Junto al agua.

Dejo escapar un suspiro, como si la petición fuera muy desagradable. Pero me encanta. Ahora no puedo *esperar* a que llegue la noche aún más. —Bien. Encontraremos nuestro propio lugarcito apartado en las rocas para que me folles hasta que grite.

Una sonrisa malévola se dibuja en sus labios. —Perfecto.

Recogemos las raquetas y nuestra pelota, dirigiéndonos de vuelta al estacionamiento. Jugamos durante una hora entera, y mis piernas tiemblan por el entrenamiento nivel Grayson. Risas y conversaciones nos alcanzan mientras salimos de las canchas de tenis. Un pequeño grupo de mujeres se dirige hacia nosotros, y les ofrezco una pequeña sonrisa en su dirección al pasar.

—¿Grayson Daly?

Una de las mujeres se detiene en seco, volviéndose hacia Grayson con una sonrisa de asombro que lo dice todo. Me toma un momento reconocerla, pero esos grandes ojos de cachorro y mejillas de ardilla encajan justo un momento antes de que Gray diga su nombre.

—Aubree. —Grayson tiene ese tono forzado en su voz, el tipo que todo el mundo tiene cuando se encuentra con un viejo conocido o compañero de escuela que no ha visto en una década—. Cuánto tiempo sin verte.

Aubree se da una palmada en la rodilla, mirando a sus amigas. —¡Fuimos juntos a la escuela! —les explica. Sonriendo a Grayson, dice —: ¿Quién hubiera pensado que el rey y la reina del baile de graduación volverían a estar juntos en BHS?

Sus palabras desatan una tormenta secreta dentro de mí. No solo no me ha reconocido, sino que está haciendo referencia probablemente al peor período de mi vida. Justo antes del baile de graduación, cuando Grayson y yo no solo terminamos, nos *hicimos pedazos*.

—Ha pasado un buen rato —dice Grayson, secándose la frente—. Hazel y yo acabamos de patearnos el trasero en las canchas. Como en los viejos tiempos.

Aubree asiente y me mira de reojo.

—Qué gusto verte, Aubree —digo de forma concisa. Que se joda por ignorarme, pero no me rebajaré a su nivel.

Me dedica una sonrisa falsa antes de seguir como si nada. —¿Y qué estás haciendo aquí? Pensé que vivías en Nueva York.

—He vuelto por un tiempo —dice, cruzando los brazos; los bíceps se abultan en la camisa blanca. Está claro lo que busca: a Grayson. Y por alguna razón, mi presencia a su lado no significa nada para su búsqueda.

—¿Cuánto tiempo? —se acerca un paso más. Sus amigas detrás de ella se han replegado en su propia conversación, y no me molesto en ocultar el suspiro que se me escapa—. ¿Estarás por aquí en septiembre? Ya sabes, está el Baile del Bicentenario. ¡Deberíamos ir juntos!

Giro mi raqueta en una mano, contemplando cómo se sentiría rompérsela en la cabeza. Si tendría o no las agallas para intentarlo. Mis músculos están bastante cansados en este momento, mejor que no.

Grayson me mira, y puedo ver la indecisión escrita en su rostro. —Te veré allí… voy a ir con Hazel.

—¡Oh! —la sonrisa de Aubree se congela y parpadea rápidamente —. Bueno, ¡eso es genial! ¡No hay nada mejor que apoyar el cumpleaños de Bayshore con estilo! —su voz chillona me da un tipo de satisfacción vacía.

—Que se diviertan, chicas —interrumpo de repente, saludándolas a todas. Usaría mi dedo de en medio si pudiera—. Nos vemos en el baile, Aubree.

Hacemos una salida rápida, y ninguno de los dos habla hasta que estamos de vuelta en el auto. Solo después de que Gray abre las puertas y me deslizo en el asiento del pasajero, mis hombros se relajan.

—Joder —murmura, mirando por el espejo retrovisor. Como si verificara que Aubree no nos ha seguido.

—¿No fue encantador encontrarse con la reina del baile? —pregunto sarcásticamente, luego resoplo—. Por Dios, ni siquiera me *miró*.

Grayson enciende el auto, y la canción de Muse que habíamos estado escuchando de camino a las canchas de tenis resuena por los altavoces. La baja rápidamente.

—Una perra de marca mayor —concuerda Grayson, sonando distraído mientras se abrocha el cinturón.

—¿Hablas en serio sobre el baile? —pregunto de repente.

Duda, sin mirarme mientras sale del estacionamiento. —Bueno, no. Estaré en Nueva York. Solo lo dije para quitárnosla de encima.

Es cierto. Estará de vuelta en Nueva York. Donde estará de nuevo en cuestión de semanas. La noticia me baja los humos, apagando mi ira por el encuentro con Aubree, apagando la euforia de mi victoria. Casi extinguiendo toda la felicidad en la que había estado sumergida durante los últimos diez días.

—Oh. Pensé que tal vez volverías para eso —murmuro.

—¿Por qué todo el mundo está tan obsesionado con ese estúpido baile? —su pregunta es alegre y bromista, pero las palabras me atraviesan. Hiriendo y recordando a partes iguales—. No lo entiendo. Es el equivalente adulto de un baile escolar. Si me necesitas allí tanto, digo, puedo intentar conseguir el tiempo libre. Pero, ¿no preferirías que usara mis vacaciones para algo un poco más grande? Como, no sé, ¿un fin de semana en París? ¿Esquiar en Colorado?

La luz del sol se filtra a través de los robles que bordean esta carretera, y hacia el oeste comienzan los ondulantes campos de maíz. Es un día pintoresco, pero por dentro estoy de un humor de perros. Todo lo que ha salido de su boca está mal. El Baile del Bicentenario, mi vida aquí, Bayshore en general… nada de eso le importa realmente. Y no quiero una cita por lástima para el baile. No quiero nada por lástima. Quiero a alguien involucrado en mi vida, y mi vida está en Bayshore.

—No, no te preocupes. —Mi tono sale cortante, pero no puedo evitarlo—. Es solo una cosa estúpida en Bayshore, ya sabes, ¿a quién le importa?

Un silencio pesado se instala entre nosotros. Hay una tormenta desatándose dentro de mí, y estoy haciendo todo lo posible por controlarla, pero seamos realistas, no me está yendo bien.

—No entiendo por qué es tan importante —admite Grayson.

—Sí, supongo que no lo entenderías. —Miro por la ventana, observando pero sin ver realmente los árboles mientras pasamos a toda velocidad por la calle—. No has trabajado en la comunidad durante los últimos diez años. No has ayudado a cultivarla de un pueblo costero olvidado a un próspero destino turístico. Un lugar en el que la gente se enorgullece de hacer negocios. Te vas por una década y vuelves y todavía sabes los nombres de la gente, y eso es agradable, pero no sabes lo que nadie aquí está *haciendo* por la

comunidad. El baile es para celebrar eso. Para honrar nuestra historia. Nuestro trabajo duro. Pero a ti este lugar te importa una mierda.

Su agarre en el volante se tensa.

—No tienes que decir nada —me apresuro a añadir—. Porque, honestamente, no perteneces allí. No *deberías* ir. La fiesta es para la gente que se preocupa por esta ciudad y quiere verla prosperar. No para forasteros que vienen y se burlan porque es su pequeño pueblo natal y eso significa que está estancado y es retrógrado.

No puedo controlar las palabras que se me escapan de la boca. Estoy exagerando y lo sé. Sin embargo, eso no cambia las cosas.

—Nunca dije que estuviera estancado y fuera retrógrado —dice Gray con los dientes apretados.

—No, no, tienes razón. Lo llamaste *lento y poco interesante.*

Deja escapar un suspiro. —Estaba molesto ese día.

—Estabas diciendo tu verdad —le recuerdo—. Y está bien. Cree lo que quieras, pero no vuelvas para el baile porque creas que eso me va a hacer feliz. No lo hará. Me cabreará. Guarda tus días de vacaciones para París.

Un tenso silencio se extiende por el auto, y todo mi cuerpo está rígido mientras nos adentramos de nuevo en la ciudad y nos dirigimos a su casa. Mi mente va a mil por hora. Las dudas me golpean como las olas del lago en un día de tormenta. Con espuma blanca y todo. Me estoy ahogando en ellas, y por primera vez en mucho tiempo, no puedo ver la superficie.

Cuando se estaciona, tengo la puerta abierta antes de que el auto esté apagado.

—Creo que necesito algo de tiempo —le digo en voz baja, evitando su mirada.

—Hazel…

—Hemos estado muy encima el uno del otro, ¿sabes? —intento que no me tiemble la voz. Necesito parecer fuerte. Indiferente, tal vez. No quiero que sepa lo mucho que me he vuelto a enamorar de él en tan poco tiempo. Se suponía que esto era solo sexo, y tal vez pueda volver a serlo. Pero solo después de que me tome un día o dos para, joder, *respirar.*

—Está bien. —Sigue agarrando el volante con los nudillos blancos, mirando al frente, al garaje para un auto de su casa—. Llámame cuando estés lista.

Salgo disparada del auto, conteniendo las lágrimas hasta que sea seguro dejarlas caer.

Esto se siente mucho como una ruptura.

Nunca debió sentirse así.

Nunca debí haber empezado esto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

GRAYSON

Dos días.

Eso es todo lo que le doy. Es lo máximo que puedo soportar darle.

Porque una vez que pasan cuarenta y ocho horas sin Hazel, soy un manojo de nervios, muriéndome por dentro por verla. Nos hemos estado escribiendo, pero no es suficiente. Ni siquiera me ha mandado una selfie. Voy a terminar con este punto muerto innecesario porque me queda una semana aquí y, aunque el futuro es incierto, mi presente es más que cierto.

Necesito a Hazel.

GRAY: Ok, ya tuviste tu tiempo. Trae tu lindo trasero a mi casa. Te prepararé la cena esta noche.

HAZEL: Uf, está bien. ¿A qué hora?

GRAY: A las siete. Y empaca ropa para mañana.

Una vez que ella acepta, me dirijo al supermercado para comprar los ingredientes de la comida que pienso preparar. Excepto que ninguna visita al supermercado se trata solo de comprar lo que necesitas. No, me encuentro con unas trescientas personas

diferentes que conozco —casi todo Bayshore— mientras doy vueltas por el perímetro del supermercado más popular de Bayshore, The Daily Shop.

Siempre solía pensar que le habían puesto el nombre de nuestra familia hasta que me di cuenta de la diferencia en la ortografía un poco tarde, como a los nueve años. Pero bueno. Una parte de mí todavía le gusta pensar que lleva mi nombre y que es una posible herencia futura.

Consigo comprar camarones y salmón, por si no puedo decidir qué quiero hacer, además de toda una variedad de verduras para asar. También me he cruzado con la señora Whitmore de la calle de al lado, con el señor Hank que es un cliente habitual del bar de la playa, con Corey del bachillerato, con Tabitha que solía cuidar a Maverick, con la señorita Koch que se enteró de mi éxito en Nueva York y quiere que hable con su hijo, e incluso con *mi propia madre.*

—¡Grayson! —exclama, como si no me hubiera visto hace dos horas.

—Mamá, tengo que irme —le digo mientras la presiono en un rápido abrazo—. Si no me voy ahora, no lo haré nunca.

—¡Vamos al bar a tomar un trago rápido! —señala el bar que The Daily Shop construyó recientemente. Buena jugada, dejar que tus clientes se emborrachen y se pongan espléndidos con su dinero para antojos.

—Mamá —le digo—. He pasado los últimos cuarenta y cinco minutos socializando en el pasillo del pan. Necesito salir de aquí.

—Bien, bien. Te veré en casa. —Me da una palmadita en el brazo y se aleja pasando por el exhibidor de lirios. Corro hacia la fila para pagar y suelto un suspiro de alivio una vez que estoy a salvo dentro de mi auto. Una hora y quince minutos. Eso es lo que tardé en completar lo que de otro modo habría sido una diligencia de quince minutos. Aunque admito que en Nueva York habría tardado más. Una vez que incluyes el tráfico y las filas demenciales de Whole Foods *y* si el auto compartido podría dar la vuelta en mi calle de un solo sentido en el primer intento o no.

Al menos aquí pude ponerme al día con algunas personas que no había visto en años. Me interesa ayudar a guiar al hijo de la señorita

Koch. Quizás podría darle algunos consejos, de la misma manera que la gente me ayudó a mí cuando estaba encontrando mi camino en la vida.

De vuelta en casa, me lanzo a preparar la cena. Son solo las tres y media, pero aun así, necesito tiempo. Esta será la mejor comida que he hecho en mi vida, y Hazel se la merece. *Nosotros* nos la merecemos.

Además, ya es hora de que le cuente mi idea para preservar el «nosotros». Sé que le encanta Bayshore. Pero tiene que ver las oportunidades monetarias que la están *esperando* fuera de los límites de esta ciudad. Lo mucho que podría estar ganando a manos llenas si se arriesgara y se mudara a una ciudad más grande.

Mamá me prestó todas sus cosas de cocina sin usar para que las usara mientras estoy en la ciudad, así que tengo una cocina decentemente equipada. West me regaló un delantal, como un extraño regalo de inauguración. La foto del frente es de un fisicoculturista, desnudo de la cintura para arriba.

Mientras preparo la comida, la música pulsa desde mi laptop, cambiando de jazz a hip-hop y a rock. Cortar las verduras y hacer paquetes de aluminio con los productos me da tiempo de sobra para pensar en la hoja de cálculo en la que he estado trabajando los últimos dos días. Como mi paquete de propuesta formal para Hazel. Oye, ¿qué más voy a hacer con todo este tiempo libre y sin forma de ocupar el lado matemático de mi cerebro? Estoy acostumbrado a hacer números a lo grande. Tiene sentido hacer los números en nombre de Hazel para que pueda ver la oportunidad que una mudanza a Nueva York sería para su carrera.

Tampoco escatimé en gastos imaginarios. Detallé los costos de la mudanza (siempre que contratáramos una empresa de mudanzas para ella), las inversiones inmobiliarias (podría ayudarla con el treinta por ciento), la mitad del alquiler de mi apartamento (aunque en realidad no esperaría que pagara), y los costos de tiempo para obtener una nueva licencia en el estado de Nueva York. Esta será la documentación complementaria que seguirá a mi presentación.

No me ando con rodeos cuando tengo un objetivo. Voy con todo.

Hazel se viene a Nueva York.

Alrededor de las cinco, la cocina empieza a ponerse *muy* caliente, así que me quito la camisa y me dejo el delantal sobre mis shorts de malla. Poco después, mi salsa blanca a fuego lento salpica con el calor y mancha la parte trasera de mis shorts. Me tomo un tiempo para quitar la mancha y me quedo en calzoncillos, ya que la cocina sigue endemoniadamente caliente. Tengo a alguien que viene mañana para instalar un sistema de aire acondicionado central para la casa. Seguro que será mejor que esta unidad de los 80 que tengo en la ventana lateral y que expulsa aire que huele como si tuviera cien años.

—¿Gray?

Me doy la vuelta bruscamente ante la voz inesperada. Hazel está asomándose a la cocina, con una mirada entre fascinada e inquisitiva.

—¡Eh! ¡Hazel! ¿Qué haces, uh…? —La tetera empieza a chillar. Agua caliente para el café de prensa francesa que de repente decidí que necesitaba—. ¿Qué hora es?

Me dedica una sonrisa tensa, y es entonces cuando me doy cuenta de que lleva una carpeta aferrada al pecho. Algo no está bien. Es demasiado temprano, pero claro, no he mirado mi teléfono en al menos una hora. Apago el fuego de la tetera.

—¿Viste mi mensaje? —La urgencia espesa su voz.

Busco a tientas en la parte delantera del delantal. No hay teléfono. —No, yo…

—Oh, esto es *encantador* —arrulla una nueva voz, y es entonces cuando dos posibles compradores con los ojos muy abiertos entran en la sala de estar detrás de Hazel.

Me quedo con la boca abierta. —Oh. ¡Hola!

Llevo unos calzoncillos muy ajustados ahora mismo, así que esto es divertido. Retrocedo contra la encimera, tratando de mantener mi parte delantera orientada hacia ellos, pero el delantal no ayuda. Solo empeora las cosas.

—Señor y señora Parker, me gustaría presentarles a Grayson Daly, el actual propietario de la casa.

—Les daría la mano, pero estoy cubierto de jugo de camarón —ofrezco—. *Y básicamente desnudo detrás del delantal.* Veo a Hazel

reprimir una sonrisa.

—Es un placer conocerlo. —La señora Parker parece particularmente divertida—. Estamos emocionados de ver los cambios.

—Grayson ha estado trabajando duro —dice Hazel.

—Y muy duro en la cena ahora mismo —añado—. Esta noche voy a agasajar a nuestra agente inmobiliaria.

La señora Parker levanta una ceja, mirándonos a los dos.

—Este jugo de camarón es todo para ti, Hazel. —Le lanzo un guiño exagerado. Hazel baja la barbilla, dedicándome una sonrisa privada antes de girar sobre sus talones y comenzar el recorrido. Mientras crujen y caminan por la casa, busco mi teléfono —lo dejé en el lavabo del baño— y le envío a Hazel un mensaje de auxilio.

GRAY: ¿¿Puedes traer unos pantalones de mi habitación?? POR FAVOR

HAZEL: Pero esos calzoncillos realmente resaltan tus cuádriceps.

GRAY: ¿Debería quitarme el delantal también?

HAZEL: No. Eso es solo para mis ojos.

GRAY: Y labios.

HAZEL: Para. Estoy tratando de trabajar.

GRAY: Mi pene es solo para tus labios, boca, lengua, manos y ojos.

No responde a ese último. Sonrío mientras aparto la salsa blanca para que espese. Unos momentos después, unos pasos resuenan bajando la escalera. Hazel entra corriendo con un par de shorts de entrenamiento. Mientras me los entrega, tiro de ella hacia mí para darle un beso.

—Mmm. —Su aroma me envuelve, y cualquier duda o pregunta que pudiera haber surgido en los últimos dos días desaparece por completo. Esta mujer es para mí.

—Cuidado con el jugo de camarón —bromea y luego se apresura a subir la escalera.

El recorrido es rápido, y ahora que al menos tengo pantalones, me tomo un tiempo para hablar con la pareja sobre las renovaciones y los próximos cambios. En las últimas dos semanas, he renovado completamente la cocina, el baño de abajo, y he pintado todas las paredes de toda la casa. El pasillo de arriba aún no está del todo

listo, y puede que no llegue a terminar el porche trasero antes de irme. Pero la casa es un giro de ciento ochenta grados desde que la heredé.

Y todavía hay mucho más que quiero hacer.

Realmente, las últimas dos semanas me han acercado a Weston y Maverick, que han sido mis hombres de confianza no oficiales. Se me ha ocurrido más de una vez que sería increíble empezar mi propia empresa de renovaciones. Incluso podría contratarlos a ellos dos. Seríamos Daly Brothers, Inc. Tiene ese encanto de pueblo pequeño que *funciona*.

Antes de que la pareja se vaya, se toman un momento junto a la puerta principal, discutiendo algo acaloradamente. Luego, el señor Parker se acerca a mí.

—¿Aceptaría trescientos ochenta?

La oferta resuena en mí. Inmediatamente miro a Hazel, que tiene una gran sonrisa en la cara, apretando esa carpeta contra su pecho. Eso es treinta mil más de lo que Hazel pensaba que podría conseguir inicialmente; ochenta mil dólares más que su estimación en el peor de los casos.

Tampoco he invertido más de cinco mil en las renovaciones, al hacerlas con mis hermanos. Esto es dinero casi fácil.

—Necesito pensarlo —digo finalmente—. Déjenme responderles mañana.

Los Parker parecen un poco desilusionados, pero Hazel los consuela mientras los acompaña fuera de la casa. Sé que no debo aceptar en el acto como regla general de negocios. Pero más que eso, tengo serias reservas. Se me aprieta el estómago al pensar en vender la casa tal como está ahora.

Cuando Hazel reaparece, puedo notar que ya no está en modo de trabajo. Se acerca a mí como una brisa, y la atrapo en un abrazo antes de que pueda esquivarme. Capturo sus labios en un beso, y luego en otro.

—Te tomaste demasiado tiempo para ti —murmuro antes de robarle otro beso—. Ahora vas a compensarlo.

Está toda sonrisas, rodeando mi cuerpo desnudo con delantal y mi cuerpo medio desnudo real con sus brazos. —Considérame una

rehén dispuesta. —Su mirada se desliza hacia la estufa—. ¿Qué se está cociendo aquí, Chef Daly?

—Los mejores sabores están a punto de asaltar tus sentidos —digo, moviéndome hacia la estufa con mi brazo alrededor de sus hombros—. De la cabeza a los pies.

—¿Eso significa que vas a verter la salsa sobre mí?

—Sip. En la bañera nueva. Será sexi.

Ella se ríe disimuladamente, luego me da una palmada en el pecho. —¿Entonces por qué rechazaste a los Parker?

—No es inteligente aceptar la oferta en el acto —digo, llevando la cuchara de madera a mis labios para probar la salsa—. Y no quería romperles el corazón.

—¿No la vas a aceptar?

—No lo creo. —Mi mirada se posa en la prensa francesa cargada de café molido, pero de repente parece que es hora de tomar vino. Guardaré ese café para mañana.

—Pero son treinta mil más de lo que te coticé —dice Hazel con una risa incrédula—. Estarías loco si no la aceptaras. Están motivados para comprar. Esta es esencialmente la casa de retiro de sus sueños.

—No estoy listo para vender —digo simplemente, moviéndonos a los dos hacia la encimera del fondo donde tengo las selecciones de vino—. Creo que puedo conseguir más dinero una vez que termine las renovaciones.

Hazel se queda callada, con los brazos todavía envueltos alrededor de mi cintura. Saco el sacacorchos y abro el merlot de sesenta dólares que compré para la cena de esta noche.

—¿Te apetece una copa? —pregunto.

—Absolutamente.

Sirvo dos copas generosas, y entonces ella finalmente se separa de mí para que podamos chocar las copas. Sonreímos y bebemos, y yo la contemplo. Su trenza castaña suelta que se curva sobre su hombro izquierdo. La camiseta de tirantes negra y transparente que ha combinado con pantalones de color gris pizarra y tacones con punta abierta.

—Esto está *bueno* —admite.

—Lo compré en The Daily Shop en mi viaje de tres horas por el baúl de los recuerdos en el pasillo cinco.

Ella se ríe. —Es difícil ir a cualquier parte sin encontrarte con todo el mundo del bachillerato.

—Sí. —Sonrío, probando el vino de nuevo—. Pero fue agradable.

Chocamos las copas de nuevo. Sin ninguna razón esta vez.

Aun así, se siente definitivo.

Como si hubiéramos decidido algo.

Como si ahora que los Parker se han ido, he rechazado la oferta y la cena está a punto de estar lista, pudiéramos volver a lo que realmente importa.

Hazel y Gray.

CAPÍTULO DIECINUEVE

HAZEL

Después de trece camarones diminutos y dos botellas de vino caro, Gray y yo bajamos corriendo a la playa residencial privada.

Quiere hacer realidad nuestra idea de follar en la playa de principios de la semana, y a estas alturas, no puedo decirle que no.

Los dos días separados para «darnos un espacio» casi me han destrozado. Pasé cada segundo lejos de él pensando en él, lo que significa que cuando finalmente regrese a Nueva York, voy a *perecer físicamente.*

Debería ser lista y empezar a tomar mi distancia ahora. Y lo intenté. Pero mientras él viva a dos cuadras de mí, no puedo mantenerme alejada. No cuando aparezco en su casa y lleva un delantal de fisicoculturista desnudo. No cuando ha preparado camarones al ajillo *solo porque sí*.

En cuanto nuestros pies tocaron la arena, empezamos a correr como niños. Me lanzo sobre él y me caigo, golpeando la arena. Se me escapa una risa y él da la vuelta para ayudarme a levantar, y luego seguimos corriendo. La arena vuela bajo nuestros pies, y los aromas del agua del lago y del pescado nos llegan por igual.

Grayson me guía hacia una caleta sombreada de árboles sobre un afloramiento de rocas. Es una zona apartada —sinceramente, el primer lugar que elegiría para follar en público por la noche— y trepamos con cuidado por las voluminosas piedras apiladas a lo largo de la orilla. Cuando Grayson encuentra el lugar adecuado, se sienta y me jala para ponerme sobre él.

—Aquí —gruñe, y luego captura mis labios en un beso castigador. Se siente como una reprimenda por el tiempo que nos he mantenido separados. Mis caderas se abren y me siento a horcajadas sobre él, nuestras ingles chocando. Su calor me inunda a pesar del aire húmedo de la noche que baila sobre mi piel. Las olas rompen contra la orilla mientras sus manos abrasan mis piernas y luego me bajan los shorts que me puse después de la cena.

Suelto un grito ahogado cuando el aire de la noche me roza el trasero. Nadie puede vernos desde aquí, pero aun así, se siente escandaloso. Y totalmente increíble.

—Pues este sí que es un postre apetitoso —murmuro entre besos, agarrando el pelo de su nuca con el puño.

Él gruñe y, un momento después, se baja sus propios shorts. La cálida punta de su pene roza mis pliegues, y la repentina presión contra mi clítoris hinchado hace que se me corte la respiración. Sus bíceps se tensan a cada lado de mí mientras me levanta, guiándome a la posición correcta.

—Este es el único postre que quiero de ahora en adelante —su voz es áspera, delatando su esfuerzo por mantener la compostura.

—Mmm —mis labios encuentran el punto sensible junto a su oreja. Gray se estremece debajo de mí. Sus palabras significan mucho más que nuestra pequeña aventura sexual en público. Pero ahora mismo todo se trata de cosas traviesas—. Entonces, adelante, dame tu miel.

Se ríe un poco, pero luego se desliza dentro de mí, y todos mis pensamientos se desvanecen en la nada. Todo lo que puedo sentir es el calor, el estiramiento y su acero llenándome, contra la armonía de las olas y los grillos a nuestro alrededor en la oscuridad. Este momento es la perfección, y sé que nunca encontraré a nadie que

me haga sentir así: que me folle sobre las rocas después de unos camarones al ajillo.

Demonios, Gray es el tipo de hombre que haría esto cuando tuviéramos setenta años. Porque así seríamos.

Y no quiero *estar* con nadie más.

Las lágrimas me pican en los ojos mientras empezamos un ritmo apasionado y oscilante. Me enrosco a su alrededor, aferrándome a él como si me fuera la vida en ello, como si esta pudiera ser la última vez. Porque cualquier momento podría ser el último. Su partida es inminente y nada está garantizado. No hemos hablado, y tengo miedo de sacar el tema. Solo quiero existir en esto, *justo aquí*, para siempre. En la cálida y lánguida certeza de que, de alguna manera, estamos hechos el uno para el otro, incluso si el tiempo y el espacio no nos permiten estar juntos.

Puedo consolarme con eso. Una vez que se vaya.

Me muevo contra él, cada centímetro de mi cuerpo alerta en el aire nocturno mientras nos embestimos y balanceamos intentando reprimir los gemidos. La mirada tormentosa de Grayson brilla a la luz de la luna. Recorriéndome, pinchazos y seda. Quiero estar enroscada alrededor de él y solo de él.

Me levanto de él y luego me dejo caer, enterrándolo hasta la empuñadura, tan profundo que me hace estremecer. Las yemas de sus dedos se clavan en mis nalgas. Vuelvo a mecerme, víctima de mi propio ritmo despiadado, espoleada por el romper de las olas y el muro de hombre que tengo debajo. El aire se me escapa de golpe mientras mis rodillas rechinan contra la piedra. Él gruñe, y suena forzado. Está tan cerca del límite como yo.

—Hazel —susurra en mi oído, y hay algo en su voz que tira del último hilo que me mantenía entera. Mi nombre en sus labios es una súplica. Me abre en canal y la emoción me aprieta la garganta.

—Gray —empiezo, el *te amo* burbujeando hacia la superficie como la presión en una botella agitada. Muevo mis caderas en un círculo lento, pero antes de que pueda decir las palabras, mi orgasmo me atraviesa con furia. Golpeándome. Encendiéndome de la cabeza a los pies, corriendo a través de los raspones de mis rodillas hasta las puntas de mis pies y todos los espacios dentro de mí. Grito,

arqueándome hacia atrás, pero Grayson me acerca más, como si pudiera meterme dentro de él si pudiera. Nuestros pechos chocan y puedo sentirlo pulsar dentro de mí, sus abdominales contrayéndose mientras me llena de calor líquido.

Es el único hombre al que he dejado correrse dentro de mí, y cada vez que sucede, me enamoro más. Más profundamente. Es íntimo de una manera que no puedo expresar, y para cuando mi orgasmo se desvanece, me estoy aferrando a él, y tengo lágrimas en los ojos. Jadeo en busca de aire.

Gray me abraza, su aliento en mi oído es un ancla tranquilizadora en el salvaje y ensoñador desenlace.

Parece que pasan horas en un lánguido placer. La presión de la roca debajo de nosotros finalmente me obliga a bajarme de él. Gimo mientras me subo los pantalones y me acurruco a su lado.

—Menos mal que no follamos en la arena —dice, tirando de mí para que me siente en su regazo.

—Tu polla se habría sentido como papel de lija.

—Bueno… —dice, ladeando la cabeza—. No estaría tan seguro. Estabas bastante jugosa. Podríamos haber echado al menos media taza de arena ahí dentro sin que se notara la diferencia.

—¿Media taza de arena? —se me escapa una risa mientras apoyo la cabeza en su hombro—. Suena como una receta que no quiero probar.

—Sí, con la perfección no se juega —sus labios se presionan contra la coronilla de mi cabeza.

Una brisa del lago mueve los mechones sudorosos de mi pelo en la nuca. Observo las olas oscuras contra la orilla a través del dosel de hojas y ramas de los árboles. —Exacto. Y gracias por admitir que soy perfecta.

Su risa grave resuena a través de mí. —No dije que *tú* fueras perfecta.

—Ah, solo mi coño, ¿eh?

Murmura con apreciación. —No, me retracto. Toda tú eres perfecta.

Sus palabras me sorprenden. ¿Grayson Daly tirando la toalla? Lo miro, con una ceja arqueada. —¿No vas a aprovechar esta

oportunidad para superarme?

La luz de la luna ilumina la sonrisa de satisfacción en su rostro. —Nop.

—Creo que esta es tu admisión formal de derrota, entonces.

—No, no —se apresura a añadir—. Solo reconozco las fortalezas de mi enemiga.

Me deshago en risas. Está tan lejos de ser mi enemigo como cualquiera podría estarlo. Aunque hace un mes era la definición de mi enemigo.

—Más bien tu puta —bromeo.

—Entonces eso te convierte en la puta de Daly.

Ambos nos partimos de risa. —Hubo algunas putas de Daly, al menos en la preparatoria —añado.

—Sobre todo de Connor —dice Gray—. Yo era un buen chico enamorado cuando estábamos juntos.

Mi sonrisa se desvanece un poco. —Hasta que te buscaste una amante.

Se tensa debajo de mí. —Nunca tuve una amante.

—Sí, la tuviste. Nos la encontramos a principios de esta semana en las canchas de tenis. Ella, por cierto, sigue enamorada de ti.

Grayson se burla. —Ella nunca fue mi amante. Era la reina del baile.

—Claro, pero me dejaste plantada antes del baile para estar con ella —le recuerdo, como si él no hubiera participado plenamente en esa cadena de acontecimientos.

—Yo no te dejé plantada —dijo, con un filo en la voz—. Tú me dejaste plantado a *mí*. Me enteré de que ibas a ir con Mark no-sé-qué, y me cabreé.

—¡Solo fui con Mark no-sé-qué porque tú me dejaste plantada primero! —exclamo, incorporándome.

Él suspira, rodando los ojos. —Vamos. Estaba loco por ti, Hazel. Dolió un montón cuando cambiaste de opinión.

Vuelvo a respirar con agitación, pero esta vez no es por el éxtasis sexual. Busco su rostro en la tenue luz de la luna. Algo no tiene sentido, incluso después de todos estos años. —Te lo juro por Dios. Lo llevé como último recurso. Además, Aubree se aseguró de

decirme con detalle *explícito* las reglas y regulaciones exactas que definen la asistencia del rey y la reina del baile como pareja. Podría haber recitado el manual del estudiante de memoria.

Hay un largo silencio. Finalmente, Gray dice: —¿Ella *qué*?

—Fue un par de semanas antes del baile. Me acorraló junto a mi casillero para presionarme a no ir al baile contigo por *las reglas*. Le dije que se podía meter sus reglas por el culo con un bate de béisbol.

—Típico de la puta de Hazel —murmura Grayson.

—Pero luego fuiste con ella de todos modos. Así que, buen trabajo siguiendo las reglas —intento reírme un poco, pero suena débil. Probablemente porque tenemos casi treinta años y todavía discutimos eventos de la preparatoria como si importaran.

Pero importaron una vez. Y Grayson era una parte tan importante de mi vida en ese momento. Habíamos planeado ir juntos a la Universidad de Nueva York. Demonios, si las cosas hubieran salido como planeamos, probablemente ahora estaría viviendo en Nueva York con él. Seríamos felices y ricos en Brooklyn, juntos. Pero no salió así. Y ahora aquí estamos. Diez años después de nuestra guerra fría, y las cosas apenas comienzan a descongelarse.

—Hazel —dice, su voz más suave ahora—. Solo fui con ella porque me avisó de que ibas con Mark, y él incluso lo confirmó —hace una pausa—. Pero ahora, estoy pensando que probablemente Aubree estaba detrás de todo.

La idea me golpea. Ella es un denominador común muy obvio en esta saga de falta de comunicación.

—Entonces, ¿por qué no hablaste conmigo después de eso? Podríamos haberlo aclarado —digo.

—No lo sé. ¿Porque tenía dieciocho años y era un exaltado? Estaba *furioso*. No se me ocurrió que Mark mentiría sobre eso. No recuerdo qué dijo exactamente. Pero me dijo que ustedes iban a ir juntos y yo… me lo creí.

—Mark me invitó al baile, pero fue cuatro días antes y yo estaba desesperada.

Grayson se mofa. —Jodidamente ridículo. Fue Aubree. Tuvo que ser ella.

—Ella siempre ha estado enamorada de ti —jugueteo con el dobladillo de su camisa mientras algo parecido a una esfera de satisfacción me envuelve. Es un alivio saber que tu novio de la preparatoria en realidad no te despreció. Incluso si pasaste los siguientes diez años creyéndolo—. Es la candidata perfecta para el crimen.

—Debería haberla desenmascarado en las canchas de tenis —dice Gray.

—O haberla retado a un partido.

—Ella contra nosotros dos —añade Gray.

—La hubiéramos masacrado —suelto una carcajada, y Gray me ofrece su mano para chocar los cinco. De alguna manera, esto se siente como una redención. Como si finalmente pudiéramos hacer equipo para obtener la victoria que merecemos.

Pasan unos momentos más de silencio, y finalmente Gray dice lo que he estado pensando.

—¿Qué habría pasado si no nos hubiéramos graduado odiándonos?

Su pregunta hace que me duela el pecho. No me gusta pensar en cómo los últimos diez años han sido un error. Como si Aubree nos hubiera robado algo al interponerse. La última década ha sido fructífera, productiva y exitosa.

Pero también ha sido solitaria. Aunque tengo muchos amigos y clientes por todas partes… he estado sola. He extrañado a Grayson. Incluso como enemigo.

—No sé si puedo pensar en eso —digo contra su pecho, esperando que no pueda oír lo apretada que está mi garganta.

Gray me frota la espalda. —Yo he pensado mucho en ello.

Inclino la cabeza para mirarlo. —¿En serio? ¿Aunque nos odiábamos?

Su sonrisa se ensancha. —El odio es solo amor que se enredó todo.

Las palabras se escurren a través de mí. Joder, tiene razón. He amado a Grayson desde el principio. Desde que teníamos seis años y corríamos por el patio del jardín de infantes para ver quién podía asustar a más compañeros de clase.

Y ahora, a los veintiocho, lo amo más de lo que puedo expresar adecuadamente.

—Te odio —le susurro. Él sonríe y captura mis labios en un beso.

Porque sabe lo que quiero decir.

—Yo también te amo, Hazel —susurra de vuelta.

Siempre lo ha sabido.

CAPÍTULO VEINTE

GRAYSON

Los suaves sonidos de Hazel moviéndose por la habitación a las seis de la mañana me despiertan a la mañana siguiente. Las sábanas hacen *shhh* mientras se sienta y se pone unos leggings. Me doy vuelta en la cama, parpadeando con pereza mientras la observo alistarse para el día.

Esta es mi parte favorita de la mañana. Debo admitir que es en parte porque soy yo el que se queda y no va a trabajar. Pero también porque puedo observar a Hazel bajo los perezosos y tempranos rayos del amanecer. Cuando está bañada en un azul cobalto y luego en un amarillo girasol, y rebosa de energía para el día.

—¿No vas a usar mi falda favorita hoy? —digo, con voz ronca.

Me mira y sonríe. —Hoy no. Tengo las rodillas raspadas por nuestra aventura en las rocas.

Hago un sonido de desaprobación. —La próxima vez llevaremos rodilleras.

—No, llevo estos raspones con orgullo. Pero en secreto.

Me río un poco, y ella se levanta, subiéndose los leggings hasta la cintura. Luego entra con ligereza al baño contiguo y un triángulo de luz se derrama sobre el suelo de la habitación. Escucho los sonidos de ella rebuscando en los cajones y abriendo estuches de maquillaje.

Mis ojos se cierran lentamente y trato de imaginarme de nuevo en mi apartamento. Ha pasado tanto tiempo que apenas puedo recordar cómo es la vida en Nueva York. Es increíble lo rápido que lo he olvidado, incluso después de una década llamándolo mi hogar. Tres semanas de vuelta en Bayshore y siento que nunca más me iré.

Excepto que sí me voy pronto. En menos de una semana, de hecho. El pánico me atraviesa, abriéndome los ojos de golpe. Me he contentado con posponerlo hasta «el momento adecuado». Pero la claridad del amanecer me ayuda a darme cuenta de que el momento es ahora.

—Hazel —la llamo.

—¿Sí? —Tiene esa voz distraída que pone cuando se está delineando los ojos.

—Me voy en cinco días.

El silencio se extiende desde el baño. Finalmente, se aclara la garganta. —¿Está mal que deseara que te quedaras?

Logro soltar una risa débil. —No está mal. Créeme, yo tampoco quiero irme todavía.

—Entonces quédate.

Me siento en la cama, frotándome la cara. No es tan fácil. Ambos lo sabemos. Cuando levanto la vista, está frente a mí, con la sinceridad escrita en todo su rostro.

—Buenos días, hermosa —digo, sonriendo mientras la contemplo. Nunca me cansaré de despertar con ella. De admirar su linda nariz y la línea de su clavícula o las sonrisas sensuales que reserva solo para mí.

Me mira expectante, y suspiro. —No puedo quedarme. Lo sabes.

Hazel parece desolada y empieza a juguetear con el edredón.

—Pero tengo una idea —digo las palabras lentamente, tratando de encontrar las que he estado practicando durante los últimos días—. No quiero que esto termine. Es un poco loco, pero… escúchame.

—Está bien —dice, y traslada su nerviosismo a sus cutículas.

—Creo que deberías venir a Nueva York.

—¿Como de visita?

—Como para vivir.

El silencio forma un abismo entre nosotros. Hazel me mira fijamente, pero no puedo descifrar lo que se agita en sus ojos. Es algo que nunca he visto antes. Está inmóvil, como una piedra, y la única señal de que está viva es su parpadeo intermitente.

—Puedes vivir conmigo —digo, con la ansiedad pulsando bajo mi piel—. Siempre quisiste venir a Nueva York. Y ahora, bueno, esta es la oportunidad perfecta. Ganarías una *fortuna* allá. Puedo prometértelo. Relanzar tu negocio podría tomar algo de tiempo, pero he empezado a hacer los cálculos por ti. —Las palabras fluyen ahora, más en un esfuerzo por llenar el silencio glacial que otra cosa—. Estoy cien por ciento seguro de que podrías cuadruplicar tus ganancias allá. Y ya tienes una ventaja. Me tienes a *mí*.

Parpadea, pero sigue sin decir nada.

—Hazel…

Aparta la cabeza bruscamente, y es entonces cuando noto que le tiembla la barbilla. Mi estómago se contrae hasta volverse un puño, y ella se dirige al baño.

Estoy bastante seguro de que esto no va bien.

Pero todavía hay esperanza.

—No tienes que decidir ahora —le grito—. Pero Hazel, esto que tenemos es *bueno*. No quiero que se acabe.

Se oyen más ruidos en el baño. Todavía no ha dicho ni una palabra.

—*Hazel* —digo de nuevo, la frustración volviendo mi voz áspera—. ¿No vas a decir nada?

Sale del baño un momento después, con sus neceseres de maquillaje empacados. Se acerca a la cama, deja todo y luego empieza a meter su ropa del día anterior en su pequeño bolso de viaje. Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

Cuando habla, su voz es tan fría como un glaciar. —Mudarme a la ciudad de Nueva York es lo último que quiero.

Cierro los ojos con fuerza. —Y mudarme a Bayshore es lo último que quiero yo.

Sus fosas nasales se ensanchan mientras levanta su mirada ardiente para encontrar la mía. —Entonces supongo que hemos tomado una decisión.

—No —suelto mientras se cuelga el bolso de lona al hombro y se dirige con pasos firmes hacia la puerta de la habitación—. Hazel, *piénsalo*. Es todo lo que te pido.

Se detiene en el umbral, girándose para mirarme. —¿Acaso me conoces? ¿Has escuchado una sola cosa de las que he dicho desde que volviste a casa? ¿O solo me ves como una especie de relleno para el sexo y la intimidad, ya que al parecer no puedes conseguir sexo en Nueva York?

Me burlo, poniendo los ojos en blanco. —Sí, eso es, Hazel, te estoy usando para tener sexo y planeo importarte como mi muñeca de placer.

—Como sea. Sabíamos que este día llegaría, así que más vale que empecemos a aceptarlo ahora. Lo intenté a principios de esta semana, pero esta vez no voy a fallar. Adiós, Grayson.

Sale furiosa de la habitación, dejándome rígido y dándole vueltas a sus palabras. El reloj de la mesita de noche cambia a las 6:23 cuando la puerta principal se cierra de un portazo. Su auto arranca un momento después, y escucho hasta que ya no puedo oír el zumbido de su motor en la distancia.

Entonces me desplomo hacia atrás y me quedo mirando el techo.

Eso fue peor de lo que había imaginado. Pero no me voy a dejar influenciar por su muestra de agresividad. Ella piensa que esto se acabó, bueno, no es así. No hasta que hayamos hablado de esto como adultos, en lugar de los adolescentes impulsivos que ambos somos por dentro.

Además, estoy convencido de que mi idea tiene mérito. Todavía no le he mostrado la hoja de cálculo, que es *extremadamente* convincente una vez que lleguemos a la pestaña de proyecciones financieras. Reaccionó con enojo. Bien. Una vez que se calme, hablaremos más al respecto.

Ella *quiso* vivir en Nueva York alguna vez. Y ahora puedo hacer eso realidad. Hazel supo desde joven quién quería ser y qué quería

de la vida. Por eso sé que debe haber alguna parte de ella que todavía siente curiosidad por probar suerte en la Gran Manzana.

Pero esperar no se me da bien. Doy vueltas en la cama durante otros diez minutos, reflexionando sobre las cosas, antes de darme cuenta de que dormir más está totalmente descartado. Me vestiría e iría directamente a su oficina, excepto que no quiero arruinar su horario. Esperaré, aunque me mate, el momento adecuado para continuar esta conversación.

¿Mientras tanto?

De vuelta a la renovación. Que es la otra cosa de Bayshore que me tiene enganchado. Estas mañanas tranquilas, arrastrando los pies por la casa entre aserrín y trozos de pintura. Imaginando nuevos estilos y luego haciéndolos realidad. Si tuviera más tiempo, me quedaría aquí y vería esto hasta el final. Pero por ahora, tengo que hacer todo lo que pueda antes de empezar el viaje de vuelta a casa.

Regresar para algunos viajes de fin de semana es una opción, una que le ofreceré a Hazel como una especie de acuerdo. Pero no será nada a largo plazo, y ciertamente no calmará las ganas que seguramente tendremos.

Además, una vez que vea cómo es sin estos dulces detalles como parte de la rutina diaria…

se unirá al equipo Nueva York en un abrir y cerrar de ojos.

Puedo garantizarlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

HAZEL

Estoy de luto. Estoy a punto de pedir un tocado negro con velo en Amazon, pero me detengo antes de comprar el accesorio fúnebre con un solo clic.

¿Pero esta fantasía de Grayson y yo?

Oficialmente muerta.

Me hierve la sangre el resto del día después de que sugiere su «solución». Que suena mucho a «renuncia a tu vida para venir a vivir la mía».

Yo sé que eso no está bien. Pero lo que me da más rabia que su sugerencia es el hecho de que mi primera reacción fuera considerarla.

Sentada allí en su baño, mirando mi reflejo en el espejo, casi podía oír los bocinazos y los gritos de la calle más allá de la ventana de su apartamento de Brooklyn. Realmente me lo imaginé todo —viajes en taxi, Broadway, el perrito caliente ocasional a las tres de la mañana *solo porque sí*— pero todo el asunto no se siente bien.

Y no porque no coma perritos calientes.

Estoy furiosa de que esta fuera su única solución. No ha escuchado absolutamente nada de lo que he dicho en todo este tiempo.

Voy y vengo entre el dolor y el asombro con tanta fuerza que siento como si estuviera en un Sea Ray en aguas picadas. Sacudida de un lado a otro entre la proa y la popa, el rocío de las crestas blancas salpicándome hasta humedecerme. No hay nada sencillo en esto. Porque, por un lado, quiere estar conmigo. Y sí, eso es muy atractivo. Muy redentor. Pero, por otro lado, quiere que abandone mi vida.

Quiere que abandone *esto*. Mi escritorio gótico situado en el ángulo perfecto en la oficina soleada perfecta, con la vista perfecta de Briggs Bay hacia el norte. A mi padre, que vive a menos de cinco kilómetros. A mi increíble grupo de amigos, a quienes veo semanalmente, y a veces a diario. ¿Cree que tendré la energía para empezar un negocio inmobiliario completamente nuevo en la ciudad más competitiva del mundo *y además* hacer un grupo de amigos totalmente nuevo después de eso?

Quiere que renuncie a este lago resplandeciente, donde puedo contar tres veleros en el agua en mi línea de visión directa.

Quiere que renuncie a mi *casa*, que decoré con mis propias manos, por dentro y por fuera. Hasta el más mínimo detalle, como mi pequeño manzano silvestre en la esquina delantera izquierda del jardín. Claro, puedes encontrar una casa en Nueva York, pero no con mi arbusto de lilas de cincuenta años en el patio trasero, y ciertamente no sin pagar cinco veces más.

Y, sinceramente, no sé qué es más deprimente: el hecho de que hayamos pasado los últimos diez años odiándonos porque Aubree nos manipuló para que rompiéramos, o el hecho de que nos hayamos reencontrado, nos hayamos enamorado de nuevo y al final fracasemos porque la distancia nos manipule para que rompamos.

Pero quizás esto es algo que necesito aprender como una mujer exitosa de veintitantos años.

Hay muy pocos hombres con los que consideraría un para siempre, y aquellos con los que sí lo haría están destinados a no funcionar.

Genial.

Grayson me llama intermitentemente ese día, pero silencio todas sus llamadas. Tampoco respondo a los mensajes de texto. En realidad estoy ocupada con clientes todo el día, y esa noche tengo una reunión con la municipalidad sobre un edificio abandonado en el centro en el que invertí, con el objetivo de renovarlo y atraer más negocios. Es realmente una colaboración entre la ciudad y yo. No soy constructora; simplemente aproveché la oferta cuando la vi y me gusta la idea de participar en el renacimiento del centro.

Estoy en reuniones hasta las ocho, porque no podemos encontrar una buena empresa de renovación que no esté inflando los precios. Después, voy a la taquería hipster para poder cenar por fin e intentar relajarme con una margarita. Sin Grayson. No, si sé lo que me conviene.

Su mensaje de texto llega después de mi primer bocado de taco.

GRAY: ¿Cuándo vienes?

HAZEL: No voy a ir esta noche.

GRAY: ¿Y por qué no?

HAZEL: Se llama desapego. Necesitamos empezar.

Termino mi taco y empiezo con el segundo cuando llega su siguiente mensaje.

GRAY: Ni siquiera has visto mi hoja de cálculo.

Detengo mis dedos antes de llamarlo nerd. Eso podría interpretarse como algo amistoso o un coqueteo. Debo cesar todas esas actividades inmediatamente. Necesito poner distancia emocional entre nosotros ahora para que la distancia física no me mate.

GRAY: Te la enviaré a tu correo. La desglosé por gastos en el mercado de NY basándome en una entrevista que tuve con un amigo agente inmobiliario.

Me ablando un poco. El hombre ha investigado por mí. Está hablando mi lenguaje del amor. Excepto que su objetivo final es algo que no quiero considerar en absoluto.

Pero quizás debería.

GRAY: Te extraño, nena.

Después de ese último mensaje, cierro mi teléfono y lo pongo boca abajo sobre la mesa. Las lágrimas me pican en los ojos. Si

puedo extrañarlo después de diez horas en la oficina, ¿cómo voy a sobrevivir semanas lejos de él? ¿Meses? ¿Años?

Porque necesito enfrentar la maldita verdad. Una vez que Grayson se vaya, mi amor por él no se extinguirá por arte de magia. No, mis sentimientos por él son resistentes. Sobrevivirán al fuego, al hielo y a los terremotos. Mi amor por Grayson es el equivalente biológico de una cucaracha. Realmente no importa lo que le hagas, va a sobrevivir.

Es tan poco romántico que debería bordarlo en punto de cruz y regalárselo para nuestro cumpleaños.

Pero, de nuevo. Desapego.

Mi amor estilo superbicho por Gray es la razón por la que, una vez que nuestro tiempo en Bayshore termine, seguiré igual de colgada de él. Probablemente sin importar cuánto tiempo pase. Lo he amado durante los últimos diez años; más, si soy sincera. Lo he deseado sin siquiera darme cuenta. He suspirado por él cuando no tenía sentido.

Así que, ¿que él se vaya a casa a Nueva York? No habrá ninguna diferencia. Yo seguiré aquí, triunfando en el sector inmobiliario, invirtiendo en el futuro de mi comunidad, mientras mi corazón late con fuerza por el único hombre que parece que no puedo atrapar.

Una vez que estoy llena de tacos y más triste que nunca, manejo a casa de mi papá. Está en el porche delantero con una cerveza, hablando con un amigo. Mientras entro en el camino de entrada, su amigo se despide y mi papá me da unas palmaditas en la mecedora junto a él.

Es un motero de la vieja escuela. Canoso, con un gran bigote poblado y unas llantitas que compiten con las mejores. Crecí rodeada de autos potentes y motocicletas rápidas. Es un fanático de la mecánica y un hogareño, y tuvo que ser madre y padre para mí mientras crecía. Aunque por fuera parece una bestia, por dentro es más blando que la mantequilla derretida.

Y la parte más difícil de irme de Bayshore podría ser la idea de no poder visitarlo semanalmente como lo hago.

—Hazeyyy —canturrea con su voz de exfumador. Nos abrazamos y luego me siento a su lado en la vieja y familiar mecedora. Suspiro, contemplando los últimos rayos carmesí de luz solar cubriendo el

mundo. En su camino de entrada, su Harley está estacionada justo detrás de una vieja camioneta Ford del 64. Y eso no es ni la mitad de su colección.

—Hola, papá —digo, incapaz de no sonar melancólica—. Ya quiero acurrucarme en sus brazos—. Solo pensé en venir a saludar.

—Vi tu nueva valla publicitaria en el pueblo de al lado —dice antes de darle un trago a su cerveza—. Se ve genial, como siempre. Oye, ¿quieres una? —Levanta su cerveza.

Sonrío, pero la sonrisa se desvanece rápidamente. *Pregúntale a Hazel*. Todas las vallas dicen lo mismo. Excepto que esta es una situación que Hazel no puede resolver. Así que, por favor, no le pregunten. No tiene ni la más remota idea.

—No, gracias. —Empiezo a tocarme una uña, la pregunta burbujeando dentro de mí más rápido de lo que puedo controlarla—. ¿Qué dirías si vendiera el negocio y me mudara a Nueva York?

Mi padre frunce sus cejas canosas. —¿Que te mudes a dónde?

—A Nueva York. —Carraspeo, con las mejillas ardiendo. Esto es tan estúpido—. Empecé a salir con alguien y me pidió que me mudara con él a Nueva York.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Sí. —Hago una pausa, preguntándome si quiero admitir que es Grayson. Mi papá lo odió junto a mí durante mucho tiempo, por lealtad a su única hija. Tengo que decírselo. De lo contrario, la historia no tendrá sentido. Por qué consideraría abandonar todo e irme. Por qué me siento como me siento—. Grayson Daly ha vuelto. Temporalmente. Fuimos estúpidos y empezamos algo de nuevo. Excepto que ahora él vuelve a casa y quiere que vaya con él.

Un largo suspiro sale de mi padre. Luego carraspea. Me doy cuenta de que esto no va a ser bueno.

—¿Acaso te volviste loca, muchacha? —me ladra mi papá.

Suspiro, sintiendo que la lógica y la razón vuelven a su sitio dentro de mi cráneo. —*Sí*. Pero eso se acaba ahora. —La respuesta de mi padre es todo lo que necesitaba oír. Además, uno pensaría que los diarios habrían sido suficientes. Mi madre dejó *muchas* cosas atrás cuando falleció, días después de que yo naciera. Una de esas cosas eran sus diarios.

Estuvieron intactos en cajas en el ático durante mucho, mucho tiempo. Hasta que los descubrí de adolescente, los devoré a escondidas de una sentada un día mientras mi papá estaba en el trabajo, y luego los acaparé para mí y nunca se lo dije a nadie.

Él todavía no sabe lo que leí en esos diarios. Pero yo sé más sobre lo que los unió a principios de los 80. Lo mucho que lucharon por tener un bebé. Y todo a lo que mi mamá renunció para seguir a mi papá a su trabajo aquí en la Costa Norte como trabajador sindicalizado.

Ella había renunciado a sus propios sueños descabellados para seguir su camino de estabilidad. No la culpo por ello. Es lo que muchas mamás inteligentes y con visión de futuro harían.

Pero podía leer la tristeza escondida bajo sus palabras. Siempre había querido ser diseñadora de interiores y tener su propio negocio. Es una de las razones por las que luché por tener mi propio negocio y me interesé tanto en el diseño de interiores, aunque solo fuera como un proyecto personal. Ella había dejado la universidad a mitad de su segundo año para seguir a papá hasta aquí. Y claro, eran felices, pero ella no había querido venir aquí.

Y ahora toda mi vida está construida aquí. A menudo me pregunto si a la madre que conocí por tres días le habría terminado encantando. Si lo hubiera considerado su hogar después de criar a una niña aquí y tener a su familia.

—Dile a ese tipo que me traiga su gran manzana por aquí, y yo le daré una mordida. —Se le escapa una risa. Suelto una risita, dándole un golpecito en el brazo—. Si te rompe el corazón otra vez, le haré su manzana pedazos.

—Bueno… —empiezo, tratando de ofrecerle el consuelo de que, al menos, no puede volver a hacerme eso. Pero las palabras no llegan. No estoy segura de que vaya a salir ilesa. Nunca ha sido posible con Grayson. Todo lo que puedo hacer es gestionar las consecuencias.

—Pero en serio, duraznito —empieza mi padre, usando el apodo que me ha puesto desde el día en que nací—. ¿Estás pensando en mudarte allá? ¿Cuando tienes todas estas cosas buenas aquí?

—Lo estaba considerando —admito, volviendo a mis cutículas. Es la única persona a la que le admitiría esto. A él, y quizás a London.

Me daría demasiada vergüenza decírselo a Callie y a los chicos—. O sea, solo sopesando mis opciones, ¿sabes? Pero, olvida que dije nada. No me voy a mudar.

Charlamos un rato sobre otras cosas —cómo le fue en su primer paseo en el barco, la pintura nueva en el marco de la puerta y cómo lo estropeó— y finalmente me voy a casa sobre las diez, sintiéndome más confundida que nunca.

Estaba tan segura de lo que le había dicho a mi padre en su casa. Pero mientras manejo de vuelta a casa, tengo que armarme de valor físicamente para no girar en la calle de Grayson.

Ve a casa. Necesito ir a casa.

Lo había dicho yo misma esa misma noche.

Este es el proceso de desapego, y es hora de acostumbrarse.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

GRAYSON

Es viernes por la noche y estoy en casa de mi madre, tratando de hacer un balance de mi vida ahora que estoy a punto de regresar a Nueva York. Gotas de pintura blanca salpican mis antebrazos y las yemas de mis dedos. Weston y yo terminamos hoy todas las molduras de la casa, y yo lijé la terraza trasera.

La cantidad de satisfacción y, me atrevería a decir, alegría, que me ha dado este proyecto es abrumadora. Sinceramente, la sensación me resulta extraña después de una década en la ciudad. He olvidado cómo son los proyectos personales. Lo que bajar el ritmo puede hacer por una persona. Pero la felicidad se ve empañada por un pequeño detalle.

El hecho de que Hazel no esté aquí para compartirlo.

Han pasado más de veinticuatro horas desde que saqué el tema. Tengo plena fe en que estará revisando mi hoja de cálculo y me responderá con una larga lista de preguntas logísticas. Necesito darle tiempo para que le dé vueltas al asunto.

—Parece que necesitas una ducha —comenta mi madre mientras entra con ligereza a la cocina, donde estoy mirando por la ventana trasera.

—Sí —digo—. Acabo de terminar de trabajar por hoy.

—¿Cómo van las cosas?

—Bastante bien. Genial, para ser una remodelación, debería decir.

Mi madre se ríe por lo bajo y busca en el refrigerador, para luego sacar un tazón de fruta. Se mete uvas en la boca mientras evalúa el patio trasero.

—¿Alguna oferta por la casa?

—Recibí una a principios de esta semana. —Mi pulso se acelera al mencionar a los Parker, porque me recuerda el sexo épico que siguió a su visita a mi casa—. Pero la rechacé.

A mi madre casi se le salen los ojos de las órbitas. —¿Lo hiciste? ¿Te hicieron una oferta muy baja?

—No. —Hago una pausa, preguntándome si debería admitir esto. Se siente… revelador. En el mal sentido—. De hecho, me ofrecieron treinta mil dólares más de lo que esperaba.

Sus ojos se abren aún más. Están a punto de salírsele del cráneo. —¿Y no la aceptaste *por qué*?

—No he terminado con la casa —digo simplemente, tomando un puñado de uvas. No me gusta su interrogatorio. Ni el tono que está usando. Ni la forma en que me estudia como si hubiera *descifrado un código* o algo así—. Cuando termine todas las renovaciones, podré conseguir un precio más alto. Ya verás.

Mi madre no responde de inmediato, lo cual me inquieta. En lugar de eso, ahora entrecierra los ojos hacia el frutero, chasqueando la lengua. —Ajá —dice finalmente.

—¿Qué?

—No, no. Lo entiendo. —Me despacha con un gesto, como si de repente mi presencia fuera innecesaria—. No necesitas decir nada más.

Mastiqué otra uva, observando cómo una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. —¿Mamá, de qué estás hablando?

—Estás creando recuerdos allí. —Su voz adopta de repente un tono nostálgico, y se mueve por la cocina como si flotara en las

nubes—. Y esos recuerdos tienen todo que ver con nuestra Hazel.

Cada vez que se refiere a Hazel, es *nuestra*. Solo que ahora Hazel es *mía*.

No la compartiré. Ni siquiera con mi madre.

—No sé de qué hablas. —Golpeteo la encimera con los nudillos—. Es una movida de negocios inteligente. Significa más dinero para invertir en esta empresa emergente a la que le tengo el ojo puesto.

Mi madre no parece convencida.

—Además, estoy tratando de que venga a Nueva York. No se trata de la casa.

Mi madre detiene su paseo soñador por la cocina y se vuelve hacia mí con una mirada gélida. —¿Qué?

—Se lo pedí ayer por la mañana. Todavía lo está pensando. Pero creo que podría ganar un dineral en Nueva York.

Mi madre parpadea un millón de veces, como si tuviera problemas para procesar la idea. —¿Le pediste a nuestra Hazel que se mudara de Bayshore?

—¿Eres capaz de llamarla solo *Hazel*? Y sí, lo hice.

—Grayson Thomas Daly. ¿Qué demonios te pasa?

Suena enojada. Como, realmente enojada. No es el hecho de que haya usado mi nombre completo, sino el tono de su voz. Está decepcionada de mí.

—Queremos estar juntos —digo lenta y sucintamente—, pero no funcionará a menos que ella venga a Nueva York. Tengo mi trabajo allí. Ella puede traerse el suyo. Es lo único que tiene sentido.

Mi madre resopla, levantando las manos. —¿En serio crees que Hazel va a dejar atrás su imperio?

La pregunta me descoloca por un momento. No lo había pensado de esa manera antes. —Puede crear uno nuevo allá. Es la mejor en lo que hace. Confío plenamente en ella.

—¿Como si fuera tan fácil tomar un negocio próspero y empezar de cero en otro lugar? —Mi madre resopla de nuevo—. Te digo una cosa. A veces, la estupidez de los hombres es asombrosa.

Ahora me está haciendo enojar. —Oh, vamos. ¿Qué tiene de malo mi idea?

—Necesitas dejar de mentirte a ti mismo sobre cómo vas a hacer que funcione con nuestra Hazel. —Me está señalando con el dedo y usando el tono que usa durante las discusiones con mi padre, lo que me hace sentir peor. Todo se fue a pique muy rápido—. No se va a quedar esperándote para siempre. Tuviste suerte cuando volviste esta vez. Pero si lo arruinas de nuevo, puede que no esté para una tercera oportunidad.

Muevo la mandíbula de un lado a otro. Siento que me tiene a mí y a esta situación completamente malinterpretados. Nadie ha mirado mis hojas de cálculo, tampoco. Nadie estaría señalando con el dedo si vieran mis proyecciones. —Este es mi intento de hacer que funcione.

—¿Pedirle que lo deje todo y se vaya cuando está en la cima de su carrera? Menuda oferta le estás haciendo.

—Pero ella es…

—No me vengas con peros, jovencito. —Mi madre me sermonea con el dedo—. Veo lo que pasa aquí. Hablo con Hazel. Reconozco la mirada en sus ojos. Esa mujer quiere formar una familia. Quiere un marido. Quiere *bebés*.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo. —Yo también quiero esas cosas. Eso no significa…

—No lo entiendes. Y está bien. Pero vas a perder a Hazel si le pides que te siga. —Mi madre golpea la encimera con la palma de la mano. No la había visto tan molesta en mucho tiempo. Y ciertamente no esperaba provocar a la fiera hoy.

—Ya se lo pedí —digo, quedándome sin aliento. Estoy cansado de defender esta idea. Quiero hablar con Hazel y continuar la conversación—. Todavía tenemos que resolver las cosas.

Mi madre se desinfla un poco, negando con la cabeza. —¿Alguna vez has considerado traer tus talentos de vuelta a casa?

Me clava la mirada y se dirige a la sala de estar. La veo irse, escuchando todas las protestas habituales en mi cabeza. No hay un trabajo para mí aquí, no como el que tengo en Nueva York.

Así que es imposible. Caso cerrado.

Pero, ¿y si hay un trabajo diferente para mí?

No puedo pensar en ello. El pensamiento es demasiado grande; demasiado aterrador. Prefiero continuar por la trayectoria que me fijé en la universidad. El camino que implica cheques de pago asegurados, vivir bien y ganar millones. Todo lo demás se resolverá solo.

Pero aun así, estoy inquieto el resto de la noche. Estoy esperando a Hazel. Un mensaje de texto. Cualquier indicio de que planea verme antes de que me vaya. La cena llega y se va, solo, en mi casa. Ni siquiera puedo convencer a Weston o Maverick de que me acompañen. Es viernes por la noche, después de todo; ya están de fiesta.

Una vez que he dado vueltas por la casa durante horas y me he bebido unas cuantas cervezas, recibo un mensaje de texto. El corazón me da un vuelco y se me sube a la garganta.

LUKE: Oye, amigo, ¿dónde andas?

GRAY: En casa. ¿Qué pasa esta noche?

LUKE: Acabo de llegar al bar. Tu chica te necesita.

El corazón se me acelera, y me estoy atando los cordones de las zapatillas antes de poder decidirlo conscientemente. Luke me envía su ubicación por mensaje —un bar frente al lago a un kilómetro y medio de distancia— y me subo a mi auto para el corto trayecto. Podría haber caminado, pero necesito estar allí *ya*.

Son más de las diez cuando entro en el estacionamiento abarrotado. El letrero luminoso anuncia algo sobre una banda de Blues. Empujo las puertas para entrar, con el corazón en la garganta. Paso de largo al de seguridad, que me llama para pedirme mi identificación.

—Tengo veintiocho putos años —grito por encima del hombro, y luego giro a la derecha hacia el área principal del bar. El olor a cerveza me asalta, y el sordo rugido de la conversación entre los actos musicales me llena la cabeza. Escaneo el bar, mi mirada saltando sobre mujeres con vestidos de verano, con las cabezas echadas hacia atrás en carcajadas, montones de hombres de mejillas sonrosadas sosteniendo Bud Lights. Y en el mar de normalidad, veo a Hazel de inmediato.

Mi Hazel.

Está vestida para salir de noche. Como una noche *de chicas*. Una blusa roja de seda que muestra la tentadora parte superior de sus pechos. Lápiz labial rojo a juego. El pelo recogido en una coleta baja. Callie está a su lado, vitoreando mientras sostiene una cerveza. Está de cara a la banda, pero nadie está tocando. Ya puedo decir que está borrachísima.

Hazel no está mirando en mi dirección. Me abro paso entre la multitud, sin perderla de vista. Luke me agarra del hombro cuando me acerco.

—Oye. Llegaste rápido —me dice al oído, con preocupación en la mirada.

—¿Qué está pasando?

—Está hasta las manitas. —Me guía hacia la barra, y puedo ver a Hazel por encima de su hombro. Está apoyada en la barra, y si ya me ha notado, no lo ha demostrado—. Mi suposición es que está a un chupito de quitarse la blusa.

Es entonces cuando me doy cuenta de que un tipo baboso se le acerca. Ella se vuelve hacia él como si lo estuviera esperando. Puedo escuchar su risa ronca, y se apoya en él. Un calor punzante me recorre, erizándome la piel. Mis manos se convierten en puños.

—Y sí —dice Luke, lanzándome una mirada preocupada—. Está ese tipo. Callie nos dijo que ustedes están pasando por algo. Pero me imaginé que… —Deja la frase a medias. No necesita decir más. Pelea o no, Hazel es mía, y esta mierda está a punto de terminar.

Ya sé lo que está intentando hacer. Esa es la ventaja de estar conectado telepáticamente con tu archirrival y tu gran amor. Incluso cuando estamos a kilómetros de distancia, a lo largo de los años, sigo teniendo destellos de Hazel en mi mente. Días en los que no puedo sacármela de la cabeza. Como si su espíritu pudiera enviarme una señal.

Joder, *sí que* estamos hechos el uno para el otro.

Y tal vez ella ha sido mi alma gemela todo este tiempo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

HAZEL

Necesito empezar una columna de consejos.

Ya tengo la primera consulta para mi debut en el periódico.

QUERIDA HAZEL: ¿Cómo debo manejar el hecho de que mi cuasi novio, rival de toda la vida y alma gemela más ardiente que el infierno me esté dejando discretamente con un ultimátum escandaloso? Atentamente, Hazel.

Querida Hazel, o debería decir, YO MISMA: La respuesta es clara. Definitivamente deberías ir al bar, tomarte tres shots de Jameson seguidos, bailar de forma poco atractiva en medio de la pista de baile hasta que aparezcan los babosos solteros y luego coquetear con cualquiera. Literalmente con cualquiera. Solo para que sientas que podrías tener opciones una vez que el amor de tu vida te deje en tres días. Además, deberías tropezar contigo misma mientras lo haces. Y tal vez que se te salga una teta de la musculosa demasiado holgada, que te queda holgada por el peso que perdiste recientemente al estar perdidamente enamorada como una cachorrita del hombre que está a punto de mudarse. No te olvides

de terminar la noche con una quesadilla de autocompasión y llorando en el baño.

Este es mi plan de ataque. Se parece sospechosamente a mi plan de ataque cuando llegué a OSU y tuve mi «etapa salvaje», que también nació de un trauma inducido por Grayson. Tener diecinueve años y estar loca se ve un poco mejor que tener veintiocho y ser un desastre. Me doy cuenta de que Luke, Callie y Anthony están un poco preocupados. Bueno, Callie ya no tanto, porque la puse a tomar shots conmigo. ¿Ven? Soy más lista de lo que parezco. Involucra a tu cómplice.

Pero ellos saben que algo pasa. Todo lo que dije al principio de nuestra noche fue que Grayson y yo habíamos terminado porque nunca me escuchó ni una sola vez en mi vida. Eso es todo. Casi nada. Sin embargo, las miradas de desconcierto abundaron.

Está bien. No saben lo mucho que me enamoré. No saben que me lancé de cabeza al abismo y me abrí de par en par. De arriba abajo. Y de mí salieron entrañas, orgullo y todo lo demás.

Este tipo con el que empecé a hablar hace una media hora ha vuelto. Se llama Dan o Darrell o Juan. No tengo ni idea. No importa. Cada vez que lo miro, me doy cuenta de que no es Grayson, y eso me pone más triste. Ansío una distracción, pero incluso la distracción me lleva de vuelta a Gray.

Pero el desapego es necesario. Es inevitable. Y va a suceder, me guste o no.

—¿Entonces quieres largarte de aquí? —me pregunta Juan o Darrell. Está mirando mi escote, así que saco pecho. Disfrútalo, amigo. No me lo llevaría a casa ni en un millón de años. Pero fingir que lo haría es divertido. Fingir que no estoy perdidamente enamorada de Grayson es divertido.

—Ayyy, no sé —digo arrastrando las palabras, mirándolo por debajo de las pestañas. Esto ya se está volviendo aburrido. Suspiro, dejando caer los hombros—. Creo que voy a tomar otro trago.

—Deja que te lo invite yo —dice, girándose hacia la barra. Mientras lo hace, miro por encima de su hombro. A solo unas pocas personas de distancia está Luke, y a su lado… Grayson.

Sus ojos azules tormentosos son como un látigo de fuego contra mí. Bajo el brillo tenue del bar, puedo verlo bajo una nueva luz. La luz del Grayson fuera de servicio. Ya no es el neoyorquino pulcro que usa trajes por días. No, este es el bombón de pueblo que siempre conocí. Su cabello castaño ha crecido desde que llegó, y los mechones más largos están empezando a rizarse. Casi puede peinárselo sobre la frente. Su mandíbula cuadrada se contrae, se contrae y se contrae mientras me mira fijamente. Como si estuviera considerando si irse o secuestrarme en el acto.

Toda mi caja torácica se contrae, y de repente me siento ligera y rígida. Un coro de ángeles surge de alguna parte, ahogando la música, y todo lo que quiero es correr hacia él y derrumbarme en sus brazos. El día y medio lejos de él, una vez más, básicamente me ha dejado lisiada. Lo que no es un buen presagio para el resto de nuestras vidas.

Ahora viene hacia mí y, ay, cielos, no parece feliz. Recuerdo a Darrell o Dan. Lo miro, abriendo la boca para quizás advertirle, pero ¿qué puedo decir? *Lo siento, ¿has sido un peón en mi juego?* Gray se acerca a grandes zancadas un momento después y me agarra del brazo. Brusco. Feroz. Me acerca a él, con su rostro a la altura del mío.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Va todo de negro, que es mi debilidad. Nuestra ropa en realidad se complementa *a la perfección*, así que, ya sabes, una lanza más para el corazón. Su simple camiseta negra luce sus bíceps, que se ven aún más grandes desde que empezó a trabajar en la casa. Unos shorts de malla negros se ajustan a sus caderas estrechas. Su olor, a cedro y a hombre trabajador, me arranca un gemido de los labios.

Mi brazo chisporrotea donde me toca. Los celos que emanan de él casi me ahogan. Odio lo mucho que me encanta que esté celoso. No, olvídalo. *Simplemente me encanta.*

—¿Disfrutando de una noche en el bar con mis amigos? —intento actuar molesta, pero no puedo apartar la mirada de él. Él es todo lo que quiero mirar. Es lo único que falta en mi ya increíble vida.

—Oye, amigo, apártate —interviene de repente Juan, como si fuera mi caballero de brillante y ebria armadura.

—Ella está conmigo —ladra Grayson, más feroz que nunca.

—Te invité a este trago —dice Juan-Darrell, sonando un poco molesto. Como sea.

—¡Puedes bebértelo tú! —sugiero alegremente mientras Grayson me aleja. Dios, qué alivio. No solo por librarme de la compañía que para empezar no quería, sino también por tener a Grayson de vuelta a mi lado. Por poder ceder a pesar de haber luchado tanto tiempo.

—¿Ustedes dos ya se van? —dice Callie arrastrando las palabras, aparentemente sin darse cuenta de que Grayson nunca estuvo aquí para empezar.

—Me la llevo a casa —dice Grayson mientras me guía fuera del bar, con las manos sujetándome los hombros. No puedo evitar la sonrisa, pero solo mientras él no pueda verla.

—Adiós, borrachita —se burla Anthony, mientras Luke nos despide con la mano. Cuesta trabajo salir del bar, pero una vez que llegamos al cálido aire de la noche, los sonidos del bar se convierten en un murmullo sordo tras las puertas cerradas. Me aparto de él.

—Caminaré. —Es mi última oportunidad de ejercer algún tipo de dominio sobre mi menguante fuerza de voluntad. Tropiezo y Grayson me sostiene.

—¿Qué tal si no? Vine en auto. Sube al auto.

—Grayson, no quiero irme contigo.

—Saliste del bar conmigo.

Su lógica me deja buscando una respuesta. Si estuviera sobria, esto sería mucho más fácil. No tendría que esforzarme para ser ingeniosa. —*Tú* saliste del bar conmigo.

Grayson resopla. Esa no fue una buena respuesta. Mi reputación está por los suelos.

—Vamos. —Intenta agarrarme la muñeca, pero me escabullo de su alcance. Me planto en la acera frente a un enorme macizo de lirios.

—No quiero ir contigo —digo, apoyando las manos en las caderas. Como si mi postura pudiera ayudar a mi causa—. Se supone que estamos en proceso de desapego. Te vas en como *un día y medio* y yo… —mi voz se quiebra de repente, que es justo el espacio necesario para que todas mis emociones reprimidas salgan a

borbotones. *Mierda*. Dejo de hablar y me doy la vuelta, tragándome el nudo en la garganta.

—¿Y tú qué, Hazel? —su voz es más suave esta vez, y justo en mi oído. Su calor me rodea como el suéter más increíble. Me bañaría en su aroma si pudiera. Cierro los ojos con fuerza.

—No puedo soportar que rompamos por segunda vez —digo en voz baja, mirando a todas partes menos a él.

—Entonces ven conmigo.

Se me escapa un suspiro estrepitoso. Ya no estoy triste; estoy furiosa. —¿Por qué es esa la única solución?

—¿Miraste mis hojas de cálculo? —exige.

—Sí, *miré tus perfectas hojas de cálculo* —siseo. Eran una obra de arte moderna. Texto perfectamente en negrita y columnas delineadas con un nivel de detalle que no he visto en… años. Es mi nivel de trabajo. El tipo de atención que presto a las cosas que realmente importan. Y maldita sea, esa hoja de cálculo era *conmovedora*. Como una sinfonía ensayada.

—¿Y?

—Y tenemos que empezar el desapego —digo, cortando el aire con las manos—. Tus números son sólidos. La ganancia es… *tentadora*. —Me tambaleo un poco—. Pero quiero tener bebés, Gray.

Se acerca, deslizando sus manos por los costados de mis brazos. Ahora es todo ternura masculina. Me obliga a encontrar su mirada. —Podemos tener bebés. Yo *quiero* tener bebés contigo.

Vuelvo a cerrar los ojos con fuerza. Señor, esas palabras no ayudan en nada.

—¿Cuándo? ¿Después de cumplir los cuarenta? —resoplo—. O sea, claro, se puede hacer. Pero yo estaba pensando, como, no sé, ¿en un par de años? Pero no puedo. Si me mudo a Nueva York, no puedo. Estaré hundida en deudas y trabajando noventa horas a la semana y…

—Hazel.

—Y a tu mamá le *encantaría* ayudar con los niños —continúo como un torbellino, todas mis preocupaciones saliendo de mí a la vez—. Necesitamos tener una red de apoyo, ¿sabes? Necesitamos tener ayuda y, en Nueva York, podríamos conseguir a una extraña

cualquiera haciéndose pasar por niñera o, o, o una nana que ponga leche de cabra echada a perder en los biberones y…

—*Hazel*. —Sus brazos me aprietan y me derrito en su abrazo, mis preocupaciones se aquietan de repente. Hundo mi rostro en la pared sólida de su pecho, inhalando profundamente su aroma. Como si esta fuera la última vez que tendré la oportunidad. —¿No necesitas decidir ahora mismo. Todavía nos quedan un par de días.

Un par de días. Las palabras provocan otro gemido. Me llega una brisa del lago y tomo una respiración reparadora, apoyando la barbilla en su pecho para mirarlo.

—¿Podemos volver caminando?

Gray se humedece el labio inferior, arrastrando la yema de su pulgar por mi pómulo. —Sí, nena. Lo que tú quieras.

Entre palabras dulces como esa y sus increíbles hojas de cálculo, estoy frita. *Necesito* estar con este hombre. Cada vez que intento poner distancia entre nosotros, fracaso de todos modos, así que ¿por qué no ceder? La tristeza me inunda, alimentada por el alcohol y el calor muy real de este hombre. Porque en unos pocos días más, él estará a cientos de kilómetros de distancia. De vuelta a su propia vida, en su propia rutina.

¿Y yo seré… qué?

Lo extrañaré tanto que estaré a punto de llamar a la compañía de mudanzas.

Caminamos por la acera curva que lleva a la orilla del lago. Hay un malecón que recorre la mayor parte de la costa, atraviesa el centro y finalmente desemboca cerca de una entrada lateral a nuestro vecindario. Es bastante conveniente. Y muy romántico. Lo que es otra cosa que no *ayuda*.

Caminar así —aunque de vez en cuando tropiezo— es lo que siempre he querido. Tener al hombre de mis sueños a mi lado mientras el aire del lago nos azota en la noche de verano perfecta. Observo el lago, las olas oscuras moviéndose contra la orilla, y antes de darme cuenta, estoy llorando.

Grayson no se da cuenta al principio, y trato de ocultarlo. Pero pronto se me entrecorta el pecho y tengo que secarme los ojos, y entonces Grayson está frente a mí, agarrándome por los brazos.

—¿Qué pasa?

—No quiero que te vayas —lloriqueo.

—Aww, estás borracha y triste —bromea, mostrando un hoyuelo.

—Sí. Borracha de Jameson y triste por *ti*. —Le doy un golpecito en el pecho, secándome un ojo. Probablemente ya me arruiné el delineado de ojos, pero ¿a quién le importa? Grayson me ve orinar por la mañana, así que ya no nos queda nada que ocultar.

Caminamos un poco más por el malecón, deteniéndonos de vez en cuando para admirar el agua o estallar en un ir y venir de acusaciones sobre quién está más triste porque su tiempo aquí está llegando a su fin. Para cuando llegamos al vecindario, estoy cansada y mucho más sobria. El aire húmedo de la noche y la caminata me hicieron bien.

Una vez que entramos en la casa de Gray y me bebo un vaso de agua, sé lo que sigue. Si se va en tres días, necesito aprovechar esta posible última vez. No me malinterpreten, todavía necesitamos el desapego. Pero empezaré mañana. El primer día de desapego nunca sale bien. Todo el mundo lo sabe.

Empujo la espalda de Grayson. Apenas se mueve, solo se gira para sonreírme. Sabe lo que quiero. Las cortinas están abiertas en el ventanal de su habitación, y la luz de la luna llena se derrama. La habitación está bañada en una oscuridad etérea, apenas iluminada lo suficiente para que pueda ver la piel bronceada de su vientre mientras se quita la camiseta. El arco de sus bíceps cuando se sienta en la cama y me hace señas para que me acerque. La cuadratura de su mandíbula mientras inclina la cabeza para observarme mientras me siento a horcajadas sobre él, completamente desnuda.

Cada vez con él ha sido memorablemente ardiente. Pero hay algo más sucediendo esta noche. Hay tristeza y un amor crudo y dolido que se derrama de ambos. Nos movemos el uno contra el otro como si estuviéramos a punto de ser enviados al espacio exterior en cohetes diferentes. Hacer el amor al estilo del fin del mundo. Sus palmas calientes se deslizan por mi espalda, sobre las protuberancias de mi columna. Mis pezones duros rozan su pecho liso.

Todo se mueve como en una secuencia de ensueño. La sensualidad del momento me obliga a cerrar los ojos, pero necesito observar lo que está sucediendo entre nosotros. Memorizarlo. Inscribirlo en mi alma para no olvidar nunca cómo se ve y se mueve el amor verdadero.

La mirada de Grayson es un vórtice mientras lo miro, mi sexo flotando sobre su miembro tenso. Su aliento sale áspero mientras traza las líneas de mi cuerpo, instándome a acercarme. Nuestras bocas se conectan, desesperadas, calientes y anhelantes, mientras me bajo. Se hunde en mí con una lentitud fascinante, guiando mis caderas con sus manos. Yo estoy encima, pero él está controlando esto tanto como yo.

¿Y no es así como siempre ha sido? Dos iguales compitiendo por ser el mejor. Pero ninguno de los dos podría estar aquí si no fuera por el otro.

El pensamiento me atraviesa, haciéndome un nudo en la garganta, mientras me arqueo y me balanceo sobre él. Nuestro juego de quién es mejor y quién gana nunca fue sobre ser el número uno, al menos no después de cierto punto. Era una danza para celebrar el hecho de que estábamos juntos. Y me encanta estar junto a este hombre.

Las lágrimas me pican en los ojos mientras nos balanceamos, gemimos y nos rozamos a la luz de la luna. Cada flexión y gemido de él me hace entrar en espiral, hasta que finalmente me desplomo sobre él por última vez y todo mi cuerpo comienza a hormiguear. Nunca toma mucho tiempo con Grayson, y me aferro a él mientras el orgasmo me exprime. Gimo y lloro y digo su nombre, una y otra vez, mientras el placer hace que mi visión se vuelva borrosa. Grayson se sacude debajo de mí, sus pulgares hundiéndose en ese hueco sobre mis caderas, y me doy cuenta de que se está viniendo.

Cuando se ha vaciado, suelta un largo suspiro y luego se derrumba hacia atrás en la cama, invitándome a subirme sobre él. Me río y cubro su pecho, abrazándolo. Todavía está dentro de mí. Y quiero que se quede ahí.

Quiero quedarme *aquí*.

Pasan eones de silencio. Estoy atrapada en un mundo de ensueño entre la sobriedad, la satisfacción sexual y las neblinosas secuelas de

la borrachera. Siento que podría quedarme dormida, pero también follar hasta el amanecer.

No hay nada mejor en el mundo que esto: el sólido calor de él debajo de mí. El subir y bajar de su pecho. Y el latido constante de su corazón.

—Deberías quedarte —digo finalmente, mi voz ronca, algo que ni yo misma reconozco.

Grayson pasa las yemas de sus dedos por mi cabello y no dice nada.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

GRAYSON

Hazel sabe cómo compartimentar mejor que la mayoría de los hombres.

Quizás sea la influencia de su padre la que sale a relucir. No lo sé. Pero cuando me despierto a la mañana siguiente después de rescatarla del bar, no está en mi cama. No está en mi baño. No está en ninguna parte de mi casa.

Se ha ido. Porque se esfumó, carajo. Según su plan compartimentado.

Y yo he vuelto al punto de partida. Escribiéndole sin recibir respuesta. Llamándola y que me salte el buzón de voz. Y acechando en la acera, cerca de su casa, como un maldito idiota.

Solo que no puedo escribirle o llamarla sin parar. El día solo tiene unas pocas horas para vigilar la casa de la mujer que amas. Tengo *un montón de mierda que hacer* durante mis últimos dos días en la ciudad. Al menos diez horas de trabajo de remodelación al día, si soy sincero. Por no hablar de hacer las maletas, dejar la casa lista y despedirme de mis padres y hermanos.

Mamá y papá insisten en llevarnos a Weston, a Maverick y a mí a cenar en mi última noche en la ciudad. No puedo negarme. Hazel no ha hecho ningún esfuerzo por responder a mis treinta y cinco mensajes sin respuesta y a mis quince llamadas, así que debería captar la indirecta, ¿no? Mi madre está tan triste como yo por el hecho de que Hazel no esté allí con nosotros, pero no puedo hacer nada. No puedo convencer a esa mujer de nada, y mucho menos de que me siga a un lugar al que no quiere ir.

Aunque sé que le encantaría, carajo.

Las dos últimas noches en mi casa son solitarias. La casa se siente vacía sin ella, y si soy sincero, casi no quiero volver a mi apartamento. Claro, tengo un lugar increíble en Brooklyn, pero no lo renové yo desde cero. Lo compré listo para mudarme. La perfección de un molde. Esta casa, aquí en Bayshore… esta es *toda mía.*

Se me ha ocurrido más de una vez que quizás debería quedarme con la casa. Dejar de intentar venderla y conservarla como una especie de… casa de verano. O de retiro. No sé. Podría valer la pena intentar conservarla, al menos por un tiempo.

Para cuando llega mi última mañana en Bayshore, tengo el pecho oprimido por la ansiedad. No he visto a Hazel desde nuestra última noche juntos. Me duele cada hueso del cuerpo por las ganas de verla. La noche anterior me despedí de Luke, Anthony y Callie cuando nos reunimos para tomar algo. La ausencia de Hazel fue notoria, y ninguno de los cuatro la mencionó. Supongo que les hizo jurar que guardarían silencio. Que actuaran como si yo ya me hubiera ido. O muerto.

Pero no me voy a ir de la ciudad sin despedirme de ella. Puede ignorar mis mensajes, pero no puede ignorarme si voy a su oficina. Llego justo antes del mediodía, porque sé que estará allí. Su horario de oficina es, sin falta, de once a doce y media. Llevo pantalones oscuros y una camisa de botones gris claro cuando entro en su oficina. En cuanto entro, me subo las gafas de sol a la cabeza. Ella está detrás de su escritorio, lanzándome una mirada asesina. Lleva un *top* de tubo negro con una chaqueta bolero corta y negra por encima. Su pelo está más oscuro. Se lo tiñó de un castaño oscuro, un tono más allá del caoba.

Mi hermosa y espinosa Hazel.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, con la voz sospechosamente tranquila.

—Te lo pido por última vez. —Camino hacia ella, con las manos metidas en los bolsillos—. Ven conmigo, nena.

Sus fosas nasales se ensanchan. La única señal de que la estoy afectando. Sus dedos están suspendidos sobre el teclado. La interrumpí en medio de un pensamiento.

Su silencio hace que mi ansiedad se dispare de nuevo. Tiene que haber alguna forma de resolver esto. Somos dos adultos, inteligentes. ¿Por qué no podemos hacer que esto funcione?

—Te esperaré. Vamos, Hazel. Solo dime que lo estás pensando.

Su mirada se posa en el escritorio. Parpadea un par de veces y luego dice:

—Llegó una nueva oferta por tu casa. Cumple con tu precio mínimo. ¿Quieres vender?

Suspiro, y mis hombros se hunden.

—No me has respondido.

—Bueno, ahora no puedo. Estoy ocupada.

—Hazel. —Puedo oír la desesperación en mi propia voz. Le estoy suplicando, y lo sé.

Vuelve a mirarme. A regañadientes. La indecisión brilla en sus ojos color avellana, y luego se endereza. Reafirmando su postura. Tengo que actuar rápido. Se está preparando para rechazarme de nuevo, y no sé cuánta lucha me queda.

—Hagamos fines de semana —digo rápidamente—. Nos quedamos con eso por un tiempo. Puedes volar el próximo fin de semana, incluso. Yo pago. No estaremos separados por mucho tiempo.

Ahora se está mordisqueando el labio. Puedo notar que lo está considerando. Y, joder, si esta es la única oportunidad que tengo, la aprovecharé al máximo.

—Podemos hacerlo a distancia hasta que te decidas —continúo—. Solo… *por favor*, nena. Dame algo. No puedo irme sabiendo que no voy a volver a verte.

Eso debe de afectarla, porque se encorva un poco. Su mirada se desvía hacia mí, y hay todo tipo de emociones en ella. También está

haciendo un puchero.

—No quiero dejar de verte —admite en voz baja. Y eso me rompe el corazón.

—Entonces hagamos fines de semana —insisto, acercándome a su escritorio. Me pica la piel por las ganas de tocarla. El próximo viernes no puede llegar lo suficientemente rápido, y todavía está al alcance de mi mano—. Por favor, Hazel.

Un suspiro brota de ella, y cierra los ojos.

Y entonces asiente.

El acuerdo más reacio de la historia, pero lo acepto.

Voy detrás de su escritorio y la envuelvo en mis brazos, levantándola de la silla. Sus brazos se disparan alrededor de mi cuello y yo encuentro mi lugar favorito enterrado entre su clavícula y su cuello. La abrazo como si nos estuviéramos despidiendo por cinco años en lugar de cinco días.

—Tendré que cancelar una cita el sábado —murmura ella.

—Hazlo. Y contrata a un asistente ya que estás en eso, ¿de acuerdo?

Ella ríe un poco.

—Está bien. Ya es hora, supongo.

—Hace mucho que debiste hacerlo. —Me aparto y la miro, absorbiendo sus rasgos afilados. Nunca me había sentido tan emocionado y triste al mismo tiempo. Contento de que haya aceptado darle una oportunidad a esto. Destrozado por tener que existir físicamente sin ella a mi lado durante los próximos cinco días.

—Te amo, Hazel —susurro, y luego me lanzo a besarla. La intensidad la empuja hacia atrás sobre su escritorio. Unos cuantos papeles caen al suelo. Ahueco su cara entre mis manos y la beso una y otra vez, hasta que mis labios se entumecen y la mitad de su labial está en mi boca.

Cuando nos separamos, ella se ríe y se pasa el pulgar por mis labios.

—Me encanta este tono en ti.

—Se ve mejor en ti. —Me agarro a los bordes de su escritorio, luchando contra el impulso de estrenar su oficina. Pero es mediodía,

y estamos a la vista de todos a través de su pared de ventanas. Algunas personas afuera ya se han detenido a mirar.

—Será mejor que te vayas, Grayson Daly —dice ella, pasando las manos por la parte delantera de mi camisa—. O nos van a arrestar por follar en público.

—Lo guardaremos para Brooklyn. En una azotea. Con vistas a la Estatua de la Libertad.

Ella sonríe, dándome palmaditas en el pecho.

—Trato hecho.

Me aparto de ella, empiezo a alejarme y luego le robo un beso más. Estoy a punto de salir de su oficina cuando me llama por mi nombre.

—Yo también te amo —dice, con una expresión tan vulnerable en su rostro que me detengo a observarla. No quiero olvidar este momento. La mañana en que nos dio una oportunidad de verdad.

Significa algo. No solo me da esperanza, porque la he tenido guardada todo este tiempo. Confirma mi sospecha.

He estado realmente enamorado de ella desde hace más tiempo del que puedo recordar. Así que eso la convierte en mi alma gemela.

Y no voy a dejar que esto fracase.

CAPÍTULO VEINTICINCO

GRAYSON

Mi regreso al trabajo es el equivalente a una película de terror. Me cavé mi propia tumba mientras estaba de vacaciones, y el martes por la mañana me encontré con un puto desastre. Trabajo catorce horas diarias de martes a jueves solo para sentir que me pongo un poco al día. Las selfies de Hazel y mis bagels de lox favoritos del local de la esquina del trabajo son lo que me mantiene en pie. No me importa lo que digan. Nadie prepara los bagels mejor que en Nueva York, y me pelearía con cualquiera que intente convencerme de lo contrario.

HAZEL: Te veo en HORAS.

Le sonrío al teléfono, pero la sonrisa no dura mucho. He estado encerrado en mi oficina en el trabajo tanto tiempo durante los últimos tres días que se ha borrado hasta la última gota de relajación y buena voluntad que había logrado reunir en mis vacaciones. No necesitaba cuatro semanas libres, necesitaba un puto año sabático.

Hoy salgo temprano de la oficina —a las ocho y media— porque Hazel aterriza a las nueve y media, y que me despidan si quieren. No voy a posponer nuestro reencuentro ni un segundo más de lo necesario.

¿Lo único bueno de estar increíblemente ocupado? Que los días se me escurren de las manos, como una atracción de feria a la que estaba seguro de que quería subirme, pero de la que ahora empiezo a dudar. Aunque es una bendición para superar la pesadez del trabajo, también es bastante deprimente. ¿Y si paso el noventa por ciento de mi vida en esta oficina, haciendo lo mismo una y otra vez? Antes de que me dé cuenta, tendré treinta. Y luego cuarenta. ¿Y qué carajo habré hecho en los últimos veinte años de mi carrera además de estar sentado en una oficina, mover el patrimonio de gente más rica y cobrar cheques?

Así que sí, volver al trabajo ha sido difícil.

Pero el tiempo sigue su curso de todas formas, y consigo salir de la oficina a las 8:45, lo que significa que llego a la puerta de llegadas en el preciso instante en que Hazel se desliza hacia la acera, con su brillante maleta morada rodando tras ella.

Las mariposas se apoderan de mi estómago en un golpe de estado. El órgano ahora es suyo. Me estaciono y salgo del auto con las piernas temblorosas. Me sonríe radiante, como si nunca hubiera estado tan feliz de verme. Como si yo fuera el único que quiere.

Como si de verdad fuéramos algo y esto fuera todo para ambos.

Está en mis brazos antes de que me dé cuenta de que he caminado hacia ella, y estoy tan aliviado que podría derrumbarme. Y esto después de cinco días separados, señores. Pongo su maleta en el baúl y ambos subimos al auto. Respiro hondo, tratando de calmar mi corazón acelerado, mientras me incorporo al tráfico que se aleja del aeropuerto JFK.

—¿Cómo estuvo tu vuelo?

—Perfecto —sonríe, mirando por la ventana—. Y ahora estoy en Nueva York.

Suena mucho más emocionada de estar aquí de lo que había previsto, lo que ya se siente como una gran victoria. Mi plan se está desarrollando exactamente como lo imaginé: atraerla aquí, hacer

que se enamore y luego ayudar a armar el rompecabezas de su vida en Nueva York.

—No puedo creer que nunca hayas venido hasta ahora —chasqueo la lengua mientras nos metemos en la autopista atascada. Normalmente, estaría suspirando y tenso. ¿Pero hoy? Hazel está aquí, así que todas las molestias del mundo podrían ocurrir a la vez y a mí me daría igual.

—Supongo que estaba esperando que lo correcto me trajera aquí —me dedica una sonrisa brillante—. Y ahora estoy de *vacaciones*.

—Por dos días enteros —río un poco y luego suspiro—. Llevo cuatro días de vuelta en el trabajo y ya estoy celoso de tu tiempo libre.

—¿No tienes libre este fin de semana?

—Bueno sí, pero… —dejo la frase en el aire, negando con la cabeza. Vamos a ocho kilómetros por hora. Por esto ya necesitan autos que se manejen solos. Ya podríamos estar cogiendo en el asiento de atrás si tan solo tuviera un robot que nos llevara de vuelta a Dumbo—. Nunca estoy completamente libre. Te garantizo que recibiré al menos una llamada de emergencia mañana y otra el domingo por la noche.

—Mientras no tengas que dejarme ni un solo segundo —dice, estirando la mano para apretarme la rodilla—. Es todo lo que pido.

—Ni soñarlo —le sonrío, y su mano sube por mi rodilla y a lo largo de mi muslo. Pronto está acariciando la cremallera de mis pantalones de vestir, y mi verga se pone en atención—. No pierdes el tiempo.

—Estos últimos cuatro días han sido un *infierno* —gime, dibujando patrones perezosos sobre la entrepierna de mis pantalones. Su roce hace que mi verga se endurezca hasta que el bulto es notorio. Me humedezco el labio inferior, mirando su mano entre mis piernas mientras avanzamos lentamente. La visión de sus dedos delgados y sus uñas rojas perfectamente pintadas acariciando mi bulto creciente me pone aún más duro.

—¿Puedo? —se queja un momento después, girándose hacia mí. Está jugueteando con mi cinturón y lo tiene a medio desabrochar antes de que pueda responder.

—¿En medio del tráfico? —pregunto, pero es solo una fachada de decoro. Podría chupármela en medio de Central Park si quisiera.

—¡Sí! Estamos en la gran ciudad, nunca volveremos a ver a esta gente. Además, ya casi está oscuro —sus ojos brillan con picardía, lo que me arrastra. Por esto, entre tantas otras razones, amo a esta mujer. Porque en su primera visita a Nueva York quiere chupármela en el tráfico. Porque está dispuesta a arriesgarse con esto. Porque es la persona más exitosa que he conocido y aun así quiere llegar más alto. Podría enumerar las razones durante una semana entera y todavía me quedarían más.

—No voy a decir que no a eso —digo, riendo mientras desabrocha mi cremallera con cuidado alrededor del bulto tenso. Su mano fría encuentra mi verga a través del pliegue de mis bóxers y, de repente, mi polla está afuera en el creciente crepúsculo del tráfico del viernes por la noche. Solo otro pasajero en el auto.

—*Mmmm* —aprieta mi verga un par de veces, y me sacudo bajo ella, aferrando el volante con los nudillos blancos. Es difícil mantener la concentración en la carretera. Chasqueo la lengua mientras arrastra la uña por la cabeza de mi verga—. No me dieron ningún snack en el avión, así que voy a tener que comerme tu polla ahora, ¿de acuerdo?

Todo lo que puedo hacer es reír mientras su cabeza desciende, y luego está el calor resbaladizo de su boca, consumiendo la longitud de mi verga. Gruño, pasando la palma de mi mano por la seda de su cabello mientras sube y baja un par de veces. Mis muslos se tensan bajo la atención de sus lametones. Hazel es la puta ama.

—*Mrrgghhh* —murmura con mi verga en la boca, y ni siquiera encuentro las palabras para preguntar qué intentaba decir. Piso el freno un poco demasiado fuerte después de avanzar de nuevo. Su lengua encontró la sensible ranura, y estoy a punto de acabar.

—Cielos, Hazel —suspiro. Mi verga es de hierro en su boca, y ella desliza una mano dentro de mis pantalones para apretarme las bolas. Gimo, presionando la cabeza contra el asiento. El tráfico es un borrón frente a mí. Probablemente esta no fue la idea más segura, pero ya es tarde. Jadeo como un perro mientras ella le da otro tirón a mi verga. Sale con un *pop*.

—Qué rica —murmura, y luego se sumerge de nuevo.

Por regla general, no hago contacto visual con los conductores a mi alrededor en un día normal, pero hoy *definitivamente* no quiero escanear la autopista y ver quién podría estar disfrutando del espectáculo. Ya casi está oscuro, al menos eso. Pero no aguantaré hasta que sea de noche. No con estos labios carnosos llevándome al límite.

Se traga mi verga de nuevo, y luego envuelve una mano alrededor del tronco mientras sus labios se deslizan sobre y alrededor de la cabeza de mi polla. Mi estómago se pone duro como una roca, y lucho contra el impulso de mover las caderas. Hasta los dedos de mis pies se enroscan, esperando este orgasmo. Estoy tan jodidamente cerca.

—Hazel —gruño, agarrando la parte de atrás de su bonito peinado. Ella sorbe, gime y entonces la dicha se desborda, el calor llenándome de la cabeza a los pies. Me aseguro de pisar el freno mientras mis ojos se cierran con fuerza y el orgasmo sacude mi cuerpo.

Ronronea como una gatita, pasándose la lengua por las comisuras de la boca. Se lo tragó todo y ni siquiera pestañeó. Lucho por regular mi respiración.

—El tráfico avanzó —dice con calma, y luego me mete de nuevo en los pantalones. Agarro el volante y avanzo, tomando otra respiración profunda.

—¿Ese era el snack que buscabas? —bromeo, rozando mis nudillos contra el costado de su cara. Me estiro para arreglarle un poco el pelo que le despeiné. Ella baja el espejo del parasol y se arregla el cabello.

—Exactamente lo que necesitaba —dice con una sonrisa diabólica —. Hasta nuestro plato principal más tarde, claro.



¿Cómo podríamos hacer otra cosa que no fuera coger en cuanto pusimos un pie en mi apartamento? Originalmente tuve la tonta idea de darle un gran recorrido y empezar con vino en la azotea, pero no.

En el momento en que entramos a mi apartamento del quinto piso, la tengo presionada contra la pared y medio desnuda. Nos besamos como la primera vez en mi casa de Bayshore. Como si todavía tuviéramos mucho que compensar.

Una vez que le quito la falda y sus tacones han caído al suelo, la levanto contra mi puerta. Su respiración se corta, la parte superior de sus pechos se desborda del sujetador de satén negro. Es una fantasía viviente. Curvas suaves y elegancia, inteligentísima e ingeniosa, pero sigue siendo la misma Hazel con pecas de sol con la que he competido en bicicleta desde la infancia. Excepto que ahora nuestras carreras nos han llevado hasta aquí: el apartamento que pronto llamará hogar.

—Por favor, Gray —murmura en mi oído, clavando las uñas en el borde de mi hombro—. Lo necesito.

Yo también lo necesito. Más de lo que puedo llegar a entender. Mientras ella está inmovilizada contra la puerta, aparto a un lado el húmedo trozo de tela que cubre su coño y me acomodo entre sus muslos. La cabeza de mi verga se desliza sobre sus pliegues, y ella gime, con la cabeza golpeando la puerta.

—Graaay —gime, la desesperación tiñe su voz.

Me hundo dentro de ella, más rápido de lo que pretendía. Pero es tan malditamente difícil ir despacio con ella. La quiero dura y rápida y siempre. Me hundo en su glorioso y aterciopelado calor, el aliento escapándose de mí. Ella grita y se arquea. Se siente demasiado bien. Se siente demasiado *correcto.*

Nuestros cuerpos chocan, el metrónomo de nuestra pasión. Aprieto los montículos de su culo en mis palmas, enterrándome dentro de ella. No llevamos ni cinco minutos en el apartamento y ya sé que ella es la pieza que falta en mi rompecabezas. El aspecto final para que este lugar se sienta realmente como un hogar.

No solo mi apartamento, sino Nueva York. Hazel es lo que me ha faltado todo este tiempo.

—Joder, Hazel —salgo y luego vuelvo a entrar. De vuelta a la mejor sensación del mundo. Enterrado hasta la empuñadura en la mujer de mis sueños—. Te amo tanto, ¿lo sabes?

Una sonrisa perezosa cruza su rostro, y su pecho sube y baja. —Yo te amo más.

Gruño, un cosquilleo de placer se acumula en la parte baja de mi vientre. Estoy cerca. Incluso después de haberme corrido hace una hora en el auto, estoy listo de nuevo. Con la seda de su coño envuelta a mi alrededor, no puedo aguantar mucho más. No cuando ella dice *te amo más*. No cuando está aquí en mi apartamento, en la ciudad de Nueva York. Dándonos una oportunidad.

Con la banda sonora de piel resbaladiza y gemidos entrecortados, mi propio orgasmo se precipita. Me lanzo hacia adelante, haciendo un último intento de fusionar nuestros cuerpos. Me corro largo y caliente dentro de ella, enterrado profundamente, el signo de puntuación más perfecto para este día.

Hazel es gelatina en mis brazos. Es puro líquido y risas, y cuando la bajo al suelo, no puede ponerse de pie al primer intento.

—Ese… —me mira con los ojos nublados por el sexo—. Ese me ha llegado hondo.

Sonrío y presiono un beso en sus labios. —Ese fue el comité de bienvenida —bromeo, pasando mis labios por el contorno de su oreja—. Espera a que empecemos el verdadero recorrido por el apartamento.

En este momento, me doy cuenta de que nunca he sido más feliz en Nueva York.

Ahora solo necesito asegurarme de que Hazel se quede.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

HAZEL

Estoy de vuelta en Brooklyn, por segunda vez en un mes. Han pasado tres semanas desde que terminaron las vacaciones de Gray en Bayshore, y dos semanas desde mi última visita.

Miro por el enorme ventanal de la sala de Grayson. Esta sería mi vista de todos los días. Las calles empedradas se extienden ante mí y los almacenes reconvertidos a lo lejos le dan a casi todo un aire hípster. Me encanta su barrio. Me encanta Nueva York. Me encanta tomar taxis, taxis amarillos de verdad. Aunque su apartamento es uno de esos lugares ostentosos y sin personalidad de los que él decía estar harto, tiene potencial.

Pero nada de eso importa en realidad. Porque no importa con cuánta frecuencia o cuán vívidamente imagine mi vida aquí, no termina de encajar.

Debería darle más tiempo. Excepto que la única manera de poder seguir viniendo es tratarlo como si fueran unas vacaciones. Como si el apartamento de Grayson fuera ese adorable lugar que alquilé por

internet y todos los sitios que visitamos fueran anotaciones para el álbum de recortes del viaje.

Es la segunda visita, pero la verdad silenciosa me susurra hasta los huesos. *Vivir aquí no es para mí.* No hay jardín. No hay pájaros por la mañana. El estruendo del puente cercano es, por sí solo, motivo suficiente para descartarlo. Por no mencionar las otras cien cosas que me molestarían después del primer mes aquí.

Probablemente lo peor de todo es el horario de Grayson. Ambos estamos enfocados en nuestras carreras, pero el hombre apenas sale del trabajo antes de las nueve la mayoría de las noches. Yo soy culpable de lo mismo en ocasiones, pero este viernes en particular, hizo que un auto de una aplicación me recogiera en el aeropuerto en lugar de él, porque «se le complicó en la oficina».

Le creo. El hombre es una máquina de trabajar.

Pero solo está sentando el precedente de cómo sería la vida aquí.

Estaría mayormente sola. Creando mi negocio desde cero. E irritada por el ruido de la calle.

Genial.

Me llega un mensaje de texto mientras contemplo la calle.

CALLIE: Oye, amiga, ¿qué planes para esta noche?

HAZEL: Poca cosa. Estoy fuera de la ciudad.

CALLIE: ¿¿dónde estás??

HAZEL: En Nueva York.

CALLIE: Para un poco. ¡Esta es la segunda vez! ¿Te vas a mudar allí o qué?

Lanzo el teléfono al sofá detrás de mí. No sé cómo responder a esa pregunta. O más bien, tengo dos respuestas distintas. La que le daría a Grayson y la que me admitiría a mí misma.

Y suenan como «Todavía no lo sé» y «Ni de coña».

La verdad es que mi intuición lo supo después de la primera visita, pero aquí estoy de nuevo, poniendo a prueba mi determinación. Grayson hace que sea difícil decir que no. Porque si digo que no, lo perderé. Y si lo pierdo, no sé qué vendrá después.

Así que parece más prudente existir en esta nueva y moderna versión de un punto muerto. Donde vivimos en una especie de parálisis hasta… *algo*.

HAZEL: Solo de visita con Gray.

Es todo lo que puedo decir. Porque se siente como una traición rechazar su idea ante cualquier otra persona primero, aunque las partes más profundas y secretas de mi corazón sepan la verdad.

La última vez que estuve aquí, Gray me llevó a reunirme con un magnate inmobiliario en el raro momento en que realmente nos tomamos un descanso del sexo y salimos del apartamento. Almorzamos en un sitio caro bajo el puente de Brooklyn con el amigo de Gray, Trace Fairchild, uno de esos multimillonarios benévolos que a los medios les encantaba investigar porque había empezado de la nada y mantenía una fascinante variedad de parejas sexuales. Trace y Gray eran viejos amigos de Wall Street y Trace tenía la conexión con el mundo inmobiliario que yo necesitaba: una amante intermitente llamada Tarina. Entre chardonnay y paté de salmón, Tarina entró en detalles sobre lo que podía esperar del sector inmobiliario aquí, mientras que Trace me expuso algunas de las realidades financieras que me aguardaban.

En resumen: aún más trabajo duro, mucho tiempo y una jodida tonelada de dinero de inversión.

Necesitaría al menos dos años para establecerme, con un presupuesto para multimedia cinco veces mayor que en casa. Tengo veintiocho años, así que eso significa que ni siquiera podría pensar de forma realista en quedarme embarazada hasta que tuviera treinta y pocos años. Lo cual es genial. Excepto que establecerme no se traduce necesariamente en solvencia financiera. Me veo necesitando más tiempo para encontrar mi ritmo aquí. Para generar las ganancias a las que estoy acostumbrada.

Mi suposición es que si dejo que el mercado de Nueva York dicte la maternidad, no me quedaría embarazada hasta los treinta y ocho. Y no es así como imaginé que se desarrollarían las cosas.

Esta pregunta me agobia, arañándome los brazos y las piernas, a cada hora de cada día. La memoria RAM de mi cerebro está al noventa y nueve por ciento intentando solucionar este problema, incluso cuando intento no pensar activamente en ello.

Porque, ¿qué pasa si tomo la decisión equivocada?

¿Y qué pasa cuando ambas opciones parecen equivocadas?

Grayson finalmente llega a casa pasadas las nueve y media y anda apurado, dejando su maletín y quitándose la corbata. Recibo un beso rápido de él antes de que se meta corriendo en el dormitorio.

—Quiero cambiarme y nos vamos —me grita—. Lamento llegar tan tarde. ¿Te mueres de hambre?

Lo sigo al dormitorio, observando mientras se desabotona la camisa del trabajo y se quita los pantalones de vestir. Hace dos semanas, me tenía contra la puerta, follando conmigo sin sentido. Hoy, prácticamente puedo ver el hierro forjado en el que se han convertido sus músculos por el estrés.

—Tengo hambre —digo, sentándome con cuidado en la cama—. Pero no te preocupes. Comí un buen snack antes de mi vuelo.

Una sonrisa se asoma en su rostro.

—Espero que no sea del mismo tipo que el que tomaste la última vez que estuviste aquí.

Entra rápidamente al baño y oigo un profundo suspiro. Cuando vuelve a salir, se está frotando la cara.

—¿Día duro en la oficina? —pregunto, haciendo una mueca de dolor.

—Se podría decir que sí.

—Tranquilo, amor. Ya es fin de semana. —Me paro frente a él, buscando su expresión. Su mirada recorre mi rostro, pero no parece que me vea de verdad. Deslizo las palmas de mis manos por sus brazos y sobre su pecho. Se relaja un poco.

—Estoy tan contento de que estés aquí —murmura, pasando sus manos sobre la parte superior de mis caderas. Apoya su frente en la mía y puedo sentir que parte de su chispa regresa—. Te tendría tumbada en mi cama si no fueran casi las diez ya.

Me río.

—El sexo puede esperar. El sushi no.

Mi estómago está rugiendo y estoy a un pelo de ponerme de mal humor por el hambre, pero no se lo hago saber. Está estresado y al borde del mal humor, así que comienza la Operación Empezar el Fin de Semana. Le ayudo a elegir un atuendo, manteniéndome divertida y coqueta mientras nos apresuramos hacia el ascensor y salimos a la

calle. Él mantiene mi mano en la suya y, aunque está sonriendo y riendo, puedo sentir el agotamiento que irradia.

Las calles están bulliciosas y llenas de vida a las diez menos diez y, aunque es *tan* extremadamente tarde para cenar, no me importa. Porque estoy en modo vacaciones. Me lleva al local de sushi de la vuelta de la esquina. Todo es iluminación tenue y asientos bajos y negros. Una camarera con un piercing en el septum y un extraño corte de pelo en bloque nos guía a una mesa esquinada. Nos deslizamos en el asiento de vinilo de respaldo alto y Gray me toma en sus brazos.

Miramos el mismo menú. Él apoya la barbilla en mi hombro y de vez en cuando gruñe en señal de aprobación mientras le repito diferentes opciones.

—Estás agotado —digo, girándome para mirarlo a la cara.

—Lo sé. Pídeme lo que creas que me gustaría.

Inclino la cabeza de un lado a otro mientras tomo la decisión por los dos. Grayson bosteza.

—Pobrecito. —Le doy una palmadita en la rodilla—. ¿A qué hora entraste hoy?

—A las seis.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué tan temprano?

—Quería salir temprano porque venías tú.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que esa es una jornada laboral de quince horas… en un día que se suponía que debía salir temprano.

—¿Por qué saliste tan tarde?

Él niega con la cabeza, sus ojos se van cerrando.

—Parte de la investigación que mi subalterno preparó salió toda jodida. Así que tuvimos que apurarnos para arreglarla para el cliente. Es una de mis cuentas más grandes, así que…

Ya le he oído esta misma historia de pasada antes. No sobre este cliente, o este subalterno en particular, pero sí la misma trama. Algo salió mal, así que pasó varias horas extras tratando de arreglarlo. Vive en su oficina, pero por alguna razón no lo admite.

—Comamos y luego volvamos a dormir —le susurro al oído. Él exhala un suspiro, apretando más su agarre alrededor de mi cintura.

—Pero tenemos que salir y hacer algo —insiste.

—Lo estamos haciendo ahora mismo. Y luego, una vez que hayas dormido bien, haremos aún más mañana.

Él gruñe, deslizando su pulgar de un lado a otro sobre la parte superior de mi muslo.

—Está bien, mamá.

Llega la bandeja de sushi y es una verdadera obra de arte. Pero Grayson está desconectado. Come, pero ni siquiera parece inmutarse. Este sushi es *fenomenal*; cuando viene dispuesto en forma de serpiente, sabes que te espera algo bueno. Pero a él le da igual.

Y lo entiendo. De verdad que sí. Está tratando de reunir energía cuando ya no le queda ninguna. Está al borde del agotamiento. Y la verdad es evidente.

El hombre no tiene espacio en su vida para nada más allá del trabajo. Lo que no deja mucho tiempo para esa familia feliz que quiero crear con él.

Es un pensamiento que trato de reprimir mientras inhalo wasabi y salmón. Incluso le doy a Grayson algunas piezas en la boca y él sonríe mientras le meto la comida con los palillos. Se ha dejado crecer más el pelo de la parte de adelante y se le está formando un montón de rizos sobre la frente. Con los lados casi rapados, se ve aún más como un neoyorquino imposiblemente a la moda.

Uno que está quemado por el trabajo. Que vive su vida personal en las medias horas antes de acostarse y después del amanecer. Que lo quiere todo, pero no tiene tiempo para nada.

Una vez que estamos de vuelta en el apartamento, Grayson se queda dormido antes de que su mejilla toque la almohada. También es tarde para mí, así que me acurruco un rato junto a su cuerpo roncador antes de quedarme dormida.

No me enfadaré por no tener una noche de pasión con él. Al menos lo tengo a mi lado.

Excepto que eso suena a un mantra peligroso.

Uno que podría convertirse en la norma si decido vivir aquí.

CAPÍTULO VEINTISIETE

HAZEL

A la mañana siguiente, me levanto a las siete, despierta y llena de energía. Oye, para mí eso es dormir hasta tarde. Grayson sigue en el quinto sueño, así que revuelvo en su cocina y preparo la cafetera. La luz del sol inunda su apartamento y no puedo evitar sonreír. Este lugar es precioso. ¿La vista? Impresionante.

Está sin duda entre mis diez destinos favoritos.

El pensamiento retumba en mi interior mientras observo el *gota a gota* de la cafetera. Aunque hay una diferencia entre *destinos* y *hogar*. Mi teléfono vibra a las ocho menos cuarto. Es mi papá.

—Cariño, quiero invitarte a desayunar —suelta.

Sonrío, acomodando el teléfono entre la oreja y el hombro mientras saco una taza negra de los gabinetes blancos y lisos. Toda la cocina está decorada en blanco con detalles de acero. Todos los electrodomésticos son de acero inoxidable. Es elegante, luminoso e inspirador. Dedicarme al negocio inmobiliario aquí *sería* divertido.

—No puedo, papá. —Me encantaría aceptar su oferta, escaparme mientras Grayson duerme para encontrarme con mi papá y comer

panqueques. Pero ahora estoy a cientos de kilómetros de distancia. Y si me mudo aquí, mis desayunos con papá se reducirán a una o dos veces al año—. Estoy fuera de la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Adónde fuiste esta vez?

—A Nueva York de nuevo. —Mantuve las cosas bastante en secreto sobre este viaje.

—¿Otra vez? ¿De verdad estás pensando en mudarte para allá ahora?

Se me revuelve el estómago. Esto es lo que temía. Enfrentar al monstruo de frente. —No lo sé. Lo estoy considerando.

—Me dijiste que no lo harías.

—Lo sé. —Me muerdo el labio mientras me sirvo una taza de café hasta el borde—. Lo sé.

Se le escapa un suspiro. —¿De verdad quieres mudarte para seguir a este tipo?

—Solo estoy *viendo* —digo con un suspiro—. Además, conocí a una mujer que siguió a un hombre a Bayshore una vez. ¿Estaba tan equivocada?

—Duraznito —dice, con voz resignada—. Eran otros tiempos. Tu mamá no tenía un negocio de diez millones de dólares.

Sonrío. Siempre exagera mis logros, pero no me molesta.

—Además —continúa—, he visto a muchos amigos que empezaron como tu mamá y yo. Y ahora todos están divorciados. La gente se vuelve infeliz por lo que sacrificó, y eso los separa.

Frunzo el ceño. Tiene razón. Grayson quiere que sacrifique mucho. Pero él no lo ve así. Y quizá esa es la pieza del rompecabezas que se niega a encajar. Está cegado por algo, ya sea su desdén por Bayshore, su adicción a la adrenalina en Nueva York o alguna otra cosa, y es como si ni siquiera se diera cuenta.

Pero, aun así… Si esta es la única manera de conservar a Grayson… entonces debería hacerlo.

Aunque sea difícil.

—Solo digo que tu mamá probablemente también se habría sentido infeliz con el tiempo. Hice que dejara su hogar. ¿Sabes a qué me refiero? Se habría quedado en el sur de Ohio hasta el fin de sus

días si no fuera por mí. Pero ¿qué sé yo? Soy un vejestorio. Sé que ustedes dos tienen algo, pero, maldición. Quiero que seas feliz.

—Seré feliz —le aseguro, riéndome para mis adentros. Siempre se llama a sí mismo un vejestorio—. Con cualquier decisión que tome. Te lo prometo.

—Muy bien, Duraznito. Bueno, voy a buscar a alguien más para que me vea comer waffles. ¿Cuándo regresas?

Le digo que volveré el domingo por la noche y fijamos una cita para el siguiente fin de semana. Cuando cuelgo el teléfono, veo a Grayson en el umbral de la habitación, frotándose los ojos.

—Buenos días, dormilón. —Tomo una segunda taza y le sirvo una a él también. Entra a la cocina tambaleándose, con pantalones cortos y el pelo revuelto de la cama. Nunca he visto una imagen más sexi. Se rasca el pecho y luego me envuelve en un gran abrazo.

—Buenos días. —Me besa la coronilla unas diez veces. Su voz es ronca y más profunda de lo normal.

—¿Dormiste lo suficiente? —Apoyo la barbilla en su pecho y lo miro. Esto. Justo aquí. Este es el momento que siempre me hará considerar abandonar todo en Ohio. Su calor envolviéndome. Esa mandíbula fuerte y la sensación indescriptible de que todo está por fin, felizmente, completo. Siempre que Gray esté aquí conmigo.

—*Mmm.* Me siento de maravilla.

—¿Solo de maravilla? —bromeo—. Eso es una bicoca por aquí. ¿Por qué no como un millonario?

—De hecho, me siento de billones. —Se inclina y presiona un beso con sabor a menta en mis labios—. ¿Quién era el del teléfono?

—Mi papá. —Le paso su taza de café, con los antebrazos erizados al darme cuenta de que probablemente escuchó mi parte de esa conversación.

—Ah. Así que eso tiene más sentido. —Se jala el pelo de la frente antes de sentarse en un taburete frente a mí, al otro lado de la isla de la cocina. Sopla la superficie de su taza por un momento.

—¿Qué cosa?

—Eso de que conoces a una mujer que siguió a un hombre a Bayshore una vez.

Sostengo la taza entre mis manos, disfrutando del calor. Grayson mantiene su apartamento apenas en el lado frío. —Está un poco preocupado de que esté considerando seriamente mudarme aquí.

Gray mira su café un momento, luego me mira, con la vulnerabilidad escrita en su mirada. —Bueno, ¿no es así?

—Claro que sí. —Se me oprime el pecho—. Le dije originalmente que no lo haría. Y no le he contado a mucha gente sobre estas visitas, así que tanto él como Callie intentaron hacer planes conmigo este fin de semana. Tienen curiosidad.

—¿Callie también?

Asiento, sorbiendo mi café. —Nadie quiere que me vaya.

Gray no dice nada.

—Pero ya tengo un comprador interesado en mi casa —digo, tratando de sonar optimista al respecto. La mirada asombrada de Gray se encuentra con la mía.

—¿Lo dices en serio? —La emoción en su voz es una sacudida mejor que la cafeína que recorre mis venas.

—Sí. Quiero decir, sucedió de forma natural. Ni siquiera he puesto la casa en venta ni nada. Pero la oportunidad adecuada simplemente… surgió. —Me río, pero suena hueca. No quiero vender mi casa. Pero una de las visitas que di la semana pasada fue a un viejo amigo de la familia, que dijo que siempre había deseado en secreto *mi* casa y la compraría en el segundo en que saliera a la venta. Ni siquiera había dicho que estaba considerando una mudanza. La habían visto al pasar en coche a lo largo de los años y siempre la habían admirado.

¿Coincidencia? ¿O una señal de que debería irme a vivir a Brooklyn?

Solo una de las muchas cosas que me hacen dudar sobre cuál podría ser el camino correcto a seguir.

Por un lado, podría vender mi casa la próxima semana y aterrizar suavemente en Dumbo con un novio serio y un futuro preestablecido por delante.

O podría decirle que no al amor de mi vida porque quiero bebés más pronto que tarde, y porque extraño el sonido de los pájaros por la mañana.

—Cariño. Eso es increíble. —Grayson aprieta mi mano, con algo pesado en su mirada. Algo significativo.

—Sí. —Bajo la mirada de nuevo al café—. Aunque no sé si la venderé. La necesitaría para el capital inicial aquí, pero…

—Véndela o no. Depende totalmente de ti. —La claridad brilla en sus ojos. Tiene ese tono que significa que va en serio—. Yo puedo ayudarte con tu capital inicial.

—Vi la cantidad que ofreciste en tu hoja de cálculo —digo, sintiendo más dudas surgir—. Pero no creo que sea suficiente. No después de reunirme con tu amigo la última vez. En realidad, creo que lo más inteligente sería vender mi casa *y* aceptar tu oferta. Solo para tener el colchón para los dos primeros años que necesitaría para ver si realmente puedo lograrlo aquí.

—Genial. Hagámoslo.

Me muerdo el labio, mirando el contenido de mi taza. —Me duele un poco considerar vender mi casa.

Grayson se desinfla un poco. La sensación que tengo es que dentro de su cabeza está pensando: *Genial, así que volvemos al punto de partida con Bayshore.*

—He gastado mucho tiempo y dinero en ella. Y la *amo*.

—Podemos rediseñar completamente este apartamento, ¿sabes?

—Cierto. Pero… —suspiro. No sé qué más decir. Las dudas me están matando. Están carcomiendo mi cordura y mi tiempo libre. Ni siquiera estar aquí en el apartamento de Grayson me da alguna claridad. Estoy tan conflictiva como siempre.

El teléfono de Grayson zumba desde el otro lado de la habitación. Aprieta la mandíbula, girándose para mirar el teléfono. Zumba por un rato, y luego finalmente va por él. Contesta con voz áspera.

—¿Qué pasa?

No necesito oír nada para saber que es algo relacionado con el trabajo. Se frota la cara mientras vuelve hacia la cocina. Se aclara la garganta, volviendo a sentarse en el taburete con una expresión tensa en su rostro.

—No voy a ir —dice finalmente—. Tienes que resolver esto por tu propia cuenta. Y no me llames por el resto del día. Maldita sea. ¿Me oyes?

Apaga su teléfono y de repente se gira para lanzarlo al sofá. Se aloja entre los cojines. Lo miro, atónita.

—Por Dios, que alguien me mate —murmura, pellizcándose el puente de la nariz.

—Eh, ¿Grayson? —pregunto. No estoy acostumbrada a verlo actuar así—. Si renuncio a todo en Bayshore y me mudo aquí, ¿prometes conseguir un nuevo trabajo?

Levanta su mirada hacia la mía, y hay incertidumbre allí. Como si estuviera tratando de decidir si reírse o no.

—No puedo renunciar —dice.

—¿Por qué? ¿Porque te encanta odiar la vida?

—Gano más de medio millón de dólares al año —dice en voz baja. Casi amenazante—. No puedo renunciar a eso.

La cifra es un golpe en el estómago. Una buena suma, sin duda. Pero, ¿a qué precio?

—Puede que ganes mucho dinero, pero estás gastando cada gramo de tu vida para ganarlo —comento antes de volver a sorber mi café. Quiero mantener esto casual, incluso amigable, pero mi corazón late con fuerza mientras hablo. Esta conversación no se mantendrá ligera por mucho tiempo—. No saliste hasta las nueve anoche, y eso fue "temprano".

La mandíbula de Gray se tensa. —No siempre será así. Tan pronto como me asciendan a Director General...

—¿Cuándo será eso?

Niega con la cabeza. —Podrían pasar algunos años más.

—¿Y cuándo lo sabrás?

—Los ascensos son esporádicos. Ascendí temprano y rápido, pero depende de la redundancia y las vacantes.

Me muerdo el interior del labio. —Así que todavía podrías tener varios años de esto por delante. —Mi estómago se hunde más rápido que una roca en el lago Erie. Sabía que trabajaba mucho, pero pensé que era más por pasión. Como yo, que trabajo de sol a sol algunos días.

Pero la diferencia es que yo amo lo que hago. No llego a casa por la noche y arrojo mi teléfono al sofá y digo tantas palabrotas como para despertar al diablo.

—Salgo a las ocho la mayoría de las noches —ofrece, como si esto fuera de alguna manera un consuelo—. Pero este maldito problema que estamos teniendo ha… —Hace una mueca—. No. Ya no quiero hablar de eso. No estoy en el trabajo ahora mismo.

Jugueteo con el asa de mi taza, de repente insegura de qué decir a continuación. Un tornado de dudas se arremolina en mi interior, arrancando los techos de mi cordura, volcando los coches estacionados en mi callejón de estabilidad. Grayson no quiere renunciar al estilo de vida, aunque lo odie.

—No parece que ames tu trabajo.

Se burla. Amargamente. —La mayoría de los días no.

—Entonces, ¿por qué no buscas otra cosa?

—¿No me oíste? No puedo renunciar a lo que estoy ganando. Me estoy preparando para el resto de mi vida. Tengo inversiones en marcha en algunas cosas grandes en este momento. El dinero de la casa de Bayshore se va a una nueva empresa emergente en Silicon Valley, y necesito tener el capital para invertir. —Está acalorado ahora, pasándose la mano por el pelo mientras recorre el ancho de la sala—. No es lo ideal, lo veo. Pero es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer porque creo en lo que estoy luchando por conseguir.

—¿Y qué es eso? —pregunto, manteniendo la voz calmada. *Por favor, no digas que convertirte en multimillonario.*

Se ríe un poco, como si la pregunta fuera ridícula. —¿En serio?

—Sí. Dime por qué estás luchando. —Cruzo los brazos—. Quiero oírte decirlo. Solo para que estemos en la misma página.

Me observa, con las manos en las caderas, la luz del sol entrando por las ventanas a su alrededor. Es como un anuncio de revista hecho realidad. Excepto que la tensión en la habitación es tan densa que estoy a punto de ahogarme.

—Quiero estar en la cima.

Asiento. —Claro. Quieres ser el mejor. Como siempre.

—¿Como si tú no quisieras?

Echo más café en mi taza, aunque no está vacía. Necesito algo para ocupar mis manos. Para disminuir la tensión que vibra a través de mí. —Esto no se trata de mí.

Se burla. Ahora estamos peleando. Ese ruido señaló el pistoletazo de salida. —Claro. Cuando aspiro a ser el mejor en mi carrera, está mal. Pero cuando tú lo haces, es noble. Lo entiendo.

Le lanzo una mirada. —¿De qué diablos estás hablando?

—¿Por qué actúas como si hubiera algo malo en lo que estoy persiguiendo?

Aprieto los dientes y me obligo a respirar antes de responder. Esto podría derivar en un terreno peligroso. Quizá ya lo ha hecho. —Nunca dije que hubiera algo malo en lo que querías. Estoy tratando de ayudarte a sentirte mejor con la vida. Odias lo que haces, y quiero que ames lo que haces. ¿Eso está tan mal?

—Claro. Bueno, no te pedí tu opinión, ¿verdad? Puedes guardarte tus consejos para alguien que los necesite. —Me lanza una mirada oscura y sale furioso de la sala. La puerta del dormitorio se cierra tras él, y me quedo boquiabierta en la cocina.

Repaso nuestro acalorado intercambio en mi cabeza, sintiéndome a la vez a la defensiva y arrepentida. No quería atacarlo, pero sí quiero que haga algo que le guste más. Quiero al Grayson relajado y feliz que conocí en Bayshore. Quiero al hombre que puede llevarme a cenar antes de las ocho de la noche, que realmente puede dejar el trabajo atrás. Me acurruco en el sofá, con el corazón latiendo con fuerza mientras espero alguna señal de vida de él.

Cuando finalmente sale del dormitorio, se sienta en el sofá frente a mí. Se ha puesto una camiseta y zapatillas para correr. No me mira a los ojos.

—¿Mejor ahora? —pregunto.

—Necesito salir a correr.

—Bien. Hazlo. —Resoplo, poniéndome de pie—. Iré a pasear por el vecindario.

—¿Quieres venir conmigo?

—No. Estoy bien. —Le aprieto el hombro al pasar a su lado. Deberíamos dejar la conversación por ahora… y él necesita una oportunidad para aclarar su cabeza. Antes de que arruinemos por completo estas preciosas pocas horas que tiene lejos del trabajo—. Sal a correr, y luego iremos a desayunar.

Antes de que desaparezca en el dormitorio, me agarra de la muñeca y me atrae hacia él para un beso duro pero breve. Hay ira allí, así como un amor desgarrador. Lo veo irse, y cuando estoy sola en el apartamento, estoy más triste que nunca.

Pero, aun así, me recupero. Intento no pensar en nuestra conversación inconclusa mientras él no está, ni mientras salimos a un delicioso brunch y nos ocupamos con una visita a Manhattan para ver museos. Terminamos teniendo un gran día y una noche sexi. La tensión que bordeó nuestra mañana se disuelve.

Hasta el domingo, claro.

Gray se despierta con una llamada telefónica a las ocho de la mañana. Por supuesto, es del trabajo.

—Maldita sea, te lo dije, Ian —escupe, arrancándose las sábanas. Estábamos acurrucados hace medio segundo, y en el instante en que su teléfono sonó, todo su cuerpo se puso rígido y tenso—. Tienes que resolver esto.

Ian debe haber logrado decir algo, porque Grayson se queda en silencio por un momento. Luego gime, dejando caer la cabeza entre las manos.

—¿Así que renunció? —Gray suena resignado. Más silencio.

—Estaré allí a las siete —dice Gray. Nunca lo he oído tan abatido. Mi vuelo sale a las seis. Frunzo el ceño mientras cuelga el teléfono. Se sienta en el borde de la cama, frotándose la frente.

—Tú también deberías renunciar —digo, tratando de aligerar el ambiente. Gray lanza su teléfono al suelo, con la fuerza suficiente para hacerme respingar, y entra furioso al baño.

Nuestra mañana es silenciosa. Repleta de sentimientos no dichos. Sé que está cabreado por el trabajo, pero no importa lo que haga para distraerlo o hacerlo sentir mejor, él lo rechaza. Hoy es un perder-perder con Grayson. Volé ochocientos kilómetros para verlo odiar su trabajo y casi romper su teléfono dos veces.

Genial.

Logramos desayunar en un lugar cercano y luego pasamos un tiempo caminando por el parque y mirando escaparates. Se relaja un poco durante el día. Incluso logro sacarle una sonrisa un par de

veces. Pero una vez que estamos en su coche de camino al aeropuerto, esa nube negra lo consume de nuevo.

—Sabes —digo, mientras entramos en el atasco del domingo hacia el aeropuerto—, quizá deberías venir tú a Bayshore la próxima vez.

—Eso va en contra del propósito —dice en voz baja, con un tono más que claro de "es obvio"—. Se trata de que tú te mudes aquí, no al revés.

La frustración me hierve por dentro. Ya no puedo reprimir el sarcasmo. —Parece que te haría bien salir de la ciudad otra vez.

—Nueva York no es el problema —murmura, y luego maldice por lo bajo—. ¿Qué está haciendo este imbécil? —Señala al Corolla frente a nosotros, que ocupa dos carriles, sin moverse. Baja su ventanilla y saca la cabeza—. ¡Mueve el trasero!

—Grayson —siseo, dándole un manotazo en el brazo.

—¿Cómo se supone que vamos a avanzar si estás jodidamente parado? —grita. Los bocinazos se hinchan a nuestro alrededor. Me tapo la boca. Increíble. Pero supongo que así es el tráfico de Nueva York. Todo el mundo está impaciente, estresado y atascado en el tráfico. Igual que nosotros.

Sube la ventanilla una vez que el coche avanza a trompicones. Un dedo medio vuela y sus fosas nasales se ensanchan.

—Ese hijo de puta…

—Gray. —Le agarro el brazo—. Vuelve a mí. Deja esa mierda.

Se le escapa un suspiro acalorado. —¿Qué? —espeta.

Mis ojos se cierran. Estoy contando hasta cinco. Me ha arrastrado a su burbuja de estrés, y no quiero estar aquí en mi supuesto fin de semana de vacaciones.

Excepto que nada de esta visita se ha sentido como unas vacaciones. No como la primera vez. Y no creo que haya muchas posibilidades de que la vida laboral de Grayson mejore.

—Sabes —empiezo, una vez que he recuperado una pizca de calma—, Nueva York *es* encantadora.

—¿Ves? —Golpea el volante, como si por fin lo entendiera—. Te lo he estado diciendo. Te vas a enamorar.

—Es el tipo de lugar que me encanta *visitar*.

Se queda en silencio entonces, como si estuviera reflexionando sobre la información. Cuando me mira, hay sospecha en su mirada. —¿Qué intentas decir?

—Es un lugar estresante —digo—. Quiero decir, mírate. Nunca te he visto actuar así…

—Todo el mundo en la ciudad maneja así, es parte de la vida aquí.

—Y claro, hay muchas cosas increíbles. Me encanta dónde vives; me encanta tu vecindario. Pero, ¿vale la pena toda esa maravilla… por *esto*? —Hago un gesto a nuestro alrededor, al mar de coches apretados. La autopista se extiende por kilómetros, y no hay final a la vista—. Es decir, planeamos llegar al aeropuerto como si fuera a tomar un vuelo a Dinamarca, no a Ohio. No me malinterpretes. Me gusta el ajetreo, pero yo… —Mis palabras se agotan de repente. La verdad está temblando en el borde, solo necesito la fuerza para decirla—. No sé por qué me uniría a ti en un lugar que no te hace *feliz*.

Su mandíbula se tensa. Vuelve a agarrar el volante con los nudillos blancos. Tarda mucho en responder. —Amo Nueva York. Y admitiré que falta algo aquí. —Cuando me mira, sus ojos azules están llenos de sinceridad—. Pero ese algo eres tú.

Mis ojos se cierran. El peso de esta petición no es bueno. No es reconfortante ni aliviador. Y ahí es cuando me doy cuenta. Si mudarme a Nueva York para estar con Grayson fuera lo correcto, no estaría luchando por convencerme a mí misma. No estaría reuniendo fuerza de voluntad para imaginar mi carrera aquí.

Quiero ser una turista en Nueva York. No una residente.

No puedo hacer esto. Ni siquiera por Gray.

—Entonces ya sabes dónde encontrarme —digo finalmente, mi voz un susurro. Ya tengo lágrimas en los ojos. Esta mierda de romper apesta. Pero no puedo forzarme a entrar en un agujero que no está hecho para mí. Y si Grayson no puede encajar en el agujero del tamaño de Bayshore, entonces no nos queda a dónde ir.

Gray me mira, con el dolor marcando su rostro. —*Hazel*.

Trago el nudo en mi garganta, incapaz de decir nada más por ahora.

—Vamos —dice, la desesperación haciendo su voz áspera—. Deja de joder.

—Esto no va a funcionar —digo, pellizcándome las cutículas—. Esto no… no *se siente bien*. Quizá te guste estar estresado y odiar la vida. Pero yo no me apunté para eso. No quiero abandonar lo que he construido. Y tú tampoco. Así que aceptemos los hechos y sigamos adelante.

Me duelen mis propias palabras al decirlas, pero necesito aferrarme a la lógica aquí. Si me dejara llevar solo por mis emociones, estaría visitando Brooklyn una vez al mes hasta los noventa. Pero no es eso lo que busco. No un novio de una o dos veces al mes.

Y lo sé.

Lo sabía.

El resto del viaje al aeropuerto es tenso. Parpadeo para contener las lágrimas, limpio algunas que se atreven a derramarse, y cuando se detiene en la zona de salidas, estoy a medio camino de la puerta antes de que haya puesto el coche en modo de estacionamiento.

Estoy esperando junto a la cajuela a que la abra, pero no lo hace. Se baja del coche y camina hacia mí, con la ira y el dolor mezclados en su expresión. La mirada en su rostro es un puñetazo al corazón. Es difícil mantenerle la mirada. Pero esta es la última vez. Tiene que hacerse.

—No hagas esta mierda —suplica.

—Abre la cajuela —digo, finalmente apartando mis ojos de él. Si lo miro un segundo más, me voy a desmoronar. Retiraré todo y haré lo de una vez al mes hasta mi lecho de muerte. Ese arreglo sería un poco menos doloroso que no tenerlo en absoluto.

—Hazel —dice, acercándose—. Necesitamos estar juntos. Somos, joder… —Toma una respiración tensa—. Somos jodidas almas gemelas. Lo sabes, ¿verdad?

Cierro los ojos con fuerza, moviéndome como si tuviera que ir al baño. —Abre la cajuela. Necesito ir a documentar mi maleta. Voy tarde porque casi te agarras a golpes con el del Corolla. Vamos, Grayson.

Me observa un momento más, y luego la cajuela se abre con un clic. Saco mi equipaje en un instante, y antes de que pueda darme la vuelta, me tiene agarrada de la muñeca.

—Cariño —dice, más suave esta vez, la súplica tan intensa que casi me pone de rodillas.

—Esto no va a funcionar —digo, con la voz espesa por las lágrimas. Unas cuantas se derraman ahora que lo miro a los ojos, y lucho contra el sollozo que amenaza con escapárseme—. Pero no te preocupes. Estaré enamorada de ti para siempre, así que al menos puedes estar tranquilo de que has arruinado mi vida amorosa.

Intento alejarme, pero me atrae hacia él. La tentación es demasiado grande. Me derrito en su abrazo, aferrándome a él como si fuera el último trozo de madera a la deriva en el océano. Mis lágrimas humedecen su camiseta, pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo. Porque si me quedo aquí, nunca me iré.

—Adiós, Grayson. —Finalmente me arranco de sus brazos y me apresuro hacia la puerta.

Puedo sentir sus tormentosos ojos azules atravesándome.

No miro hacia atrás.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

GRAYSON

Una vez, cuando recién me mudé a la ciudad, iba en el metro hacia Brooklyn. En la lejana parada donde me bajé, un olor extraño llenaba la caverna subterránea. Olía a basura quemada; el denso aroma a podredumbre y químicos impregnaba el aire.

Cuando llegué a la salida, descubrí que en serio era basura quemándose.

Y ahora mismo, ese basurero en llamas resulta atractivo en comparación con la realidad de mi vida.

Si tan solo pudiera toparme con una pila de mierda en llamas, sentiría que me saqué la lotería.

Estoy de vuelta en la rutina del trabajo, y ahora que no tengo el rayo de luz que era Hazel en mi vida, todo es mil por ciento peor.

No tengo nada que esperar con ansias, excepto los eventuales ceros acumulándose en el total de mi cuenta bancaria. Pero eso es algo para el futuro. No tengo nada para el ahora.

No tengo nada.

Los primeros días después de que Hazel me dejó están llenos de trabajo, pero impregnados de una tristeza tan profunda que apenas puedo comer una comida completa. Se siente como si hubiéramos terminado una relación de veinte años. Como si todo lo que me mantenía con los pies en la tierra hubiera sido arrancado y desechado.

Salimos durante unos dos meses. No un año. No cinco años. Ni siquiera un trimestre fiscal completo. ¿Cómo podía extrañar a alguien que ocupó tan poco de mi vida?

Sé por qué. Es porque Hazel y yo desafiamos las reglas. Siempre hemos buscado superar la norma. Haber accedido finalmente a ese profundo pozo de emoción entre nosotros solo podía llevar a este nivel de intensidad. Incluso después de dos meses.

¿Pero ahora? Tengo que recoger los pedazos, pero no sé adónde los arrojó.

Después de una semana de sueños que me atormentan, me doy cuenta de que no desechó los pedazos, sino que se los llevó con ella.

Bayshore invade mi subconsciente. Cada mañana, cuando cruzo el puente de Brooklyn, solo puedo ver el lago. Una mañana sueño que llevo la moto acuática al banco de arena y encuentro a Luke allí, y de repente tengo un paquete de seis cervezas debajo del asiento de la moto acuática y, entonces, Hazel aparece nadando. Está desnuda, pero cuando me doy cuenta, Luke ya no está. No me extraña que me despertara con una erección después de ese sueño.

Pero ese no es el único sueño. Sin ningún orden en particular, sueño con: no poder encontrar un buen vino en The Daily Shop y comprar agua con gas en su lugar —*¡qué horror!*—; encontrarme a mi mamá en medio del viejo autolavado que cerró a finales de los noventa, donde ocurrió una venta de drogas y el periódico local se dio un festín con la noticia; y, por supuesto, Hazel.

Sueño con ella de formas que desafían la razón. En un sueño, es ella misma. En otro, es rubia y está embarazada, pero nunca supe si el bebé era mío o —Dios no lo quiera— de otro hombre. En otro sueño, ella es una casa en la que entro.

Aguanto cuatro días sin enviarle un mensaje. Y entonces le envío un solo emoji, porque al parecer soy un adolescente. Es el emoji con los dos corazones, por si te lo preguntas. Representa la palpitación que siento en mi cavidad torácica a diario.

Tarda unos días en responder. Y cuando lo hace, es con un corazón roto.

Así que tenemos eso.

Es fácil que los días se esfumen, a pesar del desamor, por el ritmo agotador de mi horario de trabajo. Y cuanto más me pierdo en el desastre, más difícil se vuelve tolerarlo. Al menos, antes de Hazel, el trabajo era de alguna manera un consuelo, aunque uno que aceptaba a regañadientes.

¿Pero ahora? No puedo dejar de pensar en volver a casa. En estar en *literalmente cualquier otro lugar* que no sea el trabajo. Y cada vez más, considero ideas sobre lo que podría venir después.

Para ser claro, *siempre* he considerado ideas sobre lo que viene después de la banca de inversión. Mi plan era jubilarme a los cuarenta y cinco, para poder tener una buena oportunidad de probar otra cosa. También se me ocurrió, durante mi mes en Bayshore, que podría intentar dedicarme a la renovación a tiempo completo como mi próximo trabajo.

Pero estoy pensando en eso *ahora*. No puedo dejar de imaginar que todavía quiero terminar esa moldura alrededor de la puerta trasera y levantar el piso de baldosas gastadas del lavadero. A veces todavía me río solo de todas las conversaciones divertidas que tuvimos Weston, Mav y yo mientras instalábamos el piso. Los ritmos matutinos de trabajar en la casa —termo de café, aserrín por todas partes, herramientas apiladas— son recuerdos que me atormentan peor que las langostas.

Así que cuando la Sra. Koch me envía un correo electrónico una semana después de que Hazel y yo rompimos para finalmente hablar sobre la posible escolarización de su hijo aquí, no me sorprende que nuestra conversación se desvíe hacia temas relacionados con Bayshore. Menciona los recientes implantes dentales de su esposo (muy traumatizantes), la fiesta de graduación de su hijo (extremadamente ventosa, nadie pudo comer pastel), y los

problemas que ha tenido en el Comité del Bicentenario de Bayshore en su búsqueda de una empresa de renovación para restaurar adecuadamente (y, por favor, Dios, sin cobrar precios abusivos) un edificio que Hazel compró el año pasado con el espíritu de fomentar la comunidad.

¿Hazel comprando un edificio en el centro? Eso es nuevo para mí. Casi me ofende que nunca lo mencionara. Pero indago en todos los detalles necesarios a través de mis correos casi diarios con la Sra. Koch. El progreso está estancado porque la visión de Bayshore es apoyar lo local, y no hay empresas locales que puedan hacer el trabajo… y todas las compañías lejanas que presentaron ofertas quieren demasiado dinero para cubrir los gastos de transporte y alojamiento.

La Sra. Koch explica con gran detalle cómo solo recientemente han puesto su atención en la renovación de algunos de los edificios deteriorados del centro, y la visión que tienen será un espectáculo digno de ver… si es que alguna vez logran llevarla a cabo.

Cada vez que le respondo, pidiendo más información, un extraño calor en mi pecho se expande. Como si llevara un abrigo de invierno en medio de un sauna. Picazón e incomodidad teñidas de inquietud. La creatividad pulsa a través de mí, a pesar de que tengo el cerebro frito y estoy agotado por el trabajo.

A los dos días de enterarme de todo esto sobre los problemas de la Sra. Koch, tengo un plan de negocios elaborado. No sé qué demonios estoy haciendo. Simplemente estoy pasando el tiempo porque estoy triste, con el corazón roto y consumiéndome físicamente en mi oficina. Necesito hacer algo que no implique ayudar en fusiones y adquisiciones o asesorar a clientes sobre derivados.

Quiero volver a usar un maldito martillo, y estoy aburrido a pesar de estar sobrecargado de trabajo. Así que en mi escaso tiempo libre, creo GrayWorks, LLC.

Uso una plantilla que encontré en línea. Nunca antes he creado mi propio negocio, así que podría estar haciendo todo mal. Le preguntaría a Hazel, pero no hay un emoji para eso, y como dijo ella

hace tantos años que en realidad fueron solo semanas... se supone que debemos distanciarnos.

Esto es algo para pasar el tiempo.

Antes de que pasen otras dos semanas, le comento mi idea a la Sra. Koch, y está interesada. Me refiero a que está *muy interesada*. Me pide mi número de identificación federal para poder preparar la documentación de mi oferta. Mi cabeza da vueltas cuando leo esas palabras.

No es posible que esté presentando una oferta para este proyecto. Significaría mudarme a Bayshore mientras dure el proyecto. Su correo electrónico me obliga a investigar cómo obtener el número de identificación y, para no hacer el cuento largo, establecí mi LLC en el estado de Ohio usando mi casa como dirección.

GrayWorks, LLC es una entidad legal para finales de agosto.

¿Y una de las cosas más interesantes de mi plan de negocios?

Puedo financiar todo el negocio yo mismo. Hago los cálculos como un experimento mental. Si me quedo con la casa y descarto la inversión en la empresa emergente de la costa oeste, tengo suficiente en mis ahorros para amortiguar mis dos primeros años.

Y mientras termino otra semana laboral de noventa horas en el banco que detesto llamar hogar, le lanzo una idea a mi jefe.

Un año sabático.

No puede garantizarme nada cuando regrese al trabajo, pero soy elegible. Y a estas alturas, me importa una mierda si toda la compañía se va a la quiebra mientras estoy fuera.

El acuerdo está firmado antes del Día del Trabajo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

HAZEL

Las semanas se arrastran sin Gray. Solo puedo esperar que la cosa mejore, aunque no lo creo necesariamente.

Es que él tiene una forma de mancharlo todo. Empezó el día que nacimos: el nueve de septiembre. Tenemos un cumpleaños bastante auspicioso, si me lo preguntas. Pero este año, nuestro cumpleaños va a ser un poco más difícil de lo habitual. Siempre pienso en él en nuestro día compartido, pero ¿este sábado? Vamos a cumplir veintinueve, y hace unas semanas todavía estábamos follando, y, *¡maldita sea!*, ¿por qué sigo considerando aparecer en su departamento de Brooklyn a diario?

Todos están aliviados de que no me mude. Le informé con delicadeza a mi amiga de la familia que no podía comprar mi casa. Hazel se queda en Bayshore.

Al menos hasta que el dolor me haga volver a Nueva York.

La otra estupidez de nuestro cumpleaños este año es que cae el mismo día que el Baile del Bicentenario. Así que puedo celebrar mi cumpleaños con estilo, ahogando mis penas en un vestido de noche

mientras saboreo martinis en lugar de estar encerrada en mi casa, sola y triste, en pantalones de yoga.

Genial.

Los días previos a nuestro cumpleaños se convierten en una especie de sueño febril. Pienso en el emoji de doble corazón que me envió hace tres semanas como si fuera un poema de amor épico. Desde entonces ha enviado otro emoji: un búho. Lo que bien podría ser una nueva estrofa en la saga de amor por mensajes de texto, porque sabe cuánto me gustan los búhos.

Un día en The Daily Shop, cuando estoy en busca de queso feta, juro que lo veo cruzar al final del pasillo. Pero debe ser mi corazón roto, que lo desea tanto que conjuro su imagen en cualquier lugar.

Incluso creo verlo dirigiéndose hacia el lago la noche antes del Baile. Pero no puede ser él, porque odia Bayshore, y vive en Brooklyn y está felizmente comprometido con su trabajo que le consume el alma. Al parecer, mi corazón roto no conoce límites para imaginarlo *literalmente en todas partes.*

Llega el día del baile. Feliz cumpleaños a mí. London aparece en mi casa después de manejar desde Columbus. Tenemos planeado un *brunch* con mimosas y un chapuzón rápido en el lago antes de empezar a prepararnos oficialmente para el baile. No voy a llevar a mi papá, pero no por la razón que pensarías. En realidad está ocupado esta noche. Pero sí, lo invité.

—¿En serio no conseguiste pareja para el baile? —London parece genuinamente decepcionada mientras empezamos a sacar nuestras bolsas de maquillaje en mi espacioso baño principal—. Pensé que te había dicho que pusieras un anuncio en Craigslist.

Resoplo.

—Bueno, hice algo un poco peor que buscar un novio sustituto en Craigslist. De hecho, conseguí un novio de verdad el tiempo suficiente como para que *no* asistiéramos al baile juntos.

London suspira, con la boca redondeada mientras se aplica el rímel.

—Hombres.

—Sí. Específicamente, *los hermanos Daly.*

Le subo el volumen a una música pop alegre para que nos guíe en nuestro proceso de maquillaje y para ayudarme a mantener la mente alejada de Grayson. Pero es inútil. Siempre lo es. Él es la mancha en mi mente que no se quita, por más bicarbonato o vinagre que use.

Me pregunto qué hace *todos los días.* Lo imagino sin camisa en su departamento, mirando por las altas ventanas. Lo imagino gritándoles a otros conductores como el psicópata de la carretera en el que aparentemente se ha convertido. Lo imagino somnoliento y recién despertando, con aliento mañanero y todo.

Y entonces las dudas se cuelan. Quizá soy la única que todavía está sufriendo por la ruptura. Aunque yo la inicié. Quizá ha llevado a tres chicas a su departamento desde que me fui. Ese pensamiento hace que mis labios formen un ceño fruncido, lo que me hace fruncir más el ceño. Casi me estropeo el delineador de ojos por eso.

La única forma de combatir los celos es decirme que no tiene el tiempo —ni la energía— para tener una amante. Con su loco horario de trabajo, ¿cómo podría? En mi cabeza, me río nerviosamente y me doy palmaditas en la espalda. *Hazel, estás bien. Todo está bien.*

London y yo somos unas auténticas bombas sexis para cuando terminamos. Callie llega al final de nuestra sesión de preparación, ya de punta en blanco. Se va a encontrar con Anthony aquí, y luego los cuatro iremos juntos al baile. Callie y London se abrazan y se ponen al día en mi sala de estar, bebiendo chardonnay, mientras yo corro de un lado a otro atendiendo los últimos detalles.

Llevo un vestido de noche de satén verde azulado, largo hasta el suelo. Tiene un escote en V lo suficientemente profundo como para insinuar, y es sin mangas, para no derretirme con el calor de finales de verano. El aire acondicionado está a todo lo que da en mi casa, pero unas breves incursiones al exterior hacen que mi base de maquillaje amenace con deslizarse. No pasa nada, soy una profesional. Usé el espray fijador.

Juntas, las tres parecemos el sueño húmedo de cualquier hombre. Bronceadas, arregladas y voluptuosas. Mi cabello, que ha sido del color de la caoba oscura durante algunas semanas, está recogido a

medias con suaves ondas que caen por mi espalda. Cada vez que me veo en el espejo, me detengo.

Carajo.

Ahora solo falta que a Grayson le importara lo suficiente como para estar aquí.

Mis dedos tiemblan con la idea de enviarle una selfi, pero no. Él no se merece esto. Esta noche, soy una exclusiva de Bayshore. Para ser apreciada dentro de los límites de la ciudad. Me he vuelto bastante buena en racionalizar para no escribirle en las últimas dos semanas. Aunque considero seriamente hacerlo unas tres veces al día.

Cuando Anthony aparece con un traje negro y zapatos relucientes, con el pelo tan rizado y salvaje como después de una tarde en el barco, suelta un silbido. Pero su mirada se posa —y se queda— en Callie.

—Miiiierda... —camina hacia ella lentamente, sus manos encontrando su cintura. Tengo que apartar la mirada. Todavía soy sensible a las muestras abiertas de parejas felices, ya que todavía estoy de luto por la pérdida del amor que parecía destinado pero no lo fue.

Los cuatro nos dirigimos a la camioneta de Anthony. Mientras las calles bordeadas de arces y robles se desdibujan a nuestro paso, con el aroma del lago en el aire, decido hacer de este el mejor cumpleaños de todos. Puede que esté triste por Grayson, pero mi futuro no tiene por qué serlo. He alcanzado casi todas las metas que me he propuesto. Entonces, ¿por qué no añadir un nuevo interés amoroso a las increíbles posibilidades de la vida?

Intento imaginar a alguien más. A algún otro hombre alto, moreno y guapo. *Como un regalo de cumpleaños para mí.* Pero mi mente siempre vuelve bruscamente a Grayson.

Puede que siempre sea así.

El estacionamiento fuera del centro de convenciones del centro está abarrotado. Nos levantamos los vestidos y sudamos durante la caminata hacia las puertas dobles doradas de la entrada. El edificio solía ser un salón de baile público en el siglo XIX, y desde 1960 ha sido el Centro de Convenciones de Bayshore.

Adentro, el aire fresco nos envuelve. Todo es brillante y elegante. No doy ni tres pasos antes de que alguien me ofrezca un cubo de queso con un palillo. Treinta segundos después, champán. Un minuto después, camarones.

Ya esta es la mejor fiesta de la historia.

Callie, London y yo deambulamos, con los ojos brillantes y socializando. Todo el mundo está aquí. *Todo el mundo.* Es como si el volcán social de Bayshore hubiera hecho erupción justo en este edificio. Me detienen casi cada tres metros alguien que conozco. Elogios por mi vestido. Preguntas sobre bienes raíces. Incluso un par de chicos solteros inician conversaciones claramente fabricadas.

Es un hermoso y dorado torbellino. Los suelos de parqué del gran salón de baile brillan bajo la luz de los centelleantes candelabros. Elegantes apliques bordean las paredes, con algún pilar blanco ocasional que se dispara hacia el alto techo. Todos aquí están asombrados y radiantes.

Y yo intento parecer tan feliz como el resto.

Las mesas para la cena llenan la mitad del salón de baile. Tenemos asientos asignados, pero buscaré mi sitio más tarde. Por ahora, todo se trata de los entremeses y el champán. Un pequeño escenario donde se harán presentaciones y se darán discursos da a la parte abierta del salón de baile. Hay todo un programa de actividades, del que sabría si hubiera leído el programa que me entregaron al entrar.

Pero en vez de eso, deambulo, sonriendo a la gente. Disfrutando del jazz que proporciona el trío en vivo en una esquina. Intentando sentirme tan serena y satisfecha con la vida como el resto del mundo me ve.

Uno de los organizadores sube al escenario para dar la bienvenida formalmente a todos. Un aplauso llena el salón de baile, y entonces me doy cuenta de que he perdido por completo a Callie, London y Anthony. Veo a Bryce al otro lado de la sala, y no sé si saludarlo o escabullirme, así que solo hago una mueca y me vuelvo torpemente hacia el plato de bocadillos más cercano. Tomo un canapé, aunque ya me he comido tres.

Se suceden algunos anuncios. El presidente de la Cámara de Comercio da un discurso, y a estas alturas solo presto la mitad de mi

atención. La señora Koch sube al escenario un momento después, y mientras admiro su vestido, empieza a hablar sobre el trabajo de su Comité del Bicentenario. Presto un poco más de atención, principalmente preocupada por conseguir otra copa de champán mientras el camarero está cerca. Consigo una, y dos camarones empanizados en panko. ¡Bingo!

—… ¡por lo que estamos increíblemente orgullosos de asociarnos con el negocio local más nuevo de Bayshore, GrayWorks!

Los aplausos llenan el salón una vez más. Me meto el camarón en la boca, masticando felizmente. En el escenario, una mata de pelo oscuro me llama la atención. Hombros anchos. La complexión de un futbolista convertido en empresario.

Dios, se parece a Grayson. *Así* de perdidamente enamorada estoy. Ahora me imagino que *básicamente cualquiera* podría ser el amor de mi vida. Aun así, no puedo apartar los ojos de la espalda de este hombre mientras sube las escaleras. Toma el micrófono de manos de la señora Koch, le aprieta el brazo y luego se encara a la multitud.

Grayson «Maldito» Daly está sonriendo al salón de baile.

Me quedo rígida, con la copa de champán a medio camino de mi boca. Solo puedo mirar mientras su sexy voz de bajo llena el salón.

—Gracias, señora Koch, por esa encantadora presentación —se ríe un poco, pasándose una palma por el lado del pelo. Los lados previamente rapados están creciendo, y los rizos de la parte superior están brillantes y prolijos. Lleva un esmoquin negro azabache, completo con zapatos Oxford de cuero. Se me abre la boca involuntariamente. No puedo creer lo que veo. London aparece a mi lado un momento después, agarrándome el antebrazo.

—¿Ese es Grayson? —sisea.

Asiento. De alguna manera, hace que el esmoquin parezca relajado e imposiblemente sexi. Un torbellino de preguntas se forma dentro de mi cuerpo. No estoy segura de estar respirando.

—Estoy sumamente complacido de estar de vuelta en Bayshore para anunciar la iniciativa GrayWorks —dice, con una mano en el bolsillo mientras se dirige a la multitud—. Este es un proyecto personal mío que se convirtió en… bueno… algo mucho más grande de lo que anticipé. Pero cuando me di cuenta de que mi querido

pueblo natal necesitaba este servicio, el tipo de servicio que quiero proporcionar, supe que yo era el hombre para el trabajo. Planeo renovar no solo edificios, sino también relaciones mientras esté en Bayshore.

Mi querido pueblo natal. Me pierdo una cuarta parte de su discurso mientras reflexiono sobre estas palabras. Este no puede ser Grayson Daly. A menos que haya sido abducido y lobotomizado. Parpadeo, mirando a mi alrededor, tratando de encontrar a cualquier otro miembro de la familia Daly. Solo para comprobar que Gray está bien. Que no ha sufrido una lesión cerebral grave que borrara los últimos quince años de su vida.

Pero sé a ciencia cierta que Annette no pensaba venir, y mucho menos Weston y Maverick. Connor ha estado en la costa oeste durante semanas, y ¿Dominic? ¿Quién sabe? Tendré que hablar con el propio Grayson. Lo cual todavía suena surrealista. Porque está aquí.

En Bayshore.

En el escenario.

Su discurso termina, y las palmas de mis manos empiezan a sudar. London se vuelve hacia mí, su brillante pelo rubio resplandeciendo bajo las luces.

—Espera. ¿Tú sabías de esto?

Parpadeo varias veces. Mi voz ha desaparecido por completo.

—No te preocupes. Esa es toda la respuesta que necesito. —Hace un sonido de desaprobación, sacudiendo la cabeza—. Carajo, qué bien se ve Grayson.

Estoy de acuerdo con ella —obviamente—, pero sigo sin poder forzar una palabra más allá de mis labios mientras lucho por seguirle la pista a Grayson ahora que ha bajado del escenario y ha empezado a serpentear entre la multitud. Los anuncios continúan, pero no oigo ni una palabra. Todo lo que puedo ver es ese rizo de pelo oscuro en la parte superior de la cabeza de Grayson. Es mi faro mientras se pierde entre la gente. Hasta que… *puf.*

Ha desaparecido. Y a juzgar por lo mágicamente que apareció esta noche, no estoy segura de volver a verlo. Podría haber soñado todo

y haber arrastrado a London a mi delirio febril. Puedo ser muy persuasiva cuando estoy enferma; no lo descartaría.

Mi estómago se encoge hasta el tamaño de una bellota mientras me muevo por el salón, buscando a Gray. Pierdo a London en el proceso. Caras conocidas a mi alrededor se iluminan con reconocimiento mientras revoloteo por la sala. Una vez que he vuelto a las mesas del bufet, que están siendo discretamente preparadas por el personal de catering, siento que por fin he afrontado la dura verdad de esta noche: me imaginé ese discurso y Grayson está en realidad en Brooklyn.

Pero cuando me doy la vuelta, capto la zancada segura del único hombre al que me he molestado en notar. Los ojos azules y gélidos de Grayson se posan en mí, y todo mi cuerpo se siente electrificado. Como si pudiera convertirme en cenizas en el acto.

Me quedo paralizada. Como un venado frente a los faros. Grayson se detiene, entrecerrando los ojos hacia mí. Me señala.

—¿Hazel Matheson? —ladea la cabeza, perfeccionando ese aire de *no nos hemos visto en décadas*—. ¿Del instituto?

Su broma rompe mi hechizo. Me río, apoyando una mano en la cadera.

—La única e inigualable.

Se acerca a mí con paso despreocupado, las manos metidas en los bolsillos. Sonríe como un hombre con un conocimiento secreto. Y vaya si lo tenía esta noche. Para cuando llega a mí, tengo la cabeza inclinada hacia atrás y lo miro. Todavía dudando de que esto sea completamente real. Todavía podría ser un delirio febril. Todavía podría ser el mejor sueño de mi vida.

—¿Qué haces aquí? —murmuro, incapaz de ocultar mi sonrisa.

—Todo eso lo expliqué en mi discurso —dice, con un aire sumamente satisfecho—. Supongo que no escuchaste.

—Estaba demasiado distraída con *esto* —muevo los dedos sobre la extensión de su esmoquin—. Y demasiado ocupada pensando que toda esta noche ha sido una alucinación.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Alucinación?

—Sí. Porque se supone que estás en Brooklyn gritándole a los conductores de mierda.

Una carcajada se le escapa.

—Digamos que necesitaba volver para un evento muy especial. Feliz cumpleaños, por cierto.

—Sí… —mis dedos se curvan, las uñas clavándose en la palma, mientras lucho contra el impulso de lanzarme a sus brazos. Lo quiero desnudo y *mío* ya, pero necesito mantener la calma. Al menos llevarlo a un armario o algo—. Lo mismo digo.

—Veintinueve —chasquea la lengua, mirando a su alrededor—. Es una muy buena edad para cambiar las cosas. Dar algunos saltos. Cosas así.

Parpadeo rápidamente, sintiendo que las lágrimas brotan donde antes no había ninguna.

—¿Sí?

Su sonrisa se suaviza mientras me mira de nuevo. Se balancea sobre sus talones. Cuando habla de nuevo, su voz es tierna.

—Hazel, ¿puedo besarte ya?

Asiento, y él se lanza hacia delante, capturando mi cabeza entre sus manos. Nos besamos indecentemente, pura lengua y jadeos y gemidos reprimidos. Cuando nos separamos, sus ojos están nublados por la excitación.

—Estás jodidamente espectacular —susurra.

—¿Por qué volviste? —exijo de nuevo, sintiendo ya la tristeza instalarse. La emoción me aprieta la garganta—. Gray, no puedo soportar perder esto otra vez. No podré dejarte ir ahora.

—De verdad que no escuchaste mi discurso.

Niego con la cabeza, haciendo un puchero. Es una mancha borrosa a través del velo de mis lágrimas.

—No voy a ninguna parte, nena —susurra antes de presionar sus labios contra los míos. Me aferro a la solapa de su abrigo, necesitándolo infinitamente más cerca. Necesitándolo oír esas palabras mil veces más antes de creerlas—. Empecé el negocio en el que dijiste que debía invertir. Porque si Brooklyn no funciona para ti, entonces quizá Bayshore funcione para mí.

Las lágrimas se derraman, sin gloria y en abundancia. Mi labio inferior tiembla como el de un cachorro recién nacido. No tengo palabras. Me ha robado mis facultades, por milmillonésima vez en mi vida.

—¿Hablas en serio? —pregunto finalmente.

Él asiente, pasando su pulgar por la línea de mi clavícula. La piel se me eriza bajo su toque. Quiero sollozar en su pecho y follarlo hasta el amanecer. También podría incluir un buen partido de tenis para rematar.

Y lo que sea que obtenga de él, necesito más. No puedo soportar una noche, o una semana. Necesito a Gray para toda la vida. Hasta el final de mis días. Eso es seguro, mientras engancho mis brazos alrededor de su cuello. Sus grandes manos se deslizan sobre mis caderas, sus dedos bailando en la parte superior de mi trasero. Se me corta la respiración, y luego un sollozo se me escapa, sin querer.

—Te quiero, Hazel Mae —susurra ardientemente en mi oído—. ¿Quieres ser mi novia?

Me disuelvo en una carcajada. La pregunta es absurda.

—Ya lo soy, tonto. —Le doy una palmada en el pecho, y luego me seco un ojo—. He sido tu novia desde el día en que nacimos.

La sonrisa que florece en sus labios es pura alegría y calidez.

—Y te necesito hasta el día en que muramos.

Me río de nuevo. Los aplausos nos rodean mientras otro orador sube o baja del escenario, pero de alguna manera siento que están aplaudiendo por nosotros. Ya no tengo ni idea de lo que está pasando. Solo que Grayson está aquí, y es todo lo que necesito. La vida está bien. La vida es *perfecta.*

—¿Así que ya has planeado que muramos el mismo día? —bromeo.

—Sé que así será —ha empezado a balancearse ligeramente—. No te dejaré ganar. Intentarás hacerme perder. Así que acabaremos yéndonos el mismo día. Y está bien. Porque no pienso pasar un solo día sin ti, nena.

Llegan más lágrimas. Ahora corren por mi cara, provocadas principalmente por el torrente emocional pero también un poco por el champán de antes.

Porque tiene razón.
Así hemos sido siempre.
Y que Dios me ayude, espero que así nos quedemos siempre.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

HAZEL

Es otro nueve de septiembre húmedo, solo que este año no vamos de gala al centro para el baile. No, este año Grayson y yo celebramos nuestros cumpleaños *y* nuestro aniversario de más o menos un año con una buena batalla de tenis a la antigua.

Y créeme. Vine a ganar.

Caminamos hacia las canchas detrás de la preparatoria con miradas traviesas. Traje su regalo de cumpleaños para distraerlo y asegurarme la victoria. De vez en cuando, le echa un vistazo a la caja de rayas azules y blancas que llevo en los brazos.

—¿Cuándo puedo abrirlo? —pregunta.

—Después de que te gane —le informo.

—Quería abrirlo *este año* —dice, con una sonrisa apenas dibujada en los labios.

—Ja, ja —digo—. Lo abrirás en cuestión de *minutos*. ¿Y qué hay de mi regalo? Ni siquiera lo trajiste.

—No, sí lo traje —resopla, mirando hacia el horizonte—. Lo verás cuando sea el momento.

La respuesta tan críptica me vuelve loca. Quiero saberlo *ahora*, pero tengo que mantenerme concentrada en el juego. Hemos tenido un cumpleaños encantador hasta ahora, que empezó con nuestro habitual sexo lento de fin de semana por la mañana, seguido de un café, un trote por el vecindario y luego panqueques.

Nos mudamos a la casa de Grayson hace unos seis meses. Después de que se vino a vivir a Bayshore, decidimos que mi casa tenía más sentido mientras él terminaba de renovar la suya. Pero una vez que terminó, ninguno de los dos pudo ignorar las ganas que teníamos de vivir allí. Además, él tiene la mejor vista al lago. Y el balcón que restauró es demasiado perfecto. Pasamos casi todas las noches de verano allí arriba, tomando vino o leyendo libros.

La vida nunca ha sido mejor.

La vida por fin se siente *completa*.

Las canchas de tenis están vacías cuando llegamos. Antes de que se pavonee hacia su lado, le entrego el regalo. El corazón se me acelera. —¿Ábrelo ahora.

Levanta el brazo con entusiasmo y empieza a abrirlo. Quita el papel de regalo de un solo tirón y pronto se queda mirando la caja de cartón en la que metí su regalo. Me mira mientras la abre con cuidado. Y luego saca el artículo principal de su escondite.

Parpadea y desliza la mirada sobre la pieza. Es un punto de cruz que mandé a hacer. Poco a poco, una sonrisa florece en su rostro.

Dice: «Mi amor por ti es como una cucaracha». Y hay una versión caricaturesca del insecto en punto de cruz. Mucho más linda que en la vida real. Esa fue mi aportación.

Se ríe una vez y luego otra. Al poco tiempo, se está partiendo de la risa.

—¿Te gusta? —me acerco de un salto para verlo a su lado—. Mi amor por ti sobrevivirá a cualquier cosa. Diez años de ausencia. Negligencia total. Incluso a malentendidos absurdos de la preparatoria.

Grayson está radiante. Se inclina para besarme y nos besuqueamos un poco en medio de las canchas de tenis. Cuando

siento el sol picando en mis hombros, me doy cuenta de que tenemos que poner esto en marcha. Además, quiero ver cuándo aparecerá mi regalo. Llevo semanas con curiosidad.

Una vez que el punto de cruz de la cucaracha está guardado a buen recaudo, nos lanzamos a un partido brutal. Cualquier buena voluntad que haya acumulado con mi regalo perfecto se disuelve bajo la intensidad de nuestra competencia. Corremos de un lado a otro, gruñendo como animales; el único sonido es el roce de nuestros zapatos y el *pum* de la pelota yendo y viniendo.

Él gana el primer set. Yo gano el segundo. Por supuesto, estamos empatados. Como siempre. Pero hacia el final del tercer set, algo cambia. Grayson se rinde. Se queda sin aliento y deja caer la raqueta. La pelota pasa volando junto a él y sale de la cancha. Apoya las palmas de las manos detrás de la cabeza y me mira fijamente, con el pecho agitado.

Parpadeo, molesta al instante. —¿Qué demonios fue eso?

Él sonríe un poco y camina hacia la red en el centro de la cancha.

—Dejaste caer la raqueta y *dejaste de jugar* —le explico—. Gano por abandono, pero eso… —señalo la pelota en la esquina izquierda de la cancha—… no fue una victoria merecida.

Grayson sigue sin decir nada. Se detiene en la red.

—¿Qué te pasa? —le exijo, yendo hacia él hecha una furia. En cuanto llego, se arrodilla. Tardo un minuto en comprender lo que está pasando. Busca en el bolsillo de sus pantalones cortos de malla y luego saca una cajita negra misteriosamente pequeña. Cuando me mira, con la cara brillante y sonriente, todavía no lo asimilo.

—Hazel —empieza, y es entonces cuando me doy cuenta de lo que está pasando aquí. Mis ojos se abren como platos. Él abre la caja.

Un diamante del tamaño de un molar me devuelve la mirada y me tapo la boca con una mano, retrocediendo a trompicones.

—Hazel, tú y yo sabemos que somos la pareja perfecta. Y este partido de tenis es el último que ganarás por abandono. Porque prometo no ponértelo fácil nunca. Siempre y cuando tú me prometas lo mismo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, nena. Estando a tu altura. Creciendo contigo. Amándote. —Su sonrisa se ensancha y

es entonces cuando me doy cuenta de las lágrimas en sus ojos—. ¿Quieres casarte conmigo?

Mi boca se entreabre y todo el aire de mi cuerpo ha desaparecido. Sin embargo, de algún modo, encuentro el juicio para responderle.

—Sí —susurro, con la voz ronca—. ¿Estás bromeando? ¡Por supuesto! —Me envuelve en un abrazo y grita de alegría. Me aferro a él, con la red de tenis atrapada entre nosotros. Pero no importa. Merece un lugar en esto tanto como nosotros. Las lágrimas corren por mis mejillas y pasará un rato antes de que pueda encontrar las palabras.

Todo lo que sé es que este hombre en mis brazos es el único para mí. Y estamos a punto de continuar la aventura que empezamos hace treinta años. Aquella para la que todos sabían que estábamos destinados. Todos, excepto nosotros.

La vida nunca ha sido mejor.

Pero seguiremos intentando ver cuánto más puede mejorar.

FIN

¿Necesitas un poquito más de Hazel y Gray? Suscríbete a mi boletín de noticias y ite enviaré un epílogo EXTRA con mucho vapor!

¿Lista para MÁS hermanos Daly? No te preocupes, aún quedan cuatro hermanos. ¿El siguiente? *Provócame*, la historia de Connor, un romance falso con la hija de la familia rival, los Cabana.

¿Quieres aún MÁS hermanos? Conoce a los hermanos Fairchild en una intensa y sensual serie de romance de multimillonarios, *Los chicos malos de Wall Street.* Comienza el primer libro gratis, *El precio de una promesa*: un romance prohibido entre el chico pobre de Kentucky Axel y su adinerada novia heredera, Cora.



NO TE PIERDAS 'MAKE ME FALL'...

¡El próximo libro de la serie Bayshore!

CAPÍTULO UNO

KINSLEY

—¿Es en serio? Voy a tener que ver su identificación.

El ladrido de advertencia del barman me hace apretar los dientes. Actúa como si yo fuera una chica de dieciséis años que se cuela en el bar para empinarse unos shots de RumChata.

Pero está completamente equivocado. Soy una mujer de veinticinco años que busca legalmente unos shots de RumChata, porque me los he ganado después de mi semana de trabajo.

—Aquí, espera. —Busco a tientas en mi bolso, que también parece algo que una chica de dieciséis años compraría para hacerse pasar por adulta. Lo compré en una tienda de segunda mano cerca de mi apartamento, que se especializa en artículos olvidados de los ochenta. El broche de perla, excesivamente grande, se suelta y sale disparado por la barra como un petardo barato.

Me piden la identificación muy a menudo, así que uno pensaría que estoy acostumbrada a tener que demostrar la edad que oculta mi cara de niña. Pero no. Hoy, estoy harta de esto.

Mi licencia no sale de la cubierta de plástico endurecido de mi billetera con broche, que también tiene una sección entera para cheques. No llevo cheques, así que en su lugar meto tarjetas de presentación interesantes en la solapa. Una sale volando: la de una divertida tienda erótica que descubrí hace poco, *Spankin' Trails*. Soy un desastre total, y lo sé.

—Mira. —Le empujo la billetera entera, y la examina como si nunca hubiera visto una licencia en su vida.

—Las falsificaciones son bastante buenas hoy en día —murmura, y luego me la devuelve—. No aparentas más de doce años.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. —Vamos. Puede que parezca joven, pero no soy una prepúber, por el amor de Dios. Así que vamos. RumChata, amigo.

Me mira de reojo mientras se aleja pisando fuerte para preparar mi trago, como si intentara descubrir cuál es mi juego. Esto no es ningún juego. Esto es cien por ciento Kinsley: la torpe, desgarbada y aniñada Kinsley.

Suspiro y me relajo en el taburete de respaldo alto. Vine aquí con un propósito expreso —olvidar el infierno que es mi trabajo— pero ahora, no puedo superar el infierno que es mi vida fuera del trabajo.

Llevo casi ocho años en la costa oeste. Desde que me fui de Bayshore a los dieciocho para estudiar en UCLA, he estado cultivando el lado californiano de mi ADN de Ohio. Y la verdad es que las cosas empezaron muy bien. La universidad fue una locura divertida. Me gradué. Encontré un trabajo increíble. Pero entonces… las cosas se fueron al sur. Como hasta la Antártida.

Mi trabajo soñado se convirtió en un purgatorio profesional. El alquiler de mi apartamento se disparó, porque #SanDiego. Y luego me di cuenta de que todos mis compañeros estaban madurando en algún otro universo. Mis contemporáneas contorneadas parecen hermosas alienígenas en comparación con mis rasgos sencillos y sin rímel del Medio Oeste. No sé cómo ponerme al día y, lo que es más importante, no estoy segura de querer hacerlo. Y más que eso, el

único hombre con el que me atreví a salir resultó ser solo un poco más estable que el tipo de hombres que podrías ver en esos programas de crímenes reales.

¿Cómo puedo tener veinticinco años y ya estar tan perdida como una octogenaria con un iPhone? Todos los memes inspiradores que me imploran que *Viva con Honestidad* y *Sea mi Auténtico Yo* solo me cabrean. ¿Cómo puedo ser honesta y auténtica *y* pagar el alquiler?

Supongo que a esto le llaman la crisis del cuarto de vida.

Genial.

Las voces murmuran en voz baja a mi alrededor en este salón. Es el bar más cercano a mi trabajo, y he estado aquí varias veces. Aunque nunca con el Fornido del barman. Debe de ser nuevo. Este es el tipo de lugar elegante que tiene pisos de madera y espejos en las paredes. Para que todos puedan ver lo ricos y poderosos que son mientras beben los dulces néctares que nos distraen de nuestros terribles trabajos.

Si esto no es la definición de #seradulto, no sé qué lo es.

El Fornido finalmente regresa con mi RumChata —*muchasgracias* — y bebo en silencio, sintiendo por fin cómo parte de la tensión abandona mis hombros. Ah, esta es la vida. Persuadiéndome de olvidar a mi asfixiante jefe antes de irme a casa, sola, a mi carísimo apartamento y a mi falta de vida social.

Una de las mesas cercanas, un grupo de hombres de negocios, se disuelve con una ráfaga de tópicos y palmadas amistosas en el hombro. Estaban aquí cuando entré, y mientras se dispersan, uno de los ejecutivos llama mi atención.

Es de hombros anchos, e incluso su camisa de botones gris no puede ocultar el hecho de que debajo de la ropa está bien formado. Una sonrisa con hoyuelos me roba el aliento cuando se gira hacia mí.

Conozco esa cara.

Es Connor Daly. Ese bombón rubio y tonificado que trabaja en la misma empresa que yo. Uno de los infames hermanos Daly de mi pueblo. El hombre por el que la chica de dieciséis años bebedora de RumChata que hay en mí de repente está gritando.

En lugar de irse con el resto de su equipo de negocios, Connor se dirige a la barra. La sonrisa desaparece de su mandíbula cincelada y algo crudo emana de él. Probablemente no se da cuenta de que lo estoy espiando. Me camuflo con cualquier cosa de temática ochentera, así como con la mayoría de los salones. No puedo apartar la mirada de él mientras se desliza en un taburete a unos cinco asientos del mío. El barman le sirve de inmediato, sin darle problemas por su edad, y muy pronto, Connor tiene tres shots alineados frente a él.

Ahora, sí que tengo curiosidad. Connor siempre ha sido el chico de oro, incluso en nuestros días de escuela. No lo veía todo el tiempo, ya que iba un grado por delante de mí, pero es tan cierto ahora como lo era entonces. En los días en que me derretía por él, era porque daba sermones bonachones sobre no beber y manejar. Y ahora, me derrito por él porque es uno de los mejores desarrolladores de nuestra empresa.

Se toma un shot de un trago. Y luego otro. Después de que cae el tercero, no puedo resistir el impulso de saber más. Tomo mi bolso de lados rígidos y me muevo hacia él.

No parece darse cuenta de mi presencia. Lo que da igual. Ya nadie lo hace. No desde la universidad. Es el tema de mi adultez: ya no soy una niña, pero de alguna manera tampoco soy una mujer. No sé cuál es el código secreto que recibieron todas las mujeres, pero el paquete nunca llegó a mi puerta, a pesar de que prometía entrega en dos días.

Me aclaro la garganta mientras me acomodo en mi sitio y le hago una seña al barman. Aparece un momento después.

—Otro RumChata, por favor. —Hago una pausa, mirando a Connor —. Y de lo que sea que él tomó, dos más.

Connor resopla, y su mirada desenfocada se vuelve hacia mí. Tiene los mismos ojos azul eléctrico que el resto de sus hermanos, que es el tipo de azul que le conseguiría a la mayoría de la gente un contrato de modelo por aquí. Es casi doloroso encontrar su mirada. Su belleza es intimidante. Como si fuera a romperme el corazón y yo aún no lo supiera. Aunque eso es imposible.

Connor nunca estaría con alguien como yo.

¿Cómo lo sé? Porque está con mi jefa. Y esa bruja malvada es mi opuesto. Así que, gracias a las matemáticas, sabemos científicamente que es incapaz de estar con alguien como yo.

—¿Me estás invitando a otro shot? —pregunta, y me llega el dejo a ron. Me encojo de hombros.

—Parece que te estás lamentando de algo. Yo también. ¿Por qué no nos lamentamos juntos?

Mi corazón está acelerado. Dios, qué difícil es sonar casual. Pero quizás este es el comienzo de mi nuevo viaje como una mujer de verdad. Entablando conversaciones en el bar con mi colega descontento y antiguo amor platónico. Estoy bastante segura de que Connor y yo no hemos intercambiado más de treinta palabras en toda nuestra vida, pero eso no importa. Estoy aquí para aumentar esa cuenta a cuarenta.

Connor suelta un largo y prolongado suspiro. —Mi abuela murió.

Hago una mueca. —Oh, mierda. Siento mucho oír eso. —Me pellizco el puente de la nariz, tratando de buscar su nombre en mis bancos de memoria. No sé mucho sobre los Daly, aparte de lo siguiente: todos los hermanos son estúpidamente guapos; y todos los hermanos están estúpidamente prohibidos.

Mis padres se pelearon con los padres de Connor hace mil millones de años, y nadie lo ha superado. Crecí sabiendo que los Daly eran mala gente sin saber realmente por qué. Pero eso no me importa. Estamos en San Diego. Mis padres no me verán a menos que accidentalmente los llame por FaceTime, lo cual he hecho durante una sesión de besuqueo. Confraternizaré con el diablo si quiero. Especialmente si está hecho como un modelo de Abercrombie convertido en un nerd del software.

—Tenía demencia muy avanzada —dice Connor, y su voz suena ahogada, luchando contra la emoción. Frunzo el ceño y me acerco a él. Resisto el impulso de pasarle el brazo por los hombros.

—Eso es lo peor —ofrezco—. ¿Te acabas de enterar?

Niega con la cabeza. —En el trabajo, pero tenía esta reunión justo después.

—Ah. Así que todavía está… fresco.

El Fornido regresa con nuestros shots, e inmediatamente le paso uno a Connor. Levanto el mío en el aire, haciéndole un gesto como si preguntara: *¿Listo?*. Él asiente y lo levanta.

Entonces su mirada se eleva para encontrarse con la mía. La electricidad no solo chispea, casi me calcina los huesos hasta convertirlos en polvo. Se me calientan los antebrazos y me pregunto si él también lo sintió. O quizás es mi amor adolescente no correspondido que se está manifestando de nuevo.

Nos tomamos los shots con una mueca. Una vez que golpea el vaso contra la barra, se agarra el pelo de la frente.

—Tengo que volver a Bayshore.

Asiento, estudiando los cabellos rubios oscuros en su nuca. —No he estado allí en años —digo.

¿Cómo se verá este hombre bajo este atuendo de negocios casual? Lo he visto con la camisa desabrochada hasta el tercer botón en dos ocasiones, pero por lo general, la lleva desabrochada hasta el segundo. No es que lleve un registro de esto en una hoja de cálculo. *Ya no*, quiero decir.

Parpadea un par de veces, y luego, me está mirando de nuevo. Algo se agita detrás de esos ojos, pero no puedo sostener su mirada el tiempo suficiente para descifrarlo.

Resopla, y luego extiende un brazo y me lo pasa por los hombros. Me acerca a él, como en un abrazo de lado.

—Mi amiga de Bayshore —canturrea. Me aprieta el hombro de nuevo, lo que envía un calor que se desliza entre mis piernas. Quiero fingir que es un agarre romántico, pero no lo es. Me está sacudiendo como si estuviera saludando a un hermano de fraternidad después de años sin verse.

Río nerviosamente, y él se inclina, sus ojos chispeantes.

Cuando abre la boca para hablar, el fuerte aliento a ron me llega antes que sus palabras. —Deberías venir conmigo.

¡SIGUE LEYENDO AQUÍ!

NOTA DE LA AUTORA

Las aguas agitadas del lago Erie en verano son una especie de refugio especial, con todo y sus gaviotas chillonas. Esta serie está ambientada en una mezcla ficticia de mi ciudad natal y una ciudad vecina en el norte de Ohio. Escribir esta serie se ha convertido en un canto de amor a mi tierra natal.

Aunque durante mi juventud fui muy crítica con mi pedacito del mundo (como la mayoría de los adolescentes malhumorados e insatisfechos… ¡JA!), ahora lo reconozco por lo que es: un lugar precioso en el paisaje del Medio Oeste, uno capaz de producir todo el amor, la emoción y la profundidad que una autora de novelas románticas podría desear.

Espero sinceramente que disfruten esta visita a Bayshore… ¡y espero que continúen este viaje con los hermanos de la familia Daly!

MANTENTE EN CONTACTO

Mantente en contacto conmigo a través de mi newsletter, donde comparto adelantos, ofertas y otras noticias emocionantes. (Además, por si no lo sabías, tengo una serie de romance MMA disponible, y **recibirás la novela precuela GRATIS** cuando te suscribas a mi newsletter).

O únete a mi grupo de lectores, EMBER'S BLOSSOMS, ¡para pasar el rato de una forma más cercana y personal! Vistazos anticipados a las nuevas portadas, acceso exclusivo para inscribirte a los ARC y mucho más.



FACEBOOK
INSTAGRAM
TWITTER
GOODREADS
BOOKBUB

http://www.emberleighromance.com/



Y antes de que te vayas...

¡Por favor, considera dejar una reseña honesta sobre este libro! Incluso unas pocas palabras o una línea significan muchísimo para nosotros los autores.